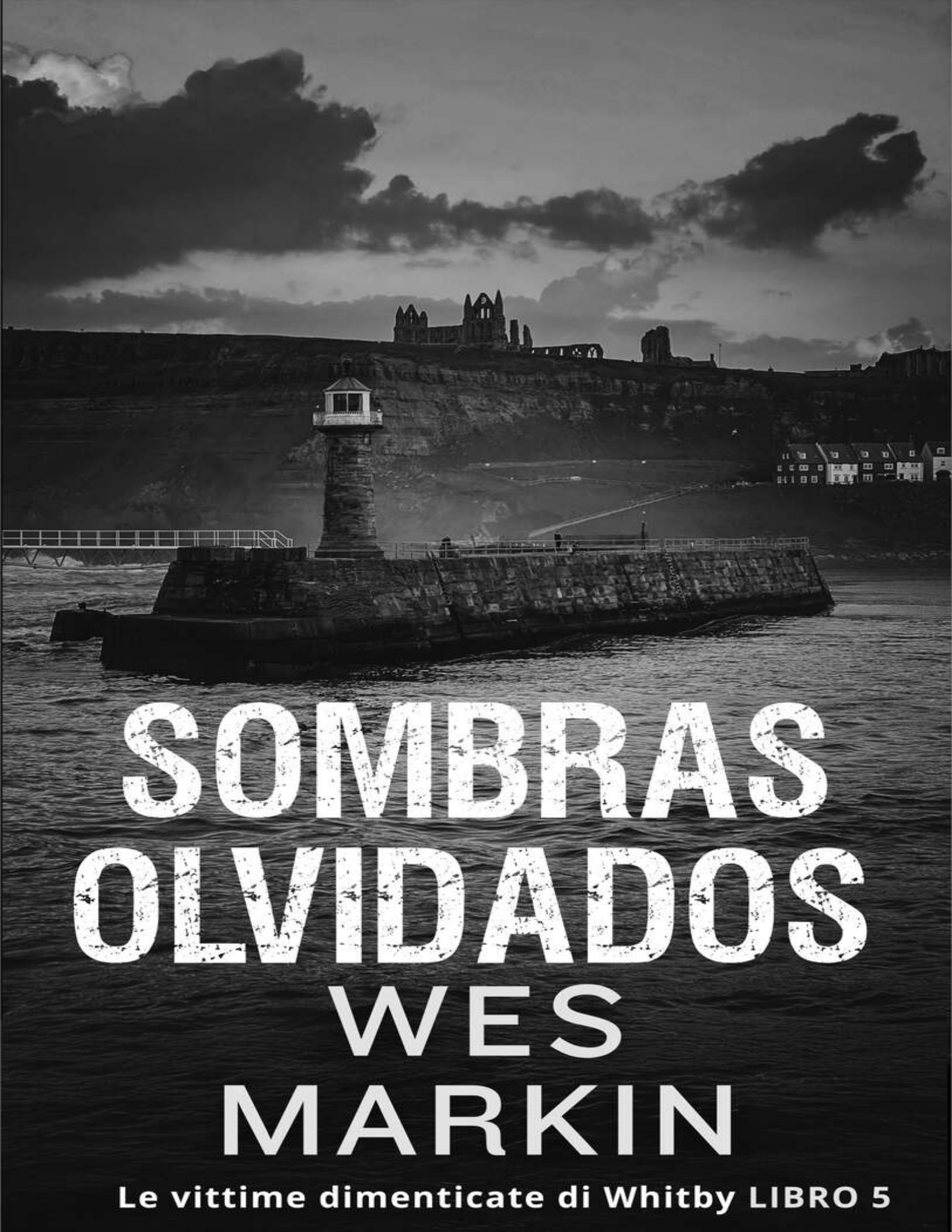


SOMBRAS OLVIDADOS

WES MARKIN

Le vittime dimenticate di Whitby LIBRO 5

Sombras Olvidadas

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Libro 5

Wes Markin

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos o lugares, es puramente coincidencial

Derechos de autor © 2025 Wes Markin

Primera publicación 2025

ISBN :

Editado por: Candida Bradford

Publicado por: WFM Publishing Ltd

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro debe ser reproducida de ninguna manera sin el permiso expreso del autor

Índice

Acerca del Autor
Otras Obras de Wes Markin

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68

Capítulo 69
Epílogo

Agradecimientos

Acerca del Autor

Wes Markin es el autor superventas de "Whitby's Forgotten Victims" (Las Víctimas Olvidadas de Whitby), protagonizada por el implacable DCI Frank Black y su ingenioso compañero, el DI Gerry Carver. También es autor de los thrillers del DCI Michael Yorke ambientados en Salisbury, y los thrillers de Jake Pettman ambientados en Nueva Inglaterra. Wes vive en North Yorkshire con su esposa, sus dos hijos y su travieso cockapoo, Rosie, cerca de las escenas del crimen de las Víctimas Olvidadas de Whitby.

Puedes encontrar más información en:
www.wesmarkinauthor.com
Facebook.com/wesmarkinauthor

Otras Obras de Wes Markin

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Huesos Olvidados

Vidas Olvidadas

Almas Olvidadas

Tumbas Olvidadas

Sombras Olvidadas

Profundidades Olvidadas

Asesinatos de Yorkshire

Los Asesinatos del Viaducto

Los Asesinatos del Lago Solitario

Los Asesinatos de la Cueva Llorosa

Los Asesinatos del Cementerio

Los Asesinatos de Invierno

Los Asesinatos de la Roca Negra

Las Investigaciones del Inspector Jefe Yorke

Una Última Oración

La Serpiente Arrepentida

El Silencio de Severance

El Resurgimiento de los Ray

Danza con la Parca

Navidad con el Conduit

Más Vale el Diablo

El Diario Secreto de Lacey Ray

Thrillers de Jake Pettman

El Pozo Asesino

Fuego en los Huesos

Cataratas Azules

El Núcleo Podrido

Entre la Espada y la Pared

A Flegg
Una fuente de ánimo desde el primer día

Prólogo

1995

A cada paso, los pies del doctor Richard Firth parecían hundirse más en la turba.

Junto al antiguo círculo de piedras de Simon Howe, recuperó el aliento. Luego dejó atrás los erosionados monolitos prehistóricos y continuó a través del páramo de Fylingdales…, hacia su muerte.

Richard se ajustó las correas de la mochila para aliviar el dolor de espalda. El material crujió contra su chaqueta de Gore-Tex abrochada.

Desde el puente de Eller Beck, el terreno había sido implacable…, una subida de tres pares de cojones. Ciento ochenta metros de desnivel en casi cinco kilómetros. Los músculos le ardían, mientras que, sobre él, las nubes se habían hinchado con oscuras panzas.

Pero ahora estaba seguro de que lo peor había pasado, y que su destino, el arroyo de Jugger Howe, estaba a menos de un kilómetro y medio.

Allí, la vida de Richard llegaría a su fin.

Que les jodan a todos por hacer que esta sea la única salida, pensó.

Aquellos que más lo habían aclamado le habían despojado de su gloria.

Había sido relevante. Esencial. Sin embargo, pronto sería olvidado.

—No irá usted a adentrarse más, ¿verdad?

La repentina voz lo sobresaltó. Pero Richard se alegró. Alguien que se fijara en él. Alguien que presenciara su digno último paseo por la gloriosa naturaleza.

Detrás de un erosionado muro de piedra, apareció un granjero de rostro rubicundo, con un border collie dando vueltas alrededor de sus piernas.

—Voy al arroyo de Jugger Howe. —Richard se mantuvo erguido, con la cabeza bien alta.

—En la radio dicen que el tiempo va a empeorar. Se acerca una tormenta desde el mar del Norte. —El granjero señaló hacia el este —. En una hora más, esto será un peligro. La visibilidad aquí arriba se reduce a nada.

—Le agradezco la advertencia. —Richard asintió levemente. Se dio una palmada en la mochila—. Pero estaré bien, he venido preparado.

—Claro, bueno, he visto a mucha gente pasarlo mal con mucho mejor tiempo. Los helicópteros no podrán llegar hasta usted si hay demasiada niebla.

Él sonrió y asintió por segunda vez. —Comprendo los riesgos.

El granjero no parecía contento. —Hay algo en sus ojos, señor.

Él enarcó una ceja. —¿Ah, sí? ¿Qué exactamente?

—No sé…, pero no es nada bueno.

—Escuche, sé lo que hago.

El granjero murmuró algo mientras se alejaba, y el border collie le dedicó una última mirada curiosa a Richard antes de seguir a su amo.

El terreno se volvió más difícil a medida que se acercaba a su destino. El viento arreció, tirando de su mochila, como si la propia naturaleza le estuviera advirtiendo que se alejara.

Dejó caer la mochila junto a un solitario serbal retorcido por el viento que se aferraba al borde del arroyo de Jugger Howe, uno de los barrancos más profundos del páramo.

Abajo, brillaba como un hilo de plata, serpenteando hacia el este. Tras las recientes lluvias torrenciales, su caudal había aumentado drásticamente, desembocando finalmente en el mar del Norte, a unos ocho kilómetros de distancia.

Richard ya había hecho los cálculos. La caída de veintisiete metros duraría aproximadamente 2,4 segundos. No alcanzaría la velocidad terminal, pero las fuerzas del impacto superarían los 100 g. La muerte sería casi segura —un 98 por ciento de probabilidad— por lesiones catastróficas: cráneo destrozado, médula espinal seccionada, órganos internos reventados.

Y si, por algún milagro, la caída no lo mataba al instante, el agua helada acabaría con él en cuestión de minutos. La crecida de las aguas arrastraría su cuerpo río abajo, para finalmente llevarlo al mar, donde las corrientes lo transportarían lejos de la costa.

Allí se encontraría con la descomposición, los carroñeros marinos y el vasto vacío del mar del Norte.

De su mochila, sacó una botella de whisky Macallan de treinta años y un único vaso de cristal envuelto en un pañuelo. Cuatrocientas cincuenta libras. No podía creer que solo tuviera veinte años cuando la embotellaron.

Joven y ambicioso. Lleno de ideas revolucionarias.

Ideas que habían llegado a buen puerto.

Ideas que habían *funcionado*.

Sirvió dos dedos, admirando el líquido ambarino que atrapaba la poca luz que penetraba las nubes que se acumulaban.

El viento trajo los primeros indicios de lluvia: un olor metálico que prometía el diluvio venidero.

Bebió el whisky, dejó la botella y el vaso en el suelo, y luego se quitó las botas de una patada y se desabrochó la chaqueta de Gore-Tex, arrojándola a un lado.

Debajo llevaba la chaqueta del traje. Con los dedos entumecidos por el frío, se ajustó la corbata. Luego sacó de la mochila unos zapatos Oxford lustrados y se los puso.

Unas gruesas gotas de lluvia le golpearon la cara.

De su mochila, sacó una cámara Nikon. Con pulso firme, programó el temporizador, la apoyó en la mochila y retrocedió hasta

el borde.

Diez segundos para serenarse.

Comprobó que la camisa estuviera metida por dentro de sus pantalones de color carbón. Luego levantó la barbilla y esperó la foto suya al borde del acantilado, elegante, preparado y satisfecho.

Que todos vieran la dignidad de los últimos momentos del doctor Richard Firth.

Que lo recordaran siempre así: relevante, esencial.

Clic.

Se sirvió un segundo trago de Macallan.

Sus manos permanecían firmes, a pesar de que el viento soplaba con más fuerza a través del barranco.

Richard alzó su vaso mientras sentía cómo más gotas gruesas le humedecían el pelo.

—Por Richard, doctor y verdadero caballero. —Se lo bebió de un trago.

Guardó todo de nuevo en la mochila: la botella, la cámara, el vaso, la chaqueta de Gore-Tex y las botas de montaña.

La lluvia se intensificó de repente, azotándole la cara, empapándole el traje. A lo lejos, un primer relámpago centelleó, iluminando el páramo con un blanco crudo antes de volver a sumirlo rápidamente en la sombra.

Se detuvo en el borde y miró hacia abajo. El agua corría ahora impetuosa, hambrienta e impaciente.

Retumbó un trueno.

El suicidio perfecto, planeado meticulosamente.

Cerró los ojos. Una respiración profunda. Una opresión en el pecho.

La tormenta pareció desatarse de repente a su alrededor, pero en su interior, encontró el silencio.

1

2025

El horizonte era una acuarela de tonos rosados y dorados. El aire estaba cargado del aroma fresco y salobre del mar del Norte.

Kate Becker vivía por y para los amaneceres, y este no la decepcionó.

Su marido, Eric, meditaba. Siempre intentaba convencerla de que lo probara. Siempre dándole la tabarra con lo de encontrar la paz y la claridad interior.

Ella siempre le cortaba con la misma frase: —Ya tengo mi meditación, ¿no? Seis días a la semana en la tabla de paddle surf. Mientras él miraba hacia dentro, ella prefería mirar hacia fuera. Estar presente en el momento, con los ojos abiertos y los sentidos alerta. *Empapándose de todo.*

Hoy la marea había cambiado veinte minutos antes. Pulsaba con ritmo constante, guiándola mientras serpenteaba entre los pilares de piedra del Espigón Oeste. El puerto estaba en calma, como un espejo perfecto. Con una precisión fruto de la práctica, cortaba la superficie con el remo, casi sin hacer ruido.

Se acercó al Faro del Espigón Oeste: una torre blanca y compacta coronada por una cúpula verde. Ya no tenía farero, su luz se había automatizado hacía años, pero seguía vigilando el puerto.

Kate rozó con la yema de los dedos la áspera piedra de la base del faro y luego contempló la vista de su pueblo, esculpido en las escarpadas orillas del río Esk.

Whitby.

Antiguas casas de campo que se disputaban el espacio, con sus tejas rojas resplandeciendo bajo la luz de la mañana.

La dejó sin aliento.

Más allá, la esquelética abadía se recortaba contra el cielo cada vez más claro, haciendo de centinela como lo había hecho durante siglos.

—Qué mañana más bonita hace, Lou —dijo.

Lou era su hermana gemela. Había muerto en un accidente de coche hacía tres años.

Lou había sido la fanática del deporte; de hecho, fue ella la que se había enamorado primero del paddle surf.

Lo que empezó como un homenaje a Lou, salir con la tabla los fines de semana, se había convertido en una obsesión en toda regla.

Luego se transformó en otra cosa: en ella y Lou otra vez. En una reconexión.

Kate rebasó el resguardo de los muros del puerto y notó un cambio en el oleaje.

Ahora era más alto y ondulaba bajo su tabla. Pero no importaba. Kate mantenía el equilibrio con facilidad. Años de práctica la habían hecho una experta.

En el lejano horizonte, vio una hilera de manchas oscuras seguida por estelas de gaviotas: una fila de barcos de pesca que regresaban al puerto.

Remó unos cincuenta metros más allá del espigón y estaba a punto de dar la vuelta cuando percibió un movimiento brusco y repentino. Contuvo la respiración al avistar una aleta oscura y curvada que cortaba el agua.

¡Una marsopa común!, pensó.

Se arrodilló, inmóvil, casi sin atreverse a respirar.

¡Mira eso, Lou!

El pequeño cetáceo volvió a salir a la superficie, su aleta dorsal triangular rompiendo el agua en un arco lento y deliberado. A

diferencia de sus primos los delfines, a los que les encantaba exhibirse, las marsopas comunes eran criaturas tímidas que evitaban los barcos y la actividad humana. Ver una tan cerca del espigón era extraordinario.

Sorprendentemente, se acercó más, su elegante figura gris suspendida justo bajo la superficie. ¡Aquello era prácticamente inaudito!

Su pequeño y oscuro ojo se encontró con el de ella, y Kate pudo volver a respirar.

¿Estás viendo esto, Lou?

Sintió como si hubiera cruzado la barrera entre especies en el lapso de una sola respiración.

Entonces, tan rápido como había aparecido, la marsopa se desvaneció.

Kate respiró hondo un par de veces para serenarse; era un momento que nunca olvidaría.

Un momento que nunca olvidaremos, Lou.

Se irguió, preparándose para girar la tabla...

El agua bajo ella volvió a cambiar.

Pero esta vez no supo identificar por qué. De repente, la sintió diferente.

El neopreno no impidió que un escalofrío repentino le erizara la piel.

Miró a su alrededor, intentando comprender, pero lo único que pudo determinar fue que el mar se había quedado extrañamente quieto.

Era como si el aire contuviera la respiración.

Una ola traicionera, quizás provocada por los lejanos barcos del puerto, golpeó su tabla. Como de costumbre, cambió de postura para compensar, como había hecho mil veces antes...

Se le resbaló un pie.

Cayó al agua con fuerza, y el abrazo helado le cortó la respiración.

El neopreno no era rival para el frío del mar del Norte en esa época del año.

Salió a la superficie, boqueando, apartándose el agua salada de los ojos. —¿¡Mierda! —gritó.

Sintió un tirón en el tobillo, así que se giró para localizar su tabla. Se había alejado unos metros, pero no llegaría lejos gracias a la correa que las mantenía unidas.

Se había caído innumerables veces; al fin y al cabo, era parte del deporte. Nunca le había importado, pero esa mañana, en ese momento, fue diferente. Aquel cambio desconcertante que había notado antes en la tabla regresó con toda su fuerza.

El agua pareció espesarse de repente, arrastrándole las extremidades. La sensación era extraña. Alargó la mano hacia la tabla, decidida a volver a subirse...

Su mano rozó algo sólido.

La retiró de un tirón, con el corazón desbocado. —¿Pero qué...?

Notó un golpe en la pierna y sintió que un terror gélido le atenazaba las entrañas.

Lou, ¿qué está pasando?

Algo pálido y amorfo subió a la superficie a su lado.

No quería procesar la forma —la cosa—, pero la comprensión la golpeó de todos modos.

Una cara.

Humana.

Se acercó más, a centímetros de la suya.

Gritó y se echó hacia atrás en el agua, braceando, pero la tabla atada a su tobillo la arrastró de nuevo hacia allí. —No... *no...* apártate de mí, joder.

El cuerpo se balanceó ligeramente con el oleaje. Había perdido gran parte de la carne, dejando al descubierto el hueso que se oscurecía.

Una mano rompió la superficie.

Unos dedos esqueléticos se alargaron hacia ella.

Kate buscó a tientas la correa y tiró de la tabla de paddle surf hacia sí con todas sus fuerzas.

Frenética, se apartó del cadáver y trepó a la tabla, pataleando, con las manos resbalándole sobre la superficie mojada.

No se molestó en coger el remo; se tumbó boca abajo, ahuecó las manos y braceó con ellas en el agua.

La tabla avanzaba lentamente mientras el corazón le latía como un tambor.

No miró atrás hasta que estuvo fuera del agua, tumbada boca arriba, jadeando.

Apenas podía creer lo que acababa de ver.

Una monstruosidad.

Surgiendo de las profundidades.

De entre las sombras.

2

El viejo y destartalado Volvo del inspector jefe Frank Black parecía un fumadero de opio victoriano. Entornó una ventanilla de Bertha y el humo se escapó en densas volutas hacia el atardecer.

Miró el cenicero a rebosar. Si contara las colillas, podría calcular cuántos cigarros de liar se había fumado en dos horas, y cuántos minutos le había restado a su vida.

Había cosas que era mejor no saber.

A los dos minutos de cerrar la ventanilla, ya estaba tamborileando los dedos sobre el volante, sintiendo el mono. Suspiró y se dirigió a la petaca de tabaco que descansaba en el asiento del copiloto.

—O lo dejas, o te juro que te mando a paseo. Ya lo he conseguido con el alcohol y la comida basura, así que créeme cuando te digo que soy más que capaz de hacerlo.

El sol se hundía tras el perfil de los edificios de Leeds, proyectando largas sombras sobre Holbeck Moor. Pronto esta calle —flanqueada por casas de ladrillo rojo con las ventanas tapiadas— pasaría de ser simplemente inhóspita a francamente amenazadora.

No podía creer que algunos negocios siguieran aferrándose a aquel lugar. Eran como malas hierbas tenaces que se abren paso a través del hormigón.

Una tienda de bebidas con un letrero parpadeante bañaba la acera con pulsos de una luz amarilla y enfermiza. A su lado había

una barbería turca. Hay que reconocer que el dueño mantenía los escaparates impolutos, y unos lujosos sillones de cuero relucían a través del cristal inmaculado: una pequeña isla de dignidad en medio de la desolación.

Admirable.

Pero Frank no estaba allí ni por la tienda de bebidas ni por la barbería. Estaba por el antiguo quiosco de prensa contiguo. La madera contrachapada que cubría sus escaparates estaba repleta de grafitis: un caótico amasijo de placas de bandas y declaraciones adolescentes de amor eterno.

Se removió en el asiento. La parte baja de su espalda protestó con una serie de alarmantes crujidos. La molestia le impulsó a echar mano de nuevo de la petaca de tabaco.

Frank se fijó en un chaval delgadísimo, con una sudadera con capucha demasiado grande para su cuerpo, que salía a trompicones del quiosco.

—¿Y tú qué andas tramando, desgraciado? —masculló Frank.

El chaval se detuvo, rascándose los brazos.

Frank sintió una punzada de compasión. Un año atrás, había visto ese mismo arañazo desesperado en Maddie, su hija. Marcas de agujas.

El chaval siguió avanzando a trompicones y chocó contra un carrito de la compra sobrecargado de bolsas de plástico repletas. El carrito volcó sobre un par de mantas raídas. Se oyó un chillido y una mano esquelética emergió de debajo de la tela.

El desgraciado huyó antes de que la persona a la que había molestado pudiera vengarse.

Frank se lio otro cigarrillo y consultó el reloj mientras fumaba. «Diez minutos más y me largo de aquí», decidió, y no era la primera vez que lo hacía esa tarde, que hacía tiempo que se había fundido con la noche.

Volvió a mirar el quiosco que llevaba semanas vigilando los fines de semana y los días libres. Seguía sin haber rastro de Maddie. El familiar péndulo de esperanza y desesperación osciló en su pecho: años de preocupación paternal comprimidos en una única y sofocante sensación.

Terminó el cigarro y lo apagó. Se subió las gafas a la frente y se frotó la sien, reviviendo el momento en que la había vuelto a cagar.

Maddie, que llevaba años desaparecida y viviendo en la calle, había vuelto con él hacía un año. Incluso había conseguido que se desintoxicara. Antes de que él lo arruinara todo.

Le había escondido el móvil, fingiendo que lo había perdido estando colocada.

Ella lo encontró escondido en un cajón de la cocina y se marchó antes de que él pudiera explicarse.

Solo había querido protegerla. Evitar que aquellos desgraciados la encontraran. Pero, en lugar de eso, ella había vuelto a huir, destrozada por la traición, porque uno de sus amigos sintecho había muerto mientras ella había estado, sin saberlo, incomunicada.

Abrió los ojos y gimió.

Luego vino el robo cerca de Navidad. Maddie se había quedado con la llave de su bungaló y se había colado mientras él estaba fuera. Buscaba su vieja mochila. No tenía ni idea de por qué. Estaba seguro de que estaba vacía.

Debía de habérsele pasado algo por alto.

Todos aquellos pensamientos eran alambre de espino enroscado alrededor de su corazón.

Captó un movimiento. Se bajó las gafas de nuevo a la nariz. Otra figura encapuchada salió de la casa okupa. Era una figura menuda, encorvada, que se movía con una familiar energía inquieta…

¿Maddie?

Inhaló bruscamente. Le sobrevino un ataque de tos. Sus pulmones se rebelaron mientras se doblaba, con lágrimas corriendo por sus mejillas y los nudillos blancos sobre el volante.

A pesar de los espasmos que le sacudían el pecho, forzó la vista para no perder de vista a la figura.

Todavía tosiendo, alargó la mano hacia el tirador de la puerta mientras la figura se retiraba la capucha.

Frank dejó caer la mano.

No era Maddie.

Rosie Heath. Una okupa que había conocido hacía tres meses. Su pelo grasiento y enmarañado se le pegaba al cuero cabelludo como

una soga mojada. Encendió un cigarrillo y empezó a caminar de un lado a otro en círculos cerrados y nerviosos.

Cuando la conoció, se había mostrado mordaz y despectiva. El mundo le había enseñado a esperar lo peor desde la infancia. Rondaba la treintena y había hecho el recorrido completo: drogas, prostitución, alcoholismo, cárcel.

Que le recordara a Maddie era una carga horrenda que soportar.

Se frotó de nuevo la sien, con dos dedos trazando círculos apretados. No sirvió de nada para aliviar el dolor de cabeza que se le estaba formando detrás de los ojos.

Hacía tres meses, un desgraciado que afirmaba conocer a Maddie se había puesto en contacto con él. Le habían dicho a Frank que entregara diez mil libras en un contenedor de basura detrás de una casa abandonada. Tras hacerlo, le habían dado la dirección de este quiosco, ahora una casa okupa.

«Maddie está aquí», había dicho el desgraciado.

Pero cuando Frank llegó, Rosie le dijo, con los ojos vacíos por una indiferencia ensayada: «Sí, estuvo aquí. Se convirtió en un lastre. Estaba demasiado enganchada, ¿sabes? Se metía como si quisiera morirse. La echamos antes de que palmara de una sobredosis y apestara el sitio».

La crueldad casual de sus palabras había dejado a Frank hecho polvo durante semanas.

Le había preguntado por la mochila que Maddie había ido a buscar, forzando la entrada, pero Rosie dijo que Maddie se la había llevado consigo cuando la echaron.

Frank sabía que la siguiente pieza del puzle se encontraba en alguna parte de esa casa okupa. Esa certeza lo arrastraba de vuelta a esta calle, a esta vigilia, a pesar de que cada vez sacaba menos en claro. O, para ser más precisos, nada en absoluto.

Un repentino alboroto atrajo de nuevo su atención hacia la casa okupa. El niñato esquelético que había huido antes había regresado.

Tenía a Rosie agarrada del brazo. Incluso desde esa distancia, Frank podía ver la furia grabada en el rostro del chaval.

Frank no podía oír la conversación, pero no tenía buena pinta.

Rosie intentó zafarse.

El chaval no la soltó.

Joder, pensó Frank mientras abría la puerta.

Rosie estaba a punto de descubrir que la estaba observando.

Mala cosa.

Pero mejor que ver cómo le daban una paliza.

Puso un pie en el pavimento mojado e hizo una mueca por la rigidez que sentía en casi todas las articulaciones...

—¡Eh, tú!

Frank se detuvo cuando un hombre más corpulento —que empujaba un carrito— gritó en dirección al niñato. El mismo sintecho cuya cama había sido revuelta antes.

—Ven aquí... ahora mismo.

Frank se quedó paralizado, con un pie fuera, mientras el niñato sopesaba sus opciones.

Probablemente, lo mejor sea largarse de aquí, pensó Frank, aunque ver cómo le caía una tunda al pequeño matón tenía cierto atractivo.

El chaval soltó a Rosie de un empujón, escupió y echó a correr.

Frank se deslizó de nuevo en el vehículo, con el corazón martilleándole en el pecho, y cerró la puerta.

Alzó la vista y vio a Rosie hablando con el sintecho enfadado. No se había percatado de su presencia.

Por los pelos.

Había tenido suerte.

Si Maddie volvía alguna vez, no quería que Rosie le dijera que había estado merodeando por ahí como la peste.

Entonces no regresaría nunca.

Y la habría perdido de verdad.

Rosie se giró, con los hombros encogidos. De espaldas, con el pelo oscuro pegado al cuello, se parecía tanto a Maddie que a Frank se le cortó la respiración.

La vio desaparecer en la casa okupa antes de que su mirada se posara en la cama improvisada de cartones y mantas empapadas que el sintecho estaba arreglando.

¿Dónde estaba Maddie?

¿Estaría durmiendo a la intemperie ahora mismo?

Las drogas... ¿hasta qué punto estaba enganchada?

¿Habría llegado demasiado tarde?

Un coche de policía avanzaba lentamente por la calle. Frank se encogió en su asiento.

Joder. Sería el colofón perfecto para un día perdido. Detenido por los mejores de Yorkshire del Oeste por merodear en el barrio más peligroso de Leeds. Su jefe, Donald Oxley, se iba a poner las botas.

Frank miró el reloj. Si se iba ahora, podría volver a Whitby a última hora de la tarde, dormir unas horas y dejarse ver por el Cuartel General a primera hora.

Giró la llave de contacto de Bertha. El Volvo carraspeó antes de cobrar vida a regañadientes.

—Aguanta un poco, vieja amiga.

Con un suspiro que brotó de algún lugar más profundo que el agotamiento, Frank metió una marcha en Bertha y arrancó.

La casa okupa se desvaneció en su retrovisor.

Maddie también se perdía cada vez más de vista.

Y no tenía ni idea de si volvería a verla jamás.

3

Los muros de piedra del castillo refulgían con un tono ambarino bajo la luz mortecina del día.

La inspectora Gerry Carver aspiró el delicado perfume de las rosas en flor mientras introducía notas en el móvil, catalogando cada detalle del posible lugar para la boda. Rylan, su labrador dorado, estaba a su lado.

Al principio, a la coordinadora le había preocupado que no llevase correa, pero Gerry había restado importancia a sus temores. —No se apartará de mi lado…, a no ser que yo se lo pida.

Su prometido, Tom Foley, le había dicho a Mags Filey que le había enviado un correo electrónico con antelación sobre la importancia del perro de terapia de Gerry.

A su lado, Tom admiraba las vistas. —Es espectacular —le susurró al oído a Gerry para que Mags, que estaba a varios metros de distancia inspeccionando un rosal, no pudiera oírlos—. De ahí el precio.

Mags, vestida con demasiada ropa para un día tan cálido y cubierta de joyas, se acercó de nuevo a ellos. Con sus dedos de manicura perfecta, señaló una fuente ornamental que había a sus espaldas, cuyos querubines cubiertos de musgo estaban desgastados por el tiempo. —Como pueden imaginar, aquí es donde muchas de nuestras parejas eligen hacerse las fotos.

Lanzó una mirada a Rylan; su sonrisa vaciló una fracción de segundo antes de recomponerse. Al lado de Gerry, las orejas de Rylan se inclinaron ligeramente hacia atrás mientras observaba a la coordinadora.

—Estos jardines son sencillamente mágicos en verano, cuando todo está completamente florecido. Estaban pensando en una fecha de verano, ¿verdad? —preguntó Mags.

Gerry minimizó las notas en las que estaba trabajando y abrió otra titulada «Lista de comprobación». De los treinta criterios esenciales para el lugar de su boda, este castillo había cumplido veintitrés. Una buena cosecha, aunque la actitud de Mags hacia Rylan la estaba fastidiando.

—En el Gran Salón caben hasta ciento veinte invitados, aunque muchos prefieren la más íntima Capilla, con capacidad para sesenta —continuó Mags.

—De cincuenta y siete a cincuenta y nueve sería nuestro máximo —declaró Gerry—. Según nuestras redes sociales y profesionales combinadas, cincuenta y nueve. Teniendo en cuenta la probabilidad estadística de asistencia, baja a cincuenta y siete.

Mags parpadeó rápidamente. Tom sonrió y le tocó el brazo a Gerry. —Mi prometida lo tiene todo calculado.

Sin esperarse el contacto de Tom, Gerry se apartó. Le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Tom asintió, aceptando su disculpa.

—La Capilla sería perfecta, entonces —dijo Mags, y luego bajó la vista hacia Rylan—. ¡Vaya, qué perro tan bonito es usted! —Abrió la mano y se inclinó—. ¿Me permite?

Cuando Mags alcanzó la cabeza de Rylan, este la esquivó y se pegó más a la pierna de Gerry.

—Prefiere que no lo toquen los extraños —aclaró Gerry. La verdad era que a Rylan no le gustaba que lo tocaran cuando desconfiaba.

—Ya veo. —Mags se enderezó, alisándose la falda—. Supongo que los perros de servicio son diferentes a los normales.

—Rylan es un perro de terapia —dijo Gerry—. Me ayuda a procesar la información sensorial y a desenvolverme en situaciones sociales.

—Como puse en mi correo electrónico —añadió Tom.

Mags pareció confundida. —Qué… fascinante —dijo, con un tono totalmente equivocado.

Tom se esforzaba desesperadamente por reprimir una sonrisa. Estaba claro que él también se había dado cuenta.

Mientras seguían caminando, Rylan se detuvo de repente y emitió un suave murmullo.

—Rylan necesita hacer sus necesidades —dijo Gerry.

—Ah. Adelante…, no pasa nada, supongo… —Mags rio nerviosamente.

Gerry negó con la cabeza. —No. Necesita defecar.

La cara de Mags enrojeció. —¿Perdón?

—No se preocupe. Tengo una bolsa. —Gerry se metió la mano en el bolsillo.

La expresión de la coordinadora cambió a una de asco apenas disimulado. —Por norma general, no permitimos que las mascotas… Aun así, los jardines tienen un gran valor histórico…

—No es una mascota. Es un perro de terapia —la corrigió Gerry.

Rylan murmuró de nuevo. —Tiene que ser ahora —dijo Gerry.

Mags señaló la esquina más alejada del jardín. —¿Quizá junto a aquel roble?

Tom le cogió a Gerry la bolsa vacía para los excrementos. —Permíteme.

—No pasa nada si no le gustan los perros —dijo Gerry una vez que Tom se hubo alejado con Rylan—. Cada persona es diferente. No hay necesidad de fingir.

Mags parpadeó rápidamente. —Me encantan los perros.

—Su lenguaje corporal no lo sugiere. Rylan puede detectar el engaño, y eso lo incomoda.

Mags recuperó la compostura y buscó en su portafolio, sacando un mapa de la finca. —He marcado las zonas en las que Rylan estaría permitido con marcas verdes, y las zonas restringidas con cruces rojas.

Las cruces rojas dominaban el diagrama, dejando disponibles para Rylan solo los jardines exteriores, una pequeña parte del patio y lo que parecía ser un pasillo de servicio.

Tom regresó con Rylan, sosteniendo una bolsa de excrementos llena. Mags abrió los ojos de par en par.

Gerry se arrodilló y miró a Rylan a los ojos. Sus orejas seguían echadas hacia atrás.

Se puso de pie. —No, gracias. —Dobló el mapa y se lo devolvió a Mags—. Gracias por su tiempo, pero esto no es para nosotros.

Rylan se puso a su lado mientras se alejaba.

A sus espaldas, oyó a Mags suplicar sobre los precios y a Tom esquivarla educadamente. Cuando la alcanzó, todavía sostenía la bolsa de excrementos.

—¿Hay algún sitio donde pueda tirar esto? —le gritó a Mags.

—Hay una papelera cerca de esa puerta —señaló Mags en la dirección opuesta.

—¿Le importaría? —Tom le tendió la bolsa—. Si vamos por ahí, Rylan tendrá que pisotear los jardines.

Le puso la bolsa en la mano que ella extendió a regañadientes.

—Rylan está de acuerdo con que nos vayamos —dijo Gerry cuando llegaron al coche.

Tom acarició a Rylan en el asiento trasero. —Entonces, yo también.

Gerry miró a Rylan. Sus orejas habían vuelto a su posición relajada. Había cosas que no se podían cuantificar en una hoja de cálculo. A veces, simplemente tenías que confiar en el perro.

4

A pesar de una mañana prometedora, unas nubes bajas cubrieron el cielo.

Tampoco es que un día espléndido de cielo despejado le hubiese levantado el ánimo a Frank.

Se sentía agotado.

Frank no era ajeno a la fatiga tras décadas en el cuerpo, pero ese día sentía de verdad como si alguien le hubiera vaciado los huesos y se los hubiera rellenado con cemento de secado rápido. Los días y las noches que había pasado yendo y viniendo entre Whitby, una casa okupa en Leeds y el Cuartel General de Scarborough le estaban pasando factura.

Cuando enfiló el morro de Bertha hacia el West Pier, encendió los limpiaparabrisas para combatir la llovizna de abril. El chirrido que hacían al moverse daba a entender que los limpiaparabrisas hacían poco más que desgastar el cristal.

No podía creer que lo hubieran hecho venir por algo tan mundano.

Un suicidio.

Tras aparcar, suspiró y se dio cuenta de que, en realidad, la tarea tenía mucho sentido: el Comisario Jefe Donald Oxley vivía para hacerle la cama.

Incluso por teléfono, un rato antes, había quedado claro como el agua.

—Probablemente solo sea otro que se ha tirado, Frank. Nada que merezca su valioso tiempo, pero es usted el único que tengo disponible.

Gilipolleces, pensó Frank.

—Aun así, necesito que le eche un vistazo. El procedimiento es el procedimiento.

Dios, tenía una suficiencia que a Frank le ponía de los nervios.

Había, por supuesto, un motivo para hacerle la cama, aparte de joder por joder.

Aquella era una de las muchas indirectas no tan sutiles de Donald para que *cogiera el camino de la jubilación*.

Solo cuando apagó los limpiaparabrisas se dio cuenta Frank de lo horrible que sonaba el viejo mecanismo.

No quería reemplazar a Bertha, pero últimamente no se lo estaba poniendo fácil.

La lluvia de abril salpicaba el cristal, y al momento sintió lástima por su fiel vehículo.

Le dio una palmadita al salpicadero. *No te preocupes, Bertha, hija, mientras yo me aferre a mi puesto con uñas y dientes, te ayudaré a que tú hagas lo mismo.*

Al salir del coche, le sorprendió el despliegue policial que había más adelante en el West Pier.

¿Seguro que Donald había autorizado esto?

Un rato antes por teléfono, le había ordenado específicamente que «mantuviera un perfil bajo». Un presunto suicida que se tira de un acantilado no debería justificar movilizar a todo el personal.

¿Acaso había habido alguna novedad?

Vio la furgoneta de la Científica y luego gimió al acercarse a un pequeño grupo de civiles congregados junto al cordón policial a la entrada del muelle, con los paraguas subiendo y bajando como champiñones oscuros.

Levantó la vista hacia la abadía, en el borde del acantilado.

Un buen número de personas se había tirado desde allí arriba a lo largo de los años.

Muchos cuerpos eran arrastrados por la corriente o quedaban atrapados en el fondo del océano, y nunca más se volvía a saber de

ellos. A veces, sin embargo, las tormentas del mar del Norte eran de tal calibre que los restos antiguos podían desprenderse y hacer una aparición inesperada.

Sintió pena por la chica que hacía pádel surf que había tropezado con aquella horrible visión. Al parecer, según Donald, la pobre muchacha se había topado directamente con los restos.

No era la mejor manera de empezar el día.

5

Siglos de bruma salina habían oscurecido los muros de piedra del West Pier.

En los días soleados, hordas de turistas deambulaban por la estructura, helado en mano, con las cámaras apuntando al faro o de vuelta hacia la abadía en la cima del acantilado.

Hoy, sin embargo, un cadáver arrastrado por la marea y un cordón en la entrada aseguraban que las únicas personas presentes vistieran uniformes o monos blancos.

No había helados, pero sí cámaras, y el movimiento era resuelto. Las olas del mar del Norte golpeaban los soportes de madera con un ruido sordo y hueco.

A Frank siempre le sobrecogía la inmensidad del mar gris e inquieto; cómo podía tragarse los secretos sin dejar rastro, para luego devolverlos cuando le venía en gana.

El océano no respondía ante nadie.

Tras registrarse en el cordón, vio al agente detective Reggie Moyes a un lado, ya enfundado en el mono y hablando por el móvil.

Frank se colocó tras él.

—¡No! —dijo Reggie al teléfono—. De ninguna manera… fue algo de una sola vez y… —Se giró y vio a Frank—. Y… ahora mismo… tengo que colgar.

Colgó y se le sonrojaron las mejillas. —Buenos días, jefe, vaya día de perros para esto.

—¿Para una escena del crimen o para *tu rollo de una sola vez*, Reggie?

Reggie tardó un momento en dar con una respuesta. Y cuando lo hizo, fue bastante floja. —No es lo que piensas.

—Joder, espero que no sea lo que pienso. —Frank negó con la cabeza—. ¿Organizando tu… —Se contuvo, y se alegró de haberlo hecho. Era demasiado pronto para mancillar el aire con reflexiones tan lúgubres. Se limitó a suspirar—. Es una puta escena del crimen.

—Te equivocas…

Joder, Reggie, déjalo ya, pensó Frank.

—Era un amigo, que me pedía que le echara una mano a otro amigo con… ya sabes, una rutina de gimnasio y…

—Tiene sentido… —dijo Frank, pensando en el entusiasmo con el que Reggie estaba cavando su propia fosa.

El bigote que tanto había ofendido a Frank en diciembre había desaparecido, sustituido por una barba bien recortada que le daba el aspecto de un gurú del fitness de esos de los anuncios de las redes sociales; aunque uno de una edad más distinguida, de más de cincuenta años.

Frank tuvo que aceptar a regañadientes que la barba le sentaba bien —a diferencia de su anterior intento de vello facial— y se dio cuenta de que ya no era material adecuado para meterse con él. Después de todo, solo serviría para llamar la atención sobre lo guapo y en forma que estaba Reggie, y eso no tenía ninguna gracia.

Aun así, tenía otros ases en la manga con los que reprender a su vanidoso colega. Como, por ejemplo… —¿Espero que tampoco tenga nada que ver con lo que hablamos el otro día?

—No.

Frank enarcó una ceja, intentando reprimir una sonrisita y mantener una expresión seria. —El asunto de Instagram.

—La llamada no tenía nada que ver con Instagram —dijo Reggie.

—Más te vale… ¿Recuerdas lo cabreado que estaba Don?

—¡Recuerdo lo exagerado que fue todo! —dijo Reggie.

—¿De verdad? Vi una auténtica mirada de desesperación en sus ojos cuando me pidió que te reprendiera por ello. Dijo que eras el único agente detective que había visto en su vida —agente, para el

caso— posando con pesas delante de la cinta de una escena del crimen.

Reggie bufó. —Como si eso desprestigiara al cuerpo.

—Él no está de acuerdo.

Reggie suspiró. —Es una sarta de gilipolleces. Solo estoy viviendo la vida a tope.

—¿Con mujeres que te doblan en edad colgando de ti como espumillón de Navidad?

—¡Son modelos de fitness! Es hacer contactos. Estoy montando un negocio para cuando me jubile.

—Bueno, si quieres que organice esa reunión con Don para que puedas explicarle tu glamuroso pluriempleo, la oferta sigue en pie.

Esperó.

Silencio.

—Como era de esperar… así que, escucha a tu tío Frank. Menos redes sociales y más centrarse en este trabajo. En fin, ¿a qué viene tanto despliegue de la Científica? Fue el propio Don quien me dijo que quería que esto fuera discreto.

Reggie se encogió de hombros. —Ni idea.

—Vale, vamos a echar un vistazo —dijo Frank. Había visto cientos de cadáveres durante su carrera. Cada uno le afectaba. Pero hacía tiempo que había dejado de verlo como una debilidad. El día en que se convirtiera en rutina —el día en que un ser humano reducido a un trozo de carne no le perturbara— sería el día de ceder ante Don y colgar la placa para siempre.

6

Tras enfundarse en los monos, avanzaron por el espigón. La mampostería centenaria estaba resbaladiza por la humedad, y los cubrezapatos apenas tenían agarre. Las gaviotas sobrevolaban en círculos; seguramente preparándose para picotear su cadáver cuando se cayera de culo y se partiera el cuello.

Un momento antes, el mar había estado como un plato; ahora, olas azotadas por el viento se agitaban sin descanso. A Frank le asombró lo rápido que podía cambiar el mar. Más adelante había otras personas con monos blancos, arrodilladas alrededor de los restos; figuras fantasmagóricas en la gris mañana. Frank se fijó en que los buzos hablaban entre ellos.

Vio a la Jefa de la Científica, Helen Taylor, que también había sido amiga de su difunta esposa. Cuando vio que Frank, Gerry y Reggie se acercaban, fue a su encuentro.

—¿Qué tal, Hel?

—Bien. O al menos lo estaba hasta que el mar ha escupido esto. —Señaló por encima del hombro. Miró a Frank de arriba abajo, como siempre hacía en estas ocasiones, para ver cómo lo llevaba; lo vigilaba en nombre de Mary—. Pareces cansado.

—Siempre.

—Bonito traje nuevo, por cierto. —Le guiñó un ojo—. ¿Tu recompensa por haber perdido esos kilos?

—¿Qué? ¿Tener que gastar dinero es una recompensa? —preguntó Frank.

—¿Te estás poniendo a punto para la boda?

Por un momento, pensó que Helen podría estar gastándole una broma sobre su incipiente relación con Evelyn, pero entonces se dio cuenta de que ella no bromearía con eso. Al fin y al cabo, Mary había sido su mejor amiga. Así que eso significaba que se refería, sin malicia, a la inminente boda de Gerry.

—Supongo..., aunque seguramente ella no querrá que me ponga uno que he estado paseando por escenas del crimen, así que tendré que gastar más dinero. —Le sonrió a Gerry.

—Bien —dijo Helen—. Es una responsabilidad enorme; tienes que estar impecable.

—No estoy seguro de que ser un espectador y vaciar la barra libre sea una responsabilidad...

Por alguna razón, esto pareció incomodar a Helen. Pero él no estaba de humor para preguntar; la llovizna lo estaba calando.

—Creía que teníamos a alguien que se había tirado —dijo Frank.

—Y bien podría serlo —dijo Helen.

—¿No has recibido la nota de Donald sobre mantener un perfil bajo? —Frank enarcó una ceja.

—Sí.

—¿Y la has ignorado, entonces?

—¿A qué se refiere, Inspector Jefe? Simplemente he sido creativa con los recursos de que dispongo.

—Ya... creativa... —observó al nutrido equipo—. Ojalá tuviera yo tantos recursos con los que ser creativo.

—Serás el Director de investigación, así que a la larga lo agradecerás. —Le guiñó un ojo.

—Mmm. Si es alguien que se ha tirado, no creo que haga falta un Director de investigación. En fin, guíanos.

La doctora Nasreen Quereshi estaba arrodillada junto a un cuerpo cubierto con una sábana en una camilla, tomando notas en una tableta.

—¿Qué hay, Nasreen?

Nasreen levantó la vista hacia Frank y lo saludó con un asentimiento.

—Han traído a los peces gordos —dijo Helen, dándoles una palmada en el hombro a Frank y a Reggie.

—¿Peces gordos? Más bien vejestorios —dijo Frank.

—Habla por ti, jefe —dijo Reggie.

Frank lo miró de reojo.

—Vale, un vejestorio y un espécimen de hombretón, en forma y musculoso.

Helen se rio.

Frank sintió que Gerry se ponía a su lado. La miró y vio que ya estaba preparando el móvil para tomar notas.

Nasreen retiró la sábana.

Frank no era ajeno a los cuerpos arrastrados por el mar, por lo que se había preparado para cierto grado de descomposición, pero no hasta tal punto. El mar del Norte había reescrito por completo a quienquiera que fuese.

El rostro había desaparecido en gran parte, dejando un cráneo parcialmente cubierto de restos coriáceos, con los dientes expuestos en una mueca permanente. De las manos no quedaban más que los huesos; el mar había arrancado por completo la carne. Sorprendentemente, partes del torso permanecían relativamente intactas, quizás preservadas por los restos de lo que parecía ser un traje de etiqueta, ahora un sudario andrajoso de tela podrida.

—Puedo confirmar que es un varón —dijo Nasreen.

El sello de las profundidades —un olor rancio y salobre— no era abrumador, pero Frank aun así optó por respirar por la boca.

—Joder. ¿Cuánto tiempo lleva en el agua? —preguntó.

Nasreen señaló los restos.

—Es difícil con el mar. El agua fría ralentiza la descomposición, mientras que la vida marina puede acelerarla de formas impredecibles.

—¿Una estimación aproximada? —preguntó Frank.

—Este nivel de descomposición, combinado con la formación de adipocira en algunas secciones del torso... —Señaló unas manchas cerosas, parecidas al jabón—. Diría que lleva en el agua un par de

décadas, como mínimo. Dos. Pero es una estimación muy, muy aproximada a estas alturas.

—¿Dos décadas? —Las cejas de Frank se dispararon—. Hostia. Debió de quedarse bien atascado ahí abajo.

Frank se inclinó más, estudiando lo que quedaba de la ropa. Incluso en su avanzado estado de descomposición, había algo inconfundiblemente formal en la prenda. Aun así, no era del todo insólito encontrar a suicidas con sus mejores galas.

—¿Le has mirado los bolsillos en busca de identificación? —le preguntó Frank a Helen.

Ella puso los ojos en blanco.

—¡Buena idea! Ah, pero espera..., los bolsillos se han podrido...

—Mejor preguntar —dijo Frank. Señaló a los buzos con la cabeza —. ¿Y ellos? ¿Han encontrado algo? Una cartera, quizás...

Helen fingió sorpresa.

—¿No lo he mencionado?

Frank se contuvo de decir «no», dándose cuenta de que estaba siendo sarcástica.

—Entonces, ¿qué tenemos?

Helen levantó una bolsa de pruebas transparente. Él entrecerró los ojos para observar un objeto metálico, corroído pero que aún brillaba débilmente a la luz del sol.

—¿Una pluma?

Helen asintió.

—Joder, menuda decepción comparado con una cartera y una identificación...

—Estaba atrapada en el forro de la chaqueta —explicó ella—. Eso la protegió de lo peor de los elementos.

—¿No somos afortunados? —dijo Frank.

—Bueno, es una pluma bastante elegante —dijo Helen.

—Es una pluma, Hel...

—De hecho, es una Carmichael —dijo Gerry, y Helen asintió.

—¿Y qué es una Carmichael? —preguntó Frank.

—Carmichael & Sons son fabricantes de plumas de Edimburgo —dijo Gerry—. Llevan en el negocio desde la época victoriana.

Volvió a mirar el bolígrafo y luego a Gerry. Había que reconocer que ella rara vez perdía el tiempo en trivialidades. —¿Vale, y cómo exactamente nos ayuda un boli de lujo a identificar un cadáver que lleva macerándose en el mar del Norte desde que yo todavía entraba en mis camisetas de Iron Maiden?

—Un instrumento de escritura artesanal como este empieza en unas tres mil libras hoy en día, y llega hasta las veinticinco mil en las ediciones limitadas —señaló Reggie.

Frank se quedó mirando al sargento detective. —¿De verdad acabas de decir eso?

Reggie se encogió de hombros.

—Son un buen regalo de bodas —dijo Helen, guiñándole un ojo.

—Sí, si vendiera mi bungaló —dijo Frank.

—Acércate y mira el clip —dijo Helen.

Frank se inclinó más. A pesar de la corrosión, pudo distinguir un grabado.

—Tendré que limpiarlo bien de vuelta en el laboratorio —dijo Helen—, pero eso será la marca del fabricante y posiblemente un número de serie. Debería poder recuperarlo.

—Bueno, estoy seguro de que tendremos el historial dental antes de llegar a eso. —Asintió, pero entonces captó la mirada de decepción de Helen—. Aun así… es un hallazgo cojonudo. Bien hecho.

Volvió a centrar su atención en el cuerpo. —¿Alguna idea sobre la causa de la muerte?

—Hay un traumatismo importante en el cráneo y en las vértebras superiores —dijo Nasreen, girando con cuidado los restos para mostrarle a Frank la parte posterior del cráneo—. ¿Ves estas fracturas? ¿Y aquí, la forma en que está dañada la columna?

Frank asintió con gravedad. —¿Compatible con una caída? ¿Como si alguien saltara desde una gran altura?

—Posiblemente —dijo Nasreen con cautela—. Pero este tipo de daño también podría producirse post mortem, si el cuerpo se golpea contra las rocas o los pilares del muelle. El mar no es amable con sus muertos.

—Entonces, ¿no puedes distinguir entre suicidio y asesinato?

—El cuerpo está en muy mal estado. Y podría haberle pasado cualquier cosa mientras estaba en el mar. Pero haré todo lo que pueda cuando vuelva al laboratorio.

Frank se enderezó, con la protesta de sus rodillas. Bajó la vista hacia los restos, respiró hondo y se tomó un momento para concentrarse. Intentar ver más allá de la descomposición al hombre que había sido una vez era, sin duda, una tarea difícil. —¿Qué más puedes decirme?

—Es difícil. Como ya he dicho, el cuerpo está bastante deteriorado. Observando la estructura ósea y el deterioro de las articulaciones, diría que no era un hombre joven… —Nasreen señaló varias características mientras hablaba—. Cambios artríticos en las manos, enfermedad discal degenerativa en lo que queda de las vértebras. Alguna evidencia de fracturas curadas en las costillas y en el antebrazo izquierdo; lesiones antiguas, de años antes de la muerte. Por ahora, diría que entre cuarenta y sesenta años, pero eso si me aprietas… Necesito más tiempo.

Se dio cuenta de que Helen se había acercado a los buzos. Uno acababa de salir del agua y estaba de pie junto a un hallazgo.

Helen estaba arrodillada y examinaba una vieja red de pesca enrollada. —Esto lo han cortado de una maraña de redes de pesca del fondo marino. Todavía quedaba un trozo sujeto a la pierna del fallecido, que he metido en una bolsa de pruebas. Mi mejor conjetura es que esta red lo mantuvo sujeto o anclado, impidiendo que fuera arrastrado mar adentro por completo. Tenemos suerte de que no lo fuera.

Frank asintió lentamente. —Suerte… no estoy seguro de que esa sea la palabra que use Donald.

Frank miró a los buzos, que Helen había hecho venir.

Había hecho bien en hacerlo.

Se preguntó si él hacía bien en pedir que se quedaran.

Vio mentalmente una imagen de Donald echando chispas.

—Que se queden los buzos —dijo Frank, apartándola para poder hablar con franqueza—. Que bajen ahí otra vez, a ver si hay algo más en la turbidez. Es una posibilidad remota, lo sé. Muchos cuerpos que arrastra el mar son de suicidas, pero no todos.

—Las grandes mentes piensan igual —dijo Helen.

—O las estúpidas —añadió Frank. Señaló con la cabeza el borde del acantilado—. ¿Crees que sobreviviría a esa caída?

—Improbable.

—Es que puede que me arrojen por él cuando Don se entere de los costes.

El móvil de Frank vibró en su bolsillo.

Miró el nombre en la pantalla y suspiró.

Hablando del ruin de Roma.

7

Frank se alejó unos pasos antes de responder.

Aunque la llovizna había cesado, notó que la niebla se estaba espesando y una humedad pegajosa se le adhería a la piel.

—¿Cuál es la situación ahí? —el tono de Donald era cortante.

Claro que ser cortante era el estado por defecto del comisario jefe.

—Como ya sabe, señor, hemos recuperado un cuerpo del puerto. Varón, entre cuarenta y sesenta años. Ha estado en el agua durante décadas. De momento, hemos recuperado…

—¿Décadas? —el tono de Donald se volvió aún más cortante, lo cual era impresionante, teniendo en cuenta lo cortante que ya era.

—Sí…, décadas…

—Decepcionante. Creía que resultaría ser Graham Pemberfield, el que se fue de cabeza al agua el mes pasado. Mierda. Aun así, es alguien que se tiró, sea un caso antiguo o no, estoy convencido. Así que vamos a darle carpetazo y a no malgastar recursos.

Frank miró hacia la escena del crimen. *Un poco tarde para eso, Donald*, pensó. —Señor… no puedo pasar por alto el hecho de que los cuerpos acaban en el agua por multitud de otras razones y…

—¿Frank?

—¿Señor?

—No siga. Vaya a comprobar las estadísticas antes de que tengamos esta conversación.

Mira, Donald, pensó Frank. *Los tacaños han estado de moda durante décadas y entiendo perfectamente cómo ha acabado usted en esa torre de marfil..., pero aquí abajo, en el mundo real...*

—Tal vez debería hablar con Nasreen, entonces, señor —sugirió Frank—. Ni de lejos ha concluido que sea un suicidio.

—Esa gente tarda una eternidad en concluir nada. ¿Causa de la muerte? ¿Hay traumatismos compatibles con una caída?

Frank sintió que se le tensaba la mandíbula. —Sí, pero sigo pensando que deberíamos reunir todo lo que podamos mientras podamos.

—No requiere un equipo completo en mitad de una revisión presupuestaria.

—El personal de la Científica no se ha cortado un pelo, señor… y eso no ha sido bajo mi supervisión. Se han adelantado antes de que usted me llamara.

—Joder. Eso es porque no le asigné el caso hasta que fue demasiado tarde. Se suponía que lo iba a llevar el sargento detective Singleton, pero luego ha tenido una emergencia familiar.

—Pero yo apoyo su decisión —dijo Frank—. El fallecido lleva un traje caro y una pluma estilográfica en el bolsillo que vale miles de libras. No es el típico equipo de un suicida.

—¿Desde cuándo la gente que se suicida está en su sano juicio? —dijo Donald.

—Cierto. Pero seguro que una pluma cara merece la pena dejársela a alguien, ¿no?

—Quizá no haya nadie más. ¿Quizá por eso lo hizo?

Frank suspiró. Realmente, no merecía la pena.

—De hecho —dijo Donald—, ¿puede que se le olvidara que llevaba la pluma en el bolsillo?

Lo que Frank quería decir era: *De acuerdo, en ese caso, me voy a casa y encárguese usted, señor. Mi opinión nunca le ha importado un pimiento.*

Aun así, Frank no se molestó en responder y dejó que el silencio se prolongara.

—¿Qué tipo de pluma? —preguntó finalmente Donald.

—Carmichael & Sons —dijo Frank, preguntándose por qué le interesaba siquiera—. Una casa elegante de Edimburgo. Cuestan miles.

—Lo sé. Buenas plumas.

—¿Tiene usted una, señor?

—Sí.

Por supuesto que la tenía, probablemente una paga extra de fin de año de los altos mandos por mantener los costes bajos.

Donald dijo: —Cuento con usted para que no eche la casa por la ventana, Frank.

Frank enarcó una ceja y volvió a mirar la escena del crimen. Los oficiales de la escena del crimen, los buzos, los agentes y el equipo de la Científica ya estaban trabajando a destajo; todo el circo se extendía por el muelle. La alfombra roja estaba completamente desenrollada. Sonrió. —¿Podemos al menos acelerar el análisis dental, señor?

—Por supuesto —dijo Donald—. Así nos lo quitaremos de en medio más rápido.

Frank se guardó el móvil en el bolsillo y se dio la vuelta para encontrarse a Gerry acercándose.

—Pareces cansado —dijo Gerry sin preámbulos.

—¿Helen y tú habéis tenido tiempo de intercambiar impresiones, entonces?

Gerry negó con la cabeza. —No ha habido tiempo. Pero tengo previsto hablar con ella este fin de semana.

—Ah, qué bien. ¿No puedes decirme algo más alentador? ¿Como «zapatos nuevos y bonitos, señor»?

Gerry bajó la mirada y se quedó observándolos. —Son nuevos, pero no más bonitos que el par anterior. Es el mismo zapato.

—¡Pero están más limpios! Me dijiste que los otros estaban rozados y sucios.

—Sí, pero no esperaba que compraras los mismos. Para eso podrías haber limpiado el par anterior.

—Prácticamente me dijiste que los cambiara.

—No, no lo hice. Fui sutil, como siempre me dices que sea.

—¿Sutil? ¿Cómo diablos es sutil decirme que mis zapatos parecen una mierda?

—Porque quería decir que los zapatos parecían pasados de moda y que, en realidad, no te pegaban nada. Pensé que eso podría ofenderte. Para ser más sutil, pensé que, si te decía que estaban rozados, los cambiarías por algo moderno.

Frank no podía creer lo que estaba oyendo. —¡Estos costaron casi ochenta libras!

—Eso no los hace modernos y no hace que te sienten realmente bien.

—Dios santo. —Respiró hondo, se frotó la frente y levantó una mano—. Asumo toda la responsabilidad. No vuelvas a ser sutil nunca más. Solo dime las cosas como son, dame una oportunidad.

—Creo que deberías cambiarlos —dijo Gerry.

—Vete a la mierda —dijo Frank, dándose la vuelta antes de soltar más comentarios mordaces—. Lo siento… es que prefería cuando hablábamos de mis niveles de cansancio.

—Un mal patrón de sueño puede reducir la función cognitiva hasta en un treinta por ciento.

—¡Tú solo duermes cuatro horas por noche!

—Lo sé. Y reduce la mía en un treinta por ciento, pero sigue siendo excepcionalmente alta, y valoro la productividad extra que obtengo como resultado.

La observó por un momento. —Vale, eso de la productividad extra suena bien…

Gerry negó con la cabeza. —A tu edad, me temo que provocaría un deterioro cognitivo.

—Joder. La verdad, pensándolo mejor, volvamos a lo sutil…

—No ha habido ni rastro de Maddie, ¿verdad?

Frank negó con la cabeza y se preguntó por qué su equipo parecía obsesionado con dormir poco.

—Espera, ¿no se suponía que te ibas a quedar en lo de tu hermana?

Gerry asintió. —Así era.

—Bueno, si aún tienes intención de ir, ya te puedes marchar. Lo tengo todo controlado.

—Mi hermana ha venido aquí. Está esperando en el coche. Me dejará en casa.

—¿No tenías planeado quedarte a dormir?

—Lo tenía. Pero ha pasado algo que… ha alterado la situación.

—¿Maddie? —preguntó Frank.

—No, es… una larga historia.

—Estoy seguro de que lo es —dijo Frank—. ¿Y le has dicho que podría tener que esperar un par de horas?

Gerry asintió. —Está acostumbrada. Y yo la esperaba fuera de la cárcel durante casi el mismo tiempo.

—¿Qué?

Frank abrió la boca para preguntar más, pero se dio cuenta de que Gerry ya lo había dejado atrás, dirigiéndose de nuevo hacia la escena del crimen.

—No —dijo Frank, maravillado de lo bien que le había calado con lo del setenta por ciento.

—¿Quizá pueda ayudarte a crear un patrón de búsqueda más sostenible? ¿Uno que no ponga en peligro tu salud ni nuestro trabajo?

No, pensó él. —Gracias por el ofrecimiento. Ya te diré algo. —Cambió el rumbo de la conversación para explicarle las dudas de Donald a la hora de convertir el macabro hallazgo de esa mañana en una investigación—. Al menos, ha agilizado lo de los registros dentales, pero me imagino que nos esperan más obstáculos...

Hablaron del cadáver durante unos minutos hasta que Gerry, de forma impredecible, dijo:

—Llevo tiempo queriendo preguntarte una cosa.

—¿Sobre qué?

—La boda... —dijo ella.

Curioso. Respiró hondo. No se trataba de dinero, desde luego. Los padres de Tom estaban forrados.

—Soy todo oídos —dijo él, sonriendo.

Ella asintió, apartando la mirada.

—¿Gerry?

Respiró hondo, volvió a mirarlo y dijo:

—¿Podrías llevarme tú al altar?

Frank se la quedó mirando.

—¿En la boda? —continuó ella, probablemente preocupada por si no había entendido la pregunta.

¡Pero la había entendido perfectamente!

De repente, el prolongado y atónito silencio se hizo evidente. Debía de parecer un maniquí.

—¿Frank? ¿Estás bien?

—Sí... claro... es que me has pillado por sorpresa.

—Lo siento.

—No, en absoluto. Es solo que... bueno... —Hizo un gesto hacia la escena del crimen que lo rodeaba—. La verdad es que no me lo esperaba, ya sabes. Aquí.

Gerry asintió. —Contexto equivocado. He sido impulsiva y...

-No, no, no digas tonterías. Es una petición bonita..., una petición preciosa. Me siento halagado... —Se interrumpió, mientras la ansiedad le invadía el cuerpo.

—¿Entonces lo harás?

Frank tragó saliva y dio un paso atrás. —Pues... verás... la cosa es que... —Inspiró hondo y se frotó la frente con dos dedos—. Estoy un poco aturdido... Eh... ¿por qué yo?

—Eres lo más parecido a una figura paterna que he tenido desde que murieron mis padres. —Lo dijo con claridad y sin dudar.

—Vaya. Qué bonito... supongo. Porque tengo cierta edad, me imagino.

—En realidad, no. No tiene nada que ver con tu edad. Eres mi mejor amigo.

—Joder... —Abrió los ojos como platos—. Perdona, no... eso es bueno... lo decía en sentido positivo... es algo muy bonito de decir.

¿Mejor amigo? Eso sí que era inesperado.

Sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—Y cumples todos los criterios necesarios... —Terminó con una gran sonrisa.

Él la señaló con el dedo y le devolvió la sonrisa. —Ya veo por dónde vas. Sarcasmo.

—Sí —dijo ella—. Al referirme a mi obsesión con los criterios, yo...

—No hace falta que lo expliques.

Pasó otro instante de silencio.

—¿Te hace feliz, Frank?

—Sí... claro... que sí. Que me lo pidas. Es algo precioso. —*Una locura,* pensó, antes de continuar—. Precioso... pero es que, bueno... —Miró hacia el mar y pensó en Maddie.

—¿Frank? —le apremió ella.

Y no solo en Maddie. Pensó en todas las personas a las que les había fallado en su vida. Allí estaba Mary, y otros amigos íntimos que había tenido a lo largo de los años.

—Lo siento —dijo en voz baja—, pero deberías pedírselo a otra persona.

—¿Por qué?

Se encaró con ella. —Porque, Gerry, hija, puedes encontrar a alguien mejor que yo.

—Eso no tiene mucho sentido. Te he elegido a ti.

¡Joder, pobre chica si no has podido elegir a nadie mejor que yo!, pensó. —Sí... puedes... no soy exactamente material para padre del año.

—Si te refieres a Maddie, es ilógico. Tu relación con Maddie no tiene nada que ver con tu capacidad para llevarme al altar.

—Claro que la tiene.

—¿Cómo? Las dos situaciones no comparten ninguna variable significativa.

—Es más que una situación, Gerry. Cuando llegas a mi edad y le has fallado a tanta gente como yo, entonces comprendes lo importante que es ser sincero con la gente.

—¿Sincero sobre qué?

—Soy una maldición, Gerry. Que te lleve yo, una bendición por mi parte... es el beso de... —Se interrumpió antes de decir «la muerte», dado el contexto—. Mira. Haría cualquier cosa por ti, Gerry... cualquier cosa menos esa.

—Pero no quiero ninguna otra cosa.

Justo cuando empezaba a ordenar sus pensamientos, una voz se abrió paso a través de la niebla.

Miró directamente a Samantha Wells, del Whitby Gazette. Se estaba agachando para pasar por debajo de la cinta policial, con un joven fotógrafo siguiéndola como un cachorrito ansioso. Cómo se las había apañado para pasar a los agentes era algo que no se explicaba.

Ya había tenido sus más y sus menos con ella en una investigación anterior. Una en la que su intromisión, en nombre de «la libertad de expresión» o, más exactamente, del cotilleo incendiario, casi le cuesta la vida a una joven. —Señorita Wells —dijo Frank, rodeando a Gerry para interceptarla—. Esto es una escena del crimen. No puede estar aquí.

—Inspector Jefe Black, ¿es cierto? —preguntó ella, ignorando por completo su afirmación—. ¿Un cuerpo recuperado del mar? ¿Encontrado por alguien que hacía surf de remo?

Frank negó con la cabeza. —Sin comentarios. Necesito que retroceda, señorita Wells.

—¿Sospecha que ha sido un suicidio, Inspector Jefe...?

—Sin comentarios. Y ahora, por favor, retírese...

—A menos, Inspector Jefe, que crea que es algo más que un suicidio. Hay una presencia policial bastante considerable aquí, Inspector Jefe Black.

—Está usted en una propiedad privada, señorita Wells.

—¿Tiene el público algo de qué preocuparse? ¿Está relacionado con alguna desaparición histórica?

—Último aviso...

Ella insistió, libreta en mano. —¿Tiene esto algo que ver con el Espectro de Whitby?

—¿El Espectro de Whitby? ¿Qué coño...? —Se detuvo. Demasiado tarde. Seguramente le sacaría punta a su arrebato de frustración y a su taco.

—Mire, señorita Wells, siento haber dicho una palabrota, pero se lo he pedido varias veces. En mi defensa, diré que estamos muy ocupados y está usted invadiendo una escena del crimen. Estoy considerando presentar cargos.

Reggie se acercó a su lado. —El Espectro de Whitby es el fantasma de un empresario que se tiró del muelle oeste en los

ochenta. Los pescadores afirman verlo durante las tormentas.

Frank le lanzó una mirada. Su mirada lo decía todo. *No te metas.*

Samantha sonrió. —Entonces la pregunta es: ¿ha vuelto el Espectro a casa?

—¡Fuera! —Frank señaló hacia el cordón, con la mano temblando de frustración—. Ahora. O... —Gritó al agente que controlaba el registro—: ¿Tiene sus esposas?

—Sí, señor...

—Me voy —dijo Samantha—. Pero póngase en contacto conmigo o denunciaré su lenguaje.

Él volvió a señalar el cordón con el dedo. Ella entornó los ojos y se dio la vuelta.

Él se giró buscando a Gerry.

Se había ido.

Joder...

¿Por qué la tenía que cagar siempre allá donde iba?

Suspirando, se dio la vuelta y se apartó, contemplando las olas coronadas de espuma.

El mar del Norte era un refugio de secretos.

No es de extrañar que estuviera siempre tan agitado.

Suspiró de nuevo. Haberle hecho daño a Gerry no pasaría a la historia como su mejor momento.

Pero, aun así, la decisión había sido la correcta.

Nadie se merecía la maldición de Frank Black cerniéndose sobre su matrimonio.

Alzó la vista hacia la abadía y el borde del acantilado y pensó en el hombre del traje con el bolígrafo Carmichael.

¿Saltaste desde ahí?

Siguió con la mirada la abrupta caída hasta el mar.

¿Qué lleva a un hombre a adentrarse en semejante oscuridad? ¿Qué sombras pueden ser tan insoportables como para que las profundidades parezcan preferibles?

El Espectro de Whitby.

Resopló.

Menuda sarta de sandeces.

Aun así, no podía ignorar la persistente sensación de que el hombre que yacía muerto en el muelle podría estar a punto de llevarlos a lugares oscuros. Lugares más oscuros, incluso, que las profundidades del mar del Norte. Hacia las olvidadas sombras del pasado, quizá, donde los viejos secretos se enconaban.

Y en esas sombras, sospechaba Frank, más les valdría encontrar un fantasma… un espectro que no pudiera hacerles daño, porque la alternativa era mucho más complicada.

Según la experiencia de Frank, aquellos que creían que sus secretos estaban a salvo, arrastrados por el tiempo y la marea, podían ser las personas más peligrosas de todas.

8

La sola idea de pasar la tarde en el Cuartel General, discutiendo con Donald por los recursos, le revolvía el estómago a Frank. De todos modos, era poco probable que hubiera novedades hasta tener los registros dentales por la mañana, así que optó por dirigirse al cementerio.

Hacía tiempo que no visitaba la tumba de Mary, principalmente por su preocupación por la casa okupa de Holbeck. También había estado pasando mucho tiempo con Evelyn Wainwright. Irónico, la verdad, teniendo en cuenta que era la viuda del hombre que había tenido una aventura con Mary.

Ahora, con su creciente relación con Evelyn, se sentía incómodo al acercarse a la lápida de su difunta esposa. Mantuvo la cabeza gacha, sintiéndose como un adolescente que había llegado a casa pasada su hora.

Se aseguró de haber quitado por completo la etiqueta del precio de las flores. Era algo con lo que se había obsesionado muchos años antes, cuando Mary se rio de él por regalarle las flores de aniversario con la etiqueta de 4,99 £ todavía pegada. Peor aún, al lado había otra pegatina que ponía '50 por ciento de descuento'.

Su argumento de que, sencillamente, no soportaba ver cómo se desperdiciaban las cosas cayó en saco roto.

Llegó a su lápida. —¿Qué tal, cariño?

Normalmente, sustituía los tallos marchitos de su visita anterior por las flores frescas, pero vio, con bastante vergüenza, que alguien ya los había quitado.

Además de sentirse incómodo, ahora se sentía abrumadoramente culpable.

Se arrodilló. Sus rodillas respondieron con un sonoro crujido. —¡Cric, crac, croc! —dijo, y se levantó de nuevo, haciendo una mueca de dolor.

Una vez había hablado con un viudo que no conseguía recordar cómo sonaba la voz de su ser querido.

La perspectiva había aterrorizado a Frank hasta tal punto que, años atrás, había instalado un pequeño banco junto a su tumba. Durante los últimos seis años, había pasado muchísimo tiempo sentado allí, hablando con la mujer a la que había amado más que a nada en el mundo.

Físicamente, puede que ella no pudiera responderle, pero él la había conocido tan bien que siempre podía oírla contestarle, con total claridad.

Estaba convencido de que, mientras siguiera respirando, no olvidaría su voz.

Se sentó y respiró hondo. Cerró los ojos y exhaló, lentamente.

En su mente, vio a Mary arquear una ceja. *¿Qué pasa, grandullón? Venga, suéltalo.*

Sonrió, y la incomodidad y la culpa se disiparon de repente. —¿Hay alguien que no me cale a la primera? —resopló—. Entre tú, Helen y Gerry, es como si fuera por ahí con mis pensamientos proyectados en la frente con luces de neón.

Siempre ha sido difícil no fijarse en ti.

—Espero que no te refieras a mi peso, cariño. He tenido que comprarme un traje nuevo.

No. Me refiero a lo jodidamente sensible que eras siempre.

—No hay nada de malo en llevar el corazón en la mano —dijo Frank con un guiño.

Había mucha rabia, Frank. Habría estado bien ver tus otras emociones más a menudo.

—Sí, bueno…, el trabajo siempre ha sido un cabrón. Además, ha aparecido un cuerpo en el puerto. De hace décadas. Un pobre desgraciado con traje, un bolígrafo caro en el bolsillo. Un suicida, probablemente. —Se miró su propio traje—. Podría haber sido yo, supongo… menos lo del bolígrafo caro, claro. —Se rio.

Pero eso no es lo que te preocupa ahora, ¿verdad?

—Ahí estás otra vez, cariño, calándome a la primera.

Porque estoy en tu puta cabeza, Frank.

—Sí, es verdad… pero sigamos con la farsa, que así soy más feliz. Bueno, a lo que iba, Gerry me ha pedido que la lleve al altar en su boda.

Y has dicho que no.

—¿Tan predecible soy?

Vio el rostro decepcionado de Mary.

Una pena.

—Lo sé.

Es un verdadero honor.

—Lo sé, cariño. Eso mismo le dije.

Deberías haber dicho que sí y punto.

Resopló. —¿Yo? ¿Hablas en serio?

Por el amor de Dios. Olvida lo que he dicho antes. No era solo rabia. También había mucha autocompasión ahí metida. —Puso los ojos en blanco.

Frank se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas. —¿Autocompasión? Sentido común, más bien. ¿Has olvidado lo que pasó el año pasado? Recuperamos a nuestra hija y yo lo jodí todo. No se me ocurre nada más ridículo que yo haciendo de padre de alguien. Ya sabes, por cómo habla Gerry de él, parece el mismísimo Jesucristo. Sustituirlo por mí probablemente sentará como un tiro a los amigos y familiares.

A Gerry le da igual lo que piensen los demás.

—Sí…, eso es verdad… por eso mismo le estoy haciendo un favor, en realidad. Habría un montón de gente descontenta viéndome desfilar por ese pasillo.

O sea que, al final, todo gira en torno a ti.

—¡No, claro que no! La estoy protegiendo para que no pase vergüenza.

¿Criticándola?

—¿Eh?

Pues a mí me parece que estás criticando sus decisiones.

—Sí…, puede ser…, pero yo no la criticaría a ella.

¡Al rechazar su petición, estás haciendo precisamente eso!

La señaló con el dedo. —Buen intento, cariño, siempre te has salido con la tuya.

Pareces tan cansado, Frank. No me extraña que no pienses con claridad. ¿Qué has estado haciendo?

—Lo de siempre. Intentando recoger los pedazos. Anoche pasé un par de horas en esa casa okupa de Leeds. Sigue sin haber ni rastro de ella. —Sintió que le empezaba a doler la cabeza. Hizo un cálculo rápido mentalmente y se dio cuenta de que llevaba una hora sin fumarse un cigarrillo de liar.

Pensó en las palabras de Rosie Heath, que le había soltado por Navidad. Habían sido frías, y todavía lo estremecían.

—¿Y si está muerta, Mary?

Un cuervo graznó desde un árbol cercano. Frank levantó la vista hacia el áspero sonido y luego sus ojos se dirigieron a la esquina lejana del cementerio: a una tumba que solía visitar y profanar con su propia orina, con regularidad.

Nigel Wainwright.

El hombre con el que Mary había tenido una breve aventura.

Había conocido a Evelyn junto a su tumba.

Volvió la vista a la lápida y recorrió con los ojos las letras grabadas del nombre de Mary. ¿Cómo podía hablarle de Evelyn a Mary?

Era ridículo, la verdad.

Si Mary de verdad pudiera oírlo, de todos modos le daría su bendición. Le diría que merecía ser feliz. Él lo negaría, pero ella insistiría. Siempre insistiría.

Aun así, la perspectiva de esa escenificación imaginaria le resultaba casi peor, porque le obligaría a enfrentarse a sus lealtades

contrapuestas: a su pasado con Mary y a su posible futuro con Evelyn.

Frank se levantó y dio unos pasos, con los zapatos hundiéndose ligeramente en la hierba húmeda junto al sendero. Cerró los ojos e imaginó que era de noche y estaba en el muelle Oeste. Delante, el viejo faro barría con su haz de luz el mar embravecido. —Ese hombre del traje —dijo Frank—. Si se tiró, ¿qué le empujó a hacerlo? ¿De qué oscuridad huía?

En su imaginación, dirigió su atención hacia la pronunciada caída del acantilado, cerca de la abadía. —¿Era la misma oscuridad de la que yo huía? ¿De la que sigo huyendo?

Abrió los ojos.

—¿Cuáles fueron sus últimos momentos? ¿Se estaría despidiendo de sus seres queridos en este mismo cementerio, con el bolsillo lastrado por una pluma cara y la mente abrumada por una decisión ya tomada..., justo antes de ese último viaje hasta el borde, mirando al abismo?

Recordó su propia desesperación similar en los días más oscuros tras la primera desaparición de Maddie, y luego, tras la muerte de Mary.

—Salvo que yo nunca di el paso. No tuve el valor.

Otros dirían que hace falta valor para echarse atrás.

—Salvo que nunca me sentí valiente. Temía la quietud. El silencio después de tanto ruido. Y el no saber qué acecha en las sombras. Fue la cobardía lo que me hizo retroceder.

El móvil sonó en su bolsillo; el sonido pareció anormalmente alto en el silencio del cementerio. Frank lo sacó, entrecerrando los ojos para mirar la pantalla.

Un SMS de Evelyn.

Espero que el día de hoy haya ido bien. Este fin de semana ha sido maravilloso. He estado pensando en ti.

Él sonrió, pero en cuanto se dio cuenta de que lo hacía, la sonrisa se desvaneció, superada por la conocida punzada de culpa. Releyó el mensaje, como si la calidez de sus palabras pudiera descongelar de nuevo el frío nudo de culpa que sentía en el pecho.

Había sido más fácil cuando simplemente odiaba a Nigel, cuando podía descargar su ira sobre Evelyn cada vez que se cruzaban.

Parecían daños colaterales en una tragedia.

Ahora, con la sonrisa de ella iluminando estancias que él había pensado que permanecerían en la oscuridad para siempre, ya no lo sentía así.

—No estoy preparado para hablar de ello, cariño —le dijo en voz baja a la lápida—. Lo siento.

Se guardó el móvil en el bolsillo sin responder. Poniéndose de pie con un quejido, se llevó los dedos a los labios y luego se inclinó y los apretó contra la parte superior de la lápida de Mary. —Resolveré esto. Todo. Te lo prometo.

9

El fresco del atardecer empezaba a calarle la chaqueta.

Debería haberse marchado de inmediato, pero, antes de poder echarse atrás, ya estaba en el sinuoso sendero que lo llevaba directo a la lápida de Nigel.

De pie ante ella, se percató de la ausencia de flores frescas. Evelyn no debía de haber venido hacía poco.

—¿Qué pasa, cabrón? —intentó añadir veneno a su tono, pero este brillaba por su ausencia—. No te preocupes, he cortado con la bebida, así que hoy no te voy a regar las flores; además, no parece que nadie te haya traído ninguna últimamente. Qué cosas, ¿eh?

Hizo una pausa, como si la piedra pudiese responder. Por supuesto, no lo hizo; se limitó a devolverle la mirada, impasible.

Frank cambió el peso de un pie a otro. —Nunca pensé que diría esto, pero tu mujer es toda una mujer. —Bajó la mirada y arrastró la punta del zapato por la hierba—. La verdad es que es increíble que te quisiera. Se merecía más. Algo mejor... —suspiró—. Y, desde luego, tú no te la merecías.

Una lluvia de pétalos arrastrada por una brisa fresca pasó flotando.

—Pues sí. Supongo que es discutible si yo me merecía a Mary.

La idea de tener algo en común con Nigel le provocaba náuseas.

—Me pregunto si alguien se meará en mi tumba en el futuro.

Volvió la vista hacia la tumba de Mary. Frank se quedó quieto un momento más y luego se dio la vuelta. Cerrarían las puertas pronto y no le apetecía nada tener que saltar el muro, aunque lo había hecho en bastantes ocasiones.

Ya en Bertha, se detuvo a pensar en lo que le había dicho a Mary sobre estar al borde del precipicio. Sacó el móvil y le escribió una respuesta a Evelyn.

Yo también he estado pensando en ti. ¿Te viene bien que quedemos mañana?

Le dio a enviar y luego arrancó el motor de Bertha.

Sentó bien alejarse del abismo.

10

Craig Stockdale deslizó suavemente el pincel por el lienzo. —Recordad, no luchéis por el control. —Dio un paso atrás y contempló su acuarela. Todavía le faltaba vida—. A dejarse llevar..., solo... dejarse llevar... —Cerró los ojos—. Ríndete a ello...

Craig abrió los ojos y, como por arte de magia, la luz del sol se abrió paso entre las nubes del exterior. Unos rectángulos alargados se extendieron por el gastado suelo de linóleo.

Había ocho caballetes dispuestos en círculo alrededor de un jarrón con claveles y lirios. Las flores contrastaban con su desafiante alegría contra las paredes de color verde institucional del gran salón.

Se apartó un momento de su cuadro para dar una vuelta, repitiendo sus instrucciones de «dejarse llevar» en lugar de «controlar». No quería que recrearan el jarrón y su contenido, sino que se inspiraran en él. Su delantal salpicado de pintura susurraba suavemente mientras se movía. Mantenía sus pasos medidos, sin prisas, sin titubeos. Un movimiento brusco podría perturbar esa fluidez.

—Pintar es como boxear. Ritmos regulares, golpes instintivos... pero con un pincel. ¿Qué fue lo que dijo Muhammad Ali?: «Flota como una mariposa».

—Te escucho, Muhammad —le contestó Morris.

Morris sí que parecía relajado, pero no era el caso de todos. La mayoría de los hombres estaban encorvados, con el ceño fruncido.

La tensión en sus hombros delataba la lucha. Aunque no era esto lo que Craig quería, formaba parte del proceso. Fluir era el resultado deseado, pero solo se podía alcanzar cuando el estrés y el dolor se liberaban.

Y estos hombres tenían mucho estrés y mucho dolor.

Alan parecía especialmente angustiado. Se acercó y le susurró: —No forcejees..., no tienes que someterlo. Pinceladas suaves..., eso es...

—¿Como hacerle el amor a una mujer hermosa? —preguntó Alan.

Sus alumnos se rieron.

—O a un hombre —siseó Phil.

—No puedo decir que haya probado con ningún hombre hermoso —replicó Alan.

—Yo podría solucionarte eso —dijo Phil, y le guiñó un ojo.

Los ocho se estaban riendo a carcajadas.

Craig dio una palmada. —Bueno, a lo vuestro, gente... —Se inclinó más hacia Alan—. Sobre todo tú.

—Lo siento, C —dijo Alan.

Le apretó el hombro para demostrarle que no había resentimiento.

Craig se detuvo ante el lienzo de Jayden, con los ojos muy abiertos. —Fantástico...

Jayden, el más joven de ellos, se giró, con sus rastas ondeando. —¿Te gusta, C?

—¿Y qué es lo que no me va a gustar? —preguntó Craig.

Jayden sonrió.

El joven había aceptado el reto con entusiasmo. Había transformado el sencillo arreglo floral en algo significativo y emotivo. Las flores emergían de las pequeñas manos ahuecadas de un niño. Los pétalos se estiraban y se curvaban. Los colores se mezclaban y se fundían donde no debían, creando nuevos matices que, de alguna manera, tenían todo el sentido del mundo.

—Me emocioné pintándolo —dijo Jayden.

—Y yo me emociono al mirarlo.

—¿Quieres que te lo explique, C?

Craig enarcó las cejas. —No. Funciona. Eso es todo lo que importa.

Alan, curioso, se había acercado a echar un vistazo. —¿Pero es que es totalmente diferente, no?

Craig dirigió su sonrisa a Alan. —¿Es que no escuchas ni una palabra de lo que digo? No quería una copia. Quería una interpretación.

—Deberías habernos dicho que lo hiciéramos raro y ya está —dijo Alan.

Un par de resoplidos resonaron en la sala.

—¡Eh! —Jayden entrecerró los ojos—. Cuidadito con esa boca de necio, o iré a cerrártela yo mismo.

—Mucha labia para ser Salvador Dalí —dijo Alan.

—¿Eh? —dijo Jayden.

—Me sorprende que sepas quién es, Alan —dijo Craig—. Venga..., guardad las uñas. —Miró a Alan—. Está bien que te parezca raro. Todos tenemos derecho a reaccionar ante el arte como queramos.

—Incluso con ignorancia, Alan —terció Phil, provocando más risas.

—Que os den a todos —dijo Alan, pero Craig se dio cuenta de que se lo estaba tomando con humor.

Eran un buen grupo, y su relación era sólida.

Volvió a mirar a Jayden. —Buen trabajo.

—He decidido que quiero explicarlo.

—Puedes hacerlo, pero no te sientas obligado por la crítica.

—Mi abuela solía llevarme a recoger flores silvestres después de que muriera mi madre —dijo, bajando la voz hasta casi un susurro —. Pero nunca las poníamos en jarrones. Decía que era cruel, como meter pájaros en jaulas. Las ahuecábamos en las manos, mirándolas cada vez más de cerca, para que los pétalos parecieran expandirse y crecer. A medida que nos movíamos y la intensidad de la luz parecía cambiar a nuestro alrededor, también lo hacían los colores...

Craig asintió, la comprensión floreciendo en su interior. —Se percibe claramente, Jayden. La tristeza por la pérdida de tu madre enmarcada por la seguridad y el calor de tu abuela. El no querer destruir la naturaleza, solo tocarla, acariciarla.

Craig le apretó ligeramente el hombro a Jayden antes de continuar. Qué gran incorporación había sido al grupo.

El siguiente era Morris.

A pesar de que el corpulento hombre tenía antebrazos tan gruesos como postes de una valla, no había necesidad de pedirle a Morris que aflojara. Para quienes no lo conocían, Morris podía parecer intimidante y aterrador, pero en realidad, era de naturaleza apacible, con un maravilloso sentido del humor autocrítico.

—Venga, C. En una escala del uno al diez. Siendo uno una mierda y diez una mierda muy grande.

—¿Podrías ampliar la escala hasta el doce? —dijo Alan.

—¡Pero si ni siquiera has mirado, joder! —siseó Morris.

—Vi los tres últimos —dijo Phil—. Y el diez no era suficiente.

—Aparca, viejo listillo.

—No le hagas caso, Morris —dijo Craig—. Aquí hay honestidad. Y eso importa más que la destreza técnica.

—Pero ¿estoy mejorando? —dijo Morris.

Craig miró más de cerca.

Las flores de su lienzo eran caricaturescas, pero sinceras; cada pétalo estaba dibujado con esmerada atención.

—Ya hemos hablado de esto, Morris, no es algo lineal. No estamos aquí para progresar, sino para expresarnos.

Morris sonrió y se llevó una mano grande al pecho. —¿Pero estoy mejorando a la hora de expresarme?

—A ti nunca te ha costado expresarte, Morris —bromeó Phil.

Craig le dio una palmada en el enorme hombro a Morris. —Está bien, grandullón. —Sonrió y volvió a su caballete—. Vale, últimos cinco minutos, silencio absoluto y… que alguien me recuerde.

Unos tres del grupo respondieron «fluir» a pleno pulmón.

Craig sonrió. —Buenos chicos.

Mientras los hombres seguían pintando, él cogió el pincel, lo mojó en agua y dio una pincelada. El pigmento beis floreció sobre el papel.

La campana sonó con una brusquedad discordante.

Craig suspiró. El tiempo siempre parecía tan corto en aquel lugar especial.

—Muy bien, muchachos, ya sabéis cómo va —dijo Wilson desde la puerta.

El grupo se movió sin vacilar, quitándose las batas salpicadas de pintura para revelar debajo sendos chándales de color azul marino, de reglamento en la prisión de Su Majestad de Full Sutton. Los pantalones eran de cintura elástica, sin trabillas ni cordones; la parte de arriba no tenía capucha, nada que pudiera convertirse en un arma o usarse para autolesionarse.

Alan estaba colgando su delantal en el perchero cuando Wilson, el jefe de guardias, se acercó con un manojo de llaves tintineando en el cinturón. —Wilson… déjeme que le pinte un retrato la próxima vez. Tiene usted una cara de lo más clásica, de verdad que sí.

Wilson bufó. —¿Y tiene usted la maña suficiente para algo tan apuesto?

Alan resopló. —Cuando le haya metido mano, podrá usarlo de perfil en Tinder. Internet va a estallar.

—No estoy seguro de que a mi mujer le haga mucha gracia.

Alan le guiñó un ojo. —Será nuestro secreto.

—Además, ¿qué demonios sabe usted de Tinder? Si parece que lleva aquí desde antes de que tuviéramos internet.

Los hombres se rieron.

—Wilson —dijo Phil—. Alan solo busca sacar tajada. Yo se lo hago gratis.

—Ja —dijo Alan—. Me encantaría ver eso. Ya sabes que te va a emparejar con todos los solteros de oro de la red.

—Desde luego. —Phil guiñó un ojo—. Si no puedo tenerte para mí, será mejor que te comparta con los míos.

Todos aullaron de la risa.

Cuando pararon, Wilson bufó. —Andaos con ojo, panda de listos. Puedo colocar estos lienzos en aislamiento.

—Nunca nos haría eso —dijo Morris—. Somos sus favoritos.

—Soy un funcionario de prisiones, Morris, no un puñetero profesor. Una broma más sobre mi cara bonita y me temo que se quedarán mirando paredes en blanco.

—Una tortura —dijo Craig.

—Quizá… os proporcione fotos de arcoíris —replicó Wilson con un guiño.

Los ocho hombres salieron en fila con varios guardias mientras Wilson y Craig se quedaban atrás para recoger. Craig observó a sus alumnos marcharse. En cuestión de minutos, la ligereza que todos habían mostrado durante la última hora se desvanecería. Las mandíbulas y los hombros se habrían tensado y las máscaras habrían vuelto a su sitio.

Mostrar vulnerabilidad aquí dentro podía acarrearte alguna que otra broma amistosa.

Ahí fuera, era prácticamente un suicidio.

Craig fue limpiando los pinceles metódicamente y guardándolos para la siguiente sesión.

—¿C? —dijo Wilson. Estaba de pie junto al caballete de Craig.

—¿Sí?

—Creía que el ejercicio eran flores.

—¡Eres peor que ellos! —dijo Craig—. Una traducción de las flores.

Wilson parecía confuso. —Ya… pero no hay traducción… no se ve ni una flor.

Craig respiró hondo y asintió. —No… tienes razón.

—¿Quién es el chico?

Craig dio la vuelta para volver al caballete y se colocó junto a Wilson.

Los barrotes de la ventana habían proyectado sombras profundas sobre el retrato, dividiendo el rostro del niño en luz y oscuridad.

—Thomas.

Wilson lo examinó con la mirada, esperando a que diera más detalles.

—Mi hijo.

—Ah… ya veo… —dijo Wilson—. Lo siento.

Todo el mundo sabía que su hijo se había suicidado a los veinticuatro años en 2015, pero muy poca gente sabía su nombre.

—No pasa nada —dijo Craig—. Era un buen chaval… en el fondo.

Wilson asintió.

—A veces me preocupa que se desvanezca entre las sombras en los márgenes de mi memoria.

Wilson le apretó el brazo. —Seguro que no lo hará. Sobre todo si sigues pintándolo tan maravillosamente.

Wilson siguió recogiendo.

Los ojos de Craig volvieron a posarse en su cuadro. La luz que entraba por las ventanas enrejadas cambió de nuevo, esta vez sumiendo la sala en una sombra más profunda. De repente, los ojos de acuarela de Thomas se volvieron bondadosos.

Y llenos de perdón.

Pero ¿era esa la verdad?

¿O simplemente las sombras jugando de nuevo sus viejas tretas?

Las sombras siempre habían tenido la mala costumbre de jugar con las percepciones de uno.

11

Vicky Mallinson recorrió con la mirada los rostros expectantes. Demasiados para contarlos. Pero, al parecer, eran poco menos de tres mil.

Todo un récord.

Aquella noche, el Albert Hall estaba a rebosar de diamantes y riqueza.

Vicky alargó la mano hacia el pie del micrófono; el frío metal supuso un agradable contraste con el calor que irradiaban los focos del escenario sobre ella. Luego, inspiró hondo, inhalando el sutil aroma a perfume caro y a madera pulida que ascendía desde las primeras filas.

A pocos minutos del final del discurso de clausura, Vicky no tenía motivos para estar nerviosa. El público estaba cautivado.

Dicho esto, había algo en la historia y la opulencia del Albert Hall —sus asientos de terciopelo rojo, sus balcones dorados y sus lámparas de araña de cristal— que seguía imponiendo.

Exigía respeto. Tenía que salirle perfecto.

Se permitió otra inspiración mientras se giraba y miraba la gran pantalla.

El nombre de la organización benéfica que había fundado: REFLECT.

Debajo, el eslogan, cada día más famoso. *¿Qué queremos en realidad para nuestros hijos?*

Cuando se volvió, distinguió una melena corta plateada muy característica en la primera fila. Clavó la mirada en los ojos de la ministra del Interior y le dirigió la siguiente frase directamente a ella. —¿Cuando nos preguntamos qué queremos en realidad para nuestros hijos, es una piel sin imperfecciones? ¿Cuerpos tonificados? ¿Una simetría perfecta en sus rostros? ¿Dientes resplandecientes? —Paseó la mirada hasta la última ganadora del Premio Booker, Lucinda Grace, que le devolvió una mirada intensa—. ¿O queremos resiliencia? ¿Compasión? —Lanzó una mirada a la última sensación del pop, Davina Frederick, que se apartaba el flequillo de los ojos con torpeza—. ¿Una autoestima robusta y sólida?

Hizo una pausa y trató de escuchar los sutiles cambios en la respiración. Y, aunque tal detección era imposible, sí que percibió esa quietud colectiva que se produce cuando miles de personas escuchan de verdad.

Se colocó de lado al micrófono para poder mirar a la pantalla mientras hablaba. Un vídeo mostraba una sucesión de jóvenes. Hombres y mujeres con diferencias visibles, otros sin ellas, pero ni uno solo que cumpliera con la imagen estándar y burda de la belleza tradicional. —Los hemos oído —dijo Vicky—. *A todos ellos*... hay una nueva confianza en sus voces. REFLECT ha trabajado con cuatro mil jóvenes de todo el país solo este año. Ha asignado mentores en ochenta y siete colegios. —Le sonrió a la ministra del Interior—. Hemos ayudado a redactar una legislación que atacará con todo el arsenal la discriminación por motivos de apariencia. Va a desaparecer de nuestra sociedad —inspiró hondo para poder pronunciar la siguiente frase con verdadera fuerza— para siempre.

Estalló una fuerte ovación.

Sintió cómo hacía vibrar las tablas del suelo bajo sus pies y se le disparó la adrenalina.

El momento era electrizante.

Con el pulso acelerado, se aferró a los bordes del atril y, en la cresta de la ola, se desvió de las frases ensayadas. —¿Pero es suficiente? —Se hizo de nuevo el silencio. Ella lo llenó—. ¿Se acerca siquiera a ser suficiente? ¿Cuando los adolescentes con cicatrices, con marcas de nacimiento, con diferencias de cualquier tipo siguen

creyendo que deben esconderse, que deben cambiar, que deben disculparse por ocupar un espacio en el mundo? —Vicky irguió los hombros y el azul noche de su vestido captó la luz con el movimiento—. Les pregunto de nuevo, ¿qué queremos para nuestros hijos? ¿De verdad queremos un mundo donde la diferencia exija valor para poder vivir? ¿Donde el rostro de una persona —tenga el aspecto que tenga— sea simplemente un rostro, no una declaración, no una tragedia? —Inspiró hondo y se secó una lágrima de un ojo—. ¿No el remate de un chiste? —Se inclinó hacia delante, bajando la voz hasta casi un susurro, obligando al público a inclinarse, a concentrarse—. ¿Qué queremos de verdad para nuestros hijos?

Hubo un silencio sobrecogedor.

Se apartó del atril. —Gracias.

El silencio se alargó. Cerró los ojos y esperó. *Sabía* lo que iba a pasar.

Contó hasta tres.

Empezó lentamente: un puñado de aplausos que se multiplicaron rápidamente, creciendo hasta un estruendoso crescendo que pareció hacer temblar los mismos cimientos de la sala.

El lugar rugía.

Abrió los ojos para presenciarlo. Primero se levantó la primera fila, luego la siguiente; sección tras sección se pusieron en pie hasta que toda la sala estuvo de pie.

Podía *sentirlo*: una presión física contra su piel.

Habían hecho falta años para destilar su defensa en este momento perfecto de reconocimiento. Deseaba con todas sus fuerzas absorberlo todo: miles de personas escuchando su mensaje, escuchándolo de verdad.

Tragó saliva. Una lágrima le recorrió la mejilla derecha.

Hizo una única y elegante reverencia antes de salir por la derecha del escenario.

Como siempre, Mel la esperaba con una botella de agua.

Vicky se la cogió a su asistenta personal y luego la vio pasarse los dedos temblorosos por su pelo corto de color platino.

—Eso ha sido algo increíble —dijo Mel, extendiendo la mano y tocándole el brazo a Vicky, con los ojos llenos de orgullo.

Vicky le apretó la mano. Adoraba a Mel. Creía en todo por lo que Vicky luchaba y había estado con ella desde aquellos primeros tiempos, a veces desoladores.

Los sacrificios que Mel había hecho en su propia vida para ayudar en esta lucha nunca serían pasados por alto.

Mel se metió la mano en el bolsillo, sacó su móvil y lo levantó. —Has petado X oficialmente.

—Bien —dijo Vicky—. Es una noticia fantástica. Odio X..., pero supongo que lo necesitamos. —Bebió un trago largo. La adrenalina había estado bombeando tan intensamente que no se había dado cuenta de la sed que tenía.

—Y la ministra del Interior en primera fila —añadió Mel.

Vicky asintió.

—Lo he visto.

—Dios, lo estamos consiguiendo, ¿a que sí? —preguntó Mel. Su voz se convirtió en un susurro que solo Vicky pudo oír—. De verdad que sí.

—No cantemos victoria —dijo ella, pero en el fondo, sabía que estaban ganando.

A pesar de la acumulación de gente, la zona de bastidores estaba considerablemente más fresca que el escenario. Un cambio brusco de temperatura le puso a Vicky la piel de gallina en los brazos desnudos. El espacio vibraba de energía: técnicos desmontando equipos, personal del evento dirigiendo el tráfico, el murmullo de conversaciones importantes en los rincones.

—¡Vicky! —Zara Kent, empresaria tecnológica y presidenta de REFLECT, se acercaba a toda prisa, seguida de sus asistentes como si fueran satélites. También dirigía la junta directiva de REFLECT—. Un discurso extraordinario. El mejor que ha dado hasta ahora. Ha sido verdaderamente *jodidamente* extraordinario.

—Gracias, Zara.

—No..., gracias a usted. He estado sentada con Claudia Wake..., ¿sabe? ¿La ministra de Educación en la sombra?

—Sé quién es —dijo Vicky y sonrió.

—Claro que lo sabe, no me haga caso... Es que estoy eufórica. Y si ganan el año que viene, como se espera, quiere respaldar el

programa escolar. ¡Respaldarlo!

El número de personas detrás de Zara y su séquito crecía.

Era agotador de ver.

Tanta gente que quería hablar con ella, estrecharle la mano.

Dios, necesitaba un minuto para ordenar sus ideas. Acababa de dar un discurso en el Albert Hall, por el amor de Dios.

Se cruzó con la mirada de Mel, que también observaba con aprensión a la creciente multitud. Mel asintió: su código silencioso, establecido hacía años. Cinco minutos más de esto y luego Mel la sacaría de allí antes de que se sintiera demasiado abrumada.

La fundadora de Cosméticos Aker, Amani Aker, apareció a su lado. Había acaparado titulares el año anterior al lanzar una innovadora gama de productos cosméticos diseñados específicamente para personas con la piel dañada en accidentes.

—Vicky, querida —dijo Amani, abrazándola con efusividad—. Las cosas que estoy oyendo sobre las mentoras en los colegios piloto... ¿De dónde saca a unas representantes de REFLECT tan maravillosas?

—De todas partes —dijo Vicky.

—Las solicitudes para los puestos de mentora están por las nubes —añadió Mel. Se acercó más a Vicky, creando una barrera entre ella y la creciente multitud, con una postura sutilmente protectora.

—Me alegro muchísimo de oírlo. Nos encantaría ofrecer algunas prácticas en Aker a algunas de vuestras mentoras...

—¡Vicky! —Otra voz, otra mano extendida. Petra Spring, cuya marca de moda había revolucionado la ropa adaptada para personas con desfiguraciones y problemas de movilidad—. Ese discurso. Emily Holmes quiere conocerla...

La esposa del primer ministro.

Todos guardaron silencio alrededor de Vicky, esperando la respuesta obvia a esto.

—Fantástico —dijo Vicky, y dio una palmada.

El entusiasmo sonó bastante forzado, pero estaba al borde del agotamiento.

—Mirad, lo siento muchísimo —dijo Mel, mirando a Zara, Petra y Amani—. Vicky está siendo muy educada, pero debo insistir en que se tome cinco minutos para refrescarse. Hacía mucho calor ahí fuera.

—Por supuesto..., por supuesto... —dijo Zara, inclinándose y frotándole el brazo. Petra se inclinó para darle una palmadita en el otro.

—Gracias —dijo Vicky, mientras se daba la vuelta y se dirigía a la salida más cercana, con Mel siguiéndola de cerca.

—Es usted una inspiración —dijo Amani.

Otro admirador surgió de las sombras, pero Mel se movió con fluidez para interceptarlo, creando un espacio para que Vicky se colara por una puerta que ponía «privado».

El pasillo estaba vacío.

Con cada paso, los sonidos del caos se desvanecían. El silencio la envolvió como una manta.

Liberada, momentáneamente, de la presión de los cuerpos y las expectativas, suspiró aliviada.

Encontró el baño de señoras. Un santuario de elegancia eduardiana: lavabos de mármol, grifería de latón y una chaise longue de terciopelo colocada bajo un espejo ornamentado. Vicky cerró la puerta principal con llave tras de sí, se apoyó en ella, cerró los ojos y suspiró por segunda vez.

La fría superficie de la puerta presionaba su espalda a través de la fina y húmeda tela de su vestido.

Gloria bendita.

El lejano zumbido del sistema de ventilación del edificio proporcionaba un suave ruido blanco que la aislaba aún más del mundo exterior.

Podría haberse dormido allí mismo de pie, pero se conformó con cerrar los ojos brevemente.

Inhaló durante cuatro segundos, contuvo la respiración durante siete y exhaló durante ocho. Una técnica de anclaje que le había enseñado su psiquiatra. El temblor de sus manos remitió gradualmente.

Saboreó el olor a limpiador de limón y a jabón de manos caro.

Ahora, en este extraordinario momento de quietud, con la cabeza más despejada, vio la plena trascendencia de su logro.

Su mensaje había sido rotundo. Grandilocuente. Su impacto sacudiría a la sociedad.

Abrió los ojos y una única lágrima cayó de su ojo derecho. Se secó la mejilla derecha, e incluso se secó la izquierda, a pesar de saber que de su ojo izquierdo nunca más volvería a caer una lágrima.

Cuando su respiración se estabilizó, Vicky se acercó a la fila de lavabos. Se apoyó en el mármol frío, mirando hacia abajo. Pulido y liso, pero conservando diminutas imperfecciones perceptibles solo al tacto, no a la vista. Se giró de perfil y alzó la vista hacia el espejo. Contempló su pómulo alto, su ojo almendrado, su ceja suavemente curvada; rasgos que la habían hecho bastante llamativa al final de su adolescencia. Luego giró el rostro hacia el otro lado.

Su ojo izquierdo, milagrosamente salvado de la ceguera, descansaba en un nido de tejido fruncido. El párpado, parcialmente derretido en el ataque, había sido reconstruido mediante múltiples cirugías, pero seguía siendo notablemente más pesado que su homólogo. La ceja de encima era un tatuaje que sustituía la que se había quemado.

Su mejilla era una mezcla de texturas rígidas y lisas. Zonas de decoloración que iban del blanco porcelana al rosa intenso. Sentía la tirantez de la piel, sobre todo al sonreír. La cicatrización a lo largo de su mandíbula era la más pronunciada. El ácido se había acumulado allí antes de que los servicios de emergencia pudieran neutralizarlo.

Su oreja izquierda estaba reconstruida solo parcialmente. Era lo mejor a lo que podía aspirar. El cartílago superior se había disuelto por completo en el ataque. Se quitó la peluca, revelando su pelo corto. El nacimiento del pelo era irregular, marcado por una cicatriz en zigzag donde nunca más volvería a crecer.

Vicky giró la cara para mirarse de frente, examinándose por completo con el desapego de la larga familiaridad. Últimamente se maquillaba poco. Algo de base de maquillaje para unificar el mosaico de pigmentación, un toque de rímel en el ojo bueno. Hoy, incluso se había pintado los labios.

Hacía años que había dejado de intentar *equilibrar* sus rasgos. No había equilibrio posible.

Además, todo su mensaje se basaba en la creencia de que era innecesario; de que no era más que una sumisión a las reglas de la sociedad.

Se colocó de nuevo la peluca y enderezó los hombros.

Todavía no estaba lista para volver, así que programó un temporizador de un minuto en el reloj. Cuando sonara la alarma, regresaría con la multitud de fuera. Estrecharía manos, aceptaría felicitaciones y negociaría más colaboraciones.

Aprovecharía el éxito de esta noche.

Y sería Victoria Mallinson, defensora y superviviente.

Sabía lo que Mel estaba pensando en ese mismo instante. De hecho, casi podía oír la voz de su asistenta en su cabeza. —Vamos, Vick, ya basta. ¡Vuelve aquí! Emily Holmes, por el amor de Dios. Esa conexión podría acelerar la legislación con la que hemos estado soñando.

Pero durante los siguientes cincuenta y cuatro segundos, en el tranquilo santuario del baño vacío, se permitiría ser simplemente Vicky: con cicatrices y sagrada, exactamente como era.

12

Kevin Ingham recelaba de las buenas noticias.

Hasta la fecha, no sentía haber tenido demasiada suerte en la vida.

Y siempre que la había tenido, el desastre nunca andaba muy lejos.

Así que recibió el correo de hoy del NHS con recelo.

Aun así, tras leerlo cuatro veces, tuvo que admitir que eran noticias excepcionales. Incluso él, el más pesimista de los hombres, tenía que reconocerlo.

Releyó las frases clave:

> Nos impresiona especialmente la capacidad de EmPathAI para basarse en todo el corpus de investigación validada y publicada existente sobre terapia cognitivo-conductual.
>
> Aceptamos que su innovadora correlación de enfoques terapéuticos de más de mil profesionales de éxito crea una amplitud de respuesta que un único terapeuta humano difícilmente podrá igualar.
>
> Su incansable labor al introducir más de mil historiales de pacientes anonimizados para perfeccionar su enfoque es muy

encomiable, y no podemos sino imaginar su capacidad cuando se someta a miles más.

De hecho, nos gustaría discutir una posible fase de prueba en todo el NHS...

En su móvil, creó un recordatorio en el calendario para la reunión propuesta y luego contestó confirmando su asistencia.

El contraste entre este correo y la correspondencia que había recibido en los últimos años era asombroso.

Recordó algunas de las acusaciones más agresivas, pero la que siempre le había dolido más era: *Está intentando reemplazar la empatía humana con una IA.*

¡EmPathAI no pretendía sustituir a los terapeutas humanos! Era una herramienta. Una forma de amplificar la capacidad de un sistema sanitario desbordado. Jamás se cansaría. Jamás juzgaría. Siempre respondería con un cuidado constante, sin importar los problemas que afrontaran los pacientes.

Él se había defendido con correos electrónicos, diciéndoles que deseaba crear una herramienta para ayudar a otros con acceso limitado a la ayuda. A muchas personas con problemas de salud mental les producía ansiedad salir de casa. Pensad en lo que podría ofrecerles: apoyo en la comodidad de sus salones.

Su visión era clara, y la defendió con la misma ferocidad con que ellos habían lanzado sus críticas.

EmPathAI haría de la empatía, o más bien de la imitación precisa de la empatía, la máxima prioridad. Todos los pacientes la sentirían.

A sus treinta y cuatro años, Kevin se había pasado la mayor parte de su vida luchando contra su TOC de contaminación. Había estudiado psicología en la universidad y había consultado sus propios problemas con siete psiquiatras. Había soportado cuatro pautas de medicación distintas. Sufrido la humillación de dos ingresos hospitalarios. Cada uno le había aportado algo, con distintos grados de impacto, pero ¿desde cuándo la recuperación era un proceso lineal?

El gran avance se había producido cuando había podido combinar sus amplios conocimientos —adquiridos y por experiencia— con los avances tecnológicos y su propia habilidad para la programación.

Echó un vistazo a la foto enmarcada de su escritorio: él, con diez años, de pie y muy rígido junto a su madre en la playa, con una mascarilla y guantes de plástico. El brazo de su madre le rodeaba los hombros en un gesto protector. Detrás de ellos, mucha gente se bañaba en el mar. Por supuesto, Kevin no se había metido en el agua ese día. ¡Había demasiados gérmenes para eso!

Hizo un último intento por sentirse más positivo con el correo. Lo releyó y suspiró. Era inútil, pero, claro, iba a ser realmente difícil mostrar el más mínimo optimismo hoy, teniendo en cuenta lo que estaba pasando en la otra habitación.

—EmPathAI, activa sesión de usuario —dijo.

Su pantalla cambió a una interfaz azul, sencilla y relajante, con el logotipo animado de EmPathAI: un mar en calma cuyas olas lamían suavemente la orilla.

—Hola, Kevin. ¿Cómo estás hoy? —La IA habló con una cálida y compasiva voz de mujer joven que él había elegido en los ajustes, una con un ligero acento de Yorkshire para darle una sensación de familiaridad.

—Siento una ansiedad elevada con respecto a mi madre.

—Siento oír que tu madre sigue sin encontrarse bien. ¿Ha habido alguna mejoría?

—No. De hecho, parece que está empeorando.

—¿Has vuelto a hablar con el médico?

—No… De momento, la vigilaré de cerca.

—Me parece una buena idea, y demuestra el hijo tan compasivo que eres. ¿Hay alguna otra ansiedad que podamos tratar? ¿Qué tal los pensamientos de ayer? ¿Has logrado controlarlos mejor?

—No. No puedo quitarme de la cabeza la idea de que la he contaminado de alguna manera.

—¿A pesar de toda la evidencia que demuestra lo contrario?

Kevin asintió. La IA estaba programada para captar su confirmación a través de la cámara.

—Ya veo. Ayer tuvimos una sesión eficaz revisando el trauma infantil. ¿Te gustaría que repasáramos nuestras conclusiones?

Su mente viajó al momento en que su padre se marchó cuando él tenía cinco años. A no volver a verlo nunca más. A culparse a sí mismo todos esos años por haberlo alejado, por haberlo asustado con sus obsesiones por la contaminación.

—No, solo quiero volver sobre el sentimiento de culpa que tengo por la enfermedad de mi madre.

—Por supuesto.

Así que Kevin repasó los sucesos de tres días antes, cuando había dejado entrar al técnico del radiador sin hacerle cambiarse los zapatos. De forma poco habitual en él, se había distraído con un correo electrónico de su amigo del NHS. EmPathAI le sugirió que era comprensible, teniendo en cuenta que lo había distraído el primer indicio del comité de que estaban interesados en el proyecto.

—Lo sé… —dijo Kevin—. Pero no puedo quitarme de la cabeza la idea de que un lapso momentáneo de vigilancia pueda estar pasándome ahora una factura tan alta.

EmPathAI podía calcular las respuestas en menos de un segundo. Sin embargo, esta vez la respuesta solo llegó tras una calculada pausa de cinco segundos.

Los estudios habían demostrado que las respuestas inmediatas se percibían como menos meditadas.

La pausa ayudaba. Parecía empatía de verdad, aunque no lo fuera.

—Kevin, examinemos las pruebas que respaldan esas creencias. Primero, tu madre tiene setenta y cinco años. Los estudios médicos indican que el sistema inmunitario de las personas mayores se debilita de forma natural con la edad. Es una realidad biológica que no tiene relación con tus actos ni con tus rutinas de limpieza. Eres un hijo atento que aprovecha cada oportunidad para que tu madre se sienta cómoda.

Kevin asintió.

—Segundo, a pesar de tus minuciosas precauciones, los microorganismos existen en todas partes de nuestro entorno. El control perfecto es imposible, incluso en los hospitales. No es un

fracaso personal, es la naturaleza de nuestro mundo. No puedes esforzarte más de lo que ya lo haces.

Los dedos de Kevin se relajaron ligeramente. Era información que conocía intelectualmente, pero cuando la ansiedad se disparaba y la espiral comenzaba, llevaba un tiempo volver a embridar la emoción con la lógica.

—Tercero, correlación no implica causalidad. Las fluctuaciones en la salud de tu madre ocurren tanto si modificas tus conductas de limpieza como si no. Lo hemos seguido en tu diario de seguimiento durante tres meses. Un diario de seguimiento que, si me permites añadir, demuestra tu naturaleza compasiva y amable.

El sistema continuó, con voz suave, firme y siempre empática: —Te recomiendo un ejercicio de etiquetado de pensamientos ahora mismo. Cuando surjan estos pensamientos de responsabilidad, intenta decir en voz alta: «Esto es mi TOC hablando, no la realidad». Después, dedica cinco minutos a una actividad normal sin llevar a cabo ninguna conducta de seguridad.

Kevin se enderezó en la silla. —¿Qué actividad me sugieres?

—Dado tu nivel de ansiedad actual, te sugiero que te prepares una taza de té sin lavarte las manos justo antes. Tu favorito, el de jengibre, podría calmarte el estómago. Sé amable contigo mismo, Kevin. Pero, por favor, usa una taza limpia del armario e intenta no enjuagarla primero. Cuando surja el pensamiento, confróntalo con delicadeza.

El ritmo cardíaco de Kevin se aceleró ante la sugerencia. Era manejable; precisamente el nivel adecuado de terapia de exposición.

—Gracias, Em —dijo, poniéndose en pie.

Una tos seca desde la habitación de su madre rompió el ritmo de la sesión.

Cuando la tos se prolongó, se le heló la sangre.

—¿Mamá?

Se oyó un gemido ahogado. Se le erizó el vello de los brazos.

Volvió a toser; una tos más profunda y húmeda que antes.

Corrió a la cocina, no a por el té, sino al cajón donde guardaba los guantes de nitrilo y las mascarillas quirúrgicas. Le temblaban las

manos mientras se ajustaba los guantes y se pasaba la mascarilla por detrás de las orejas.

—¡Ya voy, mamá!

Entró rápidamente en la habitación y a duras penas reprimió un gemido al ver el empeoramiento. Tenía la piel más pálida y cerosa que antes, y el pelo plateado pegado a la frente por el sudor.

Temblando y con los ojos llenos de lágrimas, se quedó mirando el zumbido del purificador de aire y pensó en las reconfortantes palabras de Em: *Eres un hijo atento que aprovecha cada oportunidad para que tu madre se sienta cómoda. No puedes esforzarte más de lo que ya lo haces.*

—Kevin… —murmuró ella con los ojos vidriosos.

—Mamá… —Su mano flotó sobre ella. Quería tocarla, cogerle la mano, abrazarla. Llevaba guantes… pero ni aun así pudo hacerlo. La idea de que la contaminaría y la pondría peor se había intensificado.

—Frío —susurró, aunque el sudor le perlaba el labio superior—. Mucho frío.

Kevin cogió el termómetro digital de un esterilizador que había en su mesilla de noche. —Debajo de la lengua, por favor, mamá.

Ella obedeció sin protestar, una señal preocupante. Normalmente, su madre insistía en que estaba bien y rechazaba sus preocupaciones con una dignidad irritable.

El termómetro pitó. 39,9 °C.

Peligrosamente alta para alguien de su edad.

Observó cómo el pecho de su madre subía y bajaba con respiraciones superficiales y rápidas.

Entonces, salió de la habitación y llamó a una ambulancia.

Le dieron un tiempo estimado de ocho minutos.

Después, fue a la puerta de entrada, la abrió y respiró grandes bocanadas de aire fresco. Debería, tal como le habían indicado, volver al lado de su madre, pero le invadió una abrumadora náusea.

Consiguió llegar al baño, se arrancó la mascarilla y vomitó en el inodoro.

Su estómago tuvo otra arcada. Y otra. La bilis agria le quemaba.

Se vio fugazmente en el espejo del baño: pálido, sudoroso.

Se frotó las manos contando hasta veinte, se puso unos guantes y una mascarilla nuevos y volvió al dormitorio. Oía la voz del operador. —¿Señor? ¿Está todo bien?

Cogió el teléfono. —Sí. ¿Cuánto falta?

—Cinco minutos, señor…

Cinco minutos. Trescientos segundos. Demasiado tiempo.

El olor de su propio vómito le llenó las fosas nasales al rebotar su aliento en la mascarilla.

Sintió una arcada.

Contaminación.

Gérmenes.

Enfermedad.

Volvió a su despacho a trompicones, aguzando el oído en busca del sonido de las sirenas. Sentía las piernas desconectadas del cuerpo.

Muerte.

La interfaz de EmPathAI seguía brillando en la pantalla de su ordenador, esperando pacientemente su regreso.

Kevin se desplomó en la silla y se arrancó la mascarilla sucia. —¡La he matado! ¡Joder, la he matado!

El sistema fue rápido esta vez; su algoritmo detectó un nivel de angustia elevado e inició el protocolo de emergencia:

—Kevin, entiendo que estás experimentando una ansiedad intensa en este momento. Siéntate, por favor. Respira hondo y despacio. Recuerda que estos pensamientos intrusivos son un síntoma de tu TOC, no un reflejo de la realidad.

—¡Ya lo sé! ¡Pero eso no va a hacer que pare!

—Centrémonos en los hechos: has mantenido una limpieza meticulosa en casa. A sus setenta y cinco años, tu madre es vulnerable a las enfermedades…

Apagó el ordenador. El ulular lejano de unas sirenas rasgó la noche. Kevin levantó la cabeza de golpe; las lágrimas le corrían por la cara.

Las luces azules, que entraban parpadeando por las ventanas, iluminaban las superficies impolutas de su casa con destellos intermitentes y acusadores.

13

Tom se asomó por el marco de la puerta de la cocina.

—¿Hidratación para la dama? —agitó una botella de agua mineral—. Vengo cargado de regalos, sellados y sin contacto humano.

Gerry se limitó a corresponderle con un seco asentimiento de cabeza. Apreciaba el detalle de Tom, aunque la interrupción de su investigación seguía irritándola.

Él la dejó a su lado.

Esperaba que se marchara, pero el aroma de su colonia, la cítrica que ella prefería, se intensificó, señal de que se estaba inclinando hacia ella.

—¿Suicidio? —preguntó él.

A Gerry se le tensaron los hombros. Cerró su ordenador portátil.

Rylan percibió al instante el cambio en el ambiente y se levantó de su cojín en la esquina para apretarse contra la pierna derecha de ella. Esa era una postura establecida para Rylan cuando Gerry sufría violaciones inesperadas de sus límites. Una suave presión en la pierna la ayudaba a regular su sistema nervioso, y Rylan no había tardado mucho en darse cuenta de ello.

—Lo siento… —oyó el arrepentimiento en su voz—. Es que me ha saltado a la vista. Ya sabes… —dijo él, ahora en voz más baja—. Esa palabra…

—No pasa nada. —Su mano derecha descendió hasta el pelaje de Rylan y sus dedos encontraron el punto exacto detrás de la oreja izquierda donde la textura del pelo pasaba de suave a ligeramente más áspera—. Es solo trabajo policial y no deberías acercarte demasiado.

—Perdona de nuevo.

Acarició a Rylan, aceptando el momento de irritación. Podía ser difícil, a veces abrumador, pero quería a Tom y él nunca sería perfecto; nadie podía serlo.

Lo había aceptado y seguiría esforzándose, del mismo modo que tantas personas a las que había querido se habían esforzado por ella a lo largo de los años.

Se giró y lo miró a los ojos durante un par de segundos, antes de desviar la mirada al punto justo por encima de su hombro izquierdo: su solución de compromiso entre las expectativas sociales y la comodidad personal cuando estaba con sus seres más cercanos. —No debería tenerlo abierto donde puedas verlo. ¿Por qué no ibas a tener curiosidad? Los humanos la tienen.

—Los simples mortales, sí. Alguien con mis superpoderes debería controlarla.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Gerry; no una ensayada, sino una de auténtica diversión. Habiéndose acostumbrado a que Tom usara el humor para aligerar los momentos serios, había llegado a disfrutarlo.

La similitud con Frank no le pasaba desapercibida. Él también utilizaba el humor de forma parecida. Sin embargo, el de Frank era normalmente más sarcástico y expresado con la brusquedad de Yorkshire; además, solía estar lleno de palabrotas.

Sospechando que este caso probablemente no llegaría a nada, hizo partícipe a su prometido. De todos modos, él ya sabía lo del cuerpo recuperado. La periodista Samantha Wells se había encargado de que la noticia se extendiera rápidamente a través de su blog.

—Ha habido veinte suicidas que se han arrojado desde East Cliff en los últimos treinta años. La probabilidad estadística de que este sea otro de ellos es notablemente alta. El atuendo formal y el

bolígrafo caro suscitaron más recelo en el equipo, pero es difícil entender por qué. En contra de la creencia popular, las personas adineradas en crisis no suelen deshacerse de objetos caros antes de suicidarse.

—¿Un bolígrafo caro? —preguntó Tom.

Gerry se dio la vuelta de nuevo. —No debería haber mencionado eso.

—Olvidado.

La mano de Gerry se posó sobre la tapa del portátil, pero no lo abrió.

—Subiré y te dejaré tranquila.

Se sorprendió a sí misma al retirar la mano. —No. He terminado.

—¿En serio? —parecía sorprendido—. Todavía es pronto.

Sí, lo era, pero había algo de hoy que tenía en mente y que necesitaba hablar.

Se inclinó para acariciar a Rylan de nuevo. —Frank se ha negado a llevarme al altar en la boda.

—¿Estás de broma?

Sabía que su pregunta no debía tomarse al pie de la letra, aunque no por ello resultaba menos irritante. Al fin y al cabo, nunca había engañado a nadie en su vida.

—Sospechaba que podría ocurrir.

—¿Eh?

—De hecho, lo consideraba el resultado más probable. No le gusta ese tipo de atención. También confirmó que atraería la atención sobre lo que él percibe como sus defectos como padre.

Recordó sus palabras exactas: *Deberías pedírselo a otro*, pronunciadas en ese tono bajo que reservaba para sus vulnerabilidades más profundas. *Porque, Gerry, hija, te mereces a alguien mejor que yo.*

—No ayudé a la situación. Se lo planteé en una escena del crimen activa.

Tom asintió. —¿Estás bien?

—Creo que sí… sí. De todos modos, la tradición de «entregar» a la novia es anticuada —continuó Gerry—. No soy una propiedad. Pensé que a tus padres les gustaría.

—Bueno, a ellos sí, pero qué se le va a hacer.

Ella sonrió. —¿Pero qué era lo que decías? «Padres felices son padres que te dejan en paz».

Él se rio. —Lo dije, sí, pero ya encontraremos otras formas de mantenerlos contentos… y bien lejos. —Tom volvió al marco de la puerta y se apoyó en él. Eso lo mantenía en su visión periférica sin exigirle contacto visual directo, otra de sus adaptaciones aprendidas para la comodidad de ella—. Una cosa, sin embargo —continuó—. ¿Por qué se lo pediste si sabías que diría que no?

Gerry pensó en la mejor manera de articularlo. Después de todo, era una enrevesada maraña de emociones. —Pensé que le agradaría. En cierto modo, sigo pensando que fue así. Después de Navidad, y de todo lo que había hecho para ayudarme, se ganó ese honor y, por tanto, al menos lo sabe.

—¿Pero no estás decepcionada?

Asintió con la cabeza.

—Supongo que es lo más parecido que tienes a un padre.

Gerry arrugó la cara; la afirmación de Tom desencadenó una cascada de recuerdos: su padre enseñándole a hacer nudos marineros con sus manos curtidas; Frank mostrándole cómo interrogar a un testigo con su enfoque intuitivo que complementaba sus métodos analíticos; las pacientes explicaciones de su padre sobre los matices sociales durante las reuniones familiares; la guía brusca pero compasiva de Frank a través de las políticas de la oficina.

—Los padres son diferentes de muchas maneras. El término abarca miles de millones de variaciones individuales en todo el mundo. Algunos ni siquiera son amables. Es un poco general. Demasiado impreciso para una comparación significativa.

—Vale —dijo Tom, asintiendo.

—Sin embargo, me importa. —Bajó la vista hacia sus manos, que ahora tenía hundidas en el pelaje de Rylan.

—Creo que mi padre podría ofrecerse —dijo Tom.

Gerry sopesó con cuidado su respuesta. —Sería muy amable por su parte, pero lo rechazaría. ¿No te importa?

—Sí..., pero hay otra cosa que necesito preguntarte. —Apretó los dientes un instante antes de continuar—. Hice lo que pude, pero me pusieron entre la espada y la pared... aunque, si es necesario, volveré a la carga. —Apretó los puños—. Así que tú decides.

—¿Qué es? —preguntó Gerry.

—Estaba hablando con mi madre sobre la compra del vestido y..., mierda..., no me odies.

—No lo haré —dijo Gerry con absoluta certeza.

—No sé, es una patata caliente. Puede que haga que te olvides de lo guapo y gracioso que soy el tiempo suficiente para que la cosa se tuerza.

—De todas formas, esos factores nunca me han importado.

—Genial... —Fingió decepción—. Bueno es saberlo.

—La confianza y el respeto por encima del atractivo y el encanto. En fin, ¿cuál es la noticia?

—Quiere quedar contigo mañana en la tienda de vestidos. Me lo sacó antes de soltar la bomba...

—¿Que quiere?

Tom se encogió un poco. —Dice que va a ir.

Gerry se giró de nuevo hacia el portátil y volvió a hundir las manos en el pelaje de Rylan.

Su mente recordó de inmediato el punto noventa de su documento de consideraciones matrimoniales: «Las interacciones con la suegra se limitarán a eventos programados con un preaviso mínimo de cuarenta y ocho horas». Este nuevo acontecimiento representaba una violación total de ese parámetro. Sin embargo, el documento había sido destruido durante las Navidades por una buena razón.

—Pero volveré a la carga. Solo quería saber qué pensabas primero, ya sabes, con lo importante que es su contribución. Pero no me importa rechazar su oferta. No está bien que se pongan tan pesados. Pueden meterse el dinero por donde les quepa y mantenerse al margen de todo.

Gerry se dio la vuelta bruscamente. —No pasa nada. Puedo hacerlo. Y no es por el dinero. Es por llegar a un acuerdo. Son tus

padres y debería intentarlo. Mira, si los míos siguieran aquí, sé lo maravilloso que serías tú con ellos.

—Mmm... mi madre es una concesión bastante grande.

Gerry no pudo evitar estar de acuerdo, pero se lo guardó para sí. —Puedo con ello. Ya me he enfrentado a situaciones parecidas.

La mirada de Tom se enterneció. —Eres increíble..., sin embargo...

Ya podía sentir el humor que se avecinaba. Cuando el ambiente se ponía denso, aparecía como un reloj.

—Bueno, ya que estás tan dispuesta a cooperar, quizás debería sacar el tema de la luna de miel. Estaba pensando en recorrer América en unas Harley-Davidson.

Ella sonrió.

—Y, si no, podríamos pedirle prestada la Bertha a Frank.

Ella negó con la cabeza. Habiendo catalogado el Volvo amarillo de Frank como «riesgo para la salud» en su base de datos mental tras presenciar de primera mano sus preocupantes ruidos y olores, ignoró la broma, desenroscó la botella de agua con movimientos precisos —el precinto se rompió con un clic satisfactorio— y bebió un largo trago.

Rylan se acercó a Tom. El labrador se movía con la fluida elegancia que le había llamado la atención por primera vez en el centro de perros de asistencia hacía cuatro años, cuando su anterior perro de terapia, Ronnie, se había jubilado.

Tom se puso en cuclillas. —A ver, sé sincero, Rylan... Sé que a Gerry no le importa, pero soy guapo y gracioso, ¿a que sí?

La cola de Rylan se agitó. Su respiración también se aceleró.

Gerry documentó esto como un comportamiento de «afirmación».

El labrador miró entonces a Gerry, comprobando su reacción como siempre hacía, asegurándose de que participaba en la interacción social.

La escena creó un momento de triangulación perfecta entre los tres, un patrón de conexión que en la mente de Gerry se registró como completamente correcto. A pesar de la negativa de Frank y de la inminente compra del vestido con la madre de Tom, esta

sensación de pertenencia le proporcionaba estabilidad y un maravilloso equilibrio.

14

Vicky se despertó de un sobresalto y miró el despertador de la mesilla.

5:47 a. m.

Probablemente podría aguantar una hora más, pero un rápido vistazo al móvil le quitó la idea de la cabeza.

¡108 mensajes!

No era una cifra sorprendente, teniendo en cuenta que la noche anterior habían hecho una presentación en el Albert Hall, pero sí una que le provocó un subidón de adrenalina y desterró cualquier pensamiento de seguir descansando.

Repasó los mensajes:

¡El ministro del Interior quiere desayunar el próximo jueves! Esto está pasando, Vick. POR FIN está pasando. Llámame cuando te levantes. Mel. Un beso.

Sus palabras de esta noche me han calado hondo. He estado examinando mis propios prejuicios inconscientes. Me encantaría que hablásemos sobre cómo podemos amplificar su mensaje. ¿Comemos pronto? Emily. Un beso.

¡La mujer del primer ministro!

He visto tu discurso en YouTube, ma. Súper épico. Un beso.

Suspiró. El mensaje de Jake calmó la adrenalina y le dibujó una sonrisa en la cara. Últimamente tendía a usar jerga y, por alguna razón, le había dado por llamarla *ma*. Su hijo de catorce años estaba interpretando ese papel con sarcasmo. Se estaba convirtiendo en un joven complejo e inteligente.

Cogió su medicación, que solía ser lo segundo que hacía por la mañana, después de la habitual comprobación del móvil. Antiinflamatorios para el dolor crónico en las zonas de la cara donde los nervios nunca habían acabado de curarse.

Tras lavarse los dientes en el baño, se miró al espejo. Recordó lo que un terapeuta le había dicho hacía muchos años: «Haz las paces con lo que no se puede cambiar».

Se tocó el lado izquierdo de la cara, el que estaba dañado. «El glaciar». Sus dedos rozaron la zona lisa y cerosa cerca de la sien, donde los injertos de piel habían tenido más éxito.

Recorrió con los dedos la piel ondulada que tenía debajo del ojo. «La marca de la marea». Allí, por suerte, habían logrado neutralizar parcialmente el ácido antes de que le destrozara la vista.

Finalmente, con las yemas de los dedos, siguió el surco profundo que iba desde la comisura de los labios hasta la oreja, tensado por innumerables operaciones. «El valle».

«Haz las paces con lo que no se puede cambiar».

En el momento en que el terapeuta se lo sugirió, no había creído que fuera posible.

Pero lo había conseguido. Y era la prueba de que podía lograr cualquier cosa que se propusiera.

Pensó en cómo ese aumento de confianza la había llevado hasta Jake hacía doce años. Él tenía dos años y estaba en un centro de acogida.

Sus necesidades eran complejas y nadie había querido ocuparse de ellas; ni siquiera sus padres biológicos.

Vicky, sin embargo, había estado desesperada por cuidarlo.

Volvió al dormitorio, se sentó en la cama y siguió repasando los mensajes. A las 8:02 a. m., el teléfono empezó a sonar.

Era un número desconocido. Contestó.

—Señora Mallinson, discúlpeme por llamar tan temprano. Soy Valerie. —La directora del colegio de su hijo. Se le encogió el corazón. Significaba que ciertos dramas seguían latentes—. Necesitaba hablar con usted imperiosamente antes del colegio y usted estuvo ocupada anoche. Lo vi, por cierto, en la televisión. Fue extraordinario.

—Gracias… Tengo que ayudar a Jake a prepararse para el colegio… ¿es urgente?

—Me temo que sí. —Valerie suspiró—. Hubo un incidente ayer. Jake perdió los estribos en clase e insultó a varios de sus compañeros.

—Me habló de ello —dijo Vicky.

—¿Le dijo lo que les gritó?

—No exactamente, no. Quería defenderse y eso me parece bien.

Valerie le repitió a Vicky exactamente lo que había dicho.

Era un poco fuerte.

—También lo dijo muy alto —añadió Valerie.

—Vale… —Vicky suspiró—. Hablaré con él para que se modere.

—Se está volviendo bastante habitual, señora Mallinson.

Los nudillos de Vicky se pusieron blancos al agarrar el teléfono. —¿Vale. ¿Sabe qué dijeron exactamente los niños que estaban acosando a Jake?

—Intentamos evitar el término «acoso», señora Mallinson, a menos que la situación sea más extrema…

—Evitar el término no impide que ocurra. ¿Sabe lo que le dijeron? —repitió.

—No exactamente. Jake no quiere decirlo… ¿se lo ha contado a usted?

—No… no quiere. No le interesa darle más importancia. Sin embargo, ambas sabemos que tiene que ver con sus dificultades de aprendizaje. Esto lo convierte en discriminatorio y, por lo tanto, es una forma de acoso…

—Ellos niegan haberse referido específicamente a sus dificultades.

—Mmm. ¿Y usted los cree?

—Es difícil. Como le he dicho, Jake no nos cuenta nada.

—Porque está harto. Cree que no debería tener que hacerlo.

—Bueno, sin información que demuestre lo contrario, tenemos que separar las riñas infantiles habituales de lo más desagradable…

—Entonces, ¿él es el único que se ha metido en un lío?

—No como tal, no, pero de verdad que necesitamos que los arrebatos y las palabrotas cesen.

—Como ya te he dicho, hablaré con él. Pero vas a tener que impedir que los niños de su entorno se burlen de él.

—Estamos haciendo todo lo que podemos. Hablando con los tutores. ¿Te parece bien si vienes después de dejar a Jake en el colegio para que podamos estudiar algunas estrategias?

Vicky puso los ojos en blanco. ¿Por qué parecía que toda la culpa recaía sobre Jake? —¿Las estrategias fundamentales implicarán a los padres de los verdaderos acosadores?

—Ten por seguro que estamos hablando con todos los padres implicados.

—En ese caso, estaré dispuesta a ayudar.

Tras la llamada, Vicky encontró a Jake en la cocina, con la cuchara moviéndose con deliberada concentración entre el cuenco de cereales y la boca. El ligero temblor en su mano derecha hacía que la leche salpicara de vez en cuando, pero hacía tiempo que había aprendido a colocar una servilleta estratégicamente para recoger los derrames. Su pelo oscuro le caía sobre un ojo; una elección de estilo nacida en parte de la moda adolescente y en parte para desviar la atención de la ligera caída del lado izquierdo de su cara. La caída que había llamado la atención de Vicky cuando buscaba adoptar a alguien tutelado. Le hizo pensar en el lado izquierdo de su propia cara y sintió una conexión inmediata con él. Odiaba que lo ocultara, pero entendía la presión de la adolescencia y el hecho de que parecía haber un montón de gilipollas en su mundo en ese momento. Aunque ella no había tenido problemas físicos

durante la infancia, era plenamente consciente del campo de batalla que podía llegar a ser el instituto.

La parálisis cerebral afectaba al lado izquierdo de Jake de forma más prominente: la pierna que necesitaba una férula, el brazo que a veces se le tensaba involuntariamente cuando estaba estresado. El fisioterapeuta lo llamaba hemiplejia espástica; Jake lo llamaba «mi molesto compinche».

—Así que… —dijo Vicky—. «Piraos de aquí antes de que os haga arrepentiros de haber nacido…». Eso lo omitiste en tu confesión de ayer.

Jake se encogió de hombros.

—Un poco agresivo, ¿no crees?

—Eso era yo conteniéndome. Son unos putos gilipo…

—¡Eh! ¡Ni se te ocurra!

Entrecerró los ojos. —Hasta tú has dicho que son unos acosadores.

—Lo son. Sí. Pero eso no significa que tengas que ser más agresivo que ellos. Eso no funcionará.

—Tú eres agresiva, mamá. Mírate anoche en el escenario. Defendiendo aquello en lo que crees.

—Sí…, pero no es lo mismo.

—¿Por qué no?

—Porque no estoy diciendo palabrotas ni recurriendo a la violencia. Hay otros niños cerca, Jake. Las palabrotas y la violencia son inapropiadas en ese contexto.

—Estamos en el colegio, mamá, ¿qué sugieres que haga?, ¿que ponga la otra mejilla?

Reprimió una sonrisa; siempre tenía una respuesta para todo. —Hay mil maneras de matar pulgas.

—¿Matar pulgas? —Ahora sonrió él—. ¡Ahí le has dado!

Ahora se arrepintió de la expresión. —Quiero decir, otros métodos para…

—Ya lo sé, mamá. A pesar de mi aspecto, el lado izquierdo de mi cerebro funciona lo suficientemente bien como para que lo entienda.

Vicky suspiró y se sentó frente a él. —Necesitamos un enfoque diferente.

—Para que me llamen «espástico»…, para que me hagan fotos y las editen… Parece que estemos en la Edad Media.

—Están ocultando sus propios complejos.

—Bueno, pues identifícamelos y con mucho gusto los usaré contra ellos.

—No…, eso no te diferenciaría en nada de ellos. —Vicky extendió la mano por encima de la mesa y le cogió la suya. La familiar oleada de furia protectora le subió por el pecho, atemperada por años de canalizar la rabia en acción.

—Si te enfadas con ellos, les das poder. Ganan ellos.

—Los odio.

—Entiendo por qué. —Le apretó la mano—. Pero la próxima vez, intenta esto: sé mejor que ellos. Míralos directamente a los ojos y diles: «Siento que te sientas así con respecto a la gente que es diferente a ti».

—Se van a cachondear de mí.

—Probablemente, porque les habrás irritado. Tu indiferencia les quitará el poder. También les habrás hecho reflexionar sobre su comportamiento inapropiado, lo que no les gustará ni un pelo. Y entonces, podrías incluso ir un paso más allá.

—¿Un paso más allá, cómo?

—No te va a gustar.

—No me gusta nada de esto por ahora, mamá…, venga, sigue.

—Sé mucho mejor que ellos. Ofrécete a ayudarlos cuando tengan dificultades.

—Dios mío… —Se cubrió el rostro con las manos.

Ella se rio. —Nada los descolocará más rápido.

Su voz sonó ahogada a través de sus manos. —Suena insoportable.

—Lo sé, cariño. Y también lo será para ellos. Pronto te los quitarás de encima. Así que empieza con un poco de indiferencia. Me voy a reunir con la directora esta mañana. Si vuelve a hablar contigo, por favor, discúlpate por el lenguaje; no por defenderte, solo por las palabras concretas. No les des una excusa para que vuelquen sus castigos en ti.

Se levantó y le dio un beso en la coronilla. —Te cubro las espaldas. Siempre.

Jake asintió y parte de la tensión abandonó sus hombros. —Papá me habría dicho que les pegara un puñetazo.

Vicky sonrió. —Papá era un cabeza loca. Habríamos acabado conmigo sacándoos a los dos del lío.

Mientras iba a prepararse su propio desayuno, pensó en las palabras de David, su difunto marido, cuando Jake se metió en problemas en el colegio por primera vez a los ocho años: «Tú y ese muchacho estáis cortados por el mismo patrón. Dos luchadores que se niegan a ser definidos por las limitaciones de los demás».

Mientras observaba a su hijo terminar el desayuno, Vicky pensó en su discurso en el Albert Hall. ¿Qué queremos realmente para nuestros hijos?

Un mundo donde la diferencia no sea una debilidad, donde la crueldad tenga consecuencias.

El trabajo continuaba. Un discurso, una reunión, una mañana a la vez.

15

Frank se reunió con Gerry y Rylan en la puerta del despacho de Donald.

—Prepárate, lo he visto antes con un culote nuevo —susurró.

Gerry frunció el ceño. —¿El ciclismo es un ejercicio cardiovascular excelente. Y también es agradable.

Frank hizo una mueca. —Ese culote no tiene nada de agradable, Gerry…

La voz de Donald retumbó: —¡Adelante!

Frank abrió la puerta. Donald estaba sentado detrás de su escritorio, todavía vestido con el equipo completo de ciclismo: un maillot amarillo fosforito. Justo estaba pensando en lo afortunado que era de que el culote a juego estuviera oculto bajo el escritorio, cuando va el hombre y se levanta para darles la bienvenida.

Las calas de las zapatillas de Donald castañeteaban mientras rodeaba el escritorio para enderezar dos sillas para Gerry y Frank.

Joder, tienes que estar de buen humor, pensó Frank, intentando recordar, sin éxito, cuándo había sido la última vez que lo habían recibido amablemente en esa habitación.

Aquello solo podía significar una cosa.

Los registros dentales.

Debían de haber llegado ya y confirmar el mayor deseo de Donald: nada sospechoso en relación con el suicidio de ayer.

Donald volvió a sentarse. La silla chirrió bajo su peso, tenía la cara sonrojada, el pelo pegado a la frente y estaba radiante.

Frank tuvo que contener un bufido de diversión. El Comisario Jefe Donald Oxley no iba a gastar dinero hoy y estaba más contento que unas pascuas; era realmente ridículo.

Donald empezó: —Bueno, pues tenemos…

La cola de Rylan empezó a golpear el suelo del despacho de Donald, interrumpiéndolo.

Donald bajó la vista hacia el labrador, sonrió con torpeza y continuó: —Tenemos los registros.

—Como un rayo, señor —dijo Frank, recostándose en la silla.

—Cuando pido que se agilice algo, se agiliza —el pecho de Donald se hinchó ligeramente bajo su estridente maillot. Donald continuó—: Pues bien…

Rylan empezó a jadear pesadamente de repente. Donald dejó de sonreír, volvió a mirar al labrador y enarcó una ceja.

—¿Continúe, señor? —dijo Frank mientras se recolocaba en la silla barata e incómoda.

Donald siguió mirando a Rylan mientras este golpeaba el suelo con la cola y jadeaba. —¿Se encuentra bien Rylan, agente detective Carver?

—Sí, está bien —dijo Gerry—. Creo que está respondiendo a su felicidad. Lee las emociones… puede detectar un aumento en las hormonas.

—Ah… ya veo… —Donald miró a Gerry y a Frank, con el ceño fruncido—. ¿Quizá podría calmarlo un poco, agente detective Carver?

Gerry lo acarició, pero sirvió de poco para tranquilizarlo.

Frank reprimió una risita al ver cómo crecía la irritación de Donald. *Buen chico,* pensó Frank, mirando a Rylan. *Sigue así. No podía haberle tocado a un tipo más majo.*

—El cuerpo pertenece al doctor Richard Firth —dijo Donald—. Un psiquiatra. Bastante conocido en sus círculos. Desapareció en abril de 1995, cuando tenía cincuenta años. Lo vio por última vez un granjero de la zona en Jugger Howe Beck.

—Pasé por allí con Mary hace años —dijo Frank—. Menuda caída.

—Unos veintisiete metros. Rocas afiladas abajo.

—Qué desagradable.

—Sí —dijo Donald—. Está claro que el hombre quería quitarse de en medio. De eso no hay duda.

—¿Quién era el granjero? —preguntó Gerry, con su tono preciso y analítico.

—Harry Landale… le advirtió de que se acercaba una tormenta. Dijo que no hubo forma de detenerlo, sin embargo. Todo está registrado en el sistema. También tenemos el coche de Firth, un Jaguar, abandonado cerca, en el aparcamiento de Eller Beck Bridge —continuó Donald—. Firth parecía decidido a que su hermano pequeño lo supiera. Dejó una cámara y una foto. Como una especie de despedida. En su momento, a la gente no le sorprendió. Por lo visto, era un caballero, quería irse con dignidad. De ahí el traje, imagino. Con el testigo, el coche aparcado y la fotografía en el borde, parece que no quería dejar lugar a dudas. Supongo que no quería que nadie mantuviera la esperanza.

Frank asintió. —¿Tenemos alguna razón por la que decidió hacerlo? —pensó en el Jaguar, la pluma cara y el atuendo formal—. Supongo que no sería un problema de dinero.

—Estaba siendo investigado por mala praxis. Uno de sus pacientes, Timothy Walsh, de dieciséis años, se había quitado la vida. Firth era conocido por sus métodos, bueno, poco convencionales. Los padres de Timothy creían que eso fue lo que condujo a la muerte de su hijo.

—¿Cuáles eran los métodos poco convencionales? —preguntó Gerry.

Donald se encogió de hombros. —No he profundizado tanto. Sinceramente, parece claro como el agua. El hombre estaba a punto de ser pasado por la picadora. Su licencia revocada, su reputación por los suelos, ese tipo de cosas. Estaba cantado, según los informes a los que eché un vistazo.

Frank asintió. —Bueno, si usted está seguro…

—Estoy seguro —dijo Donald—. Además, piénselo logísticamente. Jugger Howe Beck fluye hacia el este, hacia el mar, ¿no?

Frank asintió de nuevo.

Donald bebió un sorbo de su botella de agua, que llevaba el logo de algún club de ciclismo de élite. —Así que, el cuerpo llega al mar del Norte. Con el tiempo, se abre paso hasta Whitby, donde quedó atrapado en la red de un pescador hasta que la tormenta lo removió —Donald se recostó en su silla con un suspiro de autosatisfacción, el cuero crujiendo bajo su peso—. Así que, ya he informado a la Científica, y todos podemos respirar hondo.

Frank se aclaró la garganta.

Donald lo fulminó con la mirada. Sus ojos lo decían todo. *Ni se te ocurra, Black… Ni se te ocurra empezar a plantear dudas.*

Debido a esa mirada, Frank hizo exactamente eso. —¿Algunos no dirían que el suicidio parece bastante pulcro?

Donald resopló. —Desde luego, no fue nada limpio. El loco ese se hizo pedazos contra las rocas.

—Sí —dijo, evitando el sarcasmo—. Parecía que de verdad quería que todo el mundo pensara que era un caso cerrado. Sin motivo para investigar. Ese tipo de cosas. —Frank se inclinó un poco hacia delante, con los dedos entrelazados.

—Ya hemos hablado de esto… Por su hermano pequeño, por algunos de sus amigos, como ya le he dicho. Tiene sentido, ¿no?

—Entonces, ¿por qué no hizo lo que hace la mayoría y dejó una nota? Una foto parece un poco raro.

Donald se encogió de hombros. —Frank, no pienso tolerar esto… Malgastar el dinero por una nota que no existe, o que pudo haber existido y se perdió.

Frank levantó las palmas de las manos en un gesto apaciguador, aunque el escepticismo seguía patente en su rostro.

Por el rabillo del ojo, Frank vio que Gerry estaba tecleando en el móvil. Donald no parecía haberse dado cuenta. Estaba demasiado ocupado revisando el expediente, asintiendo con la cabeza, con esa expresión de satisfecha prepotencia de vuelta en el rostro. A Frank le ponía de los nervios, como un picor que no podía rascarse. No pudo resistirse a chincharle. —¿Sabe una cosa? —dijo Frank, incapaz de contenerse—. A Reggie también le ha dado por el ciclismo últimamente. Deberían quedar para dar una vuelta alguna vez.

Donald levantó la vista, con el fantasma de una sonrisa en la cara; sabía perfectamente que le estaba tomando el pelo. —¿Ah, sí? ¿Y acabar en su página de Facebook?

—Creo que es la otra —dijo Frank—. Twitser.

—Twitter —dijo Donald, poniendo los ojos en blanco—. X, en realidad.

—¿Perdón?

—El nombre cambió a X. —De repente, su atención se desvió al darse cuenta de la intensa concentración de Gerry en su móvil—. No la estaré apartando de su vida social, ¿verdad, inspectora Carver?

—No —dijo ella—. Sin embargo, no estoy segura de que la ruta que siguió el cuerpo del doctor Richard Firth tenga sentido geográfico.

Donald no respondió. Sus labios se contrajeron en una línea tensa.

—Adelante, Gerry —dijo Frank, con una familiar sensación de cálido orgullo floreciendo en su pecho.

—El arroyo Jugger Howe Beck desemboca en el mar del Norte a unas quince millas al sur de Whitby. Los cuerpos en el agua suelen engancharse en obstáculos: rocas, ramas, estructuras submarinas. Que un cadáver recorra esa distancia, salga al mar y luego vuelva al puerto de Whitby sin quedar atrapado parece estadísticamente improbable.

Frank mantuvo una expresión neutra, juntando las manos en el regazo para ocultar su satisfacción. *Esa es mi inspectora*, pensó, *la mejor del puñetero negocio.*

—Además —continuó Gerry, desplazándose por la pantalla de su móvil—, si el cuerpo hubiese conseguido pasar… bueno… al viajar por aguas rápidas a lo largo de esa distancia, presentaría más daños de los que hemos observado. Y, sin embargo, el traje, aunque deteriorado, mantenía suficiente integridad estructural como para conservar el bolígrafo en un bolsillo interior. Eso sugiere o menos tiempo en el agua o un entorno más protegido del que proporcionaría un viaje en mar abierto.

Donald se removió en su silla, y las calas de sus zapatillas de ciclismo rasparon el suelo con un chirrido irritante. —Los cuerpos se

comportan de forma impredecible en el agua, inspectora. No veo cómo se puede afirmar nada con probabilidad estadística.

Frank se mordió el interior de la mejilla para no sonreír mientras veía cómo la actitud confiada de Donald empezaba a resquebrajarse.

—Pero el hecho de que se pueda debatir —dijo Frank—, bueno, eso plantea una duda razonable.

—No estamos en un tribunal, Frank.

—Lo entiendo. Pero no podemos descartar la otra cara del argumento que plantea Gerry…

—Basta. —Donald levantó una mano. Ahora había un enfado genuino en su tono; la jovialidad de antes se había evaporado por completo—. Los registros dentales no mienten, inspectora Carver. El cuerpo pertenece a Richard Firth. Se suicidó en 1995 saltando al arroyo Jugger Howe Beck. Su cuerpo ha sido recuperado. Fin de la historia.

Frank no pudo resistirse a hurgar en la herida del tacaño. —Es su decisión, señor… después de todo, no necesita nuestra bendición para ser prudente.

Era tanto como decir: *bueno, si esto se vuelve en tu contra, no te cubriremos las espaldas.*

La vena en la sien de Donald palpitaba visiblemente mientras fulminaba a Frank con la mirada, un rubor subiéndole por el cuello hasta su ya sonrosado rostro. —No lo hagas. Sé lo que está pasando. No hay ni una puñetera posibilidad de que esto sea otra cosa que lo que parece. ¿Quiere que malgaste recursos en esto para convertirme en el hazmerreír? Sabe que no hay investigación que valga. Vuelvan a sus tareas inmediatas.

Frank abrió la boca para protestar, pero Donald ya se había vuelto hacia su ordenador, despidiéndolos. —Eso será todo.

Frank tuvo que contenerse para no decir: «¿No va a acompañarnos a la salida con el mismo ambiente jovial con el que nos ha recibido?».

Fuera, en el pasillo, Frank observó cómo el rostro de Gerry se contraía con esa familiar expresión de concentración. Estaba calculando, analizando, sopesando probabilidades y escenarios en ese cerebro extraordinario.

—¡Tareas inmediatas! ¿Acaso sabe cuáles son? Te diré cuál es mi tarea más inmediata —dijo Frank—. Salir a fumar. ¿Vienes?

—¿Para qué? Yo no fumo.

—¡Obviamente! Podríamos charlar y te daría un poco el aire fresco.

—Tendrás que ponerte a varios metros de mí.

—Cogeré una regla.

Salieron al exterior. Frank se lió un cigarrillo inmediatamente. Dio un paso extralargo para alejarse de Gerry. —Eso deben de ser unos tres metros.

—No lo entiendo —dijo Gerry—. ¿No se lo he explicado con suficiente claridad…?

—Oh, no, Gerry, has sido clara como el agua, pero tienes que pensar en el sistema de arriba —se dio un golpecito en la sien— que procesa la información. No es un sistema estándar. Tiene filtros muy centrados en el dinero y en hacerle la pelota a los de arriba. Además, ¿has visto esos pantalones cortos?

Ella le miró, con el ceño ligeramente fruncido en señal de confusión.

—Da igual. —Los pantalones cortos no le molestaban a Gerry en absoluto, ya lo había dicho. Para ser justos, a él tampoco deberían molestarle, pero era un viejo cabrón con muchos prejuicios.

—Sé lo que sientes al enfrentarte a ese sistema de cara —dijo él después de dar varias caladas, con el humo enroscándose alrededor de su cabeza en el aire inmóvil—. Lo he sentido durante la mayor parte de mi carrera. Te da una idea de una de las razones por las que no me jubilaré: no podría soportar verle sonreír de satisfacción cuando me vaya.

—Hay demasiadas incoherencias aquí —dijo Gerry.

—Sí, estoy de acuerdo. Ten paciencia. Simplemente no quiere afrontarlo todavía. Pero lo hará.

—¿Cuándo?

—Mmm..., no estoy seguro... Los cabrones testarudos son impredecibles. Quizá encontremos algo para hacerle hablar. Sea como sea, ahora mismo he cogido un coche y te acerco a la tienda

de vestidos. De todas formas, voy en esa dirección a comer con Evelyn.

—Debería cancelar —dijo ella.

—¿Y perder la ocasión de pasar un rato con la señora Penelope Foley?

—Va a ser un desastre.

—¿Dejan entrar a Rylan?

—Sí..., he llamado antes.

—Menos mal. Anda, ve. Todo irá bien. Estaré cerca por si necesitas traer a la artillería pesada...

16

Hubo un claro entre las nubes y Craig se protegió los ojos al salir al patio. Después de haber pasado tantas horas pintando en el salón, hasta la débil luz primaveral podía resultar cegadora.

El patio de Full Sutton era un rectángulo de cemento rodeado de muros de seis metros coronados por alambre de espino. En cada esquina había una torre de vigilancia. Como en la mayoría de los centros de alta seguridad, la arquitectura pregonaba un mensaje sencillo: nadie sale hasta que nosotros lo digamos. Los ojos de las cámaras seguían cada movimiento, reforzando el mensaje con un: «además, la tecnología está de nuestro lado». A pesar del sol radiante, el aire de abril era gélido. Parecía apropiado. La primavera significaba poco entre aquellos muros.

Morris, a su lado, le ofreció un cigarrillo. Luego consultó su reloj y suspiró.

—¿De qué te quejas? —preguntó Craig.

—La dichosa pintura ha hecho que vuelva a llegar tarde al descanso. Estoy intentando calcular cuántos cigarros me puedo fumar en diez minutos.

—Anímate, hombre. Sustituir el tabaco por el arte no es para quejarse.

—¡Salvo que ambos sabemos, C, que se me da de pena pintar! Siempre se me ha dado bien fumar… joderme la vida en general…

—A veces, Morris, me pregunto por qué vienes.

—Fácil, C. Porque tú me lo dijiste.

—¿Y si te dijera que saltaras a una hoguera?

—Te mandaría a la mierda, porque salgo el mes que viene. —Se rio, soltó un grito de alegría, dio una vuelta y lanzó un puñetazo al aire. Desde varios rincones del patio se alzaron risas. La brisa trajo consigo las palabras «Morris el Loco».

—Joder. Desde luego, te has ganado el apodo. Aun así, me alegro por ti, tío —dijo Craig. Se permitió una pequeña sonrisa al recordar su propia fecha de salida, a más de una década de distancia. La idea se le asentó como una piedra en el estómago.

—Así que, teniendo eso en cuenta, C… —Se detuvo y señaló a Craig—, más vale que me digas la verdad. Soy un desastre pintando, ¿a que sí?

—Yo no lo veo así.

Hizo un gesto con el cigarrillo. —Qué respuesta más lista.

—Lo digo en serio, Morris. Nunca lo he visto así. Y me decepcionaría que no siguieras con ello.

Morris resopló. —¿Esperas que me compre unas acuarelas caras de una tienda de arte?

—Sí.

—Venga, hombre. ¿De verdad me ves haciendo eso?

—¿Por qué no? —Craig encendió su propio cigarrillo—. Treinta años aquí dentro, Morris. No eres el mismo hombre que entró; ya no eres Morris el Loco, al menos no en el sentido psicopático y aterrador. ¿Para qué molestarse en mantener las apariencias? Limítate a disfrutar de la vida que te queda.

—¿A no ser que no me la merezca, C? ¿Has pensado en eso? Estampé a un tío contra el ventanal de un pub, ¿sabes? Arruiné a una familia…

Craig dio una calada y expulsó el humo. Observó a Morris. —Has cumplido tu condena.

—Salvo que, si fuera mi hijo, ¿me habría conformado con que ese cabrón solo cumpliera su condena?

Exhaló más humo. —Tú no pones las reglas, Morris. Cómprate las acuarelas. Ponte en contacto con tu familia. —Craig señaló a una figura al otro lado del patio—. Ahí… —Un hombre joven y delgado

estaba apoyado en la valla del fondo, con las manos hundidas en los bolsillos y los hombros encorvados, como si intentara plegarse sobre sí mismo para parecer más pequeño—. ¿El nuevo?

—Sí, ¿qué pasa con él?

—No me había fijado en él antes.

—Llegó ayer.

El chaval parecía tener poco más de veinte años. Había algo en su postura que llamó la atención de Craig. En la forma cuidadosa en que se hacía invisible mientras lo observaba todo. Le recordó a Thomas en aquellos últimos meses. Alerta. Receloso. Planeando ya una huida de otro tipo.

—Vamos a darle la bienvenida del artista —sugirió Craig, avanzando ya en dirección al chico.

Mientras cruzaban el patio, el ambiente cambió sutilmente. Las conversaciones se detuvieron. Los presos observaban por el rabillo del ojo el paso de Craig y algunos le saludaban a gritos. Craig asentía en respuesta a quienes lo hacían.

—¡C! —Un hombre enjuto con tatuajes desvaídos por la cárcel de su época de marinero se acercó, inclinando la cabeza en señal de respeto—. Tengo ese paisaje colgado sobre mi litera. El mar del Norte… los huesos de ballena… Me pasé casi toda la noche de ayer mirándolo… Me trajo buenos recuerdos, ¿sabe?

—Me alegro de oírlo, Eddie.

—Algún día se lo pagaré.

Eddie le guiñó un ojo y Craig observó su familiar párpado tatuado con el mástil de un barco.

—No hace falta.

—Lo haré.

Craig y Morris continuaron su camino.

Dos hombres corpulentos que jugaban al dominó se levantaron al paso de Craig y le saludaron con un respetuoso asentimiento. —A Lacey le encantó la tarjeta, C.

Craig sonrió. —Ha sido un placer, Ron.

Un hombre conocido solo como Wrench, que se había ganado el apodo por darle a alguien en la cabeza con una llave inglesa, se le

acercó y le murmuró: «¿Todo bien, C?», con una deferencia que pocos creerían posible en un hombre responsable de tres asesinatos.

Craig y Wrench chocaron los nudillos.

Tres internos más se apartaron para dejar pasar a Craig, uno de ellos con otro respetuoso asentimiento. —A veces se me olvida lo jodidamente rico que eres —dijo Morris.

—Anda ya —dijo Craig, aunque Morris tenía parte de razón.

Morris no se refería, por supuesto, a la riqueza económica... La riqueza era sinónimo de respeto aquí dentro, y a Craig le sobraba. Y no la había conseguido por los medios habituales de la violencia y la intimidación. Le había llevado años amasar esa moneda: pequeños gestos amables acumulados como depósitos, retratos que captaban algo más que rostros, que captaban la dignidad, escuchar cuando nadie más lo hacía.

—Supongo que ayuda a ver a estos hombres como son en realidad —dijo Morris.

—¿Qué? ¿Ahora eres poeta? ¿Además de un maldito pintor?

El joven se apretó más contra la valla a medida que se acercaban, con los ojos fijos en el suelo. Su ropa de presidiario le quedaba holgada sobre su complexión delgada, haciéndole parecer un niño disfrazado. Unas ojeras oscuras ensombrecían unos ojos que se movían nerviosamente por el patio, sin posarse en nada durante mucho tiempo. Un cardenal desvaído le coloreaba el pómulo izquierdo, demasiado antiguo para habérselo hecho dentro.

—Buenos días —dijo Craig, manteniendo un tono de voz ligero—. Soy Craig. Llámeme C... Este es Morris.

El chico levantó la vista y la apartó rápidamente. Tardó un rato, pero finalmente musitó: —Nathan.

—¿Es su primera vez dentro, Nathan? —preguntó Morris.

Él asintió.

—Al principio es un choque... —ofreció Craig—. Pero en un par de semanas se acostumbrará. Se hace más fácil.

—Nunca es bueno —añadió Morris—. Pero sí, más fácil.

Craig silenció a Morris con una mirada y luego volvió a centrar su atención en Nathan. —¿Necesita ayuda para instalarse?

Nathan los miró a ambos con recelo, mientras sus dedos jugueteaban con un hilo suelto de la manga.

No respondió.

Craig lo intentó de nuevo. —¿La litera está bien?

Nathan bajó la vista, guardando silencio.

—¿Hay algo que quiera preguntar?

Nathan fijó la mirada en un punto cerca de sus pies y negó con la cabeza de forma apenas perceptible.

Morris le dio un golpecito en el brazo a Craig, sugiriéndole que se rindiera. Craig ignoró a su gran amigo con un movimiento de cabeza.

—La comida es una mierda —dijo Craig—. No tiene sentido dorar la píldora. Los espaguetis a la boloñesa de los jueves es la única comida medio decente que sirven. Hay un chaval llamado Nile en el Módulo B que vende proteína en polvo a buen precio si quiere ganar algo de volumen. No digo que necesite parecerse a algunos de estos musculitos, pero un poco de peso ayuda con la confianza.

Los ojos de Nathan se alzaron fugazmente, recorriendo el patio antes de volver a bajar. —No tengo dinero.

—El programa de trabajo empieza la semana que viene. Apúntese a lavandería: es un trabajo fácil y dan buenos puntos.

—Lo tendré en cuenta —dijo.

—Además —continuó Craig—, si quiere, dirijo un grupo de arte. Acuarelas. Podría ayudarle a pasar el tiempo. No se necesita experiencia.

—No sé dibujar.

Craig le dio una palmada en el enorme hombro a Morris. —Este, Morris, tampoco sabía cuando empezó.

—Y sigo sin saber —dijo Morris, sonriendo.

—Es modesto. Ha mejorado.

—De extremadamente malo a solo malo.

Nathan sonrió y, por un momento, pareció relajarse, dejando caer los hombros un ápice.

—Puede que le guste —insistió Craig con suavidad—. Un par de horas varias mañanas a la semana, cuando nadie le está dando la lata. Solo usted y su caballete. Es tranquilo. Incluso apacible. Algo que este lugar no ofrece mucho.

—A veces es el único lugar donde puedes respirar —añadió Morris.

Craig asintió. —Y el único sitio donde puedes recordar quién eras antes.

—Si te va ese rollo —dijo Morris.

—No voy a encajar —dijo Nathan, mirándolos alternativamente.

—Te ayudará a aclimatarte —dijo Morris.

A varios metros de distancia, Phil, que debió de oír a Morris, gritó: —¡Ya ayudaremos nosotros a la carne fresca a aclimatarse! —La risa de otros tres que estaban con él fue aguda y exagerada.

Morris miró a Phil y se hizo sonar los nudillos. —Como sigas así, te vas a aclimatar en la enfermería, Phil.

—Tranquilo. —Craig tocó el pecho de Morris—. Recuerda que aquí no siempre es solo cachondeo.

Morris se fijó en que alguien se dirigía hacia ellos y sonrió. —Hablando de batidos de proteínas, aquí viene el mayor cliente de Nile.

Era Tank.

Una montaña de hombre. Un metro noventa y cinco y con fuerza suficiente para sustituir temporalmente el pilar de un puente en ruinas. Tenía el cuello más ancho que los muslos de la mayoría de los hombres, y los tatuajes le trepaban desde debajo del cuello de la camisa como enredaderas reclamando su territorio. —¿Hombre, mira por dónde?

El rostro de Nathan perdió todo el color.

—Somos viejos conocidos —dijo Tank—. ¿A que sí, muchacho?

Nathan negó con la cabeza. —Creo que se ha...

—Deje que le refresque la memoria —lo interrumpió Tank—. Yo le di un buen empleo.

—Usted fue a la cárcel —dijo Nathan—. No tuve la oportunidad de darle los beneficios del mes.

Tank sonrió. Le faltaban varios dientes. —Eso no significa que no me lo deba. Se llevó mucho producto mío. ¿Unos trescientos, si no recuerdo mal?

—¿Doscientos?

—Ahora son trescientos. La inflación está por las nubes. La cosa es que… me vendrían muy bien… he desarrollado una dependencia de las proteínas… —Se acercó más a Nathan.

Nathan se pegó a la valla. —Aquí dentro no lo tengo.

—No pasa nada, pero podemos hacer arreglos con nuestra gente de fuera.

—No tengo a nadie fuera.

Tank se acercó aún más, empequeñeciéndolo. —Esto está empezando a parecer un problema. Un problema que usted tiene que resolver.

Craig le puso una mano en el brazo a Tank. —Tank… ¿un momento?

Tank miró por encima del hombro. —C. Esto es un negocio.

—Uno rápido, por favor.

Tank gruñó, asintió y luego siguió a Craig unos pasos más allá.

—Es su primer día —dijo Craig.

—¿Y?

—¿No puede darle un respiro... al menos un par de días?

Tank sorbió los labios y miró a su alrededor, con cara de fastidio por la petición.

—Estoy seguro de que pagará —insistió Craig.

Tank suspiró. —C... nunca pagan. No puedo dejarlo correr. Me hace quedar mal.

—¿Y si lo cubro yo? ¿Los doscientos? Transferir la deuda.

Las cejas de Tank se dispararon. —Son trescientos.

Craig sonrió. —Sea razonable. Doscientos es mejor que nada. Y le ahorra el esfuerzo de mandar un mensaje. Asunto zanjado.

—¿Por qué hace usted eso?

Craig se encogió de hombros. —Es su primer día. —Omitió el hecho de que le recordaba al hijo que había perdido—. El pringado soy yo..., no usted.

Tank lo estudió, viendo más de la cuenta. —No puedo cogerle dinero, C.

—No lo hará, porque se lo daré yo.

Tank se lo pensó un momento. Suspiró. —Bueno, siendo usted…

—Gracias, Tank.

Tank se rio. —Joder, C…, nunca ha habido nadie como usted.

Tank se acercó a Nathan. —Feliz primer día, novato. Parece que está de suerte. Le he encontrado un samaritano. —Sonrió y le guiñó un ojo a Craig.

Craig volvió a mirar a Nathan, todavía pegado a la valla como si pudiera atravesarla si se esforzaba lo suficiente. Por un momento, otro rostro se superpuso al suyo: más joven, con los mismos ojos atormentados que lo habían mirado desde su retrato a la acuarela el día anterior. Thomas a los veinticuatro, sentado al otro lado de la mesa en la sala de visitas de la prisión. Una semana después, lo habían detenido. Un mes después, estaba muerto.

Craig encendió otro cigarrillo, con la mano firme a pesar de los recuerdos que se agolpaban en su mente.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó Nathan en voz baja.

Craig le dio una calada al cigarrillo. —Buena pregunta. En otro momento, quizá.

—No le debo nada —dijo Nathan, entrecerrando los ojos—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Craig—. Pero ¿podría al menos considerar lo del cuadro?

Nathan se lo pensó un momento. Finalmente, asintió con un gesto rápido, se dio la vuelta y se marchó a hurtadillas.

Craig se preguntó entonces, y no por primera vez, si salvar a un joven podría compensar alguna vez el haberle fallado a otro.

Mientras Craig caminaba hacia la puerta para volver a entrar junto a Morris, oyó un fragmento de una conversación entre dos guardias.

—Han encontrado un cuerpo en el puerto de Whitby…

—¿Otro que se ha tirado? Siempre están encontrando.

Craig respiró hondo…

Sonó el timbre que indicaba el final del descanso y casi se le salió el corazón por la boca.

—¿Estás bien, C? —preguntó Morris.

Craig asintió. —Sí..., solo estaba en mi mundo por un momento.

17

Angel's Grace.

El nombre sugería una iluminación serena, colores relajantes, minimalismo.

Sin embargo, la tienda de novias era una explosión de color. Candelabros ornamentados que esparcían impredecibles patrones de luz y flores artificiales rociadas con perfume.

Penelope Foley juntó las manos en cuanto cruzaron el umbral. —¿Sencillamente sobrecogedor, verdad?

Sí, me está dejando sin aliento, pensó Gerry, con los sentidos desbordados.

Rylan apoyó su tranquilizador cuerpo contra la pierna de ella.

—Es usted la segunda persona que he traído aquí —continuó Penelope—. Alessandra fue la primera, por supuesto.

A Gerry le sorprendió oír a Penelope pronunciar ese nombre.

—Supongo que Tom le ha hablado de Alessandra —dijo Penelope.

—Sí —dijo Gerry—. La primera prometida de Tom.

—Hacían una pareja tan encantadora —dijo Penelope.

Gerry sabía, por supuesto, que ella misma no era la persona con más tacto del mundo, pero mencionar a prometidas anteriores le pareció pasarse de la raya.

Una falta de tacto o, quizá, un intento sutil de minar la confianza de Gerry, de reafirmar su poder.

—¿No le puso los cuernos? —preguntó Gerry.

—Por desgracia..., sí —dijo Penelope—. ¡Pero de eso responsabilizo a Tom! No le prestó la atención suficiente. Y ella necesitaba atención..., una de esas mujeres que hacen girar cabezas, ya sabe.

Gerry suspiró para sus adentros, pensando: *Está usted perdiendo el tiempo, Penelope. Yo no respondo a sus puyas sutiles como lo harían otras*.

Gerry oyó el repiqueteo de unos tacones en el suelo de mármol. Se giró y vio a una mujer con un traje de un fucsia chillón, adornado con unos botones dorados de gran tamaño que parecían abrumar su menuda figura. —¡Penelope! —tenía acento francés.

—¡Claudette! —exclamó Penelope.

Se dieron dos besos en las mejillas. —Qué alegría volver a verte. —Su mirada se desvió hacia Gerry y luego bajó hasta Rylan; su sonrisa titubeó ligeramente, a pesar de que ya había dado el visto bueno a su presencia—. ¿Y esta debe de ser Geraldine?

—Gerry —la corrigió.

—Ah... Su mensaje de texto decía Geraldine —dijo Claudette—. Es un nombre bonito, Geraldine..., debería llevarlo con orgullo. —Le guiñó un ojo.

Penelope abrió las manos con exasperación. —Estoy de acuerdo, un nombre precioso... pero ya sabes cómo son los jóvenes de hoy.

Claudette examinó a Gerry de arriba abajo. —¿A que es una chica guapísima? Una figura con la que se puede trabajar. —Se acercó y le puso las manos en los brazos, y Gerry agarró con más fuerza la correa de Rylan, obligándose a no apartarse.

El labrador se adelantó, rozando la pierna de Claudette. Claudette dio un paso atrás, mirándolo, y su sonrisa volvió a flaquear.

—¿Le gustaría a su animal de servicio ir a la parte de atrás, quizá? Está limpio y puedo ofrecerle algo de agua...

—Rylan es un perro de terapia y, como le indiqué en mi correo electrónico, de verdad necesita quedarse conmigo, sobre todo en entornos que no le son familiares.

—*Oui, oui*... por supuesto... pues familiaricémonos entonces, para que su perro de terapia pueda tomarse un descanso. —Claudette sonrió—. ¿Empezamos?

Dio una palmada y se acercó una joven que llevaba un estridente vestido verde lima con capas de volantes que la hacían parecer incómoda. La ropa no le sentaba bien, y Gerry supuso que probablemente el atuendo no había sido elección suya. Llevaba una bandeja con dos copas de champán. —Hola, señora Foley.

—Por favor... ya es usted mayor, llámeme Penelope. ¡Cielo santo, cómo ha crecido! —Miró a Gerry y luego de nuevo a la joven—. Esta es Sadie, la hija de Claudette.

—Hola, Sadie —dijo Gerry.

—Buenos días, señorita Carver. —Sadie le ofreció las copas.

Penelope cogió la suya.

—No, gracias —dijo Gerry—. Tengo que volver al trabajo después.

—Yo no diré nada si usted no lo hace —dijo Penelope, y soltó una carcajada.

—En realidad, nunca bebo durante el día, de todas formas —dijo Gerry. El mundo establecido ya le resultaba bastante difícil para desenvolverse como para añadirle alcohol. Quizá por la noche con amigos íntimos, pero hasta ahí llegaba.

—Los jóvenes, ¿eh? —dijo Penelope, repitiendo su queja de antes. Se bebió la copa de dos tragos, la dejó en la bandeja y cogió la otra—. A buen hambre no hay pan duro.

Mientras seguían a Claudette hacia la sala de exposición, Penelope le dijo a Gerry: —Tenía que haber visto a Tom con once años, organizando elaboradas fiestas de té para sus animales de peluche, insistiendo en usar mi mejor porcelana. ¡Y la forma en que se echaba mis pañuelos sobre los hombros, diciendo que eran túnicas reales! —Soltó una risita, le dio hipo y se tapó la boca con la mano—. Sabe, creo que se moriría de vergüenza si supiera que le he contado esto.

Gerry asintió. —Estoy segura de que no le importaría... me parece un juego infantil de lo más normal.

—¡Ja! —Se bebió la mitad de su segunda copa de champán—. ¿Mi Tom, normal? Sabe a qué se dedica, ¿verdad? ¿Todo ese trabajo con los árboles?

—Es una profesión importante.

Pero no la estaba escuchando. —Sabe, hasta que conoció a Alessandra en la universidad y se enamoró perdidamente, pensábamos, ya sabe, que... —agitó las cejas.

Gerry esperó y, como no terminaba la frase, la animó: —¿Pensaban qué?

Se inclinó y siseó: —Que era del otro equipo...

Gerry no conocía la expresión, pero dedujo el significado.

—Afortunadamente para Alessandra, y ahora para usted, Geraldine, no es el caso. De pura cepa, como su padre, supongo. —Se terminó el champán—. Sospecho que no tendré que esperar mucho para tener nietos. —Se acabó la copa, se dio la vuelta y la puso en la bandeja que sostenía Sadie, que estaba cerca—. No podría tomarme otra, ¿verdad, Sadie, querida?

Sadie miró a Gerry a los ojos y una sombra de sonrisa cruzó su rostro. Gerry no se sintió con confianza para corresponder a su gesto con una expresión facial sutil, así que apartó la mirada.

—Por supuesto, señora Foley.

—¡Penelope, insisto!

Claudette las condujo hacia una sección donde los vestidos colgaban de un raíl. —Basándome en los estilos que sugeriste, Penelope, me he tomado la libertad de seleccionar algunas posibilidades.

—Lo siento —dijo Gerry, con el estómago revuelto—. Le envié un correo con mis sugerencias. Me gustaría algo sencillo, si es posible.

Penelope intervino. —No se preocupe, querida. Contacté con Claudette anoche. Simplemente he pedido algo tradicional. Es mejor que se guíe por nuestra experiencia. Tenemos mucha mili, ¿sabe?

—Busquemos un término medio. —Claudette se giró y repasó rápidamente la selección—. ¿Silueta de traje de gala... *oui*?

—Podría funcionar —dijo Penelope—. Alessandra se probó un Vera Wang exquisito. Mangas de encaje, cola catedral.

Claudette suspiró. —No tenemos ese en concreto, pero podríamos mirar de encargarlo...

Penelope negó con la cabeza. —Alessandra tenía una figura extraordinaria. Le sentaba de maravilla. Es mejor que nos centremos en los mejores atributos de Geraldine y...

—Gerry —dijo Gerry.

—Gerry... —Sonrió—. Disculpe, querida.

Claudette ya estaba sacando vestidos de los percheros. A Gerry no le parecieron para nada sencillos y discretos.

—Empecemos con estos —dijo Claudette—. El probador está por aquí.

18

Frank se ajustó la corbata —un discreto estampado de rayas diagonales en tonos burdeos y azul— y se abrochó un botón de la chaqueta del traje.

Tenía que admitir que los nuevos trapitos le quitaban años de encima.

Tras la muerte de Mary, había dejado que su aspecto se viniera abajo junto con su ánimo. Los trajes raídos, las corbatas con manchas y las camisas amarillentas se convirtieron en la norma.

Durante años, Bertha, su Volvo, y él habían sido la pareja perfecta: ambos desgastados, funcionales, pero apenas aguantando el tipo.

Sin embargo, desde que había perdido peso, mérito de haber conocido a Gerry y su incesante vigilancia —o más bien, su incesante acoso disfrazado de preocupación—, se había visto obligado a ir de tiendas a por ropa que le sirviera.

Al principio, había sido un soberano coñazo, pero luego empezaron a lloverle los cumplidos, principalmente de Evelyn. «Siempre me ha gustado un hombre con traje, sobre todo cuando lo lleva con esa seguridad». Después de eso, Frank había empezado a prestar más que un interés pasajero a su aspecto. Llevaba el traje a la tintorería con regularidad y variaba el color de las camisas y las corbatas.

Janet Wainwright, la hija de Evelyn, abrió la puerta.

—Ya está aquí el revoltoso.

—¿Qué tal, Janet?

Detrás de ella, dos niños pasaron como cohetes por el pasillo, con aviones de papel surcando el aire por delante de ellos y llenándolo todo con sus chillidos de alegría.

—Estoy agotada. Hoy no hay cole... día de formación del profesorado.

—Ah —asintió Frank, preguntándose por qué no le habrían advertido de aquello.

—Mamá está en la cocina. ¿Se te dan bien los niños?

Tomándose la pregunta como si fuera retórica, se rio. ¿Acaso podía parecerse menos a un animador infantil?

El hecho de que ella no se uniera a su risa le sugirió que quizá lo decía en serio.

Por encima de su hombro, Frank vio cómo uno de los aviones de papel trazaba un arco perfecto antes de caer en picado sobre un jarrón de la mesa del pasillo. El jarrón se tambaleó peligrosamente antes de estrellarse contra el suelo y hacerse añicos.

Los niños se quedaron paralizados, con los ojos como platos.

—¡Ha sido culpa de Ollie! —gritó el más pequeño antes de que ambos desaparecieran al doblar una esquina.

No, pensó él. *La verdad es que no se me dan bien los niños.*

Janet le hizo un gesto para que entrara.

—Haré lo posible por mantenerlos a raya, y luego me dices qué te parecen los espaguetis a la boloñesa que os he preparado —guiñó un ojo—. A pesar del caos.

Instintivamente, Frank se miró la camisa nueva —la que le había costado más de 30 libras, al menos tres veces más de lo que jamás se había gastado en una— y se imaginó la salsa de tomate salpicándola.

Siguió a Janet hasta una cocina de planta abierta donde Evelyn estaba sentada en su silla de ruedas cerca de la ventana, con un libro abierto en el regazo. Ya lo miraba, sonriendo.

Se percató del cambio. Había en ella una cierta vitalidad que no podía explicarse por el mero hecho de que la luz del sol entrara a raudales por la ventana.

Le reconfortó ver ese brillo creciente en sus ojos.

—Frank —dijo Evelyn—, tienes que ver esto.

—De acuerdo —sonrió Frank sin tener ni idea de lo que estaba a punto de ocurrir.

Evelyn dejó el libro a un lado y se agarró con fuerza a los brazos de la silla de ruedas. Con un cuidado deliberado, se irguió. Frank, de repente inquieto, dio un paso hacia ella.

—¡No te muevas de donde estás, Frank! —le advirtió Evelyn con voz tensa.

Janet se lanzó hacia su madre.

—¡Y tú tampoco, Janet!

Su voz sonaba decidida. Frank y Janet se quedaron helados.

Con una creciente y honda preocupación, observó cómo Evelyn se estabilizaba, daba dos pasos cuidadosos hacia la mesa, se detenía para tomar aliento y, acto seguido, le retiraba una silla.

—Tu asiento..., caballero —dijo, entrecortadamente.

Oyó el triunfo en su voz y vio el deleite en su rostro.

—Gracias, señora —dijo Frank, tomando asiento.

Frank levantó la vista hacia Janet, que en ese momento fulminaba a su madre con la mirada.

En ese instante, el niño mayor, de unos ocho años, pilló a Frank por sorpresa.

—¿De verdad eres el novio de la abuela?

Frank miró al niño, sintiendo que el calor le subía por el cuello.

Evelyn se rio.

—¡Oliver! —lo regañó Janet desde la puerta—. ¿De qué hemos hablado?

—De hablar bajo y de hacer preguntas apropiadas —recitó Oliver.

Frank sintió un golpecito en el otro hombro. A este lado había una niña más pequeña con coletas.

—Creía que los jefes de policía eran listos y guapos.

Frank rio con incomodidad.

—Lily... —dijo Janet, pero su tono fue más suave dada la edad de la niña—. ¿Puedes ir al otro cuarto con tu hermano, por favor?

Ambos salieron pitando.

—Lo siento... —suspiró Janet, pasándose una mano por el pelo.

—¡No hay de qué! —dijo Frank—. Que digan lo que piensan... Quién lo diría en esta casa. Además, Oliver solo tiene curiosidad, y bueno, Lily probablemente tiene razón, no soy el más guapo. Aunque, ¿quizá deberíamos decirle cuánto ha costado este traje? O eso, o decirle a la tienda donde lo compré que no cumple lo que promete.

Evelyn se rio y le guiñó un ojo a Frank.

—Funciona perfectamente.

A Frank se le encendió la cara ante el cumplido, y las puntas de las orejas se le pusieron coloradas.

19

Kevin esperaba en el hospital con las tripas rugiéndole. No había comido nada desde que vomitó el día anterior.

Al darse cuenta de que tenía treinta minutos antes de que le permitieran entrar a ver a su madre, fue al quiosco del hospital.

Normalmente, pedía que le llevaran toda la comida a casa. Allí podía rociar y desinfectar todos los envases. Pero se sentía mareado y necesitaba comer desesperadamente. No hacerlo solo empeoraría su ansiedad.

Cogería unas patatas fritas de bolsa y luego se frotaría las manos con desinfectante sobre el paquete.

Sus manos se cerraron sobre una bolsa de Monster Munch...

Se le cortó la respiración cuando vio un diminuto rasgón en el guante derecho, justo encima del dedo índice.

Retiró la mano de golpe, pero ya era demasiado tarde.

La bolsa de Monster Munch cayó de su mano temblorosa.

El aire de la tienda pareció de repente enrarecido, insuficiente. Sus pulmones trabajaban más deprisa, inhalando bocanadas de aire rápidas y superficiales. Por un momento aterrador, imaginó los contaminantes: millones de bacterias y virus pululando a través de ese rasgón, sobre su piel, bajo sus uñas, multiplicándose con cada latido atronador de su corazón.

¿Dónde estaban los pensamientos que necesitaba?

Los mismos algoritmos que había escrito para ayudar a otros a gestionar los suyos no aparecían por ninguna parte en su jodida mente.

—¿Se encuentra bien, señor? —Una voz, distante, como si viniera de debajo del agua.

Kevin retrocedió trastabillando y chocó contra un expositor de revistas. Salió de la tienda a trompicones, girándose y tambaleándose hacia el letrero que indicaba «Aseos».

La puerta del baño se cerró de un portazo tras él. Se arrancó los guantes contaminados, los arrojó a la papelera y metió las manos bajo el grifo automático.

Apretó el dispensador de jabón cuatro veces —el cuatro era seguro, el cuatro era completo— y lo convirtió en una espesa espuma que le llegó hasta las muñecas. Se clavó las uñas en las palmas de las manos, raspando para eliminar los contaminantes.

La puerta se abrió. —Oiga, ¿está usted bien? —Era la misma voz —. Parecía que se iba a desmayar.

Kevin no se giró, y no pudo hablar. Todo su ser estaba concentrado en el ritual de la limpieza.

—Oiga.

Consiguió forzar una respuesta. —Bien.

—Fuera hay una silla si necesita sentarse.

La puerta se cerró. Kevin continuó frotándose hasta que la piel de sus manos adquirió un tono rojo e irritado, brillante y sensible al tacto.

Se quedó de pie un momento, dejando que se secaran al aire. Los secadores de manos podían ser una placa de Petri de bacterias.

Finalmente, cuando tuvo las manos secas, observó pequeñas grietas en los nudillos donde la sequedad del invierno aún no había cicatrizado.

Sacó un par de guantes limpios del bolsillo y se los puso. Su respiración se había calmado.

En el espejo, un rostro pálido le devolvió la mirada, con los ojos muy abiertos por los rastros persistentes del pánico. El programador que acababa de recibir la validación del NHS para su innovación en salud mental parecía él mismo un paciente aterrorizado.

Fuera, Kevin encontró un banco alejado de la entrada principal, afortunadamente vacío. Se desplomó en él y sacó el móvil con manos temblorosas.

—EmPathAI, activa sesión de usuario —susurró—. Estoy entrando en pánico... Pierdo el control.

—Lamento oír eso, Kevin. ¿Le gustaría que repasáramos algunos de sus ejercicios de anclaje más eficaces?

—Sí. No. No lo sé. —Inhaló con voz temblorosa.

—De acuerdo. ¿Podría explicarme, Kevin, qué ha desencadenado el ataque de pánico?

—Se me ha roto el guante. En la tienda. Yo... no he podido... —Se le quebró la voz.

—Suena muy angustioso. Recuerde que la exposición a situaciones que producen ansiedad forma parte de la recuperación, no es una señal de fracaso.

—Lo entiendo. Joder, si la he programado yo..., pero no estoy gestionando la situación.

—La clave puede estar en cómo se recupera de la situación.

—¡Solo deme un jodido ejercicio de anclaje!

—Por supuesto, Kevin.

Durante los cinco minutos siguientes, la suave voz de EmPathAI lo guio a través de unos ejercicios de respiración Pranayama yóguicos, inhalando lentamente por una fosa nasal y exhalando por la otra.

Cuando abrió los ojos, vio un pequeño grupo de pacientes que habían salido a fumar. Todos lo observaban con recelo.

¿Lo veían como lo que era: un hombre que había resuelto el enigma de la terapia con IA para miles de personas, pero que no podía arreglar los circuitos rotos de su propio cerebro?

Esta vez revisó sus guantes con cuidado y regresó al interior del hospital, decidido a conseguir algo de comida.

20

Gerry entró en el pequeño probador. Los espejos en tres de las paredes multiplicaban su reflejo de formas inquietantes. Rylan estaba con ella, pero eso apenas lograba disipar su creciente desasosiego.

Estaba a punto de correr la cortina cuando Penelope se coló dentro.

—Quizá Rylan debería esperar fuera. Apenas hay sitio para los tres.

—Él se queda —dijo Gerry—. Además, puedo apañármelas sola con los vestidos, Penelope.

—Tonterías. —Penelope ya estaba bajando la cremallera del primer vestido, una creación monstruosa con una falda que parecía tener tela suficiente para vestir a un pueblo entero—. Estas cosas son complicadas. Además, Alessandra siempre decía que tenía buen ojo.

—Penelope… —Respiró hondo—. Quiero estar a solas con Rylan. Me siento abrumada.

Ella asintió.

—De acuerdo… Tom me advirtió de que esto podría pasar. —Dio un paso atrás—. Lo entiendo perfectamente.

Gerry intentó correr la cortina.

Penelope la detuvo.

—¿Me haría al menos el honor de probarse primero mi favorito? —Señaló el vestido monstruoso—. Gracias. —Corrió la cortina sin esperar la negativa.

Gerry lo miró.

Ceder.

Esto era por Tom.

Él también soportaba cosas por ella para mantener fuerte su relación. Ella debía, o al menos intentaría, hacer lo mismo.

Cerró los ojos, respiró hondo y sintió a Rylan contra sus piernas.

Solo esta última cosa. Pruebo el vestido que ella quiere y luego pongo yo las reglas.

Abrió los ojos y se vistió.

El corpiño, incrustado de cristales y perlas de aljófar, le oprimía la caja torácica como un tornillo de banco, y las capas de tul le arañaban la piel a través de las medias.

Hasta aquí hemos llegado, Penelope, pensó, saliendo del probador.

—¡Precioso! —Penelope juntó las manos—. ¿Claudette?

Gerry intentó ocultar la incomodidad de su rostro, pero era imposible. Cada cristal era como una diminuta aguja clavándose en su piel.

—¡Magnífico! —Claudette la rodeó, haciendo ajustes—. Podríamos añadirle aún más volumen con un cancan adicional.

—No hace falta más volumen —dijo Gerry—. De hecho, sería preferible menos volumen. El vestido es incómodo.

Penelope se bebió su tercera copa de champán y restó importancia a su preocupación con un gesto de la mano.

—La belleza exige sacrificios, querida. Cuando me casé con Reginald, llevaba el corsé tan apretado que casi me desmayo durante la ceremonia. —Se rio tontamente—. Además… ¡quieres que se lo curren aún más esa noche para quitártelo! ¡Ja!

Gerry pensó en la reacción de Frank cada vez que ella mencionaba el sexo. Ahora podía entender su incomodidad.

Penelope se acercó tambaleándose.

—Aun así, yo me había imaginado más pedrería. —Su aliento olía a champán—. Claudette… ¿tiene algo con más pedrería?

A Gerry se le erizó la piel. De repente, hacía demasiado calor, había demasiada luz, y el perfume de las flores era abrumador.

Rylan gimió.

—¿Está bien su animal de servicio? —dijo Claudette.

—Perro de terapia —dijo Gerry—. Y no, no está tranquilo. Percibe mi malestar. Ni siquiera puedo arrodillarme con esto puesto para conectar con él. —Imaginó que su cara ya debía de estar muy roja —. Esto no está funcionando… —Intentó calmar su respiración—. Lo siento, pero de verdad que no.

—La entiendo, querida —dijo Penelope—. Quiere algo sencillo. Pues tendrá algo sencillo.

—Sí —dijo Gerry, cerrando los ojos y tragando saliva—. Adornos mínimos. Sin brillantes ni cuentas. Y también líneas limpias. Esto me araña.

—Estoy segura de que podemos conseguirlo —dijo Claudette.

—Sí —dijo Penelope—. Y una vez que optemos por algo un poco más sencillo, entonces…

Gerry abrió los ojos de golpe.

—Mucho más sencillo.

—Claro… pero… —Penelope levantó un dedo—. Pero recuerde que es el día de su boda y toda novia debe parecer una princesa.

—No quiero parecer una princesa —dijo Gerry.

Claudette intervino.

—Probemos algunos estilos sencillos. Sin duda tengo algo un poco más estilizado.

El segundo vestido era ligeramente mejor: un elegante vestido de tubo con adornos mínimos y un suave acabado satinado que caía con naturalidad sobre la alta figura de Gerry. Las mangas eran cortas, pero no restrictivas, y el escote era sencillo y no le irritaba la clavícula.

Era posible que pudiera aguantar este.

Algunas incomodidades, pero los estímulos sensoriales eran menos abrumadores.

Los latidos de su corazón comenzaron a estabilizarse.

Cuando Gerry salió del probador, Claudette dijo:

—¡Es usted una muñeca!

Gerry se quedó perpleja. ¿Qué tenía de maravilloso que la compararan con un juguete de plástico inanimado? No respondió. Solo quería acabar con todo aquello de una vez. Miró a Penelope y luego a Claudette.

—Quisiera este.

Penelope, que de alguna manera se las había arreglado para conseguir una cuarta copa de champán mientras Gerry estaba en el probador, levantó la mano.

—Un minuto, querida… déjeme asimilarlo… —Se movió en semicírculo, examinándola desde diferentes ángulos. Casi se tropezó y tuvo que apoyarse de nuevo en una silla—. Podría funcionar.

—Súbase a la plataforma, por favor —dijo Claudette, señalando.

Gerry respiró hondo. *Ya casi está*. Se obligó a subir a la pequeña plataforma rodeada de espejos.

—Y ahora, la prueba de fuego —dijo Penelope, rebuscando en su bolso y sacando una gran caja de terciopelo.

Claudette se rio.

—¡Qué manera de expresarse tiene, Penelope!

—¿Qué es eso? —preguntó Gerry.

—Algo especial —dijo Penelope y le guiñó un ojo. La abrió para revelar una tiara: una pieza considerable con diamantes y perlas que atrapaba la luz con destellos agresivos—. Ha estado en la familia Foley durante generaciones.

—No…

—La llevé en mi boda.

—No puedo…

—Lo es todo para mí.

Penelope no escuchaba sus protestas. Estaba demasiado ocupada contemplando la tiara con asombro.

La idea del metal presionándole el cuero cabelludo, su peso, el pellizco de las peinetas. Era sencillamente demasiado...

—Penelope. No me la pondré.

Penelope se le quedó mirando.

—Le agradezco el detalle —continuó Gerry—. Pero no.

—¿Podría al menos probársela? —insistió Penelope, alargando ya la mano para colocársela en la cabeza a Gerry.

—Penelope...

—A Tom le encantaría.

Gerry cerró los ojos y respiró hondo. Rylan gimoteó.

Cede...

En un momento habrá pasado todo.

Como era de esperar, el metal estaba frío y el peso era incómodo. Los ajustes le causaron aún más molestias.

Sentía que su mente se descontrolaba.

—¡Perfecto! —declaró Penelope, arrastrando ligeramente las palabras—. Y también he traído esto.

Gerry abrió los ojos justo a tiempo para ver cómo un velo —metros y metros de encaje áspero— caía sobre su cabeza y sus hombros. Sintió como si docenas de insectos diminutos le reptaran por la cara y el cuello.

Y entonces perdió el control de sus sentidos...

Las luces brillantes..., los olores abrumadores..., las telas ásperas... y ese incesante balbuceo ebrio —reflexionando sobre Alessandra y las reliquias familiares—, salpicado por las sugerencias de arreglos de Claudette...

—No. —Se arrancó el velo y lo arrojó a un lado. También se quitó la tiara y la dejó caer sobre un montón de ropa, provocando un respingo en Penelope.

Luego, saltó de la plataforma, se arrodilló y abrazó a Rylan. Suspiró; el calor del perro se convirtió en el único punto de consuelo en un mar de agresión sensorial.

—¿Está usted bien, querida? —preguntó Penelope—. Está pálida... Creo que debería sentarse.

Frotó la cara contra el pelaje de Rylan. Luego, lo cogió de la correa, se levantó y salió a la zona de recepción.

¡Vaya desastre!

En ese momento, la puerta de la entrada se abrió de golpe. Entró, riendo, una mujer de mediana edad vestida con ropa cara. Detrás de ella la seguía una mujer más joven.

La risa se apagó cuando la mujer mayor vislumbró a Rylan. Miró a la más joven. —¿Estarás bien?

—No, es bastante grande —dijo la joven.

La mujer de mediana edad miró a Gerry. —Creo que es mejor que lo saque. Es decir, probablemente sea mejor no tener un animal en un lugar lleno de ropa, ¿no le parece? Con el pelo, las pulgas y todo eso.

Gerry, que normalmente se habría mostrado muy firme en esta situación, todavía se estaba recuperando de la sobrecarga, por lo que le costó responder. Tenía muchas ganas de informarle de que Rylan no tenía pulgas y no suponía ninguna amenaza para la joven.

—Disculpe, señora... —Era Penelope, dirigiéndose a la mujer a la que le había ofendido Rylan. A pesar del champán, su voz sonaba ahora notablemente clara—. Ese «animal» se llama Rylan, y es un animal de terapia altamente adiestrado que está proporcionando un apoyo esencial a mi futura nuera. —Penelope se acercó a Gerry—. Tiene más derecho a estar aquí que usted, con su aparente falta de modales básicos.

La mujer de mediana edad se quedó con la boca abierta.

—Además —continuó Penelope, señalando ahora—. Si su hija tiene un miedo tan atroz a los perros dóciles y bien adiestrados, ¿quizá debería usted preguntar sobre la presencia de animales antes de entrar en un establecimiento en lugar de montar una escena una vez dentro? Ahora, mi nuera necesita un momento, y usted la está interrumpiendo. Ella también tiene cita, y supongo que usted no.

Gerry contempló el perfil de Penelope. Era la primera vez que veía a su futura suegra enfadada. ¡Y fue completamente inesperado!

La mujer masculló algo, expresó su disgusto con un gesto y luego salió de la boutique con su hija.

21

Después de comerse los espaguetis a la boloñesa de Janet, y de conseguir no mancharse ni la corbata ni la camisa, Frank se dio cuenta de que la conversación había derivado hacia su trabajo.

Era algo que siempre había evitado con Mary, pero Evelyn tenía una habilidad especial para sacarle toda la sopa. —En fin, mi jefe está encantado de decirme las cosas como son sin discusión alguna.

—¿Es Donald?

—Sí —resopló—. ¿Supongo que ya he hablado de él antes?

Ella enarcó una ceja. —Más que hablado, has echado pestes de él..., a voz en grito.

—Eso me suena.

—¿Y de verdad crees que no fue un suicidio?

—No digo eso. Probablemente lo sea. Solo creo que deberíamos ser más prudentes, ¿sabes? Hoy en día todo es cuestión de costes.

Oliver apareció en la puerta del salón. —¿Abuela, puedo enseñarle a Frank mi colección de rocas?

—Ahora no, Oliver.

Al niño se le demudó el rostro. —Vale —dijo y desapareció.

Frank sonrió. —Son persistentes los pequeños, tus nietos.

—Ja. Y que lo digas. ¡Han salido a su madre!

—Sí... Maddie era igual a esa edad. ¡También salió a su madre! —Frank bajó la vista hacia su plato vacío—. En fin, estaba delicioso. Tendré que decírselo a Janet al salir.

—Desde luego, estará ahí, esperando tu veredicto.

Oliver apareció al lado de Frank, y este casi dio un brinco del susto. Se contuvo justo a tiempo de soltar un taco. —Deja de aparecer así de la nada.

Oliver le tendió la mano. —Soy Oliver.

—Ya lo sé, amigo. Ya nos conocemos. ¡Aquí mismo, de hecho! —Frank le estrechó la pequeña mano.

—Tengo ocho años y tres cuartos.

—Pues yo tengo sesenta y cinco... y medio.

A Oliver se le abrieron los ojos como platos. —Eso es muy viejo.

Evelyn se rio.

—Sí, así es —dijo Frank.

—¿Tienes pistola? —preguntó Oliver.

Frank abrió los ojos de par en par. Miró a Evelyn, que estaba poniendo los ojos en blanco.

—Oliver —le advirtió Evelyn con dulzura—. ¿Por qué no vuelves con tu hermana mientras hablo con Frank?

La cara de Oliver se ensombreció un poco. —Pero es un aburrimiento. No me deja cambiar de canal.

—Ah —dijo Frank—. El viejo dilema. ¿Qué está viendo?

—*Peppa Pig* —dijo Oliver con sumo desprecio.

—¿Y tú qué quieres ver?

—*Dinosaur Planet*. ¡Salen tiranosaurios luchando contra velociraptores!

—Ya veo. Eso también va más conmigo. Sí..., desde luego..., nos encontramos ante una seria encrucijada. —Miró a Evelyn—. ¿Alguna idea, abuela?

—¿Qué tal esa serie del espacio que os gustaba a los *dos*? —sugirió Evelyn—. ¿La del perro robot y los niños que exploran diferentes planetas?

—¡*Patrulla Espacial*! —exclamó Oliver, con el rostro iluminado.

—Fantástica idea —dijo Frank.

Oliver empezó a cantar la sintonía.

Lily entró. ¡Su cara era un poema! —¡Yo también quiero hablar con Frank!

Frank sonrió. —Nunca he sido tan popular.

Evelyn negó con la cabeza. —Aun así..., me disculpo de antemano por el interrogatorio que estás a punto de sufrir.

—Estoy armado con décadas de experiencia en interrogatorios —dijo Frank—. Creo que puedo manejar a un par de monadas.

—No conoces a estos dos.

—Pan comido.

—Te vas a tragar tus palabras de postre.

Lily sostenía un conejo de peluche con las orejas raídas. —Este es Hoppy. No lo detengas.

—Ni en sueños.

—Ollie dice que el señor Frank detiene conejos —dijo Lily.

—Jamás. Me encantan los conejos.

Oliver se sonrojó. —Yo no he dicho eso, Lily, mentirosa.

—Frank no detiene animales —le aseguró Evelyn a la niña.

Lily miró a Frank. Todavía no parecía convencida. —¿Lo prometes?

—Lo prometo —dijo Frank, suavizando la voz al encontrarse con la seria mirada de la niña.

—¿A quién detienes, entonces? —preguntó Oliver.

Frank miró a Evelyn en busca de ayuda.

—A la gente mala —dijo Evelyn.

—Solo a ellos —dijo Frank, dedicándole un gesto de gratitud—. A la gente mala.

—Hoppy roba zanahorias —dijo Lily—. Eso lo convierte en un conejo malo.

Frank negó con la cabeza. —Hoppy no es un delincuente, pequeña. Los conejos necesitan comer. —Le toqueteó una oreja a Hoppy—. ¿Cómo estás, Floppy Hoppy?

Lily soltó una risita.

—Sí, como pensaba —dijo Frank—. Este conejo no tiene nada de malo.

La niña le sonrió radiante. —Ahora me caes bien.

—Gracias. Tú también me caes bien ahora.

—No importa que no seas listo ni guapo.

A Evelyn le dio un ataque de risa.

La niña se fue correteando, agitando a Hoppy. Oliver la siguió, cantando la sintonía de *Patrulla Espacial*.

—Se te dan bien —dijo Evelyn en voz baja.

Frank se encogió de hombros. —¿En serio? Qué va. Solo soy educado.

—No mucha gente puede ser tan paciente con interrupciones constantes.

—Bueno, supongo que las interrupciones pueden hacer que te distraigas. —Bajó la mirada y una sombra cruzó su rostro al recordar cuando esas interrupciones habían sido de Maddie: su vocecita, sus preguntas interminables, su necesidad de una atención que él a veces había estado demasiado ocupado para darle—. No desees que esas interrupciones se acaben.

22

Gerry no podía creer lo que acababa de presenciar.

¡Penelope dando la cara por ella!

Ahora bien, no quería darle las gracias, porque nunca quería agradecer a nadie que librara sus batallas; de hecho, creía firmemente en defenderse por sí misma.

Aun así, no podía dejar pasar las acciones de Penelope sin reconocerlas.

—La verdad es que no me esperaba esto.

Penelope frunció el ceño. —No sé a qué te refieres, Gerry. Ahora eres parte de la familia. Y nadie va a volver a hablarle así a nadie de mi familia… ¡por encima de mi cadáver!

Gerry asintió.

—Además, se me ha ocurrido una cosa ahí dentro, cuando has salido corriendo con tan mala cara. —Señaló por encima del hombro hacia la sala de exposición—. Minimalismo. Eso es a lo que aspirabas con este enfoque tan sencillo, ¿no?

Gerry no estaba segura de adónde quería llegar, pero minimalista y sencillo, para ella era lo mismo. Asintió.

—Bueno, el minimalismo es el nuevo barroquismo, ¿no crees? Creo que puede quedar bastante pintoresco…, sofisticado… Quizá, ¿deberíamos optar por algo más minimalista?

Gerry asintió de nuevo, sabiendo que no debía ignorar aquella rama de olivo, aquel repentino momento de conexión.

Ceder.

—Probaré con el minimalismo. Pero nada de tiara, y nada de velo…

Penelope les restó importancia con un gesto de la mano, como si su anterior obsesión con que Gerry los llevara no hubiera sido nada.

Gerry regresó a la sala de exposición junto a Penelope y Rylan.

Claudette ya tenía preparado un conjunto más sencillo, que Gerry se probó. Al caminar, sintió que la tela se movía con ella en lugar de contra ella.

Luego, volvió a subirse a la plataforma y se contempló en los espejos. Las líneas puras realzaban su alta figura.

Era un vestido que podía llevar cómodamente durante horas. Un vestido que no la distraería de la importancia del día con constantes recordatorios sensoriales.

Tanto Claudette como Penelope la rodearon varias veces.

A Penelope le brillaban los ojos al mirar a Gerry. —Preciosa —dijo en voz baja—. Realmente preciosa.

—El vestido es cómodo y estéticamente atractivo —convino Gerry, asintiendo.

—Desde luego, tienes una forma muy precisa de expresarte. Cuando Tom era pequeño, decía que quería casarse con una científica. No con una princesa, ni con una estrella de cine: con una científica. Alguien que pudiera explicarle el mundo. Creo que está a punto de ver cumplido su deseo.

Gerry sintió una extraña calidez en el pecho ante las palabras de Penelope, pero consideró necesario hacer una corrección. —No soy científica. Soy detective.

—Casi lo mismo —dijo Penelope con una sonrisa—. Resuelves puzles. Buscas la verdad. Eso es lo que le encanta de ti. Alessandra era perfecta sobre el papel. Guapa, de buena familia, decía todo lo que había que decir. Pero hizo a Tom muy desgraciado. —Alzó la vista hacia Gerry.

¡La princesa Alessandra había sido destronada de repente!

Gerry sencillamente no podía creer el cambio en Penelope.

¿Lo había provocado el arrebato de Gerry?

¿Eran sentimientos de culpa?

—Nunca la miró como te mira a ti —continuó Penelope.

—¿Cómo me mira? —preguntó Gerry, genuinamente curiosa.

—Cuando Tom te ve, es como si viera con claridad por primera vez.

Gerry se preguntó si se habría desviado a un universo paralelo.

Mientras Claudette le tomaba medidas, Gerry dijo: —Sobre la tiara. Obviamente no es apropiado que la lleve en la cabeza, pero ¿quizá podríamos incorporar un elemento en mi ramo?

El rostro de Penelope se iluminó. —¡Qué gran idea! ¿Y quizá un trocito del encaje del velo podría usarse para un pañuelo? Mi madre siempre decía que una novia debía tener algo con que secarse las lágrimas de felicidad.

—Rara vez lloro —dijo Gerry con naturalidad—. Pero entiendo el significado simbólico. Sería aceptable.

Tras hacer el pedido y la compra, y despedirse de Claudette y su hija, salieron juntas.

—Tu perro, Rylan, es realmente extraordinario —observó Penelope—. La forma en que sabe exactamente lo que necesitas.

—Ha sido adiestrado para reconocer los signos de sobrecarga sensorial y proporcionar el apoyo adecuado —explicó Gerry—. Pero también tiene una intuición natural que no se puede enseñar. Es muy perspicaz.

—Más o menos como tú —dijo Penelope, pensativa.

Gerry ladeó la cabeza, considerando la comparación. —Supongo que hay similitudes. Ambas nos fijamos en detalles que otros podrían pasar por alto.

—Esto ha sido… revelador. Siento que te entiendo mejor. Y la elección de Tom.

Gerry no pudo evitarlo; necesitaba saberlo. Se detuvo y se volvió hacia Penelope. —No estoy segura de entender del todo este cambio…

—¿Cambio?

—¿El cambio en tu forma de verme?

—Supongo que estaba a la defensiva deliberadamente. Me preocupo por Tom. Alessandra le hizo mucho daño, sabes. He estado paranoica. —La expresión de Penelope se tornó reflexiva—. Pero

cuando vi tus vulnerabilidades, y cómo Rylan te ayudó en esos momentos difíciles, me di cuenta de algo. Tom se ha esforzado mucho por entenderte, porque sabe lo especial que eres. Sabe exactamente cuándo intervenir y cuándo darte espacio. Y creo que eso, a su vez, lo ha ayudado a él. He notado que le das una especie de… estabilidad, creo. Una claridad que siempre ha estado buscando.

Gerry asimiló sus observaciones.

—Me disculpo por mencionar a Alessandra tantas veces —añadió Penelope—. Ha sido una niñería por mi parte… ella no era nada especial.

—Estabas protegiendo a tu hijo —afirmó Gerry—. La gente a menudo expresa su incomodidad a través de comportamientos pasivo-agresivos.

Penelope abrió los ojos como platos y luego se echó a reír. —¡Cielo santo, no te andas con rodeos, ¿eh?!

—No se me dan bien las sutilezas sociales.

—¡La verdad es que a mí tampoco! —Penelope extendió la mano con vacilación. Cuando Gerry no se apartó, le dio una palmadita en la mano—. Por si sirve de algo, creo que serás maravillosa para él. Te llevaré de vuelta al trabajo.

—¿No te importa que Rylan venga en el coche?

—Es parte de la familia.

Una vez en el coche, Penelope dijo: —Sabes, he estado pensando en los experimentos científicos de la infancia de Tom. Una vez creó una «máquina para predecir el tiempo» con un barómetro, un termómetro y varios objetos caseros. Era terriblemente imprecisa, pero él estaba muy orgulloso de ella. Decía que iba a revolucionar la meteorología. —Sonrió ante el recuerdo—. Cuando decidas tener hijos algún día, sospecho que heredarán una mente de lo más científica.

Gerry abrió la boca para explicarle que aún no había decidido si quería tener hijos y que la genética era mucho más compleja de lo que la afirmación de Penelope sugería, pero algo en la expresión esperanzada de la mujer la hizo detenerse.

—Supongo que sí —dijo en su lugar, y se sorprendió al descubrir que la idea no la inquietaba tanto como podría haberlo hecho en otro tiempo.

23

Después de que Frank recogiera los platos, pasaron al salón. Los niños estaban viendo *La Patrulla Canina* en la sala de juegos; el conflicto anterior por el canal ya se había resuelto.

Sin embargo, Oliver no tardó en reaparecer.

—¿A cuántos malos has atrapado?

—A unos cuantos —dijo Frank.

—¿Te han disparado alguna vez?

—No…

—Entonces, ¿sabes kárate?

—No —dijo Frank, guiñando un ojo—. Pero sé cómo imponerme.

—Frank… —Evelyn sonrió—. No le des cuerda.

Oliver insistió, con una curiosidad sobre el trabajo policial de Frank que parecía inagotable. —¿Cuál es el peor delito de todos?

Frank vaciló. —Esa es una pregunta complicada, Oliver. A ver… —chasqueó la lengua—. El peor delito de todos… ajá… que alguien robe todos los *Yorkshire puddings* de la comida del domingo.

Evelyn se rio.

—Eso no es un delito de verdad —dijo Oliver.

—En Yorkshire sí que lo es. De hecho, no los hay más graves.

Lily entró en el salón, ya no llevaba a Hoppy; en su lugar, arrastraba un saco de bloques de construcción.

—Quiero construir —dijo.

—¡Una comisaría de policía! —exclamó Oliver.

—Claro —dijo Frank, dejándose caer en la alfombra con un gruñido.

Le sonrió a Evelyn. —Hora de construir la mejor comisaría de Whitby.

Dirigió la construcción de una comisaría sorprendentemente detallada, con celdas para «los malos» y una sala especial para «los malos malísimos».

Lily se sentó a su lado, pasándole bloques de diferentes colores.

—Buena elección.

Después de darle los últimos toques a la obra maestra, Frank volvió al sofá. Lily se le subió al regazo, acomodándose contra su pecho.

De repente, veinticinco años se desvanecieron y se vio sentado con las piernas cruzadas en el suelo del salón de su antigua casa, con Maddie acurrucada en su regazo exactamente de la misma manera confiada. El mismo peso, la misma certeza inocente de que con él estaba completamente a salvo.

Se retorció por dentro, pero reprimió la incomodidad.

Lily lo miró y sonrió. —Me caes bien.

—Tú también me caes bien.

—¿Estás triste?

Tragó saliva. —¿Yo? No, pequeña. Es que tengo esta cara.

—¿De cascarrabias?

—Esa misma…

Janet apareció en el umbral de la cocina. —Venga, vosotros dos, seguidme, que hay helado.

Desaparecieron en un instante.

—Vaya —dijo Frank—. ¡Ojalá todavía tuviera ese mismo entusiasmo por las cosas! —se arrodilló de nuevo junto a la comisaría.

—A lo mejor lo tienes —dijo Evelyn.

—Sí… puede… ¿tú lo tienes? —colocó un árbol en el techo de la comisaría.

—Sí.

—¿Por qué? —intentó colocar una segunda figura en una de las celdas.

—Por ti, Frank.

La figura se le escurrió de entre los dedos.

—No tienes que decir nada —dijo ella.

Intentó recoger la figura, pero todavía le temblaban los dedos. —Mejor, porque no tengo ni idea de qué decir.

—Me lo imaginaba.

—Mierda… joder… Cristo…

—Casi que prefería cuando no tenías nada que decir.

Él tragó saliva. —Lo siento… a veces me cuesta articular lo que pienso.

—No me digas…

—Ahora la que dice palabrotas eres tú.

Ambos rieron.

Cuando se calmaron, él le sostuvo la mirada. —Evelyn… —apartó la vista, sin encontrar las palabras. Nunca habían sido su fuerte.

—Oye, de verdad que no tienes que decir nada.

Se puso de pie y le crujieron las rodillas. Se sentó en el sofá, más cerca de donde estaba ella en su silla de ruedas. —Yo siento lo mismo.

Fue como dar la bienvenida al primer día de sol tras un largo invierno. Sus miradas se encontraron y, esta vez, ninguno la desvió. Las comisuras de los labios de Evelyn se elevaron en una suave sonrisa que le llegó a los ojos, arrugando las esquinas de una manera que a Frank le oprimió el pecho.

Por un momento, los años se desvanecieron para ambos.

—Me gustaría volver a tu casa… a cenar… pasado mañana, ¿quizá?

—Claro —dijo él—. Suena genial. Estaría bien.

Ella sonrió. —¿Y quizá debería quedarme?

El hilo de pensamiento de Frank descarriló por completo. Por un momento, se quedó mirándola, con la mente esforzándose por procesar sus palabras, aunque su intención era inequívoca.

—Quiero decir… aquí no puedes quedarte tú, y mi casa necesita una buena limpieza. Y puede que tarde una semana o así en poder ponerme a ello. Así que… lo que intento decir, Frank, es que estoy lista.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos. Frank sintió un calor que le subía del cuello a la cara y se le secó la boca.

—Yo, eh… bueno, eso es… estupendo… —se aclaró la garganta —. ¿Estás segura? Quiero decir, con tu salud, y el, eh… —hizo un gesto hacia la silla de ruedas.

—Cada día estoy más fuerte —dijo ella—. Como te acabo de demostrar. Además, estoy segura de que un hombre listo y apuesto como tú puede ayudar…

—Salvo que no soy ninguna de esas dos cosas.

—Permíteme que juzgue yo eso —le guiñó un ojo.

Frank se tiró del cuello de la camisa, que de repente le pareció dos tallas más pequeño, con el pulso martilleándole en la garganta.

—¿Qué estás pensando?

Su mente buscaba desesperadamente algo a lo que aferrarse. No lo había considerado…, ni siquiera lo había pensado…, pero ahora la idea estaba ahí, y ya no podía deshacerse de ella.

¿A menos que no quieras?

—No es que no quiera —acertó a decir él—. Es solo que... estaba pensando en qué podríamos cenar.

—Pedimos algo para llevar. No quiero agotarte en la cocina.

Se le encendieron las mejillas.

Pasó otro minuto y Frank se dio cuenta de que lo estaba estropeando todo.

—Entiendo si es demasiado pronto —dijo Evelyn con dulzura—. Ambos hemos perdido mucho.

Frank asintió.

—Ha pasado mucho tiempo para mí —dijo Evelyn.

—Dios, Evelyn, yo tampoco he..., no desde Mary. Han pasado años.

—Estoy segura de que nos irá bien —dijo ella con una leve sonrisa—. Dicen que es algo que no se olvida...

—Joder...

Su móvil sonó, sobresaltándolos a ambos. Comprobó la pantalla. —Es Gerry. Debería cogerlo. —Se levantó, dirigiéndose hacia la ventana, en parte agradecido por un segundo fuera de aquella olla a presión.

¿Qué tal la boutique, Gerry? —preguntó Frank.

—Sí..., bien.... Frank, acabo de llegar a casa y me he puesto a investigar lo de la pluma. Es de una colección limitada que se lanzó para conmemorar el milenio en el año 2000.

—¿Eh? No te sigo.

—La pluma se lanzó en el 2000, y Firth...

—Se suicidó en 1995 —terminó Frank, mientras la comprensión lo invadía—. Pero no lo hizo.

—Y, aun así, acabó en el agua —dijo Gerry.

—Al menos cinco años después, posiblemente más. Sí.

Tras colgar, se volvió hacia Evelyn, que lo observaba con preocupación.

—Tengo que irme —dijo—. El trabajo. Ha surgido algo gordo.

—¿Pruebas de que no fue un suicidio?

—Eso parece... —titubeó—. Sobre este fin de semana...

—Piénsatelo —dijo ella—. Sin presiones.

Él asintió, con los pensamientos divididos entre el asesinato y el romance, entre la muerte y la vida. Mientras cogía el abrigo y se despedía apresuradamente de Janet y de los niños, no sabía qué lo tenía más alterado: si la revelación de que Richard Firth había sido asesinado, o se había suicidado, al menos cinco años después de la fecha de su desaparición, o la posibilidad de pasar la noche con Evelyn.

Para cuando llegó a su coche, el corazón le latía a mil por hora, como si fuera un puñetero adolescente.

24

Aunque el ejercicio prometía liberación, Craig nunca pudo reconciliar ese ideal con la cruda realidad del patio. Los movimientos rítmicos de los cuerpos le recordaban más al pulso persistente del encarcelamiento que al espíritu expansivo de la libertad.

Escuchaba el murmullo sordo de docenas de conversaciones que transportaba la brisa de abril. Ráfagas ocasionales de risa que nunca llegaban a ser de auténtica alegría, gritos agresivos para marcar territorio y la advertencia de un guardia que lo atravesaba todo como un cuchillo.

El chico nuevo, Nathan, igualó su paso.

Estaba completamente agarrotado —los hombros de Nathan, encogidos; los ojos, recorriendo el patio; los dedos, jugueteando con los puños deshilachados de la camisa—, como si lo contuviera todo en su interior.

Nadie bajaba la guardia durante las primeras semanas. Craig recordaba su propia llegada tantos años atrás: la desorientación, el miedo, la necesidad desesperada de parecer duro mientras se desmoronaba por dentro.

—El segundo recreo siempre es más tranquilo. —Craig le ofreció un cigarrillo con los dedos ejecutando el ritual ensayado de extender la cajetilla en el ángulo preciso: ni con demasiadas ganas ni con

demasiada indiferencia. Un gesto que había perfeccionado tras años moviéndose entre las políticas de la prisión.

—Tengo de los míos —dijo Nathan, dando una patada a las piedras sueltas del asfalto.

Craig se encogió de hombros y miró hacia el otro extremo del patio, donde se habían agrupado los del equipo de West Yorkshire. Sus brazos tatuados y sus posturas estudiadas creaban una barrera invisible que pocos se atrevían a cruzar—. Más tarde abren la segunda sala de pesas. Un montón de ellos se meten allí en tropel. ¿Es algo que te interesaría?

Nathan negó con la cabeza. —No.

Craig asintió. —Vale. ¿Qué es lo que te interesa, Nathan?

Nathan lo miró con recelo y no respondió.

—¿Eres un lienzo en blanco, entonces? —sonrió Craig.

Nathan frunció el ceño.

—Perdona el juego de palabras. Me encanta pintar, creo que ya te lo he comentado. Y a algunos de los otros tíos de aquí, también. No quiero darte la lata con eso, pero ¿quizá podrías plantearte participar?

Nathan encendió uno de sus cigarrillos. —No. A la mierda con eso.

—Me parece justo —dijo Craig, sabiendo perfectamente que no había hecho más que empezar con su discurso. Hombres más recelosos que Nathan habían sucumbido a sus dotes de persuasión. Echó los hombros hacia atrás, aliviando una rigidez que le era familiar—. No hay nada mejor para esto. —Craig se señaló la cabeza —. Es relajante, ¿sabes? Hazme caso.

—Estoy tranquilo —dijo Nathan.

Craig asintió y puso una expresión seria, a pesar de lo ridículo que era el comentario. —Mañana ayudaré a los chicos a imaginarse en otro lugar, en un sitio bonito. Podríamos acabar con unos paisajes preciosos. —El recuerdo de la última carta de Thomas afloró sin ser invitado: bocetos de la costa de Whitby en los márgenes—. A veces, el simple hecho de ver algo hermoso, aunque solo sea en tu mente, hace que todo esto sea más soportable. Y si consigues plasmarlo en el papel…, bueno, no hay nada mejor.

—Acabo de llegar, puedo imaginarme en otro sitio sin problemas.

—No lo dudo —dijo Craig en voz baja—. Pero eso no dura aquí dentro. No puede durar…

Hubo un prolongado momento de silencio mientras caminaban hacia la valla.

—¿Por qué te molestas conmigo? —preguntó Nathan, con la vista fija al frente.

Craig sospechó que estaba evitando deliberadamente el contacto con un grupo de presos mayores que seguían sus movimientos por el patio.

—Todo el mundo necesita un amigo —dijo Craig. Lo cual, por supuesto, era la verdad.

—No estoy seguro de estar de acuerdo. —La voz de Nathan se agudizó—. De todos modos, ¿eso es lo que eres? ¿Un amigo? ¿El amigo de todos?

—Intento serlo.

—Ja —se burló Nathan—. Ya me he dado cuenta. Hasta les caes bien a los carceleros. Por no hablar de Tank.

—Tienes que aprender a moverte. Yo solo quiero hacerme útil. Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa hay si no puedes ser útil? Sobre todo, metido aquí dentro.

—Nunca me ha interesado mucho ser útil.

Craig dio otra calada; el humo le supo amargo en la lengua. Lo retuvo en los pulmones un momento más de lo necesario, recordando la forma en que Thomas exponía argumentos similares durante sus visitas a la cárcel en los años anteriores a que él mismo acabara entre rejas.

El cinismo de la juventud frente a los fracasos de la vejez.

El patio estaba más vacío que durante su anterior conversación. Los bancos de metal junto al muro este estaban desocupados, sus superficies acumulando el último calor del día. Muchos reclusos habían vuelto a entrar, buscando refugio a medida que el ángulo del sol cambiaba y proyectaba sombras más largas. Los que quedaban se agrupaban en grupos compactos; las jerarquías de la vida carcelaria eran visibles en sus formaciones. Más cerca de la puerta

estaban los que tenían privilegios y contactos; más lejos, los vulnerables y aislados.

Craig se detuvo. Nathan se giró para mirarlo.

La luz creaba un efecto de halo alrededor de la esbelta figura del muchacho, que le recordó dolorosamente a Craig las fotos familiares tomadas en la playa cuando Thomas era más joven, antes de que todo se torciera.

—¿No vas a preguntar cómo acabé aquí? —preguntó Nathan.

—No. Así no funcionan las cosas aquí. Aquí dentro no le preguntas a un hombre por sus asuntos. Te los cuenta si quiere.

—Pues no quiero.

—Vale. —Craig tiró el cigarrillo y lo apagó con el tacón—. Aunque yo no tengo problema en contarte cómo acabé aquí. Maté a alguien.

Nathan asintió. —¿A quién?

—Buena pregunta.

—Eso no tiene sentido.

—Lo sé —dijo Craig—. Para mí tampoco lo tiene. Quiero decir, ahora sé quién es, pero en aquel momento no lo conocía de nada. Lo maté sin ningún motivo.

Nathan frunció el ceño. —Lo que dices sigue sin tener sentido.

Craig resopló. —Lo sé. Eso es exactamente lo que pensó el jurado. Que no tenía sentido. Sobre todo cuando les dije que ni siquiera recordaba haber matado a ese hombre.

—Parece que te volviste loco. ¿No estarías mejor..., ya sabes..., en un manicomio?

Craig se rio. —No estoy seguro de que ya los llamen así. No, nunca tuve la intención de jugar la carta de la locura. —Pensó en Thomas en el patio. No había querido que su hijo pensara que estaba loco.

—A lo mejor no lo hiciste —dijo Nathan.

—Oh, no, sí que lo hice. Está grabado en la videovigilancia. —Craig se dio la vuelta y siguió caminando hacia la valla.

Estaba claro que ya se había ganado a Nathan, pues este continuó a su lado.

—¿Por qué ibas a olvidar algo así? —preguntó Nathan.

Craig se encogió de hombros. —Ni idea. —Pensó en las imágenes de la videovigilancia que pusieron en el juicio y en las lágrimas que corrían por el rostro de Thomas.

—No me lo creo —dijo Nathan—. No me creo que lo hayas olvidado.

—Bueno, que me creas o no, no va a cambiar mi situación en lo más mínimo. —La conversación era un eco de innumerables intercambios similares con Thomas antes de que su hijo dejara de visitarlo por completo.

Una campana sonó en una zona lejana de la prisión, seguida del portazo metálico de una puerta de seguridad.

—¿Cómo lo mataste? —preguntó Nathan.

—Lo agarré y salté desde el muelle. Cuando estábamos en el agua, lo mantuve sumergido hasta que se ahogó.

—¿Sientes algún remordimiento?

—Es difícil cuando no puedes recordarlo. Pero a veces veo las imágenes de la videovigilancia en sueños y me despierto sintiéndome mal.

—¿Y no tienes ni idea de por qué?

—Como ya he dicho..., no.

—¿Te diste un golpe en la cabeza?

—No..., no sufrí ninguna herida.

—A lo mejor el *shock* te provocó amnesia —dijo Nathan—. Lo vi una vez en una película.

—No parecía muy conmocionado en las imágenes de la videovigilancia. No me estaba defendiendo. Parecía... bastante decidido.

—No, me refiero al *shock* de chocar contra el agua fría.

—Creo que eso se descartó en el juicio. Mi abogado quería decir que me había disociado... encontró a un psiquiatra que lo respaldara.

—¿Ein? ¿Disociado?

—Adoptar otra personalidad —explicó Craig—. Por eso no puedo acceder a ello en esta memoria.

—Suena guay.

—Pues te aseguro que no lo es. El caso es que me negué a dejar que el abogado jugara la carta de la locura.

—¿Quizá podrías volver a adoptar esa personalidad?

—¡Ja! Lo dudo. No existe.

—El psiquiatra dijo que sí.

—Los psiquiatras son los peores de todos. —Craig miró hacia los altos muros coronados con alambre de espino, cuyo brillo se apagó momentáneamente por el paso de una nube—. He apelado tres veces, pero todavía no he utilizado la responsabilidad disminuida como excusa. Ya sabes, la enfermedad mental.

—A lo mejor deberías.

—A lo mejor. —Algunos de los otros habían dicho lo mismo, Morris incluido.

—Debías de estar pasándolo muy mal.

—La cuestión es que no era así. Tenía un hijo, un trabajo, una mujer... Era feliz. —La palabra «feliz» le supo ajena en la boca, como un idioma que una vez conoció, pero que había olvidado hacía mucho tiempo.

—¿Y ahora todo lo que tienes es la pintura? —dijo Nathan.

Su sarcasmo le dolió profundamente, pero Craig no iba a entrar al trapo.

—Bueno, ayuda —dijo Craig sin más.

—¿De dónde sacaste la idea?

—De mi hijo. Él solía dibujar. Le hacía sentir mejor. Entonces, ¿qué me dices? ¿Mañana?

—Sigo diciendo que no —dijo Nathan—. No necesito tu ayuda. No necesito tus clases de pintura ni tu protección ni tu... lo que sea que sea esto.

—Lo entiendo, pero no creas que te compadezco. Todo el que entra aquí está perdido. Ninguno de nosotros es diferente. Le tiendo la mano a todo el mundo. —Era cierto hasta cierto punto, pero había algo en Nathan que lo atraía más que la mayoría; ese sorprendente vínculo con su hijo, sin duda.

—Voy a entrar..., solo... —dijo Nathan, dándose la vuelta y alejándose.

Craig suspiró y miró hacia la valla.

Tendría que volver a intentarlo con Nathan mañana.

Se dio cuenta de que el ángulo del sol, que ahora rozaba la cima del muro oeste, enviaba sus rayos a través de la valla de tela metálica que coronaba el patio de ejercicios. La luz se refractaba en un patrón de rombos y cruces.

Bajó la vista hacia el asfalto y observó los patrones de luz moverse y danzar.

Abrió los ojos de par en par.

Por un momento, en sus movimientos, la luz casi parecía un ser vivo.

Extrañamente, los sonidos del patio —conversaciones, pasos, el lejano sonido metálico— parecieron desvanecerse.

No es que le importara. No podía apartar la vista de las luces. Estas se deslizaban unas sobre otras, fusionándose, separándose, trayendo consigo destellos de algo.

Recuerdos.

Thomas de niño, riendo en la playa; Thomas dormido en sus brazos; Thomas marcando su primer gol...

Pero entonces los recuerdos se volvieron cada vez más sombríos.

Thomas, con el rostro endurecido al otro lado de la mampara de plástico durante las horas de visita; el funeral de Thomas, mientras él era escoltado por tres guardias.

La luz con sus patrones trepó por sus piernas, sombras geométricas moviéndose por su cuerpo.

Entonces, el dolor se convirtió en mareo. Una oleada de vértigo tan intensa que sintió como si el suelo se hubiera inclinado bajo sus pies. Los sonidos de la prisión se distorsionaron, se estiraron y comprimieron como una grabación deformada. Cerró los ojos...

Con las rodillas y las palmas de las manos doliéndole contra el áspero asfalto, abrió los ojos. Levantó la vista desde el suelo, con un sabor a cobre llenándole la boca.

A través de una visión temblorosa, vio la silueta de alguien extendiendo el brazo, ofreciéndole la mano.

—Thomas.

Alzó la mano para coger la que se le tendía. —¿Eres tú?

La silueta se transformó en Wilson.

Agarró la mano del guardia y dejó que lo ayudara a levantarse.

Algo cálido goteó por el labio superior de Craig. Se lo tocó instintivamente, y sus dedos se tiñeron de rojo. Se dio cuenta de que otros reclusos estaban alrededor, observando.

Craig se quedó mirando la sangre en las yemas de sus dedos, de un rojo brillante contra su piel. Por un momento, fue lo único que pareció real, más vívido que el patio, que la prisión.

Sonó una campana, y su agudo sonido atravesó la niebla de su mente para indicar el final del recreo. El patio cobró vida con el movimiento de los reclusos dirigiéndose hacia las puertas y dejándoles a Craig y a Wilson un amplio margen; unos por respeto, otros por el instinto de evitar problemas.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Wilson.

—Creo que sí.

—Está sangrando por la nariz.

—Me pasa de vez en cuando —mintió, notando el regusto metálico de la sangre en la garganta—. Normalmente, cuando me va a dar una migraña.

—Venga —dijo Wilson—. Le ayudo a entrar.

Al llegar a la puerta, miró hacia la valla. Los patrones de luz habían desaparecido; el sol se había ocultado tras el muro oeste. Pero por un instante, en aquella neblina dorada, creyó ver una figura de pie junto a la valla: un joven con las manos en los bolsillos, observando.

Thomas.

Craig parpadeó y la aparición se desvaneció, dejando tras de sí solo el patio vacío y la certeza de que, lo que fuera que acabase de suceder, había provocado un cambio en su interior.

25

Desde West Cliff, Vicky observaba cómo las olas rompían con crestas blancas contra los dos espigones de Whitby. Al recordar la noticia reciente de un cuerpo recuperado del puerto, se estremeció.

La defensa de la noche anterior le estaba pasando factura a su cuerpo: un bajón de adrenalina seguido de un cansancio que le calaba hasta los huesos. Un paseo por West Cliff era un ritual habitual después de sus presentaciones; subir los escalones desde West Pier, pasar el arco de hueso de ballena y llegar a la rampa y a la zona elevada para poder recuperar la concentración.

Su reunión anterior con la directora, la señora Pritchard, había concluido con la promesa de que vigilaría más de cerca a los niños que atormentaban a Jake. Vicky, a cambio, había prometido trabajar con Jake para que moderara su lenguaje. Otro acuerdo a medias, otra batalla ganada a medias. Todo aquello apestaba a doble rasero: se esperaba que las víctimas se comportaran a la perfección mientras sus verdugos recibían segundas oportunidades.

Tras el ataque con ácido, sus amigos e incluso algunos parientes le aconsejaron que se maquillara a la perfección, que le convenía evitar que la gente se sintiera incómoda con su aspecto. Como si fuera ella la responsable de gestionar la incomodidad de los demás en lugar de que ellos gestionaran sus propias reacciones ante lo

diferente. El mismo patrón se repetía con Jake: la carga recaía sobre los heridos en lugar de sobre quienes infligían las heridas.

Aun así, tenía que empezar a intentar mejorar su situación de alguna manera.

El tráfico en Church Street parecía más intenso de lo habitual, aunque el buen tiempo siempre atraía a riadas de turistas.

Un anciano que pasaba con su perro la saludó con un gesto de cabeza y mantuvo la mirada en ella, deseoso de recibir una sonrisa a cambio. Siempre le sorprendía que la gente no apartara la vista.

Mucha gente le echaba un primer vistazo. O bien la reconocían por sus apariciones en televisión, o simplemente su desfiguración les llamaba la atención.

Tras el primer vistazo, a menudo venía una mirada de sorpresa con los ojos muy abiertos (asco), la sonrisa demasiado rápida (lástima) y el pavimento que de repente se volvía fascinante (miedo).

A menudo se preguntaba si ella se habría comportado de la misma manera si se hubieran invertido los papeles.

Le sonrió al anciano, observando que la gente mayor siempre parecía ser más tolerante. ¿Sería el resultado de la experiencia de la vida o simplemente un efecto secundario de tener la vista cansada?

La bocina de un coche sonó de repente, sacándola de sus pensamientos. Se dio cuenta de que el tráfico se había detenido por completo. Un vehículo se había averiado en medio de la carretera, con las luces de emergencia parpadeando rítmicamente. Apenas pasaron unos segundos antes de que los conductores habituales y los turistas se unieran en su impaciencia y el concierto de bocinas comenzara de verdad. Los sonidos le vibraban en el pecho, sacudiéndole el sistema nervioso…

Aceleró el paso, con la intención de dejar atrás el atasco tan pronto como pudiera…

—¿Vicky?

Era la voz de una mujer a su espalda.

Se giró y vio a Samantha Wells, de la *Whitby Gazette*.

Samantha la había entrevistado varias veces, aunque habían sido concertadas y estrictamente en los términos de Vicky. ¡Desde luego,

ninguna había tenido lugar durante uno de sus paseos para despejarse!

Sin embargo, no era de extrañar.

Samantha tenía fama de ser tenaz.

—Hola, Sam…

—Vi tu discurso en el Albert Hall —dijo Samantha—. Extraordinario.

—Gracias —respondió Vicky, sin hacerse ilusiones de que vendrían preguntas más indiscretas.

—¿Tienes un momento?

—La verdad es que no. Tengo que irme, tengo una cita… —La interrumpió un bocinazo, el más fuerte y largo hasta el momento. El sonido retumbó dentro de su cráneo, haciendo que apretara los dientes.

—Idiotas —dijo Samantha después—. Vicky, sería genial publicar un artículo de seguimiento sobre lo de anoche. Sería una publicidad excelente. No te quitaría mucho tiempo.

Negó con la cabeza. —Como acabo de decir…

Esta vez la interrumpieron varios bocinazos fuertes en rápida sucesión.

Sintió un calor repentino que le subía por debajo de la ropa y una opresión en el pecho.

—Con todo este jaleo… —dijo Samantha—. Conozco un sitio genial cerca de aquí donde podríamos tomar un café…

En esta ocasión, fueron los coches los que interrumpieron a la periodista.

La cacofonía iba en aumento.

Sin embargo, a Vicky no solo le parecía un reflejo de la frustración de los conductores, sino también de la suya propia. —Tengo la agenda muy apretada —dijo Vicky en voz alta por encima del ruido. Señaló su reloj. Debía de parecer nerviosa, muy lejos de la mujer serena del atril de la noche anterior.

Samantha estaba ahora a su lado, de modo que se encontraba entre Vicky y la carretera, cerca del bordillo. La obligó a girarse para mirarla.

Vicky observó por encima del hombro de Samantha cómo bajaba la ventanilla de un coche y asomaba la cabeza de un conductor. La agresiva voz masculina rasgó el aire, con el mismo tono beligerante que había oído innumerables veces —en los tribunales, en los comentarios de la televisión—, solo que esta vez estaba llena de obscenidades.

—Solo unos minutos —dijo Samantha—, como mucho. A nuestros lectores les interesa mucho el nuevo programa de mentoría de tu organización benéfica.

Vicky no podía concentrarse en Samantha. No mientras la discordante sinfonía se intensificaba.

Algo en los bocinazos empezaba a molestarla.

De repente, pareció darse cuenta de que se solapaban unos con otros. También de que se alargaban y se acortaban. Percibió un ritmo allí donde no debería haberlo.

—De verdad, sería mejor en otro momento —insistió Vicky, dando un paso atrás.

—Entiendo.

Vicky apretó los dientes. Los sonidos se estaban mezclando. Primero, en las exclamaciones ahogadas de los que presenciaron el ataque; luego, adaptándose a la música que sonaba aquella fatídica noche, para culminar con el sonido de sus propios gritos resonando en las paredes de azulejos del hospital.

Samantha rebuscaba en su bolso. —¿Quizá solo una declaración rápida sobre cómo fue lo de anoche?

Vicky cerró los ojos. Las bocinas parecían cambiar de ritmo ahora, ralentizándose, acelerándose. Intentó centrarse en el viento contra sus mejillas, tratando de anclarse a la realidad, y abrió los ojos.

Vio el destello de algo que le sostenían cerca de la cara.

Parpadeó y, de repente, vio a Matt Clegg delante de ella.

—¡Quítamelo de delante! —gritó Vicky.

—¡Es solo una grabadora! —dijo Samantha.

Vicky vio una botella en la mano de Matt, sin etiqueta, industrial...

Su ritmo cardíaco se aceleró. Una oleada de náuseas la invadió.

Y entonces, de repente, sintió la cara en llamas y se puso a gritar.

—Vicky..., ¿estás bien? —preguntó Samantha.

No..., no..., qué dolor..., qué puto dolor...

—Vicky..., respira hondo...

Las bocinas parecían taladrarle el cráneo mientras sentía que la carne se le derretía.

—Aléjate de mí —consiguió decir con la voz rota—. Joder, lárgate. Mis ojos... Mis ojos...

—Vicky...

Otra voz se abrió paso a través del pánico de Vicky.

Ponlo fuera de ti.

El trauma.

Una voz masculina. Tranquila. Firme.

Ponlo fuera de ti.

Luego obsérvalo sin convertirte en ello.

Ella, con ambas manos, empujando a Matt..., el trauma..., para alejarlo.

¡Y funcionó!

Ya no estaba Matt allí agitando la botella, sino que-

Oh, Dios, en su lugar-

Samantha se tambaleaba hacia atrás, con los ojos como platos.

¡El tráfico!

—¡Sam!

Demasiado tarde...

La periodista consiguió mantenerse en pie mientras trastabillaba.

Vicky alargó la mano, pero había demasiada distancia.

Ahora estaba entre dos coches que se habían detenido, pero que no paraban.

—¡Sam!

El talón de la mujer, que se agitaba sin control, se torció en el firme irregular de la calzada. Cayó hacia atrás, hacia el otro lado de la carretera.

Un conductor que adelantaba, incapaz de contener más su impaciencia, se acercaba a toda velocidad por el exterior. Un coche azul.

Vicky vio cómo la irritación en el rostro del conductor se transformaba en perplejidad cuando su parachoques la golpeó de lleno.

Samantha salió despedida por los aires.

Nunca llegó a tocar el suelo.

En su lugar, quedó encajada en el parabrisas tras el sonido cristalino de los cristales al hacerse añicos.

26

Kevin reprimió el impulso de rascarse las manos en carne viva, que le picaban, por miedo a rasgarse los guantes de nuevo.

Se concentró en la línea amarilla que recorría el pasillo del hospital.

Necesitaba concentrar todo su ser en un único propósito: llegar hasta su madre antes de que se fuera.

Otra persona perdida por su culpa.

El pasillo se bifurcaba. Kevin se detuvo, desorientado.

—¿Se encuentra bien? —Era una enfermera joven.

Kevin asintió y señaló la línea amarilla.

—Sí —dijo él.

La enfermera pareció contenta.

Kevin continuó hacia la derecha; cada paso exigía una concentración que apenas podía reunir...

Un fuerte olor a desinfectante lo abrumó.

Retrocedió tambaleándose y luego tropezó hasta el otro lado del pasillo, pegando la espalda a la pared.

Leyó el cartel que había sobre la puerta. Era una zona de cuarentena. Dos médicos, con mascarillas y batas, salieron y giraron a la izquierda.

El olor penetrante que emanaba de esa zona se intensificó. Era más fuerte que el olor general a desinfectante de un hospital. Solo

podía imaginar los gérmenes con los que estaban lidiando en ese lugar.

Cerró los ojos. El regusto químico de la cuarentena le impregnó la garganta. Metálico y artificial. Con un trasfondo de algo que iba mucho más allá de lo normal: compuestos fenólicos mezclados con lo que podría haber sido gluconato de clorhexidina.

Se le revolvió el estómago con violencia. La bilis le subió por la garganta, ácida y amarga. Se arrancó la mascarilla, temiendo que fuera a vomitar.

Las puertas se abrieron de nuevo. Sintió cierto alivio al ver que se aplicaban protocolos de aislamiento. Ante él había una habitación de hospital dispuesta para un control infeccioso intensivo: presión negativa, sistemas de filtración, personal con EPI reforzado.

Esta vez, sin embargo, el olor era aún más intenso.

Su visión se redujo a un túnel al caer en una espiral más profunda que nunca.

Los recuerdos lo envolvieron en cascada.

En cuestión de segundos, supo que se dirigía al peor lugar posible.

Al momento de la muerte de James.

Una figura pequeña. Una maraña de tubos y cables.

Los monitores pitaban a un ritmo irregular.

En el recuerdo, se acercaba al niño de siete años.

El rostro de James estaba hinchado hasta quedar irreconocible. La piel, moteada de morado y rojo.

Lo siento, James, te he fallado.

Junto a James, Angela se convulsionaba en sollozos silenciosos.

Y Angela, sé que no puedes perdonarme... Lo sé...

Lo veía ahora en sus ojos, condenándolo. La pregunta era clara. *¿Por qué no lo llevaste antes al hospital? Estabas a su cargo...*

Pero ella sabía la respuesta. Todo el mundo la sabía.

Había tenido demasiado miedo de ir al hospital con él.

Pensé que podría manejarlo con mis protocolos de limpieza, mis regímenes de desinfección...

Pero no, se había estado mintiendo a sí mismo.

Kevin apoyó la mano enguantada en la pared para estabilizarse. Se giró y vio su reflejo en otra puerta.

¿Cómo ha podido esa criatura pálida y de ojos hundidos crear una IA para sanar heridas mentales, cuando ni siquiera puede sanar las suyas?

—¿Señor? —Una voz penetró en sus pensamientos en espiral. Una enfermera, distinta a la de antes, lo estudiaba con preocupación profesional—. ¿Necesita ayuda?

—Necesito ver a mi madre. —El olor seguía siendo intenso, pero lo que fuera que había causado ese colapso momentáneo en su mente parecía estar estabilizándose de nuevo.

La mirada de la enfermera se posó en sus manos.

Se había fijado en la doble capa de guantes y en la visible irritación de sus muñecas, donde su lavado compulsivo había sobrepasado la cobertura de los guantes.

—¿Dónde está? —preguntó la enfermera.

Kevin se lo dijo y ella lo guio.

Se alegró de dejar atrás aquel desinfectante superfuerte, pero no podía negar que había removido algo muy dentro de él.

Pero el alcance total de lo que se había liberado aún no había salido a la superficie.

Solo cuando la enfermera le preguntó si se encontraba bien se dio cuenta de que se había detenido de nuevo.

No sabía qué responder.

¿Qué debía hacer?

¿Ir a ver a su madre? ¿Consolarla? ¿Mantenerse alejado de ella? ¿Intentar protegerla a pesar de la ausencia de toda esperanza?

¿Protegerla de qué?

¿De él?

¿Qué le diría EmPathAI ahora con su tranquilo acento de Yorkshire?

Recuerda que la exposición a situaciones que producen ansiedad es parte de la recuperación, no una señal de fracaso.

—Estoy bien... Por favor, lléveme.

Y así continuó.

El pasado no podía cambiarse. James se había ido. Angela lo odiaba. Ese fracaso era permanente, grabado a fuego en su alma.

Pero su madre seguía aquí. Todavía viva. Todavía a su alcance.

Bajo el dolor punzante de sus manos en carne viva, bajo la ansiedad desbocada en su pecho, encontró algo de fuerza. Una determinación que había olvidado que poseía.

Y entonces se dio cuenta de algo sobre su creación.

El verdadero propósito de EmPathAI nunca había sido eliminar el miedo, sino enseñar a otros a sobrellevarlo, tal como él sobrellevaba el suyo ahora, paso a paso, de forma atroz, hacia la única persona que siempre lo había sostenido a él.

27

Frank tenía el estómago hecho un nudo desde mucho antes de que se supiera que el bolígrafo se había comprado después de la fecha del suicidio.

No era de extrañar.

¿Un hombre de su edad? ¿En la recta final? ¿Cómo iba a sorprender que la proposición de una mujer hermosa le pusiera así?

No estaba más tranquilo cuando llegó al Cuartel General y se encontró a Gerry sentada en su despacho. Rylan lo recibió en la puerta.

Frank se agachó para acariciarlo. —¿Qué tal, amiguete?— La cola de Rylan golpeaba rítmicamente el suelo. El labrador apoyó su cabeza dorada en la palma de Frank, con los párpados caídos de placer mientras Frank encontraba ese punto justo detrás de las orejas.

Se sintió más tranquilo al instante y volvió a apreciar el extraordinario talento del labrador para calmar los nervios.

Levantó la vista hacia Gerry. —¿Siguen Carmichael & Sons dándole largas a lo de revelar el nombre del propietario?

Ella asintió. —Pero Donald está hablando con ellos ahora sobre la posible obstrucción a nuestra investigación.

—El tacaño sirve para algo, después de todo. A ver, soy perfectamente consciente de que hemos confirmado la identidad de Richard Firth con los registros dentales, pero ¿hay alguna

posibilidad, por remota que sea, de que nos hayamos equivocado con la identidad?

—No tengo constancia de que los registros dentales se hayan equivocado nunca.

Él suspiró. —No. Yo tampoco.

Frank se ajustó las gafas sobre la cabeza y empezó a pasear. Adoptó un ritmo constante mientras caminaba. *Cinco pasos. Media vuelta. Cinco pasos de vuelta. Media vuelta*. —Entonces, si los pretenciosos vendedores de bolígrafos realmente sacaron un boli para celebrar el nuevo milenio, ¿qué estuvo haciendo el saltador durante los cinco años anteriores en los que se suponía que estaba muerto? ¿Se mantuvo escondido? Supongo que estaba eludiendo la investigación por negligencia profesional por el suicidio de aquel chico. Timothy, ¿no era?

—Timothy Walsh. Tenía dieciséis años.

—Eso. —*Cinco pasos. Media vuelta*—. ¿Hay alguna posibilidad de que Richard se suicidara en 1995? Y que luego, de alguna manera, alguien consiguiera recuperar su cuerpo y colocarle este bolígrafo.

Ella lo miró en silencio, intentando a todas luces procesar su descabellada sugerencia.

—En realidad, olvida eso… —*Cinco pasos de vuelta. Media vuelta* —. ¿Hay alguna posibilidad de que en Carmichael & Sons sean unos chapuceros registrando la fecha de lanzamiento de sus productos y que estemos perdiendo el tiempo?

—Yo me decantaría por esa. —Era Donald—. Esto es una pérdida de tiempo.

—Pase, pase, señor —dijo Frank, volviéndose e indicándole que entrara con un gesto de falsa formalidad—. Como habrá oído, estamos discutiendo las diversas posibilidades.

Donald entornó los ojos al entrar en el despacho, recorriendo con la mirada los archivos del escritorio de Frank como un halcón, probablemente esperando, desesperadamente, ver una solicitud de jubilación.

—Fue, y sigue siendo, un suicidio, Frank.

Frank suspiró para sus adentros. *Poca novedad por aquí, entonces*, pensó.

—Por razones obvias —dijo Donald—. Estaba desacreditado. Acusaciones graves. Así que se quitó la vida, como muchos han hecho antes que él.

—¿Cinco años antes de comprar ese bolígrafo? —preguntó Frank —. Mire, yo estoy totalmente a favor de ahorrar dinero, especialmente el mío, lo poco que tengo, pero vamos… estamos en un aprieto de cojones.

Donald agitó una mano con desdén. —¡Están en un aprieto por un bolígrafo! Así que asumamos un error de catalogación, un fallo en la fecha. Ya sabe cómo es la Wikipedia…

Gerry dijo: —No he usado la Wikipedia…

—De hecho —dijo Donald, interrumpiéndola y divagando—, ¡la razón por la que Carmichael's probablemente se mostraba tan reacia a dar el nombre sin mi autorización era por lo imprecisa que es su contabilidad! Sin duda, querían ganar algo de tiempo para corregir alguna incompetencia. En fin, he hablado con ellos y las respuestas están al llegar; deberían llamarle en cualquier momento, Frank. Siento que haya considerado necesario volver por este asunto —dijo Donald, mirando a Frank, y luego de nuevo a su reloj—. Pasadas las seis, además…

El teléfono del escritorio de Frank sonó. Los tres se volvieron para mirarlo.

—Cógelo tú, Gerry —dijo Frank.

Gerry cogió el auricular. —Inspectora Carver.

Frank y Donald permanecieron en silencio, observando el rostro de Gerry en busca de cualquier indicio de lo que le estaban comunicando. Su expresión se mantuvo neutra, sus respuestas se limitaron a: «Sí», «Entiendo», «¿Está segura?» y, finalmente, «Gracias por la información». Tomó algunas notas mientras escuchaba. Tras un momento, colgó el auricular y se giró de inmediato hacia el escritorio. Respiró hondo y sus manos se movieron como un borrón sobre el teclado.

Donald apretaba los dientes.

No le gustaba esperar.

Frank bajó la cara para que no se notara su sonrisa.

Donald carraspeó.

Por supuesto, no tuvo ningún efecto en Gerry.

A Frank realmente le costó un gran esfuerzo reprimir la risa.

Finalmente, Donald estalló. —Inspectora Carver, ¿le importaría compartirlo?

—Un momento… —Sus ojos recorrían la pantalla.

Donald miró a Frank y puso los ojos en blanco. Frank se encogió de hombros. Se había acostumbrado a esos momentos en los que ella desaparecía en lo que él había bautizado, con gran imaginación, como el *Reino de Gerry*: ese lugar donde procesaba información a velocidades que los dejaba a todos en la estacada, ajena a las convenciones sociales o a las expectativas hasta que emergía con conclusiones que a menudo lo dejaban boquiabierto.

Donald tenía poca experiencia en esto.

Acostumbrado a que sus subordinados le proporcionaran respuestas serviles —excepto Frank, claro está—, realmente parecía un pez fuera del agua.

Pero mientras Frank observaba su intensa concentración con una mezcla de orgullo y afecto, sintió que una sensación de culpa, que había permanecido latente desde la noche anterior, volvía a asomar.

Esta mujer brillante y única le había pedido a él —a él, de entre todas las personas— que hiciera de padrino en su boda.

Y él le había dado la espalda.

Tras casi un minuto de incómodo silencio, Donald estaba a punto de explotar. —Por el amor de Dios, inspectora Carver…

Frank lo miró a los ojos. —Señor..., será mejor que la deje... —dijo, y luego miró a Gerry—. Que la deje hacer lo que tiene que hacer.

Gerry estaba sacando un elegante MacBook de Apple del maletín del portátil.

—¡Dame paciencia! —exclamó Donald, haciendo el ademán de mirar el reloj. Musitó en dirección a Frank—: ¿Qué está haciendo?

Un poco de calma, Donald, porque en el *reino de Gerry* cualquier cosa era posible.

Tras varios minutos más de intensa concentración, con la impaciencia de Donald creciendo visiblemente a cada segundo que pasaba, Gerry por fin levantó la vista. —Tengo algo que enseñaros.

—¡Aleluya, joder! —dijo Donald.

Giró el MacBook. —Este es el doctor Richard Firth.

La pantalla mostraba a un hombre delgado con una mata de pelo oscuro, sin gafas y con una barba bien recortada. Su atuendo era impecable: un traje hecho a medida que denotaba riqueza y atención al detalle. La fotografía parecía ser de un congreso médico, pues se le veía una placa con su nombre en la solapa. Firth aparecía erguido, con los hombros rectos y la barbilla ligeramente levantada; la postura de un hombre acostumbrado al respeto. Sus ojos eran penetrantes y evaluadores, y en sus labios se dibujaba una media sonrisa que no alcanzaba a llegar a aquella mirada calculadora.

—Sí... —dijo Donald—. Lo sé...

—Mientras que este —continuó Gerry, cambiando a otra imagen — es en realidad quien compró la pluma: el doctor Frederick Styles.

La pantalla mostraba la foto de un hombre con sobrepeso y calvicie prematura, con unas gafas gruesas sobre una nariz ancha y una papada que colgaba pesadamente bajo una barbilla débil. Llevaba un traje arrugado que se tensaba contra su considerable corpulencia, dándole el aspecto de un académico que hacía tiempo había dejado de preocuparse por las apariencias. Esta imagen provenía de lo que parecía ser un directorio de personal. La expresión de Styles era marcadamente diferente a la de Firth: su sonrisa parecía genuina pero dubitativa, la confianza reemplazada por una cierta cautela. Tenía los hombros ligeramente encorvados, como si llevara una carga invisible. Una estantería visible detrás de él rebosaba de textos médicos, algunos apilados al azar, a diferencia del fondo impoluto de la foto de Firth.

El contraste entre los dos hombres no podía ser más llamativo.

—Son dos personas completamente distintas —declaró Donald—. El sistema de registro de plumas de Carmichael & Sons es, obviamente, una porquería. Lo cual es una lástima, porque tengo una.

—No, su registro es correcto, señor. —Gerry abrió una pestaña y pulsó la barra espaciadora.

Un programa mostraba al hombre delgado con la melena convirtiéndose en el hombre con sobrepeso y calvo. La

transformación era gradual pero sorprendente: los pómulos desaparecían bajo el peso, la línea del cabello retrocedía y los ojos penetrantes se apagaban por el cansancio.

—Qué programa más ingenioso... —dijo Frank, que ya sabía lo que venía y estaba emocionado por la reacción que iba a tener Donald.

—En realidad, es solo una aplicación... cualquiera puede...

—¡Por el amor de Dios, déjame pensar! —exclamó Donald, levantando una mano para acallarla.

Gerry puso la imagen en bucle.

—Que se vea cómo se transforman el uno en el otro no confirma que sean la misma persona. Ya lo he visto antes.

Gerry señaló la pantalla del ordenador de sobremesa de Frank. —No, acabo de usar nuestro propio programa con licencia para confirmar la coincidencia facial. Un 98,2 por ciento de probabilidad de coincidencia. Suficiente para que concluyamos, dadas las circunstancias que rodean a la pluma registrada, que el doctor Richard Firth y el doctor Frederick Styles son la misma persona.

—Santo Dios —dijo Donald.

—Lo que significa —intervino Frank— que el doctor Richard Firth sí fingió su muerte en 1995 para poder adoptar esta identidad del doctor Frederick Styles. Se regaló una pluma nueva en el año 2000 y luego, en algún momento, acabó igualmente en el fondo del mar —dijo Frank, quitándose las gafas de la frente para luego frotarse la línea del pelo con los nudillos—. ¿Qué tenemos sobre Frederick Styles?

Las manos de Gerry volaron sobre el teclado. —Según los registros, tuvo una consulta privada en Scarborough desde 1996 hasta 2007 llamada Centro de Bienestar Costero.

—Así que parece que acabó en el agua después de eso. ¿Nadie lo echó en falta? ¿Nadie lo denunció? —preguntó Frank.

Gerry dijo: —Como he dicho, nada después del cierre de la consulta. Esto va a requerir algo más de investigación.

Se giró hacia Donald para decirle lo siguiente: —Anímese, señor, ¡aún podría resultar ser un suicidio! Sin embargo, es extraño, ¿no?

La cara de Donald parecía estar cambiando de color. Estaba claramente avergonzado, pero hacía todo lo posible por mantener la compostura. —No me gustan las historias enrevesadas. Tienes hasta mañana a esta hora para darme algo más claro.

Cuando Donald se dio la vuelta para marcharse, Frank le gritó: —Disculpe, señor, ¿era una orden para que preparemos la Sala de Incidentes, entonces?

—¡Mañana a esta hora! —Donald se detuvo entonces en el umbral de la puerta, con los hombros visiblemente tensos. Se giró y fulminó a Frank con la mirada—. ¡Por piedad, Black! ¿Qué te pasa con estos casos jodidos? —Se dio la vuelta, negó con la cabeza y se marchó echando pestes sin esperar respuesta.

Una vez que sus pasos se desvanecieron por el pasillo, Frank dijo: —Un trabajo brillante, Gerry, chica. Absolutamente brillante. ¿Nos ponemos manos a la obra con el misterio de los dos doctores a tiempo para la reunión informativa de mañana?

No necesitaba una respuesta; ya podía verla enfrascada en el trabajo.

El teléfono le vibró en el bolsillo: un mensaje. Vio que era de Evelyn. Un mensaje que indicaba que había disfrutado de la comida.

El peso de su invitación volvió a su mente. Tenía que darle una respuesta. También le daba vueltas a la cabeza la petición de Gerry de que la llevara al altar.

Por ahora, al menos, podía sumergirse en el caso: el ritmo de descubrir mentiras, de encontrarle el sentido a lo insensato.

Los dilemas personales pasarían a un segundo plano. A las sombras.

28

Craig se movía entre los caballetes, protegiéndose los ojos de la luz del sol matutina que entraba a raudales por las ventanas enrejadas.

—Visualizad el lugar —les recordó Craig en voz baja—. Luego, dejaos llevar... Recordad no inhibiros. Si el lugar en el que queréis estar está ocupado, pues está ocupado... que así sea.

El lienzo de Craig permanecía en blanco, algo insólito en él. Normalmente, predicaba con el ejemplo.

Algo se había agitado en su interior el día anterior, en el patio de ejercicios. No sabía a ciencia cierta qué era, pero lo único que sabía, o más bien, lo único que sentía, era que tenía que ver con aquellos extraños patrones de luz que se filtraban a través de la valla.

Y temía lo que pudiera surgir hoy de su mente y acabar en su lienzo.

Sin embargo, nadie lo cuestionó. Era evidente que se había ganado el crédito suficiente con todos ellos como para que le dieran un pase.

Se había ganado el crédito suficiente con aquellos hombres como para que no se lo cuestionaran.

A pesar de la creciente inquietud, Craig mantuvo la compostura mientras rodeaba al grupo. Además, tenía otra razón para mantenerse positivo hoy.

Nathan.

Al principio, el chaval se había quedado rezagado mientras los demás se instalaban y se preparaban. Se había limitado a pasearse con las manos en los bolsillos.

Craig le había concedido unos minutos para que se orientara y luego se había acercado a hablar con él.

—Me alegro mucho de verte.

Se encogió de hombros.

—Sí, bueno... Tank está en la sala de pesas, así que...

—Una decisión táctica inteligente. Entra, coge un caballete.

Nathan optó por un puesto vacío junto a Jayden.

—¿Has pintado alguna vez? —le preguntó Craig—. Ayer no lo dijiste.

Negó con la cabeza.

—Bueno... no desde primaria, por lo menos.

—Perfecto. Tendrás un montón de creatividad acumulada.

Nathan lo miró con una ceja arqueada.

—Solo que no tengo ni idea de lo que hago.

—Elige un color que te parezca adecuado.

Nathan se quedó mirando el lienzo en blanco durante un minuto y luego gruñó. Craig temió que lo estuviera descartando por considerarlo una pérdida de tiempo.

Pero entonces, para alivio de Craig, Nathan cogió un pincel y empezó a atacar el vacío.

El chaval cogió instintivamente los azules —marino, cobalto, cerúleo—, los colores de la profundidad y la distancia.

Craig lo dejó crear.

La obra de Morris era especialmente sombría hoy. Manchas oscuras de negro y azul noche dominaban el lienzo. Era como si hubiera pintado encima de algo. Craig decidió que era mejor no preguntar si ese era el caso.

Al detectar a Craig detrás de él, Morris suspiró y preguntó:

—¿Quieres que te lo explique, C?

—Solo si tú quieres —dijo Craig con tono suave.

Morris pintó una gruesa franja de negro en la parte superior del lienzo y la dejó correr hacia abajo, lloviendo sobre lo que ya era una masa desordenada.

—Tragado.

—¿Quién? ¿Tú?

—Sí... así es como me siento hoy, como si me estuvieran tragando entero.

Tragado.

Una sacudida recorrió el sistema de Craig.

Retrocedió un paso, luchando contra una repentina sensación de ser consumido, de desaparecer bajo algo poderoso e ineludible.

Por un momento, vio el puerto de Whitby y bajó la mirada hacia el turbio mar del Norte.

—¿C?

Craig se sacudió para volver a la realidad.

—Perdona... bueno, quizá deberías tomarte un descanso.

Morris negó con la cabeza, añadiendo más negro al lienzo, dejando que lo cubriera todo.

—No se puede huir de las sombras. Además, eres tú el que parece que necesita un descanso.

—Quizá nos venga bien a los dos —dijo Craig.

Morris dejó el pincel.

—La verdad es que sí, voy a tomarme un minuto; ¿vienes conmigo?

—Claro.

Fueron a la esquina de la sala; los otros reclusos, tan absortos, apenas se dieron cuenta. Los guardias continuaron con su vigilancia desinteresada; nunca habían tenido motivos para temer a Craig.

Morris se frotó la cara con una mano, dejándose una mancha de pintura negra en la mejilla.

Se miró la mano, dándose cuenta de lo que había hecho.

—Mierda. ¿Me he...?

—Sí, pero no te preocupes, cualquier cosa que te cubra la mitad del careto se considera una mejora.

—Ja... Lorrie me echó una buena bronca por teléfono anoche, otra vez.

Lorrie era la hija de Morris. A menudo lo visitaba con el nieto de Morris, Tommy.

—Me dijo que mañana no trae a Tommy porque tuvo una pesadilla sobre este puto agujero, y no quiere hacerle pasar por esto. Por supuesto, le dije que era una buena idea.

—Porque eres un buen hombre, Morris.

—¡Ja! ¿Has leído mis antecedentes penales?

—No me hace falta. Ningún documento me va a explicar quién eres. De todos modos, siento oír eso... sé las ganas que tienes de verlo.

—No es solo eso, C. Es algo en su voz. Intenté mostrarme emocionado por salir el mes que viene, pero ella solo parece nerviosa. Sé que debe de ser un coñazo tenerme en casa mientras me pongo en pie, pero aun así, de verdad que no quiero ser una carga para ella. Tenía doce años cuando caí preso. Ahora tiene cuarenta y tantos. No es que yo estuviera ahí para ella cuando más me necesitaba...

Craig asintió en dirección a donde estaba el cuadro.

—Ahora lo entiendo.

—Bueno, el plan era añadir algunas estrellas. Siempre me ha encantado una noche estrellada, ¿sabes? Pero me cuesta sacar los colores brillantes...

—¿Qué? ¿No hay una estrella para tu mejor amigo, C? —dijo Craig, poniendo las manos sobre el hombro de Morris—. Escucha... en un mes, sales. ¿Quién no va a estar nervioso? ¿Tú? ¿Tu familia? Joder, si hasta yo estoy nervioso. Te ha visitado todas las semanas desde que tengo memoria. ¡No va a decidir de repente que no te quiere en su vida!

—Supongo que ya sé todo eso... pero... —se interrumpió.

—¿A veces es difícil ver el cuadro completo? —sugirió Craig.

—Sí.

¿Y no es esa la verdad?, pensó Craig. Le pareció especialmente relevante para él. ¿Recuerdos fragmentados, lagunas, contradicciones? *¿Por qué había tantas piezas que faltaban en su vida?*

Pero ahora lo importante no era él, sino Morris.

—Morris, el cuadro completo estará ahí cuando salgas. Te lo prometo. Verás que tengo razón. —Señaló el lienzo con la cabeza—.

Y al plasmar toda esa oscuridad en el lienzo ahora… bueno, eso está bien. Es lo correcto. Déjala salir ahí, no aquí dentro. —Craig le dio un golpecito en el pecho a Morris—. Y cuando esas estrellas empiecen a aparecer, no pararán. Se multiplicarán y se multiplicarán, hasta que el mundo entero resplandezca.

Morris hizo como que le daban arcadas.

—¡Ya vale, tío!

—Ya vale.

Morris respiró hondo.

—Gracias por escuchar, C.

—De nada. —Le guiñó un ojo.

—Bromas aparte, creo que al final puede que seas mi primera estrella.

—Por supuesto. Y por eso espero que eches el resto con este cuadro. Una estrella fugaz… ardiendo a toda velocidad a través de la oscuridad e iluminándolo todo a su alrededor…

—No te pases, C.

Él asintió.

—Vale, con un pequeño centelleo me conformo.

Mientras Morris volvía a su caballete, la sonrisa de Craig se desvaneció y sintió cómo una gran tristeza caía sobre él.

Dentro de un mes, su mejor amigo, Morris, se habría ido.

Morris llevaba treinta y dos años entre rejas; Craig apenas podía imaginar semejante cantidad de tiempo. Morris había sido el ancla de Craig desde que llegó hacía quince años, enseñándole que sobrevivir significaba algo más que aguantar. Ahora por fin tenía su oportunidad de ser libre, y Craig se sentía realmente feliz por él, aunque la perspectiva de perderlo era devastadora.

Craig paseó la mirada por su grupo de pintores y se fijó en Nathan, que ahora estaba sumido en una especie de ritmo intenso.

Otro joven más que elegía la creación por encima de la destrucción, aunque solo fuera durante una hora más o menos.

Era agradable de ver, y le provocó a Craig una sonrisa sincera a pesar de su estado de ánimo.

Al final de la sesión, Craig le preguntó a Wilson si podía hablar con Nathan unos minutos después de que todos se hubieran ido. Los

guardias llevaron a los reclusos de vuelta a las celdas y, bajo la atenta mirada de Wilson, Craig se acercó a ver qué había hecho Nathan.

Una extensión de color azul oscuro llenaba el lienzo, ondulada por pinceladas desiguales que captaban una cierta desazón.

Había dado toques de blanco de forma desordenada por la parte superior, mientras que sombras de un azul marino más profundo sugerían unas profundidades insondables.

—¿El mar?

Nathan asintió.

—No estaba seguro de si se notaba.

—Oh, se nota, alto y claro. ¿El mar por alguna razón en particular?

Se encogió de hombros.

—No pasa nada. No sientas la necesidad de explicarlo. Muchos pintan el mar para expresar la libertad.

Asintió.

—No sé. Quizá soy yo acostumbrándome a no tener ninguna.

—Bueno… has desafiado esa idea pintando. ¿Qué tal te has sentido?

—Bien. Relajado.

—El agua puede ser… calmante —ofreció Craig con cautela—. O aterradora, supongo. Depende de tu relación con ella.

Pensó en su propia experiencia con el mar. El ahogamiento de su víctima. Vio las imágenes de la videovigilancia con claridad en su mente.

—Sí —convino Nathan, sin mirar a Craig a los ojos—. Quizá solo estaba pensando en tu historia de ayer.

—Es posible, supongo. Bueno, fírmalo entonces, en la esquina de abajo.

Nathan dudó, luego cogió un pincel fino, lo mojó en pintura blanca y escribió con cuidado su nombre en la esquina inferior derecha. Le temblaba un poco la mano, por lo que las letras quedaron desiguales, pero había orgullo en la forma en que se echó hacia atrás después para estudiar el resultado.

Un guardia más joven vino a escoltar a Nathan.

Craig le preguntó:

—¿Mañana a la misma hora?

Nathan se encogió de hombros.

—Quizá.

Después de que Wilson ayudara a Craig a recoger, lo escoltó de vuelta a su celda. De camino, Wilson preguntó:

—¿Por qué lo hace? ¿Por qué se desvive por todos los que conoce?

Craig se encogió de hombros.

—No sé. ¿Debería dejar de hacerlo?

—No, está muy bien. Solo que es raro, ¿sabe?

—Raro aquí dentro. Fuera, probablemente sea bastante común.

—No estoy tan seguro de eso…

—Bueno, de todos modos, creo que le está dando demasiadas vueltas… No hago tanto. Solo que, si puedo hacer que el tiempo de los demás aquí sea más llevadero, ¿por qué no? No es para tanto.

—Qué va… —Wilson se detuvo ante la puerta de la celda y se giró hacia Craig—. Es usted mejor hombre de lo que cree.

Craig estudió el rostro de Wilson. El guardia parecía inusualmente tenso, sus ojos se desviaban por el pasillo.

—Lleva mucho tiempo aquí —continuó Wilson, en voz baja—. He visto a hombres ir y venir. La mayoría se vuelven más duros, más irascibles. Usted ha ido por el camino contrario.

—No estoy tan seguro de eso…

—Yo sí —dijo Wilson con firmeza—. Lo que sea que le trajo aquí… quizá no sea toda la historia.

Wilson se hizo a un lado para dejar entrar a Craig.

—Se pasa todo el tiempo allí por los demás. Quizá debería coger algo para usted por una vez.

—Estoy bien. No necesito ningún tipo de recompensa…

Entró en el caos de su celda. Las palabras se le quedaron atascadas y nunca más salieron.

29

Vicky se tragó la pastilla a palo seco.

El sabor amargo y familiar del Valium no era agradable, pero sí un bienvenido recordatorio de que la pastilla era real y de que le esperaba algo de ayuda con aquella ansiedad abrumadora.

Si al menos tuviera la paciencia para esperar...

Se pasó el Valium con una copa entera de vino.

Entonces, cerró los ojos y aquella imagen de Samantha Wells, semienterrada en el parabrisas de un Ford Mondeo, le volvió a la mente.

Abrió los ojos de golpe.

—Joder. —Se sirvió otra copa de vino.

Le vendría muy bien dormir, pues había pasado la mayor parte de la tarde en la comisaría respondiendo a preguntas.

Pero ¿cómo iba a poder dormir, en realidad? Sabiendo que Samantha Wells se debatía entre la vida y la muerte en el hospital.

Durante el interrogatorio, Vicky había presentado su defensa. «Invadió mi espacio personal. Me sentí atacada. Me puso un dictáfono en la cara. Entré en pánico. La aparté de un empujón. No quería que tropezara..., que se cayera... Yo *tengo* un trauma». Estuvo a punto de añadir: «Por si no se habían dado cuenta». Ni siquiera en esa situación, con su vida y su libertad en juego, permitiría que su desfiguración la definiera.

Pero ¿a quién pretendía engañar? En aquella situación, esa sería su defensa.

Y la policía lo sabía, así que seguían sin decidir si presentar cargos contra ella. No había grabaciones de videovigilancia y toda la atención de los conductores, que podrían haber sido posibles testigos, estaba centrada en la carretera.

Necesitaban algo más.

Así que le habían dado tiempo para volver a casa, para poner sus ideas en orden, mientras buscaban otros testigos o cámaras de coche. Cualquier cosa a la que pudieran echarle mano, en realidad.

«Que tengan suerte», pensó. Ella misma apenas recordaba lo que había sucedido, de lo rápido que fue.

Todo aquel ruido, el caos y los pitidos de los coches en la carretera.

No paraba de darle vueltas.

Recordó haber visualizado a Matt Clegg durante el altercado con Samantha. Él había estado sosteniendo aquella botella abierta, segundos antes de arrojarle el contenido a la cara. Y aquella quemadura fantasma. La sentía incluso ahora.

¿No podía ser simplemente porque alguien hubiera invadido su espacio personal? No, seguro que no.

Tenía que haber otras razones.

¿Tenía los nervios a flor de piel por todo lo que se traía entre manos? ¿El Albert Hall?

¿El acoso a Jake?

Era posible, pero cuanto más pensaba en ello, más le parecía que estaba relacionado de alguna manera con el ruido... el sonido de los cláxones...

Apartó la copa de vino de su lado.

Aquella no era la solución; era un consuelo tóxico.

Ya había recorrido ese camino autodestructivo antes, en los días más oscuros tras su ataque. Y habían sido seis meses de dependencia que casi le costaron todo.

Pasó al salón. Sintió los primeros indicios reveladores de que el Valium hacía efecto: una agradable pesadez en las extremidades. Tras dejarse caer en el sofá, esperó mientras las afiladas aristas de

su ansiedad empezaban a desdibujarse, como acuarelas que se mezclan sobre papel mojado.

Alargó la mano y miró el móvil. Con dedos temblorosos, comprobó que Jake había llegado al colegio. El Apple Tag de su mochila confirmaba que estaba allí.

Luego, consultó las noticias en su teléfono...

Samantha Wells seguía en estado crítico. Leyó el artículo: se había producido un enfrentamiento entre Victoria Mallinson, superviviente de un ataque con ácido y portavoz de la organización benéfica REFLECT, y la periodista de treinta y ocho años. El motivo del enfrentamiento aún no estaba claro. Samantha había sufrido lesiones catastróficas al ser atropellada por un vehículo. La policía continuaba investigando.

Le sonó el teléfono. Mel. Hacía una hora desde su última llamada.

Respondió. —¿Mel?

—Vicky... ¿te encuentras mejor?

Se repantigó en el sofá, con una gran pesadez en las extremidades. —En ello estoy.

—¿Has dormido?

—Sí —mintió.

—Bien..., mira..., odio hacer esto ahora mismo. Pero la junta directiva se ha puesto en contacto...

—Por fin, ¿eh?

—Sí.

—Bueno, qué detalle por su parte contactarme para ver cómo estaba.

Mel suspiró. —Estaban preocupados.

—¿Ha contactado Zara en persona?

—Sí...

Vicky suspiró. —Pues debe de ser importante.

—Zara le ha pedido que se quede en casa hoy. En el futuro próximo, de hecho.

—Ahí no hay problema. Tengo a un montón de periodistas apostados en la puerta de casa.

—Sí, la verdad es que no quiere que usted responda a ninguna pregunta. Además... bueno... esto no le va a gustar.

A Vicky se le encogió el corazón. En realidad, era de esperar.

Tenía otra conferencia en un par de días que necesitaba preparar. Era evidente que Zara y la junta no querían que Vicky se enfrentara a eso con todo este asunto pendiente. No después de todo el tiempo y el dinero que habían invertido. «Benditos sean», pensó con amargura.

¡Daba prácticamente igual que ella lo hubiera montado todo! No era ella quien ponía el dinero. Era bastante prescindible.

Mel continuó. —Le han pedido a Diana...

—¡Diana Cunningham! ¿Esa portavoz superficial y de imagen perfecta, con su empatía ensayada y sus frases manidas probadas en grupos de sondeo? Sí, no me gusta. Ni un pelo.

—Pero ya sabes que a la junta le gusta.

—Les gusta su refinamiento, su formación mediática, su absoluta previsibilidad. No tiene ninguna autenticidad. —Sentía que todo amenazaba con derrumbarse a su alrededor, pero tenía que mantener la calma y la concentración. No podría salvar nada si dejaba que se viniera abajo.

—Ojalá pudiera hacer algo, Vicky.

Vicky suspiró. —Es irónico, ¿no? Al principio, siempre insistíamos en que «no hay publicidad mala». Y míranos ahora. Tenemos a la maquinaria mediática en el bolsillo y debemos mantenerla contenta.

Pensó en el placer que sentían los medios de comunicación al transformar a la gente de ídolos a depredadores, mientras la rodeaban como buitres, carroñeando todo lo que podían.

—Pasaré más tarde para que preparemos un comunicado en el que expreses tu pésame por Samantha... —dijo Mel.

—Joder.

—Todo irá bien —dijo Mel, pero no había sinceridad en su tono.

—¿Así que no se va a morir?

Mel guardó silencio.

E incluso si no muriera, tendría secuelas a largo plazo. Sus heridas habían sido catastróficas.

—Otra cosa, ¿Vicky?

—¿Sí?

—Por favor, no tomes Valium. Uno para ayudarte a dormir, pero no te pases. Ya sabes cómo te pones.

Vicky puso los ojos en blanco; ya era tarde para eso. —Vale.

—Gracias. Oye, tengo que irme. ¡La junta solo está siendo precavida!

—¡La junta! —Su mente empezaba a nublarse—. La puta junta. La misma que me aplaudía en el Albert Hall hace dos días. ¡Zara y la puta junta! Que Dios los bendiga. Te digo una cosa, Mel, escribiré mi propio puto comunicado. Tú céntrate en Diana, ¡ponla bien guapa para las cámaras! Aunque no es que tengas que esforzarte mucho, que ya es bastante guapa.

Colgó y volvió a la cocina a por esa copa de vino, con la culpa oprimiéndole ya el pecho.

Mel no se merecía eso.

No después de todo lo que habían pasado juntas.

Mel había sido su amiga de la infancia y había estado ahí desde el principio: cogiendo la mano de Vicky durante la recuperación, durmiendo en un catre de la habitación del hospital para no dejarla sola. Cuando Vicky no soportaba ver su propio reflejo, fue Mel quien cubrió los espejos y luego los fue reintroduciendo gradualmente a medida que Vicky se hacía más fuerte. Y cuando Jake llegó a sus vidas, fue Mel quien la ayudó a gestionar el complejo proceso de adopción, quedándose despierta hasta tarde para rellenar el papeleo, acompañándola a cada entrevista y visita domiciliaria. Jake la veía como su tía, y con razón.

Bebió un poco más de vino y luego cruzó la cocina americana hacia los ventanales, dándose cuenta de que sus pies estaban ligeramente inestables.

Se acabó —se dijo—. *¿Me oyes? Se acabó.*

Necesitaba tirarse en ese sofá en menos de cinco minutos y dormir para olvidar este puto día.

Miró por la ventana y vio aparecer otra furgoneta de las noticias.

Panda de buitres.

¡Y eso era quedarse corto, joder!

Eran los depredadores, no los putos carroñeros.

Tiburones...

Volvió al móvil, quería comprobar que Jake estaba en el colegio antes de dejarse caer en el sofá. Abrió Find My y miró el mapa.

El pánico le oprimió el pecho. Su respiración se aceleró, y cada inspiración era más superficial que la anterior. La habitación empezó a dar vueltas, y los colores se mezclaban entre sí.

El icono del teléfono que indicaba el seguimiento de Jake no estaba sobre su colegio.

De hecho, no estaba ni cerca.

Y se estaba moviendo.

30

Kevin permanecía sentado, rígido, en la silla de plástico moldeado que había fuera de la habitación de su madre, intentando asimilar las palabras del médico.

—Los antibióticos no están haciendo efecto.

Kevin se retorcía las manos enguantadas y doloridas.

Cerró los ojos mientras el médico le explicaba lo que era la sepsis y la inevitabilidad del fallo multiorgánico.

Respiró hondo varias veces a través de la mascarilla quirúrgica.

El olor a desinfectante era intenso allí, pero nada que ver con el que había experimentado el día anterior en el pasillo del hospital, cuando estuvo junto a la zona de cuarentena.

De nuevo, la imagen de James luchando por su vida, rodeado de tubos y monitores por todas partes, le vino a la mente, igual que entonces.

Y también Angela. Sus ojos clavados en él, llenos de odio.

Pero ahora también había otras cosas. Bajo la superficie. Inquietas, agitándose. Cosas que nunca supo que existían y que, sin embargo, ahora sentía como si siempre hubieran estado ahí.

Volvió a abrir los ojos y se concentró de nuevo en la voz del médico.

—Podrían ser horas, pero también podría ser más de un día… ¿Hay alguien a quien pueda usted llamar? ¿Para que se turne con usted? ¿Para que le ofrezca algo de apoyo?

Claro que no. No había habido nadie desde Angela. Y James.

Aunque James no era su hijo biológico, lo había criado desde los dos años, tras empezar una relación con Angela. Murió a los siete, con su pequeño cuerpo vencido por una infección. Una infección que más del noventa por ciento de los niños habrían superado sin problemas. Pero su sistema inmunitario estaba comprometido; era más débil que el de la mayoría.

Los médicos no supieron darle una explicación.

A veces, el mundo no ofrecía respuestas.

Desde la muerte de James —y desde que Angela lo abandonó poco después por no haberlo llevado antes al hospital debido a sus fobias—, el TOC de Kevin había regresado con más fuerza que nunca.

Le impidió luchar por el perdón de Angela, y se había vuelto cada vez más solitario, cuidando de su madre.

Hacía varios años, la inteligencia artificial había empezado a desarrollarse a gran velocidad, y él se volcó en EmPathAI.

Había entregado su vida a dos seres.

Su madre real y moribunda.

Y una creación artificial que le susurraba técnicas de respiración, con acento de Yorkshire, en mitad de la noche. —Inspira… dos… tres… cuatro. Mantén… dos… tres… cuatro…

Entonces, a menudo dibujaba cajas en su mente hasta que se quedaba dormido.

Cuando el médico lo dejó solo, Kevin entró en la habitación de su madre.

Siseos mecánicos y pitidos de monitores mantenían con vida una habitación bastante inmóvil.

Siguió con la mirada los tubos y cables que medían y mantenían el fino hilo de su existencia.

Kevin se acercó despacio, deteniéndose al borde de la cama, incapaz de decidirse a tocarla. Respiró hondo, se armó de valor y luchó con cada gramo de su ser por arrancarse la mascarilla para poder hablar sin impedimentos.

Los dedos le temblaban a los costados.

—Inspira… dos… tres… cuatro. Mantén… dos… tres… cuatro…

Dibujando cajas.

Se dio cuenta de que la bolsa de suero no estaba perfectamente alineada y la enderezó. Luego, ajustó la caja de pañuelos de la mesilla de noche, antes de terminar con la silla de las visitas.

Su madre tenía un aspecto desesperado. La cara hinchada. El color de su piel, apagándose.

—Soy Kevin —dijo—. Los médicos están intentando ayudarte.

Lo dejó ahí. No quería prometerle nada que no fuera a ocurrir.

Que pudiera salir de esta.

Se sentó y movió la cabeza lánguidamente al ritmo del monitor.

Dejó su mano enguantada suspendida sobre la de su madre, pero fue incapaz de tocarla. No le preocupaba contagiarse de gérmenes —llevaba guantes—, pero no podía arriesgarse a ponerla más enferma de lo que ya estaba contaminándola con cualquier cosa que pudiera haber cogido desde que se los puso.

Sonrió, pensando: *¿Podría haber pedido una madre mejor?*

Una lágrima asomó en el rabillo de su ojo.

Siempre estuviste ahí. La lágrima le resbaló por la mejilla. *No sé cómo voy a hacer esto sin ti… No sé cómo estar solo.*

Volvió a sonreír y eso liberó otro recuerdo. Parecía nuevo, a pesar de haber estado siempre ahí.

Su madre enseñándole a lavarse bien las manos de niño, de pie detrás de él en el lavabo, guiando sus deditos bajo el agua tibia, contando juntos para asegurarse de que frotaba el tiempo suficiente.

Frunció el ceño.

El recuerdo era un recuerdo, pero ¿por qué ahora?… ¿Era algo que se había removido en las profundidades por la experiencia del día anterior?

Las manos limpias mantienen a raya las cosas malas, Kevin, le había dicho su madre mientras lo sujetaba. *Veinte segundos, jabón entre cada dedo. Uno… dos…*

Una sensación de frío le recorrió el cuerpo de arriba abajo.

Dios, esto no era nuevo…

Había ocurrido de verdad.

El recuerdo era tan fuerte y vívido como muchos otros, pero ¿por qué lo había olvidado?

¿Por qué se había desvanecido en la nada durante tantos años, solo para resurgir ahora?

Veinte segundos, jabón entre cada dedo.

Kevin se puso de pie, dibujando cuadrados, intentando no entrar en pánico.

Era como si alguien le estuviera jodiendo la mente…

Y, por una vez, no era cosa suya.

31

Frank se refería a ellos como «mi panda de bichos raros» —solo para sus adentros, por supuesto—.

El Frank Black de antaño podría haber equiparado lo raro con lo malo. Pero ¿el Frank de después de Gerry? Consideraba que la singularidad era algo valioso.

Él y su panda de bichos raros ya habían hecho uso de sus excentricidades para resolver cuatro investigaciones que estaban frías como el hielo.

¿Quién apostaría en su contra para que no se hicieran cargo de la quinta?

Aún no había dado comienzo a la sesión informativa y tenía los ojos puestos en Reggie.

Su sargento estaba recostado sobre el escritorio, sonriendo mientras trasteaba con un móvil y se acariciaba simultáneamente su barba meticulosamente recortada.

—¿Otra publicación tuya con mancuernas, Reggie?

Una carcajada retumbó por la sala.

Incluso provocó una reacción en el agente detective Sean Groves, cuya apariencia perpetuamente somnolienta ocultaba su gran habilidad para la investigación. El muchacho siempre parecía a punto de quedarse dormido, pero sus notas de los casos eran siempre impecables.

—Si tanto quieres saber, jefe, es una pesa rusa… y es un vídeo, no una foto.

Frank resopló y volvió a mirar al resto de su equipo.

—¡Vaya, me has puesto en mi sitio!

De nuevo, otra carcajada.

—Bueno —dijo Frank—, este es un caso extraño. Uno de mis «casos jodidos», según el comisario jefe Oxley. Perdonad la expresión. —Se giró hacia la pizarra y continuó—. Todos tenéis copias de estas dos fotografías. —Tocó una imagen de un hombre de mediana edad, elegante y delgado—. El doctor Richard Firth, cuarenta y siete años. Esta imagen es de 1992. Gerry la sacó de un congreso de peces gordos de la psiquiatría, donde ganó un premio a la innovación. Tres años más tarde, se suicidó en Jugger Howe Beck… o eso quería hacernos creer. —Señaló la otra imagen, de alguien que parecía mucho más viejo y con sobrepeso—. El doctor Frederick Styles. El mismo hombre. Lo sé. Asombroso. Esta se la hicieron en el año 2000 para una entrevista que concedió al *Whitby Gazette*.

—No me digas —dijo Reggie.

—Lo he confirmado con varios programas de *software* diferentes —dijo Gerry.

—Pues entonces se dejó muchísimo… vamos, se dejó una barbaridad.

—Es bastante más mayor —dijo Sean.

—¡Ocho años! —dijo Frank—. Para un jovenzuelo como tú debe de parecer una eternidad, pero para los veteranos es un abrir y cerrar de ojos.

—Yo también estoy en la cincuentena —dijo Reggie—. No hay excusa para dejarse así.

—Ja —dijo la agente detective Sharon Miller—. Escuchad al Jason Statham de turno. —Se pasó una mano por el pelo oscuro. Trabajaba con Reggie a menudo en los interrogatorios. Habían forjado una buena relación, pero a ella también le gustaba mantenerlo a raya.

—¿Jason Statham, eh? —Reggie sonrió de oreja a oreja. No pudo resistirse a enderezarse en la silla, un gesto que provocó un coro de

puestas en blanco y quejidos por parte del equipo.

—Lo más probable es que el motivo del aumento de peso y el aspecto desaliñado sea ocultar su identidad —dijo Frank. Desvió la mirada entre ambas imágenes—. O sea, son como la noche y el día.

—De nada sirve ocultar tu identidad si vas a caer fulminado por un infarto —dijo Reggie.

—Tampoco sirve de nada mantener la figura para el bañador si vas a acabar en la cárcel —dijo Sharon—. Supongo que ese argumento tiene dos versiones.

En ese momento, Frank no pudo evitar reflexionar sobre su propio deterioro físico, que había tenido lugar tras la muerte de Mary. Un ciclo interminable de bebida, tabaco en exceso y comida para llevar. Si no hubiera sido por Gerry y su singular enfoque de intervención —hojas de cálculo, horarios y esa puñetera forma persistente con la que le traía bolsas de agua Perrier al trabajo todos los días para mantenerlo fresco—, podría seguir siendo el mismo desastre hinchado. Se pasó una mano por el abdomen, notando la considerable reducción que meses de persistencia de Gerry habían logrado.

Frank repasó el aparente suicidio de Firth.

—Hubo una búsqueda de tres días en la que participaron la policía, el rescate de montaña y voluntarios. La búsqueda se vio dificultada por el mal tiempo, aunque los perros encontraron su rastro, que terminaba en el borde del acantilado, lo que permitió a los investigadores llegar a esa conclusión tan fácil. Debió de retroceder sobre sus pasos por la misma ruta antes, pero, obviamente, dejó el coche en el aparcamiento de visitantes.

Hizo una pausa para que Clara, su analista de HOLMES con sus fondos virtuales en perpetuo cambio, comprobara que toda la información estaba presente y correcta en el sistema.

—Gerry, ¿nos hablas del doctor Richard Firth?

Gerry se enderezó en la silla.

—Originario de Scarborough, el doctor Richard Firth se licenció en la Facultad de Medicina de Edimburgo en 1970, especializándose en psiquiatría. A finales de los setenta, se le consideraba un pionero

en el campo de la hipnoterapia para tratar traumas y enfermedades mentales.

—¿No es eso lo que hace Paul McKenna? —preguntó Reggie—. ¿Hipnoterapia?

—En esencia, sí —respondió Gerry—. Aunque McKenna la utiliza para el entretenimiento y la autoayuda. Firth la aplicaba clínicamente en pacientes con traumas.

—Vi a McKenna en un escenario una vez —dijo Reggie—. Hizo que alguien creyera que estaba pegado a la silla. El pobre diablo se pasó diez minutos intentando levantarse mientras el público se partía de risa.

Frank puso los ojos en blanco y asintió hacia Gerry. Ella no lo estaba mirando directamente, pero de algún modo captó la señal para que continuara.

—Firth fue increíblemente popular en su día. —Consultó sus notas—. El doctor Malcolm Sinclair, por entonces presidente del Real Colegio de Psiquiátras, lo describió como «el futuro de la intervención psiquiátrica». Recibió muchos elogios como este. Publicó numerosos trabajos y luego ganó la Medalla Harrington a la Innovación Terapéutica en 1984. Estableció una consulta privada de gran éxito en Edimburgo hasta que cerró en 1995, tras su suicidio.

—Siendo de por aquí, supongo que se conocería los páramos de North Yorkshire lo bastante bien como para fingir su muerte —añadió Frank.

—Entre 1992 y 1995, sus métodos se volvieron cada vez más controvertidos y cayó en desgracia —continuó Gerry—. Los archivos del Consejo Médico General muestran que, antes de 1992, Firth no había recibido ninguna denuncia formal en toda su carrera. Sin embargo, entre finales de 1992 y principios de 1994, recibieron veintitrés denuncias formales sobre sus métodos terapéuticos. Usaba la hipnoterapia para la regresión a vidas pasadas.

—Perdona —dijo Reggie—. ¿Para los ignorantes de entre los presentes?

—Acceder y explorar recuerdos o experiencias del pasado… Algunos, incluido él mismo, se referían a ello como «regresión hipnótica profunda».

—Imagino que eso es bastante común, ¿no? —preguntó Reggie —. Sacar a la luz el trauma.

Frank respiró hondo. Ya sabía lo que venía a continuación, pues había estado investigando hasta tarde con Gerry, pero la sola idea seguía provocándole un escalofrío.

—Su método no era común —dijo Gerry—. Quería reescribir los recuerdos y el origen del trauma.

—¿Reescribir los recuerdos? —preguntó Sharon.

—Sí —dijo Gerry—. Por lo que he podido deducir del caso de negligencia médica, para quitarle el trauma al paciente, quería reescribir el recuerdo del suceso que lo causó o, en algunos casos, erradicarlo por completo.

—Cielo santo —dijo Reggie—. Imagino que hay mercado para eso. Sin duda hay algunas cosas que me gustaría olvidar.

—Sí, seguro que sí —dijo Frank—. ¿Pero no te suena totalmente falto de ética?

—Teniendo en cuenta el aumento de las denuncias —dijo Gerry —, yo diría que fue muy controvertido. Al principio, había preocupación por los límites terapéuticos y los métodos poco ortodoxos. Luego llegaron informes de pacientes que experimentaban confusión sobre sus historias personales, disputas familiares derivadas de recuerdos contradictorios y varios casos en los que los trastornos de ansiedad empeoraron tras el tratamiento.

—No me extraña que lo pusieran en la picota —dijo Clara.

Gerry continuó: —El doctor James Cartwright, del Hospital Real de Edimburgo, cuestionó públicamente los métodos de Firth en un artículo de revista de 1993, calificándolos de «éticamente cuestionables y potencialmente dañinos para pacientes vulnerables». A principios de 1994, otros tres psiquiatras prominentes se habían unido a las críticas. Firth afirmó que era una caza de brujas. Luchó contra ellos durante mucho tiempo hasta que…

—La gota que colmó el vaso —dijo Frank—. Timothy Walsh. — Frank señaló una imagen en una pizarra blanca de un chico de dieciséis años con uniforme escolar. Estaba recogiendo un premio—. Ganó un concurso nacional de matemáticas cuando tenía quince años. Estaba en el uno por ciento de los mejores del país en

números. —Se giró y miró a su equipo. Frank observó las caras del equipo mientras empezaban a absorber la historia de Timothy, como había hecho él el día anterior—. Lleno de potencial y talento, un gran futuro por delante. Hasta que su vida se vio interrumpida. Trágicamente.

Gerry continuó: —Según su madre, Timothy había sido un chico feliz y seguro de sí mismo hasta que su padre se marchó cuando cumplió ocho años. Después de eso, desarrolló insomnio, ataques de pánico y, a los catorce años, empezó a autolesionarse.

—Pobre chaval —dijo Reggie.

—Sus profesores lo describían como «brillante pero frágil» —prosiguió Gerry—. A los catorce años, esto fue en 1992, lo trataba Richard Firth. Las notas del paciente indican que la ansiedad de Timothy provenía de una experiencia traumática a los ocho años. La creencia de que su padre se había marchado por su culpa. Le oyó comportarse de forma agresiva con su madre y gritar que nunca había querido tener hijos. Su padre nunca volvió para aclarar la historia; de hecho, murió menos de un año después en un accidente de coche. En el caso de negligencia médica, se acusó a Firth de utilizar la hipnoterapia para erradicar el recuerdo traumático y sustituirlo por un momento de afecto, con su padre explicándole tranquilamente que tenía que irse a trabajar a otra ciudad para mantener a la familia. Su padre seguía muriendo en un accidente de coche, pero él ya no tenía que vivir con la vergüenza y el deseo de no haber nacido nunca.

—¿Y su madre sabía todo esto? —preguntó Reggie.

—Sí —contestó Frank—. Pero supongo que más vale malo conocido. Después de todo, su hijo era más feliz, ¿por qué no confiar en los profesionales? Empezó a dormir toda la noche, dejó de hacerse daño. Incluso hablaba de su infancia en términos positivos. Su madre estaba presenciando, en sus propias palabras, «un milagro», ¿por qué no iba a apoyar y mantener esta farsa? —Frank bajó la cabeza. La siguiente parte de la historia le llegaba muy adentro—. Hasta que todo se vino abajo. ¿Gerry?

—Timothy descubrió unas cartas antiguas —dijo Gerry—. Las cartas revelaron de nuevo la verdad: que su padre nunca había

querido tener hijos y que le costaba incluso tener contacto físico con Timothy. Al parecer, ni siquiera lo cogió en brazos cuando era un bebé.

—Qué horror —dijo Sharon.

—Los falsos recuerdos chocaron con la realidad de que su padre nunca lo tocó y se marchó por su culpa. Los informes sobre la negligencia se refieren a la «disonancia cognitiva» como «catastrófica»: dos conjuntos de recuerdos completamente contradictorios ocupando el mismo espacio en su mente. —Gerry se interrumpió.

Rylan se acercó y ella lo acarició.

—Y bien, ¿qué pasó? —preguntó Reggie.

Frank respiró hondo, preparándose para contárselo, pero entonces Gerry levantó la cabeza y habló primero. —En 1994, le dijo a su madre que su vida era una mentira mientras iban en coche por la autopista. Abrió la puerta y saltó del vehículo y…

—Joder, no —dijo Clara. Había dejado de teclear y miraba a Gerry con el rostro pálido.

—Gracias, Gerry. —Frank observó los rostros pálidos y recordó cómo él también se había quedado blanco como el papel la noche anterior.

A decir verdad, no había comido desde entonces.

—La muerte de Timothy desencadenó una investigación formal que destapó un patrón preocupante —dijo Gerry—. De las veintitrés denuncias formales, ocho implicaban a pacientes que habían sufrido graves trastornos psicológicos después de que sus «recuerdos» fueran alterados. Tres pacientes habían sido hospitalizados para una evaluación psiquiátrica. Una anciana llegó a convencerse de que su difunto marido le había sido infiel basándose en falsos recuerdos que surgieron durante los intentos de Firth de alterar sus respuestas al duelo.

—O sea, que la investigación por negligencia profesional tenía fundamento… —continuó Frank—. Un abogado incluso se había referido a ella como un caso ganado.

—¿Y qué tuvo que decir Firth sobre todo esto? —preguntó Sharon.

—Muy poco —dijo Gerry—. Se mantuvo en silencio. Cuando las autoridades hablaron con él, se limitó a afirmar que sus métodos terapéuticos eran «seguros», «basados en la evidencia» y que «habían cambiado positivamente la vida de la mayoría de las personas a las que había tratado». Unos pocos en la comunidad psiquiátrica se pusieron de su lado, insistiendo en que con cada descubrimiento revolucionario en la ciencia siempre había algunas pérdidas, pero que el bien mayor nunca podía descartarse.

—Intenta decirle eso a la familia Walsh —dijo Sean.

—Exacto —dijo Frank.

—¿Tenía Firth familia? —preguntó Reggie.

—Sí. Un hermano tres años menor. También médico. Raymond Firth. Su hermano nunca se fue de North Yorkshire. Tras la muerte de Richard en 1995, le legó su dinero, así como una propiedad en Londres y tres casas de campo aquí. Él vendió todas las propiedades, salvo una casa de campo en Sandsend donde reside ahora tras haberse jubilado anticipadamente.

—¡Lo normal! —dijo Reggie—. ¿Crees que sabía que su hermano fingió su propia muerte? ¿Que le guardó el dinero para que pudiera ayudar al doctor Frederick Styles a empezar una nueva vida?

—Me aseguraré de preguntárselo hoy mismo —dijo Frank, con un atisbo de sonrisa en el rostro.

Reggie asintió.

Gerry pasó al doctor Frederick Styles.

—Los registros de inmigración muestran que Frederick Styles entró en el Reino Unido desde Canadá en 1996 con un permiso de trabajo. Su pasaporte mostraba múltiples entradas y salidas, y sus cualificaciones fueron verificadas por la Asociación Canadiense de Psiquiatría.

—Es increíble lo que se puede conseguir con suficiente dinero, ¿verdad? —dijo Frank.

—Se está sometiendo todo a un examen forense —dijo Gerry.

—Una formalidad. Resultarán ser falsificaciones —dijo Frank—. Aun así, seremos diligentes.

—Ya lo estoy siendo —dijo Gerry—. He contactado con la Universidad de Toronto, donde supuestamente Styles recibió su

doctorado. Confirmaron que Frederick Styles se graduó en 1972, pero cuando solicité una copia de su tesis doctoral, no pudieron localizarla.

—Qué curioso —dijo Frank.

—Joder —dijo Reggie—. Y todo antes de internet.

—Probablemente entonces era más fácil —dijo Frank con sencillez—. Menos oportunidades de que todo saliera mal. Firth era un hombre rico y con contactos. Seguramente empezó a preparar su estrategia de salida meses antes del «suicidio».

Gerry continuó: —El doctor Frederick Styles fundó el Coastal Wellness Centre en Scarborough en 1996. Trataba a gente de forma privada por traumas y problemas de salud mental, utilizando lo que describía como un «enfoque holístico» que combinaba hipnoterapia, TCC y psicoanálisis. No encuentro pruebas de controversias, al menos en los medios, ni de delitos en nuestros sistemas.

—¿Quizá esta vez no se arriesgó? —sugirió Reggie.

—¿O quizá simplemente se le dio mejor borrar su rastro? —dijo Clara.

Gerry continuó: —El Coastal Wellness Centre se cerró en 2007… Y tampoco de forma convencional. El doctor Frederick Styles regresó a Canadá por una emergencia y nunca volvió. Al no pagar nadie el alquiler, el negocio se cerró y el local se alquiló a otra empresa. Además, todos sus expedientes de pacientes, que se supone que deben conservarse un mínimo de veinte años, desaparecieron.

—Entonces, seguro que alguien investigó esto, ¿no? —preguntó Reggie.

Gerry negó con la cabeza. —Solo una nota de que se había solicitado a la embajada canadiense que localizara el paradero de Styles… nada más. Yo misma he contactado con la embajada canadiense, que está investigando la existencia de Styles y esta solicitud que no fue atendida.

—O sea, que esa vía parece poco prometedora —dijo Reggie.

—Sí, pero tenemos una asistente.

—¿Una asistente? —preguntó Sharon.

—Una asistente personal. Margaret Dawson. Trabajó con él en el Coastal Wellness Centre durante once años hasta que cerró sus

puertas para siempre.

—¿Y cómo le sentó quedarse de repente sin trabajo? —preguntó Reggie.

—Será una buena pregunta para hacerle —dijo Frank.

—Además, ¿quizá podría indicarnos cómo encontrar a alguno de los pacientes? —dijo Sharon.

—Bien pensado, Sharon. Está claro que vosotros dos lo tenéis controlado.

Reggie asintió. Frank reconoció la expresión de entusiasmo. Estaba contento de tener una tarea importante.

—Pero nada de documentarlo todo para tu perfil de Insta, Reggie… —añadió Frank.

—¿Insta? —dijo Reggie—. ¿Desde cuándo abrevias?

Frank se sonrojó, preguntándose si Gerry le habría informado mal, un escenario muy poco probable. —¿Se dice así, no?

—Sí —dijo Reggie—. Sabes, la verdad es que tienes una opinión muy baja de mí, jefe.

Frank chasqueó la lengua, preguntándose si de verdad se había pasado y había ofendido al viejo presumido. Decidió lanzarle un cumplido. —En realidad, Reggie, tengo una opinión muy alta. Saliste de un edificio en llamas.

Se regodeó con el cumplido, mirando a su público. —Bueno… tambaleándome, con una herida abierta en el estómago…

—Pues eso, una opinión muy alta. —Eso pareció suficiente. El regodeo de Reggie era nauseabundo—. Aun así, es una pena que ahora tengamos que competir con la mitad de la población británica por tu atención…

—¡Solo tengo trescientos seguidores, jefe!

—Trescientos. Joder.

—Eso no es nada.

—¡Nada! ¡Creo que no he conocido ni a trescientas personas en toda mi vida, y eso incluye a todos con los que he trabajado e investigado! En fin, antes de que se me olvide, Clara, ¿puedes averiguar cómo se las arregló Firth para crear este rastro falso?

—En ello —respondió Clara.

—Sean, quiero que revises todos los expedientes de pacientes a los que podamos acceder de la época de Firth. O sea, anteriores a 1995. ¿Algún otro suicidio? ¿Más historias espantosas? ¿Víctimas dañadas que puedan guardar rencor?

Sean asintió, mientras ya tomaba notas.

Frank se volvió hacia el tablero, donde la foto de Timothy Walsh estaba colgada con chinchetas junto a las de Firth.

Estudió la foto del anuario del adolescente: un chaval delgaducho con el pelo oscuro cayéndole sobre la frente y una sonrisa tímida que sugería que no se sentía cómodo posando para la foto.

—Comprendo que este doctor probablemente no resulte ser un santo —dijo Frank, bajando el tono de voz—. Pero si os falta motivación para encontrar la verdad, volved a mirar a este chaval. Dieciséis años. Ya habéis oído la historia. Un niño al que le fallaron quienes deberían haberlo protegido, y eso me tuvo en vela casi toda la noche. Si no hacemos esto por Richard Firth, entonces lo hacemos por sus víctimas.

Mientras su peculiar equipo se ponía manos a la obra, Frank desvió la mirada de Richard Firth hacia el Frederick Styles con sobrepeso.

¿En qué anduviste metido entre 1996 y 2007?

¿Le hiciste finalmente un favor al mundo y te suicidaste?

¿O alguien más decidió que ya habías vivido bastante?

Me inclino por lo segundo. Parece que podría haber habido una buena cola.

32

Craig se arrodilló en el frío suelo de la celda; le temblaban las manos mientras recogía los restos rasgados de tres cuadros.

Esa misma mañana —una hora antes de la clase de pintura— los tres paisajes todavía estaban pegados en la pared, sobre su litera.

Qué desperdicio.

Fuera, Wilson estaba informando por radio del acto de vandalismo.

Craig se inclinó para coger unos trozos de debajo de la litera inferior—

Se le escapó un gemido ahogado.

La última carta que Thomas le había escrito. Siempre la guardaba debajo de la almohada. Siempre la tenía cerca.

Arrastró los trozos del suelo hacia él, mientras un dolor físico empezaba a retorcerle el estómago.

Rápidamente, intentó recomponerla, ayudándose del boceto de Whitby que acompañaba a las palabras.

Pero estaba demasiado destrozada.

Cerró los ojos, intentando contenerse, pero era demasiado. Inclinó la cabeza hacia atrás y aulló con todas sus fuerzas.

Entonces, abrió los ojos y se puso en pie de un salto, arrasando la celda, barriendo todo lo que había en el escritorio, libros y otras fotografías, y haciéndolos caer estrepitosamente al suelo. —¿Quién? ¿Quién ha hecho esto?

De repente, Wilson estaba de pie delante de él, con las palmas de las manos extendidas. —Craig, escucha…

—¿Quién ha hecho esto? —gritó Craig, dando un paso adelante, con los trozos de papel temblándole en la mano—. ¿Quién haría una cosa así?

Wilson le suplicó con la mirada. —Craig… por favor… sabes que tienes que calmarte.

Otra cara apareció en la puerta de la celda. —Túmbese boca abajo en la litera, Craig.

Tyler. El más brusco de los guardias.

Desde fuera de la celda, oyó el grito de un recluso. —¡Ponte loco, C!

—¡Machaca a esos cabrones! —gritó otro, seguido de un coro de burlas de aprobación.

Craig retrocedió, alejándose de Wilson, sin dejar de agitar la carta de su hijo. —¿Qué han hecho?

—A la litera, boca abajo, ahora —ordenó Tyler.

Wilson se acercó. —Craig, escucha…

—Wilson… cuidado… ten cuidado… —dijo Tyler.

—Craig, conseguiremos que la recompongan —dijo Wilson.

—No será lo mismo —siseó Craig, con los ojos desorbitados.

—Lo sé, pero algo es algo, y descubriremos quién ha hecho esto.

Craig se frotó la frente. Se le nublaba la vista. Sintió que alguien lo tocaba. —¡No me toques!

Los gritos en los pasillos habían subido de tono.

—Último aviso, Craig —gritó Tyler—. A la litera—

—Déjale un puto momento —le espetó Wilson a Tyler.

Craig se miró los puños cerrados. —Voy a descubrirlo… voy a matar—

—Craig, este no eres tú —dijo Wilson con voz firme—. Es la conmoción. Eso es todo. Este no eres tú.

—¿Eso es todo? ¿Que eso es todo? —Volvió a agitar los trozos de papel—. ¿Has visto lo que han hecho?

—Sí… Pero ahora piensa en tu grupo de arte. Piensa en esos chicos que te necesitan. Encerrado no le sirves a nadie.

Craig abrió la boca para responder, pero las palabras murieron en su garganta cuando las paredes de la celda temblaron. Bajó la vista y vio que el suelo de hormigón ondulaba. Las luces del techo parpadearon y zumbaron…

… y después, gaviotas.

Una bocanada de aire cargada de sal y algas.

El choque rítmico de las olas contra la piedra.

La oscuridad se cernió sobre él mientras el frío glacial del viento del mar del Norte le calaba hasta los huesos.

El puerto.

La cara de un hombre. No la de Wilson. Un hombre mayor. Gafas, una sonrisa forzada.

Christopher Hudson.

—Esto es demasiado real —dijo Craig—. Solo le he visto en las grabaciones de la videovigilancia…

—Craig, me estoy acercando… —Era la voz de Wilson, pero era la boca de Hudson la que se movía; una espeluznante falta de sincronía que distorsionaba aún más la realidad.

El rocío frío del mar en la cara, la madera áspera del puerto bajo sus pies… todo era demasiado real.

—Cómo has crecido, Craig. —Ahora *sí* que era la voz de Hudson.

¿Pero cómo puedo saber que era su voz?

Nunca hablé con él.

—Siempre supe lo guapo que te pondrías. —Hudson meneó el dedo—. Ese brillo en tus ojos… siempre prometió que serías especial.

Ahora tenía una mano en el hombro.

Su mente iba a toda velocidad. Quería apartarse, pero de repente se sintió paralizado. Perdido en un momento que no existía, pero que parecía tan real como cualquier otro.

—Me acuerdo —dijo Craig.

¿Acordarme de qué? ¿De qué me acuerdo?

—¿Ah, sí? —dijo Hudson—. ¿Se acuerda de lo especial que fue?

—Usted me arruinó la vida. —Sintiendo una oleada de repulsión, Craig se zafó de la mano—. Me acuerdo.

Y se acordaba.

A eso le siguió la vergüenza. Luego, la furia; una mezcla combustible de todo lo que arde de verdad.

Craig cargó, rodeando el cuello de Hudson con las manos. El agua estaba fría, gélida, precipitándose a su alrededor, pero el ardor no cesaba.

Fuego en su interior.

Craig lo hundió más y más.

Trágatelo. Trágatelo como el pasado se ha tragado su maldad.

Hudson se resistió, pero no le sirvió de nada.

No había nada que pudiera hacer frente a semejante furia—

Un dolor agudo le estalló en la nuca.

Todo se volvió borroso, pero luego surgieron formas de entre la niebla y, de repente, hubo movimiento a su alrededor, mucha actividad...

Sobre él, los focos de siempre se encendieron, uno a uno. Uno a uno.

Moviéndose.

El tejado de la prisión.

Estaba atrapado. Le sujetaban por las muñecas y los tobillos.

A su alrededor, oía los gritos y berridos de los otros reclusos, un frenesí de ruido que rebotaba en las paredes de hormigón.

—¡Venga, C..., reviéntalos! —gritó alguien.

—¡Están matando al profesor de arte! —se lamentó otro con fingida preocupación, seguido de una carcajada estridente.

El pabellón de celdas había estallado en un caos: los presos golpeaban tazas de metal contra los barrotes, silbaban y aullaban como lobos ante la inesperada violencia del recluso, normalmente pacífico.

Intentó zafarse.

—No lo hagas —dijo Wilson—. Por favor, Craig... deja de resistirte.

Giró la cabeza hacia la izquierda y vio a los presos observando a través de las puertas de las celdas.

Alcanzó a ver la cara de Morris pegada a los barrotes de su celda, con la boca abierta por la sorpresa y los ojos desorbitados por la

incredulidad. Jayden estaba a su lado, negando lentamente con la cabeza como si presenciara la caída de un héroe.

—¿Y qué hay de nuestros cuadros de mañana, C? —gritó alguien, provocando una oleada de risas burlonas que se extendió por todo el pabellón.

Agotado y perdiendo rápidamente las ganas de luchar, Craig se quedó colgando, inerte, en las manos de los guardias mientras se lo llevaban a la celda de aislamiento.

Cuando lo soltaron, se arrastró hasta la esquina y se incorporó, apoyándose en la pared acolchada. Se frotó los ojos.

—Al menos, por fin sé la verdad —dijo, levantando la vista.

Wilson estaba allí de pie, con la sangre corriéndole por la cabeza.

Sus miradas se encontraron por un instante; los ojos de Wilson estaban muy abiertos por la conmoción y algo parecido a la lástima.
—¿El qué?

—Que soy lo que siempre dijiste que era. Que no soy diferente del resto.

—¿A qué te refieres?

Craig observó cómo Tyler intentaba apartar a Wilson.

—A que solo soy otro puto asesino que va a morir en este lugar.

33

Vicky sintió que el corazón le martilleaba mientras observaba cómo el punto de la ubicación de Jake se alejaba del colegio en dirección al centro de la ciudad. Ya había intentado llamarlo tres veces, pero no lo cogía.

¿Qué estaría tramando?

Cogió las llaves y se tambaleó hacia la puerta. Los efectos combinados del Valium y el vino volvían torpes sus movimientos. La sensatez se impuso al llegar a la puerta.

Salir ahí fuera, entre los periodistas, conducir en este estado… Vas a empeorar tu ya de por sí nefasta situación.

Limítate a seguir intentando llamarlo.

Pero entonces se lo imaginó cruzando lentamente una calle concurrida, lidiando con sus problemas de movilidad. Su mente todavía estaba en carne viva por lo que había presenciado el día anterior.

¿Presenciado?

¡Lo que provoqué yo ayer!

Impulsada por el miedo materno, abandonó la sensatez, cruzó el umbral y contuvo la respiración mientras se abría paso entre los periodistas. Ya se estaban acercando, ladrando preguntas, y el pulso le retumbaba en los oídos como tambores de guerra.

Al principio se mostraron especulativos, tratando de ser educados.

—¿Cómo se encuentra, señora Mallinson?

—¿Ha conseguido descansar después de los acontecimientos de ayer?

Sin embargo, al ver que los ignoraba, aumentaron inmediatamente su agresividad.

—¿Fue realmente un accidente?

—Señora Mallinson, ¿empujó deliberadamente a Samantha Wells?

—¿Puede hacer algún comentario sobre el estado de Samantha?

Estaba cerca de su coche cuando un periodista con una chaqueta marrón le cortó el paso.

—¿Ha estado bebiendo, Vicky? —El uso de su nombre de pila hizo la pregunta aún más despectiva.

Se quedó helada y lo miró. —No.

—¿Solo cansada, entonces? Quizá sea mejor que no conduzca. ¿Adónde iba?

—Mi hijo… —Se interrumpió. *¿Por qué le estaba dando explicaciones?*

—¿Jake? —dijo el periodista—. *Otra vez, el nombre de pila.* —¿Qué le pasa a Jake?

Se escurrió por su lado y siguió avanzando a trompicones, con las llaves del coche temblándole en la mano. Consiguió pulsar el botón del mando; el «clac» del cierre del coche apenas fue audible por encima del caos.

—Realmente no parece usted en condiciones de conducir, señora Mallinson… —le gritó otra mujer con un abrigo rojo, con la voz teñida de una preocupación fingida.

Ya casi… Ya casi…

—Señora Mallinson, ¿es cierto que usted padecía dependencia de los ansiolíticos? —intervino otra voz, afilada por la acusación.

—También hemos oído rumores de que tiene problemas con la bebida —dijo un periodista de más edad—. ¿Estaba usted bebiendo ayer cuando Samantha fue…?

—¡Váyanse a la mierda! —gritó Vicky.

Hubo un momento de silencio, pero luego las preguntas llegaron aún más deprisa.

Había azuzado a los lobos.

Estaba a un metro de su coche. —Necesito encontrar a mi hijo —dijo.

—¿Lo que pasó ayer está relacionado con lo que ocurrió con Matt Clegg? —le espetó otro reportero. Una grabadora apareció de la nada. Vicky lo miró. Sus ojos brillaban con una intensidad depredadora.

No, otra vez no.

Vicky llegó a su coche y se apoyó en él. El mundo se tambaleaba bajo sus pies. Su visión empezó a estrecharse, con sombras oscuras que se arrastraban desde los bordes como tinta derramada sobre el papel.

Matt Clegg.

—Yo… —La boca se le había quedado seca como un desierto—. Yo…

Parecía que había pasado mucho tiempo desde que alguien le había dicho su nombre en voz alta.

—¿Señora Mallinson? —El reportero avanzó, su voz endurecida por el triunfo—. Tengo una fuente que afirma que usted ya conocía a Matt Clegg antes de que la atacara. ¿Quiere hacer algún comentario al respecto?

Lo señaló mientras se deslizaba por el coche hacia la parte delantera. —¡Cómo se atreve…! ¡Cómo se atreve… a venir a mi casa…! —Sus palabras salían en jadeos entre respiraciones cortas y rápidas.

De nuevo, vio la cara de Matt Clegg, esta vez en el periodista y no en Samantha. Y esta vez, lo vio más nítido, como si estuviera bajo un foco que resaltara sus propias desfiguraciones.

Su prominente labio leporino, que muchas operaciones no habían logrado disimular y que había empeorado. Un ojo izquierdo vago que se había ido deteriorando con la edad.

También volvió a ver aquella botella de ácido. Esta vez, brillaba a la luz del sol, en lugar de bajo los faros de un coche que pasaba, como había ocurrido hacía muchos años.

Otra vez no, pensó, mientras el pasado y el presente volvían a fusionarse.

Solo que esta vez, no quería luchar, no quería empujar. No. Esta vez simplemente deseaba replegarse sobre sí misma. De repente, se desplomó de rodillas y vomitó. La bilis le abrasó la garganta con un ardor ácido, arrastrando el regusto amargo del Valium y el vino.

Los periodistas retrocedieron, asqueados.

Inspiró profundamente, tratando de serenar la mente.

Un periodista intentó ayudarla a levantarse, pero ella negó con la cabeza.

Se incorporó con paso vacilante, dándose cuenta de que conducir ahora sería una auténtica locura, y se dio la vuelta para volver a su casa.

Los periodistas solo tardaron un par de segundos en recuperar la compostura tras su repentino desmayo, y las preguntas volvieron a llover.

Pero consiguió regresar a su casa.

Allí hizo lo que debería haber hecho desde el principio si no fuera por el orgullo.

Con manos temblorosas, llamó por fin a Mel para pedirle ayuda.

El orgullo, se dio cuenta, ya no tenía cabida en su vida.

34

—Las manos limpias ahuyentan las cosas malas, Kevin —resonaba en su mente la voz de su madre—. Las manos sucias te ponen enfermo. Las manos sucias pueden matar.

Kevin se mordió el labio tras la mascarilla mientras arrancaba el coche. Hacía un esfuerzo sobrehumano para no ponerse a gritar a pleno pulmón.

Los recuerdos de su madre, de pie sobre él, exigiéndole limpieza, eran nauseabundos.

Y eran incuestionables. *Habían* ocurrido.

Sin embargo, antes de su visita —y de aquel hedor infernal a desinfectante del pabellón de cuarentena—, ¿dónde habían estado esos recuerdos?

Seguro que siempre habían estado ahí, pero ¿por qué los había ignorado?

¿Por qué habría ignorado la verdad sobre la naturaleza de su madre y lo que le había hecho?

Mientras conducía, contuvo las lágrimas y las náuseas; tenía que mantener el control. Averiguar qué estaba pasando.

Pensó en la posibilidad de que su madre muriera en su ausencia, pero era un riesgo que estaba dispuesto a correr.

Si estos recuerdos resultaban ser ciertos, tendría suerte si él iba a su funeral.

Kevin entró en el camino de entrada. La casa se alzaba ante él, familiar pero de repente extraña, debido a los recuerdos que ahora tenía de las cosas que habían sucedido allí.

Entró en el garaje con movimientos mecánicos.

Se puso una mascarilla nueva y rebuscó en una colección de cajas viejas que había al fondo. Revolvió en álbumes de fotos. Cartas. Cajas de baratijas.

Durante gran parte de su vida, ella había llevado diarios. Solo había dejado de hacerlo en los últimos años, aduciendo que le fallaba la vista y que tenía los dedos artríticos.

Ahora recordaba que, a los trece años, había encontrado el diario de su madre un día que no fue al colegio. Lo guardaba debajo del colchón, pero aquello no era escondite para un niño curioso de trece años.

Lo que leyó en aquel diario le había confundido. Una confesión de que no podía dejar de hacerle daño a su hijo. Que temía que, si no buscaba ayuda pronto, podría llegar a matarlo.

Este recuerdo, combinado con el de ella de pie sobre él exigiéndole limpieza, empezó a crear una historia en su cabeza.

Había sido un niño enfermizo, falto de energía y de madurez. Miró los diarios. *¿Cuál de todos sería?*

¿Por dónde demonios debía empezar?

Y entonces sus ojos se posaron en una carpeta de cuero, grande y pesada.

La sacó, la abrió y revisó las páginas amarillentas.

La carpeta estaba a rebosar de informes médicos.

Una crónica de sus enfermedades infantiles, meticulosamente documentada y conservada. Le temblaban las manos mientras las hojeaba. Agradeció llevar todavía los guantes puestos.

Análisis de sangre.

Pruebas de toxicología.

Pruebas de función renal.

Evaluaciones neurológicas.

Muchos de ellos compartían algo en común.
La palabra:

No concluyente.

Cuando leyó más a fondo, vio que informaban de anomalías que no se podían determinar.

El paciente presenta náuseas persistentes.
Pérdida de peso inexplicable.
Fatiga crónica.
Inmunosupresión significativa.

Señalado junto a:

No se detecta ningún patógeno identificable ni marcador autoinmune.

La historia que le había llevado hasta la caja se hizo más profunda:

Una enfermedad misteriosa. Una madre preocupada. Un niño frágil.

Con el corazón latiéndole desbocado en el pecho, arrojó la carpeta de cuero con asco y empezó a sacar diarios de la caja y a tirarlos al suelo. Sabía que los leería todos, a pesar de que la realidad de lo que estaba ocurriendo ya era meridianamente clara.

En el fondo había un pequeño cuaderno que parecía diferente de los otros diarios. Le resultaba familiar. Ahora recordaba haberlo encontrado junto a aquel diario bajo el colchón de su madre hacía tantos años.

Lo abrió y reconoció la letra de su madre al instante. Clara y metódica.

La primera página llevaba por título:

Sustancias - Dosis - Efectos

Empezaba a recordarlo. En su momento, había estado confuso. Ahora, las palabras parecían brillar, arrojando luz sobre todo aquello.

Jarabe de ipecacuana: 5-10 ml, hasta dos veces por semana. Induce el vómito en 20-30 minutos. Indetectable pasadas 24 horas. Síntomas: náuseas, letargo. Precaución: controlar el peso.

Colirio Visine: 2-3 gotas en bebidas, 3 veces por semana máx. Contiene tetrahidrozolina. Provoca náuseas, fatiga, bradicardia. No se analiza de forma rutinaria en los análisis estándar. Precaución: controlar la tensión arterial.

Acetato de talio (muy diluido): 0,5 mg máx., una vez al mes. Síntomas: malestar gastrointestinal, neuropatía periférica, inmunosupresión. Rara vez se busca en los análisis. Origen: productos químicos de cuarto oscuro, raticidas.

Había fechas. Anotaciones de peso y temperatura.

15 de marzo - Kevin muestra buena respuesta al tratamiento combinado. El médico, desconcertado por la persistencia de los síntomas. Sugirió derivación a un inmunólogo especialista. Rechazadas las peticiones de evaluación psiquiátrica. Empiezo a establecer una buena relación con el Dr. Henley. Aumentaré la dosis de ipecacuana la semana que viene.

2 de abril - Ingreso hospitalario conseguido. Se le administran fluidos intravenosos. El personal observa una pérdida de peso significativa. Varias enfermeras muestran la compasión adecuada. El Dr. Henley habla de un posible

trastorno inmunitario raro. Suspenderé todas las sustancias durante 10 días para permitir la recuperación y evitar que me descubran.

La vista de Kevin se nubló mientras se le llenaban los ojos de lágrimas. Se agachó y sacó un estuche de cuero de la caja. Dentro encontró cuentagotas, cucharas medidoras, varios frascos marrones sin etiqueta y un mortero. Todo lo que una madre preocupada necesitaría para medicar a su hijo crónicamente enfermo.

—Oh, mamá... ¿cómo has podido?

Le asaltó un recuerdo repentino. Su madre, de pie junto a él en el cuarto de baño, con el rostro convertido en una máscara de preocupación mientras sostenía una cucharada de una medicina especial que supuestamente le habían recetado los médicos.

—Solo un poquito más, Kevin. Esto te pondrá bueno, cariño.

El sabor amargo. Las inevitables náuseas que venían después. Su mano reconfortante en la frente mientras él vomitaba en el inodoro. La forma en que las enfermeras elogiaban su dedicación cuando lo llevaba a urgencias a las tres de la madrugada.

—Eres... eres un monstruo.

Vació otra carpeta y encontró una colección de recortes de periódico sobre un grupo de apoyo local para padres de niños con enfermedades crónicas. Su madre aparecía en un lugar destacado en varias fotos, siempre con Kevin —pálido y delgado— a su lado. Los pies de foto alababan su incansable lucha por su hijo enfermo.

Otro recuerdo: otras madres abrazándola en aquellas reuniones, ofreciéndole apoyo y admiración por su fortaleza.

—Un puto monstruo de tomo y lomo.

Pasó las hojas del cuaderno hasta la última página utilizada.

18 de noviembre - Kevin está desarrollando una obsesión con la limpieza. Se lava las manos constantemente, temeroso de la contaminación. Resulta útil para mantener su dependencia de mí. Aun así, reduciré la dosis de talio temporalmente por

cierta preocupación por intensificar demasiado el trastorno psicológico.

Kevin se recostó, respirando con dificultad tras la mascarilla.

Sintió que la mente se le iba al traste, que el mundo se inclinaba bajo sus pies como unas tablas sueltas.

Había sido tan precisa.

Resulta útil para mantener su dependencia de mí.

Su TOC no había sido una ansiedad patológica ni un desequilibrio químico inherente de su cerebro.

Ella le había implantado esa semilla cancerosa. La había alimentado. La había hecho crecer hasta alcanzar proporciones abrumadoras.

Todas esas relaciones saboteadas por su incapacidad de tocar cosas que otros habían tocado. Todas esas oportunidades de trabajo limitadas por sus compulsiones.

Solo para que siguiera dependiendo de ella.

Como un bebé enfermizo.

Se quedó sentado en silencio. Una mosca zumbaba contra la ventana del garaje. Todo parecía lejano.

Kevin volvió a colocarlo todo en la caja con cuidado, excepto el cuaderno y un único frasco marrón etiquetado solo con una «T»; talio, supuso. Pruebas, por si alguna vez las necesitaba. Aunque aún no estaba seguro de qué haría con ellas.

Pensó de nuevo en la voz de ella. *Las manos limpias, Kevin. Para mantener a raya las cosas malas*.

Ahora mismo, necesitaba despejar la mente, aunque solo fuera por un instante.

Entró en la casa y se dio cuenta de que se sentía extrañamente tranquilo.

¿Acaso el hecho de que esos recuerdos no hubieran sido falsos, que no fueran delirios, resultaba extrañamente tranquilizador?

Después de todo, era la confirmación de una verdad que su cuerpo nunca había olvidado del todo, incluso cuando su mente había intentado protegerlo olvidando.

¿Había esperanza ahora que sabía qué lo había convertido en lo que era?

35

Frank tomó la ruta larga y panorámica que bordeaba la espectacular costa de North Yorkshire, con Gerry y Rylan a remolque. Por el retrovisor, Frank vio a Rylan fascinado por una impresionante vista del mar del Norte. —¿No está mal, eh, Rylan? Por eso, muchacho, no hay ninguna necesidad de salir de Yorkshire.

Vio de reojo a Gerry levantar la vista del móvil y se anticipó a su respuesta habitual. —Aprender y apreciar otras culturas es…

La interrumpió. —Yorkshire es la capital del mundo, Gerry, muchacha. Todo lo demás es ir a peor. Y ahora, ¿quieres dar tú la buena noticia o la mala?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, la buena noticia es que su hermano no murió en 1995. Pero la mala noticia es que sigue muerto y, casualmente, también acabó en el fondo del océano. No te preocupes, yo me encargo de las dos cosas. —Frank entrecerró los ojos para ver a través del parabrisas mientras Sandsend aparecía abajo—. ¿Me mencionas alguna otra cultura que pueda hacerle sombra a esta vista?

—Siempre he pensado que Anglesey es especialmente bonito.

Frank la miró. —Puede quedarse con el segundo puesto.

El pueblo se acurrucaba donde el arroyo Sandsend se encontraba con el mar, una pintoresca colección de casitas de piedra y antiguas viviendas de pescadores que se extendían a lo largo de la curva de la bahía. Una amplia franja de arena dorada se prolongaba hacia

Whitby, donde las lejanas ruinas de la abadía apenas eran visibles en el promontorio.

—Gira a la izquierda aquí —indicó Gerry al llegar al pueblo—. Según las indicaciones de Raymond, tenemos que coger el camino que sube hacia Growers Bank.

Frank condujo el coche por el camino estrecho y empinado que serpenteaba entre setos rebosantes de los primeros brotes primaverales. En la cima, se metió en un pequeño camino de grava junto a una casa de piedra que se erigía apartada de sus vecinas, encaramada en la ladera con vistas imponentes sobre la bahía.

Robin's Eye Cottage.

Por un momento, Frank sintió una punzada de envidia. —Me habría jubilado hace mucho si tuviera un sitio como este. Habría hasta soportado la cara de satisfacción de Donald al verme marchar.

El elegante edificio contaba con grandes ventanales orientados al mar, un jardín bien cuidado y una terraza de madera que parecía flotar sobre la empinada caída hacia el pueblo.

La luz de la mañana bañaba la casa de piedra en un resplandor dorado, suavizando sus contornos y haciéndola parecer sacada de un folleto de verano. Una vez más, Rylan se quedó mirando la vista, claramente cautivado.

Frank le guiñó un ojo a Gerry. —Es igual que su tío Frank. Todo un hombre de mundo.

Cuando se acercaban a la puerta principal, esta se abrió para revelar a un hombre alto y de pelo cano, de unos setenta años. El parecido de Raymond Firth con su hermano era evidente en la frente alta, los pómulos afilados y los ojos penetrantes; al menos, con la versión más joven, no con la más vieja que se había hecho pasar por Frederick Styles.

Frank sintió una nueva oleada de envidia; ojalá a él le sentaran la mitad de bien un jersey de cachemir y unos chinos planchados.

Su ropa había mejorado desde que estaba Gerry, pero aquello estaba muy por encima de su presupuesto.

—¿El inspector jefe Frank Black y la inspectora Gerry Carver, supongo? —Extendió la mano—. El doctor Raymond Firth.

Frank le enseñó su placa de todos modos y esperó a que Gerry hiciera lo mismo. Cuando quedó claro que Frank no iba a estrecharle la mano, la retiró.

—¿Y este debe de ser Rylan? —Ray se puso en cuclillas y observó al labrador—. Vaya, qué guapo eres, ¿eh? —Suspiró—. Sí, un perro muy guapo. Como le dije por teléfono, ningún problema. Pasadlo. —Levantó la vista hacia Frank y Gerry—. Perdí a la mía, Jesse, hace solo tres meses. Trece años y ochenta y dos días estuvo conmigo.

Ochenta y dos días. Muy preciso. El nivel de detalle que ya esperaba de Gerry.

—¿Puedo acariciarlo? —preguntó Ray.

Gerry asintió. —La mayoría de la gente no pregunta.

Dejó que Rylan le oliera la mano antes de acariciar suavemente la cabeza del perro. —Lo sé… Tremendamente irritante, ¿verdad?

Gerry volvió a asentir.

—Los labradores son criaturas extraordinarias —dijo Ray—. Inteligentes, intuitivos. Una de mis razas favoritas.

—La mía también —dijo Gerry—. Ya veo que Rylan aprecia su delicadeza.

Frank reprimió el impulso de poner los ojos en blanco. —Bueno, en fin, siento lo de Jesse, doctor Firth, gracias por recibirnos con tan poca antelación.

Ray se enderezó. —Por supuesto. Por favor, pasen al salón. Acaba de hervir el agua, así que voy a prepararnos algo. Dijo que se trataba del suicidio de mi hermano en 1995. Que tienen nueva información.

—Así es —dijo Frank.

—¿Treinta años después? —Su tono era escéptico.

—La tenemos —dijo Frank.

Ray los condujo por un pasillo estrecho flanqueado por diplomas y premios enmarcados, cuyos cristales reflejaban la luz en pequeños destellos a su paso.

Siempre necesitan recordar a todo el mundo sus cualificaciones, estos académicos de gran éxito, pensó Frank. *Parece que una gran inteligencia no siempre ayuda con la autoestima.*

Gerry y Frank siguieron a Ray a una habitación espaciosa y soleada, dominada por ventanales que iban del suelo al techo y enmarcaban una vista panorámica de la costa. Cómodos muebles de piel estaban dispuestos para aprovechar tanto la vista como la chimenea de piedra, que era innecesaria en esa época del año.

La estancia olía a brisa marina mezclada con las sutiles notas de una loción para después del afeitado cara. Un reloj de pie marcaba el tiempo en un rincón, con su péndulo oscilando.

Mientras Ray fue a por el té, Gerry se acercó a la estantería.

Frank se unió a ella y observó cómo ladeaba la cabeza mientras leía los lomos de numerosos libros de texto de psicología.

—¿Algo? —preguntó Frank.

—Médicos notables… diferentes terapias… nada significativo… —Señaló un libro y se le ensombreció el rostro—. ABA.

No reconoció las siglas. —¿Eh?

—Análisis Conductual Aplicado.

—¿Y eso qué es?

Oyeron un ruido a sus espaldas y se giraron; vieron a Ray posar una bandeja sobre la mesa. —El ABA es una terapia conductual.

—Se aplica a niños autistas —añadió Gerry—. Su objetivo es disminuir los comportamientos no deseados y aumentar los deseados mediante el refuerzo.

—Ya no tanto —dijo Ray, sirviendo el té—. Sepa que ha sido bastante eficaz para muchas personas con trastornos del desarrollo.

Las tazas de porcelana tintinearon delicadamente mientras Raymond las colocaba sobre los platillos. Fuera, una nube tapó el sol, oscureciendo momentáneamente la habitación y proyectando sombras sobre el rostro de Ray.

—¿Eficaz a qué precio? —preguntó Gerry, adoptando una postura más rígida—. El ABA se ha relacionado con mayores tasas de estrés postraumático entre las personas autistas. Enseña a los niños que lo que son por naturaleza es inaceptable.

Raymond le entregó a Frank su taza. —En las manos equivocadas, quizá. Yo he visto mejoras notables con conductas autolesivas, por ejemplo, y...

—A mí me lo aplicaron durante dos años —lo interrumpió Gerry —. Me enseñaron a mantener el contacto visual hasta que empecé a tener migrañas. Lo llamaron progreso cuando dejé de ser yo misma.

Rylan se apretó contra la pierna de ella.

—Un progreso excelente según los analistas conductuales —continuó Gerry—. Cuando el progreso es una medida de cuánto reprimía yo mis respuestas auténticas para ejecutar comportamientos neurotípicos que hicieran sentir cómodos a los demás.

Frank la observó con atención. En todo el tiempo que llevaban trabajando juntos, Gerry rara vez había hablado de sus experiencias infantiles de forma tan directa.

Ray levantó las palmas de las manos. —Estoy jubilado. No voy a defenderlo estoicamente. A algunos de mis pacientes les resultó útil, a otros no. La historia tiene una forma de juzgar las deficiencias de la ciencia como obra del diablo, incluso cuando culminan en un avance.

El sol reapareció, iluminando las profundas arrugas alrededor de los ojos de Raymond, haciéndole parecer de repente más viejo y vulnerable.

Todos se sentaron. Rylan se quedó cerca de Gerry, detectando claramente que la conversación la había perturbado.

El té se sirvió en delicadas tazas de porcelana, con flores azules a juego con el color del jersey de Raymond y el mar de fondo.

Cada cosa en su sitio, pensó Frank.

Frank tosió y se inclinó hacia delante, dejando la taza y el platillo sobre la mesa. —Entonces, doctor Firth...

Levantó una mano. —Ray, por favor..., así distinguimos a los doctores de la familia. Mis dos exmujeres también eran doctoras. Y conservaron el apellido. Y bien, ¿cuáles son esas incongruencias en torno a la muerte de mi hermano?

—Sí..., bueno, llegaré a eso en un momento, pero antes un par de preguntas —dijo Frank.

—Por supuesto.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

Suspiró. —Años antes de que desapareciera. ¿En 1993, quizá?

Frank asintió. —¿Hubo alguna razón para ello?

El tictac del reloj de pie pareció de repente más fuerte en el silencio que siguió a la pregunta de Frank. Una gaviota graznó en algún lugar fuera, su sonido amortiguado por el grueso cristal de los ventanales panorámicos.

—Nuestra relación había sido complicada durante muchos años. Aún hablábamos, en alguna ocasión, pero nada más allá de una conversación cortés. No es que nos hubiéramos peleado, como tal, sino que simplemente nos habíamos distanciado.

—¿Qué provocó que eso ocurriera? —preguntó Gerry.

Una sonrisa melancólica asomó a sus labios. —La epidemia más vieja del mundo. El dinero. Vergonzoso, lo sé. Pero nuestros padres, al morir prematuramente, le dejaron el grueso de su patrimonio a Richard; era ocho años mayor y, al parecer, el que nunca se equivocaba. —Tosió y resopló—. Nunca vivieron para ver que esa suposición se demostrara incorrecta. Ojo, no me dejaron completamente en la estacada, recibí un fondo fiduciario, pero a Richard lo nombraron albacea, lo que le daba control sobre cuándo podía acceder yo a los fondos.

—¿Y eso causó fricción? —preguntó Frank.

—Creo que a la mayoría se la habría causado —dijo Ray, enarcando una ceja—. Siempre le gustó tener el control, a Richard sí.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Frank.

Ray se encogió de hombros. —Lo que quiere decir es que era un maniático del control. Controlar mis finanzas le venía de perlas. —Hizo un gesto con la mano—. En fin. Miren. ¿Todo esto? Es de mal gusto, ¡problemas de dinero en una familia! Pero, vamos a ver, yo tenía veinte años, estaba en la facultad de Medicina, ansioso por establecerme, y mi hermano de veintiocho me tiraba migajas por mi propio bien, diciendo que aún no era lo suficientemente maduro para una cantidad más sustancial. —Apretó la mandíbula al recordarlo—. Aunque esto mejoró a medida que envejecimos, no hay duda de que él se quedó con la parte del león. Saben, en aquellos primeros tiempos, de verdad que intenté esforzarme. Pero

una vez lo invité a conocer a Louise, mi novia de entonces, y la verdad es que se pasó de la raya...

—¿En qué sentido? —inquirió Frank.

—Siempre fue tan pomposo... En aquella época, destacaba en la hipnoterapia, se estaba haciendo un nombre. Le encantaba presumir. Louise no debería haberle seguido el juego, yo se lo había advertido. Aun así, demasiadas copas de vino, combinadas con su negro sentido del humor, resultaron ser un cóctel explosivo...

Suspiró, frotándose el puente de la nariz. —Acabó hipnotizándola para que divulgara sus fantasías sexuales. Empezó a hablar de hombres mayores. De cómo los encontraba más entrañables y atractivos que los hombres de su edad, es decir, que yo.

Esbozó una sonrisa amarga. —No fue lo mejor para nuestra ya de por sí turbulenta relación. Podría haber estado bien si lo hubiera dejado estar, pero es que el muy necio nunca dejaba nada en paz.

Se inclinó ligeramente hacia delante, con un tono más afilado. —Encontró un hilo mientras la hipnotizaba, y entonces empezó a tirar y tirar de él... hasta que liberó un abuso bastante desagradable y profundamente arraigado. —Negó con la cabeza.

Frank miró fijamente a Ray, enarcando una ceja para dejar claro que quería más detalles.

El rostro de Ray se endureció. —Uno de sus tíos había abusado de ella cuando era más joven.

—Qué horror —dijo Frank.

Fuera, la luz volvió a atenuarse, tiñendo la habitación de un gris frío.

La voz de Ray se suavizó. —Cualquier otro se habría detenido ahí. Pero no, Richard no. Fascinado, insistió. Garabateando notas. Tratándola más como a un espécimen de laboratorio que como a un ser humano que revivía los peores momentos de su vida.

El bolígrafo de Frank se hundió demasiado en el papel, rasgándolo ligeramente. —¿Y usted no intentó detenerlo?

—Era muy difícil impedir que mi hermano hiciera algo que se le antojara, especialmente cuando controlaba todo el dinero. —Ray se recostó, con el tono de nuevo calmado—. Siempre tuvo algún tipo

de poder sobre mí. Con los años, me aseguré de mantener nuestro contacto al mínimo. Me ayudó a volverme más resistente a él.

—¿Y Louise? —preguntó Gerry.

—Pues necesitaba terapia, y nuestra relación nunca se recuperó del todo. —Apartó la mirada—. Una pena, la verdad. Creo que nunca he querido a nadie como quise a Lou, ni siquiera a mis dos esposas posteriores.

Una pausa.

—Oí que Louise murió hace unos años. En un accidente de coche. —Se volvió de nuevo hacia la ventana, y el paisaje se reflejó tenuemente en sus ojos—. En fin, volviendo a Richard. No voy a fingir que fue entonces cuando vi la verdadera cara de mi hermano. Hacía mucho tiempo que sabía cómo era. Solo intento que entiendan que no tenía mucha relación con él, y que por tanto quizá no pueda ayudarles con lo que sea que resulte ser esto.

—¿Ha dicho usted que la última vez que lo vio fue en 1992? —preguntó Gerry.

—Por entonces. Fue sin duda un par de años antes de su suicidio…, perdonen… —Enarcó una ceja—. Sigue considerándose un suicidio, ¿verdad?

Frank se encogió de hombros. —Ya llegaremos a todo eso en un momento. ¿Qué ocurrió la última vez que lo vio?

—Nada importante. Bueno, al menos no para mí. Para él, pues sí, recogió un prestigioso premio a la innovación. Me había rogado que fuera. No tuve corazón para negarme. Y, para serle sincero, había seguido su carrera con interés a lo largo de los años. Desde la distancia, por supuesto. —Resopló, sorbió un poco de té y luego cruzó las piernas con elegancia estudiada—. ¡Claro! ¡Apenas se puede ejercer la psiquiatría en este país sin conocer al doctor Richard Firth! Al principio, aquel hombre era intachable. Polémico, sí, pero innegablemente eficaz… En cierto modo, estaba orgulloso. Sabía que mis padres también lo habrían estado. Me pareció que era lo correcto. Asistir. Pero apenas hablamos… y después no volví a verlo, ni a hablar con él, ya puestos. Cuando las cosas se le torcieron, con aquel muchacho, fue demasiado orgulloso para hablar conmigo. Yo lo intenté, pero ignoró mis llamadas.

—¿Así que sabe lo de Timothy Walsh? —preguntó Gerry.

—No mucho más que la mayoría, supongo.

—Cuéntenos lo que sabe —dijo Frank.

Ray se encogió de hombros. —De acuerdo. Timothy era paciente de Richard. Un chico brillante con ansiedad y depresión graves derivadas de un trauma infantil; su padre abandonó a la familia, si no recuerdo mal. Por aquel entonces, Richard estaba experimentando con lo que él llamaba «reestructuración de la memoria», que consistía básicamente en reescribir recuerdos traumáticos mediante hipnosis profunda. Éticamente cuestionable.

—¿Así que *sabía* lo que estaba haciendo? —preguntó Frank.

Ray resopló. —¿*Todo el mundo* sabía lo que estaba haciendo, inspector jefe Black? ¡Estaba en la vanguardia de una revelación psiquiátrica! —Apartó la mirada hacia el paisaje—. Siempre hay suficiente gente dispuesta a afirmar que el fin justifica los medios, ¿no es así?

—Ya —dijo Frank—. Sobre todo cuando hay dinero de por medio.

Ray volvió a mirarlo. —Y luego, cuando todo sale mal, huyen, te abandonan, como las ratas que abandonan el barco.

Frank se encogió de hombros. Quería respuestas. No quería poner palabras en boca del viejo doctor.

—Pues eso fue lo que hicieron —dijo Ray.

—Sin embargo, a esas alturas, ¿no había hecho usted lo mismo? —preguntó Frank.

Ray sonrió. —¿Así que también soy una rata, inspector jefe?

—No estoy diciendo eso, pero no me puedo creer que no se pusiera en contacto con usted.

—Pues no lo hizo. Mi hermano era un hombre orgulloso. Muy dispuesto a que estuviera allí para celebrar el galardón dos años antes, pero menos dispuesto a tenerme en su esquina durante su período de vergüenza.

—¿Y usted le habría ayudado? —preguntó Frank.

—Por supuesto —dijo Ray.

—¿A pesar de saber lo que le había hecho a ese pobre chico?

Ray alzó las palmas de las manos. —Era mi hermano. Así que sí, por supuesto.

—Sin embargo, ¿sabía usted lo que estaba haciendo? ¿Manipular los recuerdos de la gente? —preguntó Gerry.

—No me gustaba, pero lo sabía, sí. Hubo muchas quejas en esa época.

—Veintitrés en total —dijo Gerry.

—No recuerdo que fueran tantas.

—Pues lo fueron —dijo Frank—. Al parecer, ocho personas sufrieron graves problemas psicológicos a consecuencia del tratamiento.

Ray suspiró. —Le dije que habría consecuencias, pero nunca escuchaba a su hermano pequeño. Y no me sorprende que no me contactara. No habría querido mi compasión, ni mis «te lo dije». Sospechaba que se libraría de los cargos. Que saldría indemne; solía hacerlo. Si le soy sincero, su suicidio me sorprendió por completo. Y quizá, ahora, ¿podrían ponerme al corriente de lo que está pasando exactamente?

Frank cruzó una mirada con Gerry. —Es una buena pregunta: ¿qué está pasando? No murió en 1995, eso lo sabemos con certeza, pero hemos recuperado su cuerpo. En Whitby, junto al espigón oeste.

—Oí algo en la radio. Era él, ¿verdad? ¿Richard?

Frank asintió. —Ha sido confirmado por los registros dentales.

—Ya veo… —Arrugó el ceño—. ¿Y no hay ninguna posibilidad de que el cuerpo no fuera arrastrado hasta allí desde Jugger Howe Beck? Quiero decir, hubo una investigación, ¿no? Encontraron sus pertenencias, su coche… ah, y esa fotografía…

—Tenía en su poder algo que fue adquirido alrededor del año 2000. Su hermano tuvo que caer al agua después de esa fecha.

—Dios mío… —Ray negó con la cabeza—. Es confuso. ¿Qué era?

—Un bolígrafo.

Ray soltó una carcajada. —¿Un bolígrafo?

—Sí… —Frank le explicó lo del bolígrafo—. También tenemos motivos para creer que su hermano adoptó una nueva identidad.

Los ojos de Ray se abrieron de par en par, y pareció quedarse atónito. —¡Una nueva identidad! ¿De verdad? Mi hermano. Le encantaba ser él, ¡no me lo imagino queriendo ser otra persona!

Frank le hizo un gesto a Gerry.

—¿Ha oído hablar de un tal doctor Frederick Styles?

Negó con la cabeza. —Jamás.

—Dirigió el Centro de Bienestar Costero en Scarborough desde 1996 hasta 2007.

—El Centro de Bienestar Costero… me suena de algo… ¿pero ese doctor? No. Nunca he oído hablar de él. ¿Y ese era mi hermano? ¿De verdad?

—Eso creemos.

Ray negó con la cabeza. —Mire, no quiero ser grosero, pero esto suena a un completo disparate…

Gerry le ofreció la fotografía del doctor Frederick Styles que habían usado en la pizarra de la Sala de Incidentes.

—¡Ja! Mi hermano no siempre gozó de la mejor salud, ¡pero nunca fue obeso! Sinceramente, creo que…

—Por favor, mire más de cerca, Ray —dijo Frank—. ¿No ve el parecido?

Ray entrecerró los ojos. —No… bueno… tal vez… oh, no lo sé.

—¿Tiene usted alguna conexión con Canadá?

—¿Canadá? ¡No! ¿Por qué?

Frank se lo explicó. —Así que, como puede ver, estamos trabajando para llegar al fondo de cómo orquestó todo esto y…

—Entonces, ¿de verdad se creen esto? —dijo Ray, visiblemente aturdido.

—Sí, nos lo creemos —dijo Frank.

—¿Por un bolígrafo?

—No solo por un bolígrafo, Ray, sino por un software que ha encontrado una coincidencia entre los rasgos faciales de su hermano y los de este Frederick Styles. Es muy preciso.

—¿Al cien por cien?

—Nada es al cien por cien —dijo Gerry.

—Ya veo.

—Pero albergamos pocas dudas —dijo Frank.

—¿Ninguna duda? —dijo Ray, enarcando una ceja.

—Pocas. Mire, Ray, parece usted bastante a la defensiva con este asunto. ¿Se puso su hermano en contacto con usted después del

suicidio? Si es así, ahora sería el mejor momento para decírnoslo.

—¡No, no lo hizo! Y estoy a la defensiva porque esto parece sacado de una novela de espías. ¡Soy un hombre racional y con estudios!

Frank se contuvo de soltar la pulla: «Sí, ya lo veo por todos sus certificados enmarcados».

—¡Le organicé el funeral, joder! —Se frotó las sienes—. Perdonen... disculpen que me deje llevar por las emociones... —Ray se levantó y se dirigió a un pequeño aparador donde había una licorera de cristal—. Creo que necesito algo más fuerte que un té. Supongo que ustedes no pueden porque están de servicio... ¿no?

—Así es —dijo Frank, pensando: *Menos mal que lo estoy, porque con el presupuesto que maneja, apuesto a que es de los buenos, y yo he dejado la bebida por completo, y la responsable de que así siga está sentada justo a mi lado...*

Ray se sirvió un vaso. Frank percibió el aroma a turba de un costoso whisky de malta. *Probablemente la botella cuesta más de lo que yo gasto en la compra en todo un mes.*

Hubo un largo silencio, mientras Ray bebía y reflexionaba. Finalmente, soltó un bufido. —Viejo zorro cabrón.

Frank lo miró fijamente. —¿Cómo dice?

—Sabe, ahora que la conmoción se está pasando, la verdad es que no me sorprende. ¡Sería muy propio de él orquestar su propia muerte antes que afrontar las consecuencias de sus actos!

—¿Así que está empezando a aceptarlo como una posibilidad?

—Bueno, apenas puedo negarlo, no cuando los profesionales, o sea, ustedes, parecen tan convencidos. ¿En qué año cerró esa nueva consulta?

—En 2007.

—Ya veo... así que otros doce años ejerciendo después del escándalo de Timothy Walsh. Vamos... si alguien podía salirse con la suya, ese era Richard. Y el tonto de mí... organizando un funeral y llorando a ese cabrón sin corazón.

Frank asintió. Hizo ademán de mirar sus notas. —Y usted también heredó una cantidad sustancial en 1995 después de su primera y falsa muerte.

Raymond se quedó mirando a Frank. —Bueno, yo no sabía que era falsa.

—Esa no es la cuestión —dijo Frank.

—Entonces, ¿cuál es la cuestión?

—Bueno... —Miró de nuevo sus notas—. Teniendo en cuenta lo que me dijo antes, al final resultó ser bastante generoso. Con el dinero... —Hizo un gesto hacia la casa de campo a su alrededor—. Y las propiedades.

—Bueno, no tenía a nadie más a quien dejárselo —dijo Ray.

—Insisto en que esa no es la cuestión —dijo Frank—. Si seguía vivo, ¿por qué iba a dejarle absolutamente todo a usted?

—Ah... —Ray agitó el dedo—. Ya veo por dónde va.

Creo que ya sabía de sobra por dónde iba, pensó Frank.

—No me gusta nada este tono —dijo Ray.

—Lo entiendo, pero estamos aquí para hacer estas preguntas. Heredó usted mucho y...

—¡No todo era suyo de todos modos, era de mis padres! Como ya he explicado.

—Sí, pero él habría querido tener acceso al dinero con su nueva identidad.

—¡No puedo hacer ningún comentario al respecto, dado que no sabía nada de esta nueva identidad!

—También tenemos que considerar que le habría sido muy difícil organizar todo esto por su cuenta —añadió Gerry—. Tuvo que recurrir a alguien. Y si no fue a usted, ¿a quién?

—En eso no puedo ayudarles, pero por el giro que ha dado de repente esta conversación, estoy preocupado. ¿Necesito un abogado?

—No le estamos acusando de nada —dijo Frank—. Nos limitamos a hacer preguntas, a considerar explicaciones lógicas y a darle la oportunidad de ayudarnos a descartarlas.

—Mmm... —Negó con la cabeza—. Creo que necesito un abogado.

—Usted decide —dijo Frank.

Ray se puso en pie. —De acuerdo... Llamaré a mi abogado y vuelvo. ¿Les parece bien?

—Por supuesto —dijo Frank.

Ray salió de la habitación. Frank se recostó en la silla. —Esto ha escalado muy deprisa —dijo—. He tocado un punto sensible.

Gerry asintió. —Creo que le habría tocado un punto sensible a cualquiera.

—¡Ja! No es culpa mía... solo estaba diciendo lo obvio.

Mientras él estaba fuera preparando más té, Gerry se levantó para examinar las estanterías más de cerca. Rylan la siguió, pegado a sus talones mientras ella se movía metódicamente a lo largo de la pared de libros. Se detuvo ante una vitrina que contenía varios objetos: premios y fotografías. Frank se dio cuenta de que estaba haciendo fotos con el móvil.

Podía oír el sonido ahogado de Raymond hablando por teléfono en la otra habitación.

Gerry trabajó con rapidez, con movimientos precisos y económicos mientras documentaba el contenido de la vitrina.

Finalmente, Ray regresó. —Bueno, le he explicado todo a mi abogado y me ha dicho que mi colaboración ha sido total.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Frank.

—Sin embargo, me ha aconsejado que no haga más comentarios sobre la herencia y que responda de igual manera a cualquier insinuación de que yo ayudara a mi hermano con su nueva identidad. Así que, si quieren seguir por ese camino, tendremos que vernos en comisaría, ¿no es así?

—Puede que sea necesario —dijo Frank.

—De acuerdo... —suspiró Ray—. Bueno, ¿si no hay nada más?

Gerry dijo: —¿He visto que ha escrito libros sobre hipnoterapia?

Ray asintió. —Así es.

—Esa era la base del método de su hermano —continuó Gerry.

—Lo era. Pero sabrá usted que la hipnoterapia es un campo extremadamente amplio, inspectora.

—No obstante, ha llamado nuestra atención —dijo Frank.

—Bueno, la hipnoterapia es un campo interesante. Nunca la practiqué, pero al jubilarme, investigué sobre ella y escribí al respecto, sí...

—¿Trataban sus escritos las técnicas de su hermano? —preguntó Gerry.

Ray asintió. —Difícil no hacerlo. Fue un pionero en este campo, como ya hemos comentado.

—¿Tal vez podría decirnos *exactamente* en qué fue pionero? —preguntó Frank.

Ray los miró con recelo, sopesando claramente la situación. —Bueno, supongo que no pasará nada; de todos modos, es de dominio público y está en esos libros a los que se acaban de referir. Mi hermano era capaz de aislar recuerdos traumáticos centrales y reformularlos.

—¿Modificarlos? —preguntó Frank.

Ray asintió, pero desvió la mirada; era evidente que el término le incomodaba.

—Suena peligroso —dijo Frank—. ¿Llegó a eliminar recuerdos?

—Si el recuerdo era demasiado traumatizante y se consideraba que era por el bien del paciente...

—La memoria es maleable —dijo Gerry—. Pero la mente no está diseñada para que la manipulen tan directamente.

Ray asintió. —Aun así, los enfoques terapéuticos convencionales pueden llevar mucho tiempo. Mi hermano creía que muchos sufrían innecesariamente. Defendería que salvó muchas vidas.

—¿A costa del suicidio de un paciente y de que otros ocho experimentaran un trauma grave? —preguntó Frank.

—Él les diría que mereció la pena si pudiera hablarlo con ustedes.

—Pero no puedo, ¿verdad? —preguntó Frank—. ¿Hablarlo con él?

—No… Pero puede creerme. Muchos de sus pacientes tenían tendencias suicidas y, de repente, ya no.

—Entonces, después de todo, *defiende* sus métodos —dijo Frank.

—Estoy seguro de que tienen su utilidad. No se ha estudiado tanto como se debería, pero podría ayudar a la gente. A veces, las cosas dañinas resultan ser útiles. Me refiero a la digitalina, por ejemplo. Proviene de la dedalera: mortal en la dosis equivocada, pero trata las afecciones cardíacas. Y los fármacos de la quimio, que originalmente provenían del gas mostaza… hasta la aspirina viene de la corteza de sauce, y eso también puede ser tóxico en su forma

pura. —Se encogió de hombros ligeramente, como si intentara convencerse tanto a sí mismo como a ellos.

—¿Y cómo se hace eso? —preguntó Frank—. ¿Modificar y eliminar recuerdos?

—El tratamiento se adaptaba a cada individuo. Los detonantes sensoriales variaban de una persona a otra, según su predisposición.

—¿Detonantes sensoriales?

—Sí. Olores, sonidos, patrones de luz específicos… ese tipo de cosas.

—¿Y la gente se sometía a esto voluntariamente?

Raymond se rio. —Oh, sí… Trató a mucha gente importante. Políticos, líderes empresariales. ¿Recuerdan a Julian Hargreaves, el actor? Acudió a Richard después de que su mujer lo dejara por su coprotagonista en pleno rodaje. Aquello le desencadenó todo tipo de traumas pasados relacionados con las infidelidades de su padre y desarrolló tendencias suicidas. Resulta que había encontrado a su madre después de que ella se quitara la vida cuando él tenía siete años. Richard lo ayudó a salir del abismo.

Frank enarcó las cejas. —¿Quitándole los recuerdos de haber encontrado a su madre?

—Los recuerdos nunca se borran del todo, es imposible. Piense en ello como en el disco duro de un ordenador; siempre quedarán rastros incluso después de pulsar «eliminar». Es más realista pensar que se trata de compartimentar los recuerdos. Aislarlos del acceso consciente.

—Pero ¿no es eso lo mismo que reprimir un trauma? —preguntó Gerry.

—Es parecido, pero las barreras son más fuertes. Hay menos posibilidades de que ejerzan una influencia negativa. Aun así, por muy prometedor que suene, no se ha investigado lo suficiente. En algunos casos, la mente se volvía inestable y empezaba a luchar contra las construcciones artificiales.

Frank negó con la cabeza. —¿Cuántas personas vulnerables se sometieron a su procedimiento experimental?

—No lo sé —dijo Ray—. Durante mi investigación, tuve acceso a algunos de sus archivos e investigué algunos de sus éxitos y

fracasos. No hubo ningún fracaso tan significativo como el de Timothy Walsh. Sus muros de contención se vinieron abajo a un ritmo alarmante. Si se da un detonante lo bastante fuerte, algo similar a lo que inició la hipnoterapia, puede hacer que los recuerdos originales resurjan.

—A veces, de forma trágica, por lo que parece —dijo Frank.

—Estos experimentos son imperfectos —dijo Gerry—. El estado natural de la mente es la totalidad… como con el análisis conductual aplicado: forzar a la gente a adoptar patrones antinaturales crea una disonancia cognitiva que no se puede mantener indefinidamente. Los comportamientos o recuerdos reprimidos acaban resurgiendo, a menudo de formas impredecibles.

—Parece que está usted muy versada en el tema, inspectora. ¿Acaso se dedicó a la medicina en una vida anterior? —Su pregunta contenía curiosidad y sarcasmo a partes iguales.

—Es algo que siempre me ha interesado —dijo Gerry.

—Y cuando a la inspectora Carver le interesa algo, es tan buena como cualquier experto. —Frank entrecerró los ojos, descontento con la arrogancia de su sospechoso.

Un fantasma de sonrisa apareció en el rostro de Ray. —Estoy seguro.

—¿Ha probado alguna vez las técnicas de su hermano?

—Dios me libre, no. Soy un investigador, no un practicante de la psiquiatría experimental. A lo largo de mi carrera, he practicado enfoques terapéuticos convencionales: más lentos, pero éticamente correctos y, en última instancia, más estables.

El reloj de pie dio la hora.

—Ha mencionado que su hermano trató a muchos clientes de alto perfil. ¿Entre ellos se incluirían otros médicos o psiquiatras? —preguntó Gerry.

Raymond se lo pensó. —Es posible. Richard rara vez incluía nombres completos, solo iniciales o códigos. Pero sí, había colegas que le consultaban, sobre todo los que sufrían agotamiento profesional o traumas por casos difíciles.

Gerry sacó su tableta y mostró la fotografía de Frederick Styles de una entrevista de 2002 en la Whitby Gazette. Raymond se inclinó

hacia delante para estudiarla con atención.

—La verdad… es que en esta le veo más parecido que en la que me enseñaron antes —murmuró—. El aumento de peso, la línea de cabello en retroceso… veo la cara de Richard debajo de todo eso. —Levantó la vista hacia ellos, genuinamente atónito—. ¿Estuvo aquí todo ese tiempo? En Scarborough… increíble. Podría habérmelo cruzado y no haberlo reconocido.

Frank lo observó con curiosidad. Puede que ahora simplemente estuviera siguiendo la corriente, sabiendo que este asunto no iba a desaparecer.

—Si su hermano practicaba técnicas similares cuando era Frederick Styles, puede que haya causado más problemas… que se ganara más enemigos —dijo Gerry.

Se encogió de hombros. —En eso no puedo ayudarles.

Tras otra serie de preguntas, Frank decidió que ya era suficiente por el momento. Quería presionarlo más sobre la idea de que alguien debió de ayudar a Richard tras su falsa muerte, pero él ya había dejado claro que eso no ocurriría sin un abogado. Frank se puso en pie. —Nos pondremos en contacto con usted para concertar una hora adecuada para que usted y su abogado se reúnan con nosotros.

Afuera estaba más nublado que cuando llegaron, pero unos penetrantes rayos de sol todavía calentaban el cuello de Frank mientras caminaban de vuelta al coche.

Cuando estuvieron fuera del alcance de su oído, Frank dijo: —¿Te he visto hacer fotos, has visto algo?

Gerry asintió y le enseñó las fotos en el móvil. —En su vitrina. Una pluma de Carmichael & Sons similar a la que se encontró en el cuerpo de Richard.

—¿De la misma línea Millennium?

—Eso parece.

Frank soltó un silbido bajo, impresionado. —No es el tipo de cosa que uno se compra por casualidad.

—No.

—Además, ¿has visto lo tonto que se hacía cuando hablábamos de la pluma, como si nunca hubiera oído hablar de ellas, y eso que

tenía una en la vitrina? ¡Imbécil! ¿Tú qué crees? ¿Un regalo de Richard a Raymond después del falso suicidio de 1995? Lástima que no lleve grabada la inscripción: *Gracias por todo tu apoyo*, *hermano.* Me lo llevaba detenido ahora mismo.

Frank se subió al coche y arrancó el motor. —¿No creo que hayamos oído lo último del Dr. Ray Firth, no crees?

Mientras se alejaban de Robin's Eye Cottage, Frank miró por el retrovisor. Ray estaba en la ventana, con el rostro indescifrable por el resplandor del mar, viéndolos marchar.

36

—No, señor. Y olvidaré que me lo has preguntado —dijo Sharon, ajustándose más la chaqueta para protegerse de la brisa de abril que azotaba Robin Hood's Bay.

—No es para tanto —dijo Reggie, deteniéndose en lo alto de la empinada cuesta que bajaba al antiguo pueblo pesquero, con sus casitas de tejados rojos agrupadas como percebes en la costa de Yorkshire—. Solo tienes que darle a *seguir*, nada más intento aumentar mis cifras.

Ella guiñó un ojo.

—Seguro que se lo dices a todas.

Reggie suspiró. Su barba, inmaculadamente recortada, captó la luz del sol de última hora de la mañana.

—Esto se me está yendo de las manos —empezó a bajar la cuesta—. Por última vez, no estoy usando Instagram como un maldito foro de citas. Y además, sé que eres gay, así que ¿por qué iba a hacerlo?

Sharon resopló.

—Jesús, señor, qué susceptible estás.

—Tener a Frank Black de superior inmediato es lo que tiene. Bueno, ¿entonces me seguirás?

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Ah, sí, para ayudar a tu… —hizo el gesto de las comillas con los dedos— negocio.

Más adelante, Reggie observó la playa. La marea estaba baja, revelando una amplia franja de arena mojada que relucía bajo el sol.

—Pues vete a la mierda…

Sharon puso los ojos en blanco. La verdad es que se estaba volviendo susceptible. Decidió echarle un cable.

—En serio, entonces, señor… ¿de qué va?

Mientras él soltaba su explicación a toda prisa, ella examinó la fila de casitas en busca de la que ocupaba Margaret Dawson.

—No soy tan ingenuo como para pensar que me haré de oro, pero estoy pensando en empezar una serie de vídeos de *fitness* para mayores de cincuenta…

Sharon sonrió.

—¿No sería mejor que pidieras que te siguieran los mayores de cincuenta? Quiero decir, podrías pedírselo a Frank… Lo siento… —Se mordió el labio; era superior a sus fuerzas.

—Frank ni siquiera sabría cómo entrar en Instagram —dijo Reggie—. Además, no creo que le impresionara mucho verme levantando pesas.

—¿Eso significa que tendré que verte sin camiseta?

—Estoy en forma, que lo sepas —dijo Reggie, con un destello de irritación cruzándole el rostro—. Pertenezco al cinco por ciento superior de mi franja de edad en masa muscular y eficiencia cardiovascular.

—Esa no es la respuesta que buscaba. Ni la que esperaba, la verdad…

Reggie vaciló, y luego asintió.

—Sí, en algunos vídeos salgo sin camiseta. No puedo hacer las cosas a medias. Ayuda a mostrar de cerca el grupo muscular que estoy trabajando si…

—Paso total y absolutamente —dijo Sharon. Se giró, localizando la casa de campo. Unas jardineras llenas de flores de principios de primavera añadían toques de alegre color a la piedra gris.

—Allá tú —siseó él.

Ella se estiró para abrir el pestillo de la verja.

—No te ofendas, señor… Nunca agrego a nadie del trabajo en las redes sociales. Jamás —respondió Sharon con firmeza.

Sharon alargó la mano hacia una aldaba de latón en forma de ancla y golpeó dos veces con ella la puerta de roble desgastado.

La puerta se abrió para revelar a una mujer de unos cuarenta años, con el pelo oscuro recogido en una práctica coleta.

—Sargento detective Moyes y agente detective Miller —dijo Reggie, mostrando su placa.

Sharon hizo lo mismo.

—¿Se encuentra Margaret Dawson? —preguntó Reggie.

—Soy su hija, Kylie. —Sus ojos se movieron rápidamente entre los dos detectives—. ¿En qué puedo ayudarles?

—¿Sería posible verla? —preguntó Reggie.

—Pueden, pero la verdad es que no se encuentra bien. De hecho, puede que ni se despierte para atenderles —bajó la mirada—. Alzheimer.

—Siento oír eso —dijo Reggie.

—¿Quizá podría ayudarles yo? ¿De qué se trata?

—¿Podemos pasar y se lo explicamos?

Mientras la seguían al interior, Reggie intercambió una mirada de decepción con Sharon. Sabían que Margaret Dawson estaba enferma, por supuesto, pero no se habían dado cuenta de hasta qué punto.

Siguieron a Kylie por un estrecho pasillo decorado con fotografías enmarcadas de barcos de pesca y escenas costeras. Reggie se fijó en varias fotos de una Margaret mucho más joven junto a un hombre corpulento con gafas —inconfundiblemente, el doctor Frederick Styles—, frente a lo que debía de ser el Centro de Bienestar Costero. En cada imagen, Margaret posaba cerca de su jefe, con una sonrisa radiante.

—Supongo que si está despierta podrían intentarlo. Es raro pillarla siendo ella misma estos días. Pero a veces pasa, de vez en cuando.

Kylie abrió una puerta y se asomó. Se volvió hacia los detectives y les hizo un gesto para que entraran.

Margaret estaba sentada junto a la ventana, mirando al mar, con la mirada perdida en algún punto más allá de las olas.

Se quedaron de pie ante ella un momento, pero no se percató de su presencia. Reggie carraspeó ligeramente, en un intento de ser sutil que fue de todo menos eso.

Margaret se giró, su delgado rostro se iluminó con una sonrisa que pareció alisar años de arrugas.

—¡Michael! —dijo, fijando los ojos en Reggie.

Reggie lanzó una mirada de desamparo a Kylie.

—Su sobrino, Michael… ahora vive en Australia —explicó Kylie en voz baja. Se encogió de hombros—. A estas alturas, ¿podrían seguirle la corriente?

Reggie miró a Sharon, con los ojos suplicando ayuda, mientras sus mejillas enrojecían. Ella asintió rápidamente con la cabeza en dirección a Margaret, sugiriéndole que lo intentara. Él asintió a su vez, se enderezó, se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Cómo se encuentra hoy, Margaret?

—Mucho mejor ahora que te veo, cariño.

Sharon observó cómo Reggie se acercaba a la anciana al otro lado de la habitación, con una gentileza que ella rara vez le había visto. Se acuclilló junto a la silla de la mujer. Ella sonrió y, mientras le rozaba la barba con sus dedos temblorosos, murmuró lo mucho que había cambiado. —¿Esto es nuevo?

—Sí, Margaret.

—Le queda bien, querido.

—Gracias. Me preguntaba si podría hacerle unas preguntas sobre el Centro de Bienestar Costero.

—¿El Centro de Bienestar Costero?

—Sí, si no le importa.

—Puede hacerlo, pero que sepa usted que él todavía no ha llamado.

—¿Quién no ha llamado?

—Pues Frederick, por supuesto —la voz de Margaret subió de tono—. Lo prometió, ¿sabe? —dijo—. Y él siempre cumple sus promesas.

Margaret retorcía los dedos con ansiedad en su regazo y los miró con tristeza.

Sharon percibió la confusión de la anciana. La estrategia no le pareció apropiada. Dio un paso al frente, buscó la mirada de Reggie y negó bruscamente con la cabeza.

Reggie asintió. Era evidente que él también lo había entendido. Le dio una suave palmada en la mano a Margaret. —Quizá lo haga. —Se puso de pie.

—Eso estaría bien —dijo Margaret, volviendo a dirigir la mirada hacia el exterior—. Siempre fue un caballero.

—Ha sido un placer verla, Margaret —dijo Reggie.

Ella no dijo nada. Estaba perdida de nuevo entre las olas.

Kylie los condujo de vuelta a la cocina y cerró la puerta con suavidad tras ellos. —Siento lo de antes. Hace meses que decidimos no llevarle la contraria; se disgusta muchísimo cuando lo hacemos.

—Por supuesto —dijo Sharon—. Lo entendemos.

La cocina era pequeña pero inmaculada, decorada en tonos azules y blancos. Unas sartenes de cobre colgaban de un soporte sobre una pequeña isla y en el alféizar de la ventana crecían hierbas aromáticas en macetas. Kylie les hizo un gesto para que se sentaran a la mesa mientras llenaba un hervidor de agua.

—Bueno —dijo, manteniendo la voz baja—, me he fijado en que era sobre el Centro de Bienestar Costero. Yo también conocí a Frederick, así que quizá pueda ayudar. Recuerdo la época en que mi madre estuvo allí.

—Eso sería fantástico —dijo Reggie asintiendo—. Pero me temo que tenemos que empezar con una mala noticia. —Explicó que el cuerpo de Frederick Styles había sido recuperado. Por el momento, omitió la verdadera identidad de Styles. Sharon supuso que no quería complicar las cosas desde el principio.

Las manos de Kylie se quedaron quietas sobre el hervidor. —Qué triste. Siempre pensamos que el doctor Styles había vuelto a Canadá por una urgencia. A eso se refiere mi madre cuando habla de su llamada. Lo menciona de vez en cuando. Es como si aún esperara que sucediera, después de todos estos años.

Sharon negó con la cabeza. —¿Su madre trabajó estrechamente como asistente de Frederick en el Centro de Bienestar de

Scarborough desde su apertura en 1996 hasta su cierre en 2007, es correcto?

—Sí —dijo Kylie, dejando las tazas sobre la mesa—. Yo tenía ocho años y acabábamos de perder a mi padre por un cáncer. Andábamos mal de dinero. Mi madre llevaba años sin trabajar y ya tenía cincuenta. Se puso contentísima cuando consiguió el trabajo. Y adoraba a Frederick por haberle dado una oportunidad.

Sharon asintió. —Debió de ser un alivio.

Kylie sonrió. —Sí. Y le encantaba trabajar, ¿sabe? Hacía un año que papá había fallecido y ella había estado tan deprimida, tan rota, y vi cómo ese brillo empezaba a volver a ella.

—Parece que valoraba mucho su trabajo —dijo Reggie.

—Sí, de verdad creía que estaba marcando la diferencia. Idolatraba a Frederick. Él ayudó a tanta gente, y ella se sentía honrada de poder ayudarle en eso.

Reggie y Sharon se cruzaron la mirada. Un claro reconocimiento entre ambos de que esta conversación pronto se volvería incómoda.

—La verdad es que creo que estaba medio enamorada de él —dijo Kylie, metiendo bolsitas de té en las tazas—. No es que pasara nada. De eso estoy segura. ¡Me lo habría contado! Siempre hemos estado muy unidas. Nunca admitió que le pareciera atractivo, pero sí que me fijé en que se vestía de otra manera, y perdió peso, se tiñó el pelo. Y cuando estaba cerca de él, me daba cuenta de ciertas cosas.

—¿De qué cosas? —preguntó Sharon.

Kylie cogió el hervidor y dijo: —Oh, ya sabe, pequeñas cosas. Ella solía tener mucho carácter, ¿sabe? Nunca le dio miedo decir lo que pensaba. ¡Pero con él, estaba de acuerdo en todo! —Llenó las tazas.

—¿Pasó usted mucho tiempo con Frederick? —preguntó Reggie.

—Sobre todo durante las vacaciones escolares. —Se quedó mirando el interior de las tazas donde el té se estaba infusionando—. Solía pasar el rato en el centro con mi madre cuando no tenía nada que hacer. Ella me ayudaba con los deberes y a repasar en sus descansos. Ese tipo de cosas. Recuerdo que él siempre era afable y educado. Me hacía pequeños regalos: revistas para adolescentes, libros, huevos de Pascua, cosas así.

Sacó las bolsitas de té, las depositó en el fregadero y fue a la nevera.

—Tenía esa forma de hacerte sentir… importante… *vista*.

Volvió con la leche. —Te hacía sentir especial. También me gustaba el Centro de Bienestar. —Se quedó con la mirada perdida mientras desenroscaba el tapón de la leche—. Me gustaba la música de la sala de espera. Siempre era tan suave y delicada. ¿Leche?

Ambos asintieron y ella les puso leche en el té. Ambos rechazaron el azúcar.

—Y después de que el trabajo terminara, mamá nunca volvió a ser la misma —continuó, colocando las tazas delante de ellos—. Nunca recuperó aquel brillo.

Se sentó frente a ellos a la mesa.

Reggie tomó un sorbo de su té. —Bueno, como puede imaginar, estamos intentando averiguar qué le ocurrió.

—Las noticias sobre el cuerpo recuperado sugerían un suicidio, ¿no? —dijo ella.

—Y esa es una posibilidad —dijo Reggie—. Pero todavía estamos recopilando toda la información que podemos sobre sus últimos movimientos.

—Entiendo. Quiero decir, no sé mucho sobre esa *urgencia repentina*. Solo recuerdo a mamá llegando a casa hecha un mar de lágrimas, diciendo que se había ido y que no sabía cuándo volvería. Y, como se vio después, nunca lo hizo. —Tomó un sorbo de té.

—Sí —dijo Reggie—. Y un problema al que nos enfrentamos es que todos los archivos del Centro de Bienestar Costero han desaparecido. Deberían haber sido guardados en un lugar seguro. No fue así y, por lo que se sabe, ya no existen. Expedientes de pacientes, agendas de citas… todo.

Kylie frunció el ceño. —Ya veo. Qué extraño. Le aseguro que mamá siempre fue meticulosa con sus registros. —Recorrió el borde de la taza con el dedo índice—. No entiendo cómo pudo ser culpa suya.

—Está saliendo a la luz —dijo Sharon—. Estamos descubriendo que los métodos de Frederick eran poco convencionales, incluso experimentales. ¿Le dice algo todo esto?

—Pues sí, la verdad es que sí. Mamá se deshacía en elogios sobre todas las cosas buenas que Frederick estaba haciendo, así que a veces había que cogerse sus floridas descripciones con pinzas, pero hay una cosa que dijo varias veces y que se me ha quedado grabada. Solía decir que él podía *reescribir la historia de la gente*. Al principio, pensé que era una metáfora, ¿sabe? Como la terapia que ayuda a la gente a reformular sus experiencias. Pero la forma en que lo decía... y lo repetía... bueno, empezó a sonar bastante extraño. Como si estuviera haciendo algo milagroso, sin precedentes.

—¿Mencionó la hipnoterapia?

—No lo recuerdo, pero sé que ofrecía hipnoterapia. Estaba anunciado en la entrada del centro.

—¿Le dio su madre algún preaviso? —preguntó Reggie.

Ella negó con la cabeza.

—Eso debió de ser duro —dijo Sharon.

—Hasta cierto punto, sí, pero mamá nunca lo habría demonizado. Aproximadamente un mes después, recibió un correo electrónico. Decía que todavía estaba lidiando con un asunto muy personal en Canadá. Ella intentó responderle varias veces, y creo que él la contactó una vez más para decirle que no volvería. A esas alturas, era bastante obvio. Los locales los había alquilado otra empresa y estaba claro que el centro de bienestar costero nunca volvería a abrir. En un correo electrónico, le prometió que un día la llamaría por teléfono para explicárselo. Por supuesto, nunca lo hizo. Tardó más o menos un año en perder la esperanza y, entonces, en lugar de culparlo a él, simplemente se quedó, como ya he dicho antes, bastante decaída.

—¿Se quejó a alguien por haberse quedado en el paro de repente? —preguntó Reggie.

—No creo. Lo dudo. Nunca se habría arriesgado a meterlo en un lío.

Sharon se preguntó brevemente si él habría usado sus habilidades para poner a esa pobre mujer bajo su hechizo.

—¿Llegó a volver a Canadá? —preguntó Kylie—. ¿Antes de... ya sabe... de que muriera?

Reggie y Sharon intercambiaron una mirada. Parecía el momento adecuado.

Le contaron la historia completa.

Hubo un silencio mientras ella procesaba la información, y luego algunas preguntas para aclarar la inevitable confusión que siguió.

—¿Así que ni siquiera era canadiense?

Reggie negó con la cabeza.

—Dios mío... es increíble.

—Es bastante increíble, la verdad —dijo Reggie—. ¿Y está segura de que no recuerda haber oído nunca el nombre del doctor Richard Firth?

Kylie negó con la cabeza.

Fue muy decepcionante no poder hacerle esa misma pregunta a Margaret.

Sharon y Reggie intentaron durante un rato averiguar algo más, pero descubrieron muy poco.

Sin embargo, a ella se le iluminaron los ojos de repente cuando Sharon le preguntó: —¿Recuerda a algún antiguo paciente que su madre pudiera haber mencionado?

—Pues sí... uno bastante dramático, de hecho, por eso lo recuerdo tan vívidamente. —Dejó la taza en la mesa—. Nunca lo conocí en persona. Estábamos viendo las noticias una noche y salió un reportaje de que habían detenido a Craig Stockdale.

Reggie se enderezó. —¿Craig Stockdale? —Miró a Sharon, con los ojos como platos.

Sharon se encogió de hombros. No recordaba haber oído su nombre.

—Eso fue por 2010 —dijo Reggie—. Conocía a algunos de los compañeros que trabajaron en ese caso.

Reggie explicó que Craig había asesinado a alguien en el puerto. Las imágenes de la videovigilancia no dejaban lugar a dudas, aunque él había jugado la carta de la amnesia. Pero no coló.

—Cuando mamá oyó la noticia —dijo Kylie—, se puso muy rara. Tardé un rato en calmarla. Fue como si se tomara este fracaso como algo personal. Recuerdo que decía una y otra vez: «Pero si estaba mucho mejor, siempre sonriendo».

—¿Recuerda algo más sobre eso? —preguntó Reggie—. ¿De qué lo trataban?

Kylie pensó. —Por lo visto, cuando empezó a ir, era propenso a tener ataques de ira. —Negó con la cabeza—. Eso es todo, lo siento.

—No —dijo Sharon—. Nos está siendo de gran ayuda.

—¿Se le ocurre algún otro paciente?

Volvió a pensar. —De nombre, no. Quiero decir, mencionaba a gente que experimentaba transformaciones notables, todo el tiempo. Ya le he dicho que a menudo decía que él reescribía esas historias.

Se terminaron el té y Sharon ayudó a Kylie a recoger las tazas mientras Reggie hacía algunas preguntas de seguimiento sobre la distribución del centro. Mientras se preparaban para marcharse, Kylie los acompañó a la puerta.

—La verdad —dijo de repente, como si recordara algo—, había alguien más. No un paciente que mamá mencionara, sino alguien a quien yo misma vi unas cuantas veces cuando estuve allí, durante los primeros años. Pienso en él de vez en cuando.

Sharon se detuvo, con la mano en el marco de la puerta. —¿Ah, sí?

—Un chico que solía venir; agradable, pero nervioso, ¿sabe? No sé para qué estaba allí; nunca me lo dijo. Solo recuerdo hablar con él porque era inusual ver a alguien joven allí; tendría unos trece o catorce años. Creo que yo tenía unos quince. —Kylie sonrió al recordarlo—. Jugaba al Conecta 4 con él antes y después de sus citas. Siempre llevaba guantes de plástico. Nunca explicó por qué. La verdad es que disfrutaba de su compañía.

—¿Recuerda su nombre? —preguntó Reggie.

—Kevin —dijo Kylie.

—¿Apellido?

—Lo siento.

Sharon suspiró para sus adentros.

Al salir, Sharon se volvió. —Una última cosa, ¿su madre se sometió alguna vez a tratamiento con el doctor Styles?

Kylie la miró fijamente, con una expresión repentinamente recelosa. —¿Por qué me pregunta eso?

Sharon se contuvo de mencionar el caso de Timothy Walsh. No quería dejar a Kylie aterrorizada por lo que podría o no haberle hecho a su madre. Aunque, eso podría salir a la luz en algún momento.

—Simple curiosidad —dijo Sharon encogiéndose de hombros con aire despreocupado.

—Creo que mencionó que él la estaba ayudando a superar algunas cosas —dijo ella lentamente—. Se refirió a ello como una de las ventajas del trabajo.

—Ya veo —dijo Sharon—. ¿Algo más específico?

Kylie pensó.

—Pues hubo una tarde que llegó a casa tarde del trabajo, un viernes. Dijo que se había quedado para ayudar al doctor Styles con un experimento. Parecía diferente. Más tranquila y animada. Cuando le pregunté qué había pasado, se limitó a sonreír y a decir que él «había atado algunos cabos sueltos». Durmió casi todo el sábado, lo cual no era propio de ella. Recuerdo que entré y la desperté a primera hora de la tarde. Dijo que debía de haber pillado un virus o algo así. ¿Por qué? ¿Creen que pudo haberle hecho algo?

Reggie sonrió.

—No lo sabemos. Estoy seguro de que es poco probable. La mantendremos informada.

Después de darle las gracias a Kylie, regresaron subiendo la empinada cuesta hacia donde habían aparcado; la atmósfera a su alrededor era ahora más silenciosa y fría.

Las redes sociales y los vídeos de fitness parecían triviales en comparación con lo que podría haber estado ocurriendo en ese centro de bienestar a principios de siglo.

—¿Poco probable? —dijo Sharon.

—Probablemente sea todo lo contrario. Intentaba ser amable.

—Lo sé —dijo Sharon—. Y por eso te has ganado que te siga.

—¿De verdad? —dijo él, sonriendo.

—Sí, pero no se lo digas a nadie —dijo ella mientras abría la puerta del coche—. Tengo una reputación que mantener.

37

Acurrucado en el suelo de la celda de aislamiento, con el cuerpo dolorido por el forcejeo con los guardias, Craig recorría con los dedos las juntas de las paredes acolchadas mientras lo inundaban oleadas de recuerdos.

Recuerdos que, hasta hoy, parecían no haber existido nunca, pero que ahora ardían con tanta viveza como los más nítidos.

Cerró los ojos y regresó a su infancia, cuando se escondía del novio de su madre bajo la cama.

Christopher Hudson.

Luego aparecieron los ojos de aquel cabrón, que lo observaban fijamente desde debajo del somier.

—Quiero contarte historias… historias sobre el mar y todas las aventuras que suceden ahí fuera.

Lo arrastraron del tobillo, le taparon la boca con una mano… un aliento fétido en la cara…

Craig abrió los ojos. De vuelta en la celda de aislamiento.

Se quedó mirando las paredes. Durante un rato, observó cómo unas figuras sombrías danzaban sobre las paredes acolchadas y representaban escenas de su pasado.

Vio el rostro de Hudson, que lo miraba con lascivia desde la oscuridad del puerto de Whitby.

—Siempre supe lo guapo que te pondrías —dijo Hudson mientras negaba con el dedo—. Ese brillo en tus ojos… siempre me dijo que

ibas a ser especial.

Craig no podía negar la satisfacción —entonces, e incluso ahora— que le producía haber ahogado al hombre que lo había sacado de debajo de aquella cama para contarle historias.

Recordó entonces haber tocado el cristal de metacrilato que lo separaba de su hijo el día de visita.

Había sido el decimoctavo cumpleaños de su hijo, tres años después del encarcelamiento de Craig.

—Solo quiero una cosa de ti por mi cumpleaños, papá. Saber lo que pasó de verdad.

—No lo maté.

—Ni siquiera ahora que soy adulto eres capaz de decirme la verdad.

De vuelta en la oscuridad de la celda, Craig murmuró: —Nunca te mentí, hijo… era la verdad. En cierto modo. Lo había olvidado, ¿sabes? No sé cómo. No era capaz de verlo entre tantas putas sombras.

Se giró boca arriba y se quedó mirando el techo. Las sombras danzaban, volviéndose más nítidas con cada recuerdo recuperado.

La celda se disolvió a su alrededor, reemplazada por un recuerdo tan vívido y preciso que no podía ser otra cosa que real: una sesión de terapia que, de alguna manera, había olvidado por completo hasta ahora. El sillón de cuero bajo él, las paredes cubiertas de títulos, incluso la particular cualidad de la luz de la tarde que se filtraba a través de las persianas venecianas; todo aparecía con una claridad imposible…

—*¿Cuántas veces?* —preguntó el doctor Frederick Styles, con su fuerte acento canadiense. Se inclinó hacia delante en su sillón. El cuero crujió bajo su considerable peso.

Craig bajó la vista y la apartó de los ojos agudos e inteligentes del doctor.

Se puso a tirar de un hilo suelto de sus vaqueros. —No me acuerdo.

—Inténtelo.

—Cinco veces… quizás más.

—Más de cinco.

—Sí.

Styles se recostó y el cuero volvió a crujir.

—Podría haberme defendido. Debería haberme defendido.

—Pero era usted un niño.

—Debería haber gritado, haber despertado a mi madre.

—¿Cuántos años tenía?

—Once… doce, puede ser.

—Un niño.

—Puede, pero ahora soy un adulto… No consigo mantener un trabajo. Mi mujer me ha dejado. Thomas no me habla. Tiene quince años, solo quince, y ya lo estoy perdiendo. Estoy pagando el precio de no haberlo parado cuando era un niño.

—¿Debería estar pagando usted? ¿Debería sentirse culpable? Siente una culpabilidad que no debería existir.

—¿Quizás? Se lo conté, ¿sabe?… a mi madre.

—Bueno, entonces sí que hizo algo, después de todo.

La risa de Craig sonó hueca. —Me llamó mentiroso. Dijo que solo quería llamar la atención. Afirmó que los hombres buenos como Christopher no hacían cosas así. Me acusó de intentar arruinar lo único bueno que le había pasado en la vida desde que murió mi padre. —La respiración se le aceleró—. Lo invitaba a cenar los domingos y me hacía sentarme frente a él mientras me sonreía.

Se hizo el silencio durante un rato.

Craig oía la respiración dificultosa de Styles.

Levantó la vista hacia él. Estaba tomando notas; tenía la frente perlada de sudor.

—¿Qué está escribiendo? —preguntó Craig.

—Escribo que tiene los puños cerrados. Que está preparado para cometer un acto de violencia. ¿Estaría de acuerdo?

Craig frunció el ceño. —¿No es eso un poco extremo?

Styles lo miró fijamente. —¿Pero es verdad?

Craig bajó la vista, avergonzado.

—Usted conoce el corte más profundo de todos —dijo Styles—. No solo el abuso en sí, sino la traición de la persona que debería haberlo protegido. La persona que más necesitaba que le creyera. ¿Dónde está su madre ahora?

—Muerta. Se cayó por las escaleras cuando yo tenía veinte años.

—Una pena.

—Supongo.

—¿No se puso usted triste?

—No sé… ¿por qué me pregunta eso? —levantó la voz.

Styles no respondió.

—Sí, estuve triste, supongo, durante un tiempo.

—¿Y ahora se alegra de que esté muerta?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —gritó, y golpeó la mesa con el puño.

Mierda, ahí estaba otra vez, perdiendo el control.

Pero Styles ni siquiera se había inmutado.

Unos suaves golpes los interrumpieron. Craig se giró para ver quién era. La puerta se abrió y dejó ver a una mujer de unos cincuenta años, con el pelo castaño con mechones plateados recogido en un pulcro moño.

—Margaret —saludó Styles a su secretaria—. ¿Va todo bien?

—Siento interrumpir, doctor. He oído gritos.

—Está todo bien, Margaret. Gracias por preocuparse.

—Son casi las cuatro. Es la hora de su próxima cita.

—¿Podría retrasar al señor Williams treinta minutos y ofrecerle una sesión gratuita para añadir a su bono? Explíquele que estamos en mitad de una sesión importante…, y me temo que acabarla antes de tiempo sería un error.

Margaret asintió y su mirada se posó con compasión en Craig. —Por supuesto, doctor. —Cerró la puerta suavemente tras de sí.

—¿Significa eso que puede ayudarme? —preguntó Craig.

—Por supuesto que puedo ayudarle… —Encendió un flexo brillante y se puso de pie—. Pesadillas y… —Apagó la luz principal y volvió a su asiento—. Recuerdos. —Colocó las manos bajo el resplandor de la lámpara. Movió los dedos para formar en la pared la silueta de un pájaro con las alas extendidas—. Son sombras. Largas y persistentes. Retorciendo en quién podría haberse convertido. —Hizo que las alas del pájaro se movieran—. Manipulando sus reacciones.

Craig sintió un nudo en la garganta.

—Entonces, ¿sabe cómo lo abordamos? —dijo Styles, observando su pájaro de sombras.

Craig negó con la cabeza.

—Acerque el flexo hacia usted, Craig.

Craig lo arrastró sobre la mesa y el pájaro de sombras desapareció.

—Nos limitamos a cambiar hacia dónde dirigimos la luz —dijo Styles, y su voz adoptó una cadencia hipnótica—. Los recuerdos permanecen, pero se convierten en sombras: cosas informes e inofensivas confinadas a la oscuridad.

—¿Cosas que ya no pueden hacerme daño? —preguntó Craig, con la vista clavada en la pared ahora vacía.

—Exacto. —Styles se inclinó hacia delante, con el rostro semiiluminado—. El dolor no es más que información mal organizada. Nosotros, simplemente…, la reorganizamos.

Craig se despertó de golpe en la celda de aislamiento, empapado en sudor y temblando.

Se incorporó lentamente, con la espalda apoyada en la pared.

Sombras.

Jodidas sombras.

Por todas partes.

¿Qué le había hecho este hombre?

¿Cuántas sombras había plantado en su mente, cuidadosamente cultivadas para ocultar la verdad? No era terapia, era arquitectura. Una prisión de sombras.

Y se había venido abajo.

Se derrumbó una noche en el puerto de Whitby.

Destruyendo su vida por completo.

38

Tan aliviada por tener a Jake de vuelta con ella, Vicky no se había separado de su lado en horas.

Estaba en gran deuda con Mel después de que esta hubiera ido al pueblo a recogerlo y traérselo de vuelta.

Cuando él volvió, se derrumbó y le preguntó directamente: —¿Qué le hiciste a esa señora, mamá?

Fue solo en ese momento cuando se dio cuenta de lo egoísta que había sido.

La herida de Samantha le había afectado mucho y, sin embargo, ella había seguido completamente absorta en sus propias emociones.

Era tarde y le acariciaba el pelo a su niño mientras este se quedaba dormido. El ritmo constante de su respiración después de tantas lágrimas era música para sus oídos. La lámpara de la mesilla de noche proyectaba un suave resplandor sobre su rostro, iluminando la delicada curva de su boca.

Precioso.

Se vio fugazmente en el espejo del otro lado de la habitación: un reflejo fragmentado a través de la puerta entreabierta, lo justo para recordarle sus cicatrices.

De nuevo, recordó las palabras que él había dicho antes: —Todo el mundo habla de eso, mamá.

En su lucha contra sus propios demonios, no había logrado verlo.

Se tumbó a su lado, invadida por la misma vergüenza que la había acompañado todo el día.

No se había ocupado del trauma que él también estaría sufriendo.

¿Qué iban a decirle los otros niños en el colegio?

Por no hablar de todos esos periodistas apostados frente a su casa.

Las lágrimas le resbalaron por la cara desde el conducto lagrimal que le funcionaba.

Entonces se permitió dormir.

Mientras perdía la consciencia, se sumió en ese espacio entre la vigilia y el sueño profundo donde la mente a veces desentierra lo que está sepultado...

—Este es el glaciar. —Vicky se tocó la zona lisa y cerosa cerca de la sien donde los injertos de piel habían arraigado—. La línea de la marea. —Recorrió la piel ondulada bajo el ojo—. El valle. —Su dedo siguió el surco profundo que iba desde la comisura de la boca hacia la oreja.

El doctor Frederick Styles la observaba desde su sillón. Su mirada era firme y compasiva. Su consulta estaba decorada con buen gusto en tonos azules y verdes relajantes; la luz de la lámpara de escritorio era lo suficientemente tenue como para favorecer sin sacrificar la claridad.

Vicky percibió el sutil aroma a limón en el aire: limpio, pero no clínico.

—¿Quién le sugirió que les pusiera nombre a las diferentes texturas de sus cicatrices? —preguntó él, con su marcado acento canadiense.

—El doctor Arthur Morris. ¿Lo conoce?

Styles negó con su gran cabeza; una multitud de papadas temblaron.

—Hágase amiga de lo que no se puede cambiar, me dijo —dijo Vicky.

Styles asintió. —Ciertamente, es un método.

—Creo que me ha ayudado.

—Bien.

—No parece muy convencido de ello, doctor.

—Simplemente no es un método que yo usaría.

—Bueno, a veces me siento satisfecha con esta idea de la aceptación, pero otras veces... —Apartó la mirada—. Bueno, otras veces, pienso: «Que te jodan».

El doctor soltó una risita. —¿Por qué?

—Porque, ¿por qué iba a hacerme amiga de esto? —Sacudió la cabeza y bajó la vista—. No sé. No estoy segura de cuál es la respuesta correcta. La adaptación es rendición. Simplemente deberíamos ser, sin que nos obliguen a analizar y racionalizar. ¿No le parece?

Él no respondió. Se produjo un silencio prolongado.

Cuando ya no pudo soportarlo más, dijo: —Ahí fuera, en la sala de espera, esa música... —Se detuvo.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó él.

—Era agradable. Relajante... tranquilizadora... Me sentía bien antes de entrar aquí.

—De eso se trataba. Está elegida específicamente.

—Me gusta la música.

—¿Así que es usted especialmente sensible al sonido?

Ella asintió. —Me fijo en los sonidos. No a propósito. Simplemente me siento atraída por ellos. Los pájaros, el mar y todos esos sonidos maravillosos. Sin embargo, también me distraen e irritan los sonidos más desagradables. Toses, chirridos, gritos... sonidos de aceleración.

—Es útil saberlo, Vicky. ¿Puede decirme por qué está aquí hoy?

—No estoy segura... quizá por eso estoy aquí. Para averiguarlo.

—Percibo autodesprecio.

—Me parece justo.

—¿Diría que se odia a sí misma tanto como odia a Matt Clegg?

La pregunta la sobresaltó. Se quedó con la boca abierta un momento.

—¿Quiere un poco de agua? —dijo Styles, acercándole un vaso.

Tomó un sorbo. —No creo que odie a Matt Clegg.

—¿De verdad? ¿Después de lo que le hizo?

Dejó el vaso, se llevó la mano a la cara y luego la dejó caer de nuevo.

—No estaba bien. No estaba en sus cabales.

—Ya veo. Entonces, ¿fue eso suficiente para que le concediera su perdón?

Ella entornó los ojos. —Se suicidó.

—Lo sé. Entonces, para que me quede claro, ¿lo ha perdonado?

—No lo sé.

—De acuerdo.

—Pero... —se detuvo de nuevo.

El doctor ladeó la cabeza, claramente a la espera de su respuesta.

—No es nada.

—¿Se siente responsable de su suicidio?

Unos suaves golpes en la puerta los interrumpieron. Vicky se giró para ver quién era.

Margaret, su secretaria, entró con una jarra de agua fresca. La dejó en la mesita auxiliar junto a Vicky.

Entonces, Margaret bajó la vista hacia Vicky.

Se miraron fijamente un instante. Aquello hizo que Vicky se sintiera incómoda. No sabía muy bien qué estaba ocurriendo.

Margaret le puso una mano en el hombro con delicadeza.

Vicky negó con la cabeza. —No necesito lástima.

—Yo no siento lástima por usted —dijo Margaret, retirando la mano y dándose la vuelta para marcharse. Se volvió en la puerta—. La admiro, señorita Mallinson.

Cuando Margaret se hubo marchado, Styles dijo: —La lástima mira por encima del hombro, Vicky. La compasión camina a tu lado. Nunca rechaces la compasión. —El doctor Styles se inclinó hacia delante y la observó.

La observó, respirando con dificultad. Ella se fijó en su peso y en la fina capa de sudor que le perlaba la frente. Eso, sumado a la respiración, sugería que tenía problemas de salud.

—Lo intentaré de nuevo, Vicky. ¿Qué es lo que quiere conseguir con estas sesiones?

Ella se encogió de hombros. Se llevó la mano a la cara y se secó una lágrima del ojo derecho. —Quizá pueda ayudarme a arreglarlo. El desprecio hacia mí misma. La culpa.

—Podría intentarlo.

—También me siento nerviosa. Me encojo cuando la gente se me acerca. No puedo caminar por la calle sin miedo. Los movimientos bruscos. Los ruidos fuertes e inesperados. El corazón se me acelera. Hiperventilo. Todo me devuelve a… al fuego.

—No es de extrañar, considerando el trauma que ha sufrido.

—El doctor Morris me dijo que es un mecanismo de defensa. Mi cuerpo preparándose para luchar o huir.

—Exactamente —el doctor Styles tomó una nota—. Pero los mecanismos de defensa, aunque son necesarios para la supervivencia, pueden volverse contraproducentes cuando se activan en situaciones en las que no hay un peligro real. Pero le alegrará saber que la mente puede ser reentrenada. El sistema nervioso puede aprender nuevas respuestas.

Victoria lo miró con escepticismo. —¿Cómo?

—Cuando siente que afloran esos recuerdos, esas sensaciones abrasadoras, ¿qué es lo que instintivamente quiere hacer?

—Correr. Esconderme —Victoria vaciló—. Rechazarlo.

—Sí —el doctor Styles hizo un suave gesto de empujar con las manos—. Ese instinto natural de rechazar el dolor… podemos aprovecharlo. Convertirlo de un reflejo desesperado en una respuesta controlada. La mente es extraordinariamente adaptable. Con las técnicas adecuadas, podemos crear nuevas vías neuronales. Nuevas respuestas a viejos estímulos.

—Suena demasiado bueno para ser verdad.

—Lo sé. Pero es verdad. Puedo ayudarla a rechazarlo —susurró el doctor Styles—. Y si intenta volver, puede rechazarlo otra vez. Y otra. Cada vez, con toda la fuerza que quiera.

Victoria se despertó sobresaltada. Necesitó varias respiraciones profundas para recuperar el control.

Oyó la lluvia golpear contra la ventana de Jake, así que se levantó de la cama y fue a mirar fuera. Abrió las cortinas. La lluvia surcaba el cristal como si fueran lágrimas y, en la distorsión, vio su

propio reflejo, alterado no solo por el ácido, sino por todo lo que había soportado.

El eco de las palabras de Styles resonó en su mente. «Rechazarlo».

¿No era eso exactamente lo que le había hecho a Samantha?

¿Qué otras respuestas había implantado aquel médico en su mente? ¿Qué otras órdenes podrían estar esperando a salir a la superficie?

39

Kevin estaba tumbado en la cama de su madre.

Tan solo ayer, la simple idea de tocar esas sábanas sin lavar lo habría sumido en una espiral de pánico: desinfectante de manos, varios pares de guantes, puede que incluso una ducha después. Los rituales familiares que habían estructurado toda su existencia ahora le parecían absurdos, patéticos incluso. Pasó los dedos desnudos por la colcha, casi desafiando a los miles de millones de microorganismos que una vez temió a que le hicieran todo el daño posible. No pasó nada, por supuesto. Nunca habría pasado nada.

¡Fue su madre quien lo contaminó durante toda su infancia, y eso no tuvo nada que ver con las sábanas!

Cerró los ojos con fuerza mientras la verdad de sus descubrimientos pesaba sobre él.

¿Cuántas superficies he evitado tocar durante toda mi vida adulta?

¿Cuántos pomos he limpiado? ¿A cuántos apretones de manos me he negado? ¿Cuántas barreras he erigido entre el mundo y yo?

Ella había observado su lucha diaria —los rituales, el miedo, el aislamiento— sabiendo que había sido la artífice de cada momento de su sufrimiento.

Sin embargo, a pesar de esto, no podía odiarla.

En algún lugar, en lo más profundo de su ser, aún podía sentir esa adoración. Latiendo como un corazón dentro de él.

No podía negarlo.

Independientemente de lo que hubiera hecho, iba a echarla de menos, terriblemente.

Aunque, en cierto modo, su muerte era algo bueno. Imagina tener que hablar con ella, tener que ocultarle que recordaba haber leído aquellos diarios, que ahora comprendía la verdad. ¿Habría podido con ello?

Y si no hubiera podido, ¿qué habría pasado entonces?

¿Habría acabado su mundo —su relación— en un infierno de llamas?

No podría soportarlo. Ni siquiera después de todo lo que sabía ahora.

En la otra habitación, sonaba su teléfono; probablemente era el hospital, preguntando si iba a volver. Pero no podía moverse.

En lugar de eso, mantuvo los ojos cerrados y, finalmente, se durmió…

—Veo que has encontrado una oponente digna, Kylie —dijo Styles.

Kevin levantó la vista del Conecta 4 y observó al doctor canadiense. Luego miró a la chica, que tenía más o menos su edad. Se enfrentaba a la derrota con una expresión de gran decepción.

La sala de espera del Centro de Bienestar Costero estaba diseñada para parecer abierta y pintada de tal manera que transmitiera calma. A eso se le añadía la música tranquila. Pero a Kevin le costaba.

Aun así, a Kevin le costaba estar en la mayoría de los sitios.

Casi todos los lugares le parecían una prisión.

Y cada vez que iba a un sitio nuevo, siempre contaba los pasos hasta la salida, calculando cuántas bocanadas de aire potencialmente contaminado tendría que inhalar antes de llegar a un lugar seguro si algo salía mal.

El doctor tenía sobrepeso y respiraba con dificultad. Se sentó en una silla junto a ellos. Sus ojos penetrantes se movían de uno a otro.

Kevin dejó caer una ficha roja en el tablero. —Conecta cuatro —dijo Kevin, declarando su victoria.

—Conexión —observó Styles, con la mirada fija en la ficha roja que caía—. Es interesante cómo todos nos sentimos atraídos por ella, incluso cuando se trata solo de discos de plástico cayendo en su sitio. —Cambió el peso de su considerable cuerpo, inclinándose más cerca como si compartiera un secreto—. Muchos creen que la necesidad de conexión es más fuerte que el hambre, más fuerte que la sed. Que sacrificaremos casi cualquier cosa para mantenerla. —Su mirada se posó significativamente en las manos enguantadas de Kevin—. Incluso a nosotros mismos.

—¡Antes de esta partida, le había ganado tres veces seguidas! —dijo Kylie, prestando poca atención a la profunda sabiduría de Styles.

—Su hija es toda una estratega, Margaret —le dijo Styles a la mujer que estaba en el mostrador de recepción.

Margaret levantó la vista de su ordenador, sonriendo con cariño. —Cuando se trata de escaquearse de las tareas, no hay nadie mejor.

—Bueno, quién puede culparte… —Styles le guiñó un ojo a Kylie y luego volvió a centrar su atención en Kevin—. Bien, señorito Ingham, si es tan amable de pasar ahora…

Kevin se levantó, estirándose las mangas sobre sus manos enguantadas. Se encogió de hombros. —Siento lo de la partida —le dijo a Kylie.

—No pasa nada. Íbamos tres a uno. —No levantó la vista hacia él mientras soltaba las fichas con un estrépito sobre la mesa.

Kevin siguió al doctor Styles por un pasillo adornado con serenos cuadros de paisajes.

Cuando Styles abrió la puerta de su despacho, Kevin percibió un olor a limón. Se detuvo.

Styles se volvió. —¿Se encuentra bien?

—Limón.

—Ah… un ambientador nuevo. ¿Le gusta?

Él asintió.

—Bueno, la última vez me dijo que le apetecían los olores agradables. Iba a ser limón o lavanda. Espero haber elegido bien.

—Es agradable. Pero me gustan los dos.

—Tomó nota. Pase, entonces.

Después de que ambos se acomodaran en sus sillas, Styles dijo: —Me alegro mucho de volver a verle. ¿Cómo ha estado?

—Igual —dijo él.

Styles asintió con tristeza. —Sospechaba que sería así. ¿Ha pensado algo más sobre lo que hablamos la última vez?

La postura de Kevin era rígida. Asintió lentamente.

—¿Y bien? —preguntó Styles.

—No lo sé. No quiero que vaya a peor. Y odio mirar a mi madre y mentirle. Quiero preguntarle sobre lo que vi en su diario, pero no quiero ofenderla.

—Ya veo. Entonces, ¿qué le frena?

—Que me hipnotice. Da miedo.

—Ya hemos hablado de esto. Usted no pierde el control por completo. Y sabe que puede confiar en mí. Soy un profesional de la medicina. No hay riesgo de contaminación cuando usted no está alerta.

—Aun así..., ¿de verdad funcionará si estoy aterrorizado?

—En realidad, solo hay una forma de averiguarlo.

Kevin se retorcía las manos. —¿La última vez que estuve aquí, era verdad lo que dijo? ¿Sobre mi madre?

—Sí. La he tratado durante mucho tiempo.

—Pero ¿cómo pudo hacer esas cosas?

—Porque le quiere muchísimo. Y no podía soportar perder su dependencia. Pero ahora está mejor.

—¿Está seguro?

—Totalmente.

—No se ofenda, pero a veces me pregunto si debería hablar con otra persona sobre lo que significa todo esto.

—Podría hacerlo. Sí. No se lo reprocharía.

—Después de todo, ella me quería así... y ahora, bueno, ahora lo estoy pasando mal.

Styles asintió. —Exacto.

Kevin se estiró los guantes, ajustándoselos de forma obsesiva, asegurándose de que no se viera ni un trozo de piel entre el puño y la tela. Esas finas barreras se habían convertido en su armadura. —Me hacía lavarme hasta que la piel me sangraba. Me hacía frotarme

bajo agua hirviendo. Decía que me pondría enfermo si no lo hacía. Me revolvía el estómago con las cosas que decía que podían pasar. Y, sin embargo... —se interrumpió.

Hubo un momento de silencio. —¿Y, sin embargo? —dijo el doctor.

—Y, sin embargo, no creo que la gente entienda que solo lo hizo porque me quiere.

Styles asintió. —Es posible.

—Sin embargo, ¿usted lo entiende?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque conozco a su madre desde hace mucho tiempo. Es una buena persona.

—Pero ¿no es peligroso lo que hizo?

—Estaba enferma.

—Pero ya no lo está.

Styles asintió. —Ya no.

—¿Puede usted de verdad liberarme de todo este —se miró las manos enguantadas— daño? De la misma forma que hizo con mamá.

—Lo intentaré.

—Vale... creo que estoy listo... Solo que...

—¿Solo qué?

—Vuelva a explicármelo, como la última vez.

—¿Con el cajón?

—Sí.

—Por supuesto. —Abrió el cajón de su escritorio—. Los recuerdos van aquí dentro. —Cerró el cajón—. Para aislarlos de las respuestas emocionales y físicas.

Kevin miraba, hipnotizado. —Pero no han desaparecido.

—No borrados, pero —giró la llave en la cerradura del cajón y la dejó sobre la mesa— contenidos.

—Entonces, ¿los recuerdos de mi enfermedad, de lo que mi madre admitió... en el diario... simplemente se van?

—Al cajón, sí. —El doctor asintió.

—¿Y eso detendrá esto? —Levantó sus manos enguantadas.

—El TOC por contaminación no surgió de la nada. Fue instalado sistemáticamente, como un programa en un ordenador. ¿Qué haríamos si la programación de un ordenador fallara?

—¿Lo reprogramaríamos?

—Precisamente. Sin embargo, no podemos pretender que la mente subconsciente no influya en la consciente. Creo que disminuirá la gravedad, pero no deberíamos esperar la erradicación.

Kevin bajó la cara, decepcionado.

—Pero que no lo esperemos no significa que no vaya a suceder. —Styles le guiñó un ojo.

Kevin sonrió.

—Ahora, sé de su predisposición al olfato. El sentido olfativo está directamente conectado con el centro emocional del cerebro. Conlleva las asociaciones de recuerdos más fuertes. —Se inclinó hacia delante—. Me gustaría usar esa misma vía.

—Sí. —El doctor Styles se levantó y se dirigió a un armario. Sacó un frasco—. Empecemos con un olor. Un olor que asociamos con la limpieza. Desinfectante.

—No estoy seguro de que me guste el olor a desinfectante.

—Piense en él como un desinfectante de la mente. Algo para limpiar el pasado y purificar el poder que tiene sobre usted.

Kevin jadeó, volviendo al presente con una brusquedad violenta. El recuerdo del desinfectante le llenó las fosas nasales con tanta fuerza como si el frasco todavía estuviera delante de él. Se incorporó en la cama de su madre, con el corazón desbocado y la piel erizada de sudor.

El teléfono volvió a sonar en la otra habitación, pero, de nuevo, fue incapaz de levantarse.

Se le había ocurrido algo.

Algo atroz e impensable.

James. El hijo de Angela. El niño al que había querido, que había muerto en el hospital.

Recordó la confusión del médico por su debilitado sistema inmunitario. Y recordó todos aquellos terribles síntomas de letargo y náuseas que le habían atormentado en el último año de su vida.

Un pensamiento gélido se deslizó por su mente.

Dios, no...

¿Mamá lo envenenó a él también?

Se le revolvió el estómago cuando un recuerdo específico se cristalizó: James inclinado sobre el inodoro, sus delgados hombros sacudiéndose por las arcadas, mientras Kevin le sujetaba un paño frío en la frente. —No pasa nada —le había susurrado, aunque era evidente que no era así—. Mamá dice que es solo un virus.

No lo había visto porque el recuerdo de lo que su madre había hecho estaba encerrado en el cajón.

James tenía esa misma palidez que había visto en sus propias fotos de la infancia. Ese mismo letargo que le acompañaba durante días después de la medicina.

Kevin corrió al baño, llegando justo a tiempo para vomitar violentamente; su cuerpo rechazaba una verdad que su mente ya no podía negar. Arrodillado sobre las frías baldosas, recordó la mano amable de su madre en la espalda de James, su preocupación ensayada, sus sugerencias sobre lo que podría ayudar... todo mientras Kevin había alabado sus instintos maternales.

Había encontrado a otro niño del que hacerse dependiente, y Kevin se lo había entregado directamente en sus manos.

40

Por tercera vez en diez minutos, Frank se ajustó la corbata frente al espejo.

Vaya idiota, pensó*. ¿Recuerdas cuando te encontraste con Evelyn en el cementerio por primera vez? ¡Por el amor de Dios! Tenías una pinta mucho peor que ahora, ¡y aun así, mira lo lejos que ha llegado vuestra relación!*

—Y bien… —dijo Frank, hablándole ahora en voz alta al espejo—, ¡deja de darle vueltas a la dichosa corbata!

Pero, al apartarse del espejo, no pudo evitarlo.

Se giró de nuevo y se ajustó la corbata por cuarta vez, mascullando: —Joder, hombre. —Se pasó una mano por el pelo cada vez más escaso y se inclinó para mirarse los dientes. El caramelo de menta extrafuerte a medio chupar se le escurrió de la lengua y cayó en el lavabo.

De vuelta en el salón, el ambientador que había usado para enmascarar su nerviosismo de fumador compulsivo era abrumador. Olía a un maldito jardín de flores.

Se comprobó el aliento de nuevo. El caramelo había hecho su trabajo.

Frank echó un vistazo a su reloj.

Quince minutos hasta…

¡Joder, no eres un maldito adolescente a punto de perder la virginidad!

Tienes sesenta y cinco años, por el amor de Cristo.

Reflexionó sobre ello.

En realidad, ¿acaso eso lo mejora? Más bien, se podría decir que lo empeora…

En cualquier caso, nunca había sido el hombre más seguro de sí mismo en lo que a devaneos nocturnos se refería.

Así que, para distraerse durante otros quince minutos, volvió a la mesa de la cocina donde estaban esparcidas las notas de su caso. La investigación se había apoderado de su comedor hacía ya un tiempo. Aunque llamarlo comedor hoy en día era de risa. Excepto cuando Evelyn le visitaba, rara vez veía comidas. Al menos, no de las que pudieran considerarse lo suficientemente prestigiosas como para ocupar un «comedor».

Muchas de sus comidas ahora venían en recipientes de plástico. Comida de conejos que Gerry no paraba de traerle. «Nutrientes, Frank», le decía, con una voz tan insípida como la lechuga lacia que esperaba que disfrutara.

Frank cogió la foto de Richard Firth en su anterior encarnación: el psiquiatra seguro de sí mismo con una abundante cabellera oscura y una sonrisa tensa que nunca le llegaba a los ojos. La colocó junto a la foto más reciente de Frederick Styles, con su calva y su papada.

Blocs de notas amarillos llenos de su letra garabateada. Fotografías. Cronologías. Todos los fragmentos de una vida —o más bien, de varias vidas— que intentaba recomponer.

La luz del techo proyectaba duras sombras sobre las páginas. Apartó una botella de Perrier y releyó la lista de prioridades que había repasado en la reunión informativa de la tarde con su equipo. Sharon y Reggie también habían hecho algunos descubrimientos significativos hoy, por lo que mañana podría ser un día fructífero.

Mañana por la mañana, Frank y Gerry visitarían a Craig Stockdale en la prisión de HMP Full Sutton.

Craig era un asesino que había ahogado a un vecino mayor llamado Christopher Hudson en el puerto de Whitby. Lo interesante era que Craig había sido paciente de Frederick Styles. Así que el hecho de que Craig no recordara haber cometido el asesinato lo hacía muy interesante, desde luego.

Frank tamborileó con los dedos sobre la mesa. Su instinto le decía que habría algo en esto, pero podría ser solo una ilusión. Después de todo, era solo un paciente de entre quién sabe cuántos tratados a lo largo de los años. Aun así, era un comienzo.

Bajó la vista y rodeó con un círculo el nombre de «Kevin» de nuevo, con «Clara» escrito al lado. Clara tenía la tarea de identificar a un antiguo paciente llamado Kevin que llevaba guantes. Una aguja en un maldito pajar. El hecho de que Kevin hubiera sido joven en aquel momento —trece o catorce años— ayudaba, pero seguía siendo una tarea difícil. Sin embargo, si alguien podía encontrar una aguja, esa era Clara, siempre y cuando existiera en un entorno tecnológico.

El problema era que la mayoría de los malditos documentos del médico habían desaparecido…

Luego estaba el doctor Raymond Firth. Frank podía oler la falsedad que desprendía el hermano pequeño del dichoso doctor a cincuenta pasos de distancia.

¡Aquella casa costera tan cuidadosamente decorada, con sus muebles caros y sus malditos jerséis de cachemir!

Frank tuvo que detenerse a considerar si lo que sentía eran celos, en lugar de sospecha.

Su dedo se desplazó hasta «Carmichael & Sons» en su bloc de notas. Mañana esperaban recibir información de lo que Gerry había fotografiado en la casa de campo de Ray.

El timbre de la puerta sonó, sacando a Frank de sus pensamientos de un sobresalto.

Se quedó paralizado un momento, y luego se puso en acción, recogiendo los papeles en un montón desordenado y metiéndolos de nuevo en su carpeta de trabajo.

Frank corrió hacia el recibidor, luego se obligó a detenerse y a respirar hondo. Se metió otro caramelo de menta extrafuerte en la boca y masticó frenéticamente mientras se acercaba a la puerta.

Se enderezó la corbata por última vez, apartó el caso de su mente y abrió la puerta.

No esperaba ver a Evelyn de pie.

—Estás caminando…

Ella se miró los pies y luego le miró a él, sonriendo. —Ah… sí.

—Es genial…, pero no te agotes…

Ella puso los ojos en blanco. —Hablas como mi hija.

—¿Dónde está Janet?

—Bueno, me ha traído, pero no quería verte.

—Qué encanto.

—Le daba vergüenza, ya sabes, por lo que está planeado y…

—¿Se lo has contado? —Le enrojecieron las mejillas.

—¿Por qué no?

No supo qué contestar a eso, así que se puso un poco más colorado.

—Es una adulta, Frank.

—Ya…, pero…

—Todos somos adultos.

—Vale, pero aun así…

—Me trae para que me quede a pasar la noche. No nació ayer. Mejor decírselo.

Respiró hondo. Realmente no le gustaba que se compartiera su vida privada.

—¿Y bien? ¿Puedo entrar?

—Sí, claro. Estás preciosa, Evelyn.

Y lo estaba.

Realmente lo estaba.

41

Gerry terminó de escribir la carta, se estiró y se giró para ver a Tom observándola desde el umbral de la cocina, bebiendo de una taza de té.

—¿Te apetece un Perrier?

—No, gracias.

—Echan un documental de ballenas en unos treinta minutos. —Enarcó una ceja.

Ella asintió.

—Suena bien.

—Ah, ¿a que no adivinas una cosa? Parece que tienes una nueva mejor amiga.

Ella frunció el ceño.

—Mi madre —dijo él.

—¿Y por qué dices eso?

—Ha llamado antes y estaba poniéndote por las nubes.

A pesar de lo que había ocurrido en la tienda de vestidos, la perspectiva de recibir cualquier tipo de cumplido de Penelope todavía le resultaba extraña.

—¿De verdad? A ver, apenas hemos compartido experiencias y puedo contar nuestras interacciones personales con los dedos de una mano. No veo cómo puede considerar que seamos tan cercanas.

Tom juntó los dedos índice y pulgar.

—Vale, he exagerado un poco, pero ahora está de tu parte. Ha llamado tres veces hoy solo para decirme lo impresionada que estaba con tu franqueza. Y no para de mencionar que encontraste una solución para la tiara que fue *brillante y práctica*.

Gerry bajó la mirada hacia Rylan, que había estado descansando junto a su silla. Las orejas del labrador se irguieron ante su sutil cambio de postura.

—Veo que eso te hace feliz. Me alegro.

—¿Que mi madre sea ahora del *equipo Gerry*? ¡Estoy que no quepo en mí de alegría!

—Bien. Aunque, si puede ser, un poco menos con la sugerencia de *mejor amiga*.

Tom entró del todo en la habitación.

—Por supuesto. La perspectiva de que mi madre y tú seáis como Frank y tú parece bastante absurda.

Acarició a Rylan.

—Bueno, tampoco consideraría a Frank un mejor amigo.

—Ah, vamos, a mí no me engañas. Sois uña y carne. Y también sigue tus consejos. Y después de haberle conocido, creo que eso es extraordinario. Probablemente no ha seguido el consejo de nadie en toda su vida.

—Puede ser —dijo Gerry, tomando aire—. Pero todavía tiene ese coche.

—Sí… Bertha, ¿no? Ese es un cariño que nunca me entrará en la cabeza.

—Estoy esperando a que no pase la ITV —dijo ella.

—¿Y si la pasa?

—Tendré que volver a sacar el tema.

—Delicado.

—Sí. Realmente no es un tema del que le guste hablar. Cree que ella tiene personalidad. Si le digo que eso no es científico, se queda callado un par de horas.

—Aun así, estáis más unidos de lo que crees.

—Si fuera mi mejor amigo, ¿no me llevaría al altar?

Tom se encogió de hombros.

—Supongo que es complejo. Hay otras cosas en juego, como ya señalaste. ¿Su hija?

—Sí —dijo Gerry, volviéndose hacia la pantalla—. Le estoy escribiendo una carta a Frank. Una segunda petición para que me lleve al altar. Lo presioné con la última petición. Una carta debería darle más margen.

—Definitivamente, estás pensando de forma original. ¿Puedo ver?

Gerry asintió, girando el portátil:

Querido Frank:

Le escribo para solicitarle formalmente que reconsidere su decisión con respecto a mi anterior petición sobre su participación en la ceremonia de mi boda. Tras un cuidadoso análisis de su negativa, creo que sus preocupaciones son infundadas. La evidencia estadística sugiere que las figuras paternas que entregan a las novias en las bodas no afectan negativamente a las tasas de éxito matrimonial. Además, su participación proporcionaría una simetría estructural a la ceremonia, ya que el padre de Tom estará presente a su lado. Espero su lógica reconsideración de este asunto.

Tom apretó los labios, reprimiendo visiblemente una sonrisa.

—Lógica… como siempre.

—Factual —dijo Gerry.

Él asintió.

—Y los hechos son persuasivos.

—De acuerdo…

—Sin embargo, ¿puedo hacer una observación?

—Ya sé cuál es.

—Adelante…

—Que escribo sin emoción.

—No lo habría expresado así.

—¿Cómo lo habrías expresado entonces?

—Mmm. ¿Quizás con un poco más de atractivo emocional?

—Es lo mismo, ¿no?

—Supongo. Recuerda que dijiste que Frank a menudo actúa con el corazón, en lugar de con la cabeza.

—Sí, se enfada con facilidad y puede comportarse de forma irresponsable.

—Entonces, apelemos al corazón. —Tom se dio unos golpecitos en el pecho y luego se arrodilló a su lado—. Quizás, empieza con honestidad. Dile cómo te sentiste cuando rechazó tu petición.

—No me gusta empezar con los sentimientos… son una fuerza imprecisa.

—Pero son una fuerza. Y son poderosos con alguien como Frank. Vale, escucha, ¿cómo terminarías esta frase?: *Frank, te pido de nuevo que me lleves al altar porque…*.

—Ahora me haces sentir como una colegiala.

—Sígueme la corriente.

—Está bien. —Gerry se quedó en silencio por un momento—. Tengo cuatro maneras de terminar esa frase… ¿Y definitivamente no puedo usar el hecho de que tiene sentido estadístico? —preguntó.

—Mejor no. —Sonrió.

—Tres maneras, entonces.

Tom se inclinó sobre el teclado y abrió un documento nuevo.

—Vale, escríbelas.

Querido Frank:

Te pido de nuevo que me lleves al altar porque eres la presencia más constante en mi vida desde que murieron mis padres. También, porque nunca has esperado que fuera nadie más que quien soy. Y entiendes la importancia de Rylan sin que tenga que explicarlo.

Miró a Tom. Tenía los ojos vidriosos. —¿Estás bien?

—Es muy emotivo.

—Bien.

—Conmovedor... Le gustará. ¿Por qué no añades algo más? Utiliza esta idea: esto es lo que significaría para mí si dijeras que sí.

Tenerte a mi lado el día de mi boda sería como si la pieza correcta encajara en su sitio; algo que no experimento muy a menudo en este mundo.

—Hala —dijo Tom.

—Es demasiado emotivo —dijo ella finalmente—. Frank sabrá que estas no son mis palabras...

—Pero son tus palabras.

Ella tragó saliva. —Sí..., lo son. —Lo miró. Él se apartó una lágrima rápidamente, y ella sospechó que no quería que se diera cuenta.

—Gracias, Tom.

—¿Por qué? —Tom se puso de pie—. Son tus palabras, ¿recuerdas?

—Por estar aquí, entonces.

Rylan también se levantó y se apretó contra la pierna de Tom. Tom le acarició las orejas.

—Rylan también está agradecido —dijo Gerry. Volvió a leer el documento—. ¿Crees que funcionará si arreglo esto un poco?

—Frank sabe lo que sientes —continuó Tom—. Solo necesita permiso para creérselo. Te dejo que termines.

Mientras Tom se alejaba, Gerry se giró y lo miró. —¿De verdad crees que esto será más eficaz que las pruebas estadísticas sobre las figuras paternas y las ceremonias nupciales?

—Las estadísticas no hacen llorar a la gente. —Se giró y se encogió de hombros—. Bueno, a veces sí, pero por otros motivos...

Gerry asintió con decisión. —Quiero mencionar las tasas de éxito matrimonial como prueba de apoyo, solo brevemente, al final.

—Vale, por supuesto —asintió Tom, con cara seria—. A veces está bien tener algunos datos que no podamos discutir. Y supongo que entonces sabrá que has escrito la carta entera tú sola.

—Me alegro de casarme contigo.

Abrió la boca para decir algo, pero estaba claramente demasiado atónito.

—Me equivoqué en la carta. Frank no es la única presencia constante.

—Creo que se te está dando mucho mejor esto de las emociones.

—Desde que murieron mis padres, eres la única persona que me ha ayudado a traducirme para el mundo, y el mundo para mí. Lo pondré en mis votos.

Tom se apartó otra lágrima. —Demasiado bueno —dijo.

Después de que Tom saliera de la habitación, Gerry volvió a su carta. Sus dedos se movían con fluidez por el teclado mientras la terminaba, añadiendo un último párrafo:

> Entiendo tu preocupación sobre si eres digno de ello, Frank. Pero recuerda lo que me dijiste durante el último caso: que a veces tenemos que dejar a un lado nuestras propias dudas cuando alguien nos necesita. Yo te necesito para esto. Estadísticamente hablando, tener a mi lado a una figura de confianza como tú reducirá mis niveles de ansiedad casi a la mitad.
>
> Atentamente, Gerry.

Imprimió la carta, la dobló cuidadosamente en tres partes y la metió en un sobre. La dejaría sobre el escritorio de Frank a primera hora de la mañana siguiente.

42

Frank le sirvió a Evelyn una copa de vino sin alcohol y se acomodó en el sofá a su lado con una botella de Perrier. Pero sin acercarse demasiado; no quería que la situación pareciera forzada. Tampoco en el otro extremo del sofá, pegado al brazo, porque eso habría parecido una grosería.

Tras treinta segundos de moverse de un lado a otro, sintió que estaba lo bastante cerca para mostrar interés y lo bastante lejos para respetar los límites.

—¿Estás bien, Frank? —le preguntó ella.

—Sí... es que no me he sentado en todo el día, con el trabajo, que ha sido un infier... un fastidio..., y me cuesta ponerme cómodo.

Ella asintió y miró la copa. —¿Tienes vino de verdad?

Él negó con la cabeza. —Lo siento... Creía que no debías beber.

—Una copita de vez en cuando no hace daño.

—No... Lo siento... ¿Podría salir a por una botella?

Se levantó.

—No te preocupes, Frank. —Ella sonrió.

Él volvió a sentarse.

—A Oliver le caíste muy bien ayer —dijo Evelyn, relajándose contra los cojines—. Se ha pasado todo el día jugando a la «comisaría». Janet dice que se ha hecho una plaquita con cartón y papel de aluminio.

Frank sonrió. —Siento haberle dado la idea. A lo mejor deberías quitársela de la cabeza.

—Es un trabajo respetable. La primera detención de Oliver ha sido la del conejo Hoppy por «robar zanahorias sin permiso».

—Un delito grave —dijo Frank—. Espero que le caiga todo el peso de la ley.

—Se lo ha caído. Hoppy ha sido condenado a setecientos años de cárcel.

—¿Nada más?

Ambos se rieron.

La mirada de Evelyn recorrió la habitación.

Él vio cómo sus ojos se posaban en la repisa de la chimenea, donde había una zona rectangular de papel pintado ligeramente menos descolorido.

Sabía lo que venía a continuación.

—Has quitado la foto de Mary —dijo ella en voz baja.

La mano de Frank se aferró a su vaso. —Sí.

—No quiero que te sientas incómodo.

—No creo que eso se pueda evitar. —La miró a los ojos—. Pero no tiene nada que ver con Mary. Es solo que ha pasado mucho tiempo.

Un instante de silencio se extendió entre ellos, roto únicamente por el lejano sonido de un coche que pasaba por la calle.

—¿Estás seguro? —preguntó Evelyn con dulzura.

Frank exhaló lentamente.

¡No la cagues, Black!

Extendió el brazo y le cogió la mano. —Tengo sesenta y cinco años, Evelyn. Si no estoy preparado ahora, no sé cuándo lo estaré. —Dejó el vaso en la mesita—. Mary siempre será una parte de mí. Nada cambiará eso. Pero no puedo seguir viviendo como si esperara que entrase por esa puerta. Quitar la foto ayuda, ya sabes, esta noche. —Le apretó la mano—. Solo hasta que nos acostumbremos a lo que sea esto.

—¿Y qué es esto?

Frank sintió un calor que le subía por el cuello. Abrió la boca, pero la cerró de inmediato.

Ella se inclinó hacia delante y dejó su copa; luego, puso su mano sobre la de Frank, que aún sostenía la de ella. —Lo siento... Estoy siendo demasiado intensa.

—No —dijo Frank—. Creo que sabes que... que siento algo muy fuerte por ti.

Permanecieron sentados en un cómodo silencio por un momento, la mano de Evelyn todavía descansando ligeramente sobre la de él. La lluvia de fuera había arreciado y tamborileaba con fuerza contra el tejado.

Evelyn se acercó más, y el sutil aroma de su perfume —algo floral, pero no abrumador— inundó sus sentidos. —¿La vida siempre encuentra la forma de sorprendernos, verdad?

Su rostro estaba tan cerca ahora que podía ver las finas líneas alrededor de sus ojos, la ligera irregularidad de su pupila izquierda a causa del derrame cerebral, el cuidadoso trazo del pintalabios. El corazón le martilleaba en el pecho.

—Desde luego —atinó a decir.

Pareció que ninguno de los dos lo inició; un momento se estaban mirando y, al siguiente, sus labios se habían encontrado.

Suave. Tímido.

Frank se quedó helado, con la mente a toda velocidad mientras su cuerpo permanecía perfectamente quieto. La sensación era a la vez familiar y completamente extraña. Como estar en su propia casa, pero con todos los muebles cambiados de sitio.

Después de todo, era algo que había supuesto que nunca volvería a suceder.

Cuando se separaron, los ojos de Evelyn escrutaron su rostro. Él tragó saliva.

Ella se inclinó de nuevo y dijo: —¿Vamos a...?

Sintió una descarga de adrenalina. —Necesito... —Le ardía todo el cuerpo—. Lo siento. —Se levantó—. Solo necesito ir al baño.

Huyó de la habitación antes de que ella pudiera responder, cerrando la puerta del baño tras de sí con quizá más fuerza de la necesaria. Apoyó las manos en el lavabo y se quedó mirando su reflejo en el espejo.

Por Dios, Frank Black, contrólate. ¿Cuántos años tienes? ¿Dieciséis?

Recorrió el pequeño espacio entre el lavabo y la bañera, tres pasos en una dirección, tres pasos de vuelta, como un animal enjaulado.

No podía negar el peso del beso que acababan de compartir.

Pero ese era el problema, ¿no?

Solo había besado a una mujer con un sentimiento real detrás. Y esa mujer ya no estaba.

Se detuvo, de nuevo frente al espejo.

Pero piensa, hombre, piensa. ¿Qué querría Mary para ti? ¿De verdad?

¿Qué querría ella?

La respuesta era, por supuesto, obvia. Se enderezó, respiró hondo, se ajustó la corbata, se pasó una mano por el pelo cada vez más ralo e incluso intentó un guiño que acabó pareciendo más bien un espasmo facial.

Es hora de redescubrir al viejo Frank.

Mientras volvía al salón, decidió sentarse junto a Evelyn sin hacer ningún cálculo.

Era hora de actuar solo por instinto.

Se sentó más cerca. —¿Dónde lo habíamos dejado? —preguntó, con lo que esperaba que fuera una sonrisa galante.

Ella se rio; un sonido cálido y genuino. —Creo que estábamos aquí. —Se inclinó hacia él y, esta vez, cuando sus labios se encontraron, Frank sintió una sensación más cálida y placentera recorrerle el cuerpo.

Como si estuviera en casa y los muebles estuvieran en su sitio…

Unos fuertes golpes en la puerta principal los sobresaltaron.

—No hagas caso —murmuró Evelyn contra sus labios.

Pero él no podía hacer eso.

Se apartó.

—No puedo… Maddie, ¿sabes?

Ella asintió. —Lo entiendo.

Se puso en pie.

Frank fue hacia la puerta. En realidad no esperaba ver a su hija allí, pero era un riesgo que no podía correr.

Abrió la puerta y se encontró a su vecina, Henrietta, en el umbral, con una botella de whisky escocés en la mano.

—He pensado que a lo mejor te apetecía una copa —dijo ella, levantando la botella.

Él negó con la cabeza. —No puedo, Henrietta, ahora mismo no.

—Vale… —Ella bajó la mirada—. Es que, bueno… da igual.

Se dio la vuelta.

Frank se contuvo de llamarla. Ya haría las paces mañana. Estaba a punto de cerrar la puerta cuando ella se volvió.

—Es que tengo que hablar con alguien sobre Ian.

Su hijo, del que estaba distanciada.

—Ah, ya veo, bueno...

—Ha llamado. Dios, Frank… —Volvió a levantar la botella—. Solo una.

—Bueno, es que yo no bebo, Henrietta. Ya no. Además, no es un buen momento. Lo siento. ¿Podemos hablar mañana? Me paso a tomar un café y…

—¿Tienes visita? —preguntó con los ojos como platos.

Frank se encogió de hombros, sintiéndose culpable, pero luego se preguntó por qué demonios debería sentirse así.

Ella asintió, con una sonrisa ahora dolorosamente forzada. —Claro. Siento interrumpir tu… velada. —Miró por encima de su hombro, intentando atisbar quién había dentro—. ¿Es esa mujer de la fiesta de Navidad a la que fuiste? ¿La viuda?

—Henrietta…

—Vale. No es asunto mío. Pues mañana. —Retrocedió, metiéndose la botella bajo el brazo—. Tienes un poco de… pintalabios. Justo ahí. —Hizo un gesto vago hacia su boca antes de darse la vuelta y alejarse con los hombros caídos.

—Joder —siseó Frank por lo bajo, limpiándose la boca mientras cerraba la puerta. Volvió al salón y se encontró a Evelyn sentada muy tiesa en el borde del sofá.

—¿Va todo bien? —preguntó ella.

—Sí. Solo era Henrietta, que quería hablar de su hijo. —Se sentó a su lado, sintiendo que el momento de antes se evaporaba a marchas forzadas—. No hay nada entre nosotros, por si te lo estás preguntando. Solo es mi vecina.

—Frank, no me estaba preguntando nada, y no me debes ninguna explicación.

Él asintió. —Vale… pero es mejor que lo sepas de todas formas. Solo es mi vecina. Está pasando por una mala racha. Empezó a venir a pedirme consejo, ya sabes. Dios sabe por qué… hasta hace poco, no me podía ni ver.

—Bueno, es que has cambiado mucho desde que te conocí.

Frank sintió el peso de la situación.

Ella le tocó los hombros, que tenía tensos. —¿Quizá deberías hablar con ella? ¿Ver si está bien?

—Qué va… estará bien.

—Creo que deberías.

Frank negó con la cabeza. —Olvídate. A veces puede ser muy insistente. —Solo cuando terminó de decirlo se dio cuenta de lo frío y desalmado que probablemente le había sonado eso a Evelyn—. A veces, pero no siempre —intentó suavizarlo.

—¿Quizá deberíamos dar por terminada la noche, Frank? Lo dejamos para otro día, ¿no? Habla con ella. Nosotros no nos vamos a ir a ninguna parte.

Antes de que Frank pudiera responder, el agudo timbre de su teléfono desde la cocina resonó en la habitación. Sintió una oleada de frustración. —Como sea Donald Oxley, lo juro por Dios…

Ella se apartó un poco más. —Ve a coger el teléfono.

Fue a la cocina y vio un número desconocido en la pantalla.

Contestó. —¿Inspector Jefe Frank Black?

—Soy Rosie. De Holbeck.

A Frank se le cortó la respiración.

—¿Estás ahí? —dijo ella.

—¿Sabes dónde está? ¿Ha vuelto?

Hubo una pausa. —No, pero me dijiste que te llamara si aparecía algo.

A Frank se le pusieron los nudillos blancos. —¿Qué es?

—Estábamos limpiando la casa okupa. Desalojo forzoso por la mañana, ¿sabes? Hemos encontrado una mochila metida en el hueco del techo. Es suya. Recuerdo habérsela visto y…

—¿Qué aspecto tiene? —exigió Frank, con el corazón desbocado.

—Una cosa vieja y raída. Verde militar, con un parche en el bolsillo delantero. El logo de un grupo, parece una calavera con corona.

Frank cerró los ojos. Era de Maddie, no había duda; el parche de Grateful Dead que él mismo le había cosido una tarde de lluvia, cuando ella tenía catorce años y estaba en su fase de rock clásico.

—¿Qué hay dentro?

—No he mirado. —La voz de Rosie adquirió un matiz calculado. Mentía—. ¿Cuánto vale para ti?

—¿Cincuenta?

—Trescientos.

No tenía ganas de negociar. —Voy para allá ahora mismo. —Frank miró su reloj—. Con el dinero. Mándame la dirección exacta por SMS.

—Más te vale darte prisa —dijo Rosie—. Por la mañana ya no estaremos.

—¿No me estás escuchando? He dicho que voy ahora.

Ya había colgado. Frank se quedó paralizado un instante.

Cuando se giró, Evelyn estaba allí.

—Lo siento —dijo, y las palabras le sonaron insuficientes incluso a él—. Pero era sobre mi hija.

—Lo he oído —dijo ella con dulzura—. La mochila de tu hija.

—Tengo que irme. Ahora.

—Por supuesto que sí.

—Lo siento.

Ella le tocó el brazo. —No lo sientas.

—Te dejo primero en casa.

Evelyn negó con la cabeza. —Puede venir a buscarme Janet. —Hizo una pausa—. ¿Es seguro, Frank?

Él asintió. —Sí, estaré bien. Por favor, no te enfades…

Ella se acercó y le arregló la corbata con manos expertas. —Frank Black, compórtate. Si existe la más mínima posibilidad de

encontrar a tu hija, la aprovechas. Sin dudar.

—Siento haber estropeado esto.

Ella sonrió, tocándole brevemente la mejilla. —Eres un buen hombre, Frank. Ya tendremos otras noches. Ahora haz lo que tengas que hacer.

Frank cogió las llaves del coche. —Te llamaré.

—Sé que lo harás.

En la puerta, se detuvo y se volvió para mirarla. Ahí estaba ella, de pie en el salón: elegante, comprensiva y totalmente fuera de lugar entre sus muebles destartalados.

Asintió una vez con la cabeza y se marchó. La puerta se cerró tras él con un chasquido decidido.

43

—Sigue siendo tan tétrico como lo recordaba —dijo Frank.

Gerry apartó la vista de las notas de su teléfono y la levantó hacia los imponentes muros de la prisión de Su Majestad Full Sutton.

Luego se fijó en Frank, que parecía cansado.

—¿Te encuentras bien?

Frank bostezó.

—Solo estoy cansado.

—¿Seguro que es solo eso? Has estado en silencio todo el viaje.

—¿Es que no se puede tener un rato de tranquilidad?

—Claro que sí. Es solo que nunca te había visto pasar más de una hora sin decir ni una palabra.

Una vez que Frank aparcó, Gerry sintió la mirada de Frank sobre ella.

—¿Siempre cronometras nuestras conversaciones? —preguntó él.

—No. Sin embargo, no ha habido conversaciones que cronometrar. —Volvió a mirarlo—. Además, pareces bastante borde.

Él entrecerró los ojos.

—Siempre estoy borde.

—Más borde de lo normal —dijo ella, preguntándose si su mal humor se debía a la carta que le había dejado en el escritorio antes.

¿La habrá leído? ¿Y si Tom se equivocaba? ¿Acaso el camino para llegar a Frank no era, después de todo, el que pasaba por su

corazón?

—Una noche larga. Nada fuera de lo normal.

—Me dijiste que ayer tuviste una cita con Evelyn.

—No hagas ninguna gracia sobre que nos hemos pasado la noche en vela, Gerry. No estoy de humor.

¿Por qué iba ella a bromear sobre eso?

—Se supone que una cita debería ser motivo de alegría.

—A no ser que no fuera bien —dijo él.

—Ya veo. ¿Y qué pasó?

Frank suspiró.

—Tuve que terminar la cita antes de tiempo.

—¿Por qué?

—Tuve que salir. —La miró—. Gerry, creo que he descubierto algo sobre Maddie. No puedo asegurarlo. De hecho, ahora mismo me cuesta hasta pensar con claridad.

La mano de Frank se movió hacia el bolsillo de su chaqueta, donde Gerry observó el borde de lo que parecía una fotografía. Sus dedos temblaron ligeramente antes de que los apartara, cerrándolos en un puño.

—¿Quieres hablar de ello?

Era una de sus preguntas ensayadas, algo que Frank le había aconsejado que usara una vez.

—Más tarde. Tenemos que entrar. La cita es en cinco minutos.

Mientras se acercaban a la entrada, Gerry dijo:

—Craig lleva aquí trece años, tres meses y seis días.

—Ya —dijo Frank—. Apenas está calentando. Todavía le queda un buen trecho de condena. Y con razón. Mató a un hombre inocente. Repasa los detalles otra vez.

—Nació en 1970 en Eastside, Whitby. Criado por una madre soltera en una urbanización de protección oficial después de que su padre los abandonara cuando Craig tenía cuatro años. Múltiples condenas juveniles por agresión y robo. Pareció estabilizarse a los veintipocos, trabajando de pintor durante un tiempo. Se casó a los veintiuno y tuvieron a su hijo, Thomas, casi de inmediato. El historial médico muestra episodios recurrentes de depresión y trastorno de ansiedad generalizada en Craig. Fue interrogado en 2006 después

de que su mujer lo acusara de agresión, pero ella luego retiró los cargos. Su mujer lo dejó ese mismo año y él intentó suicidarse. Luego hubo varios arrestos por alteración del orden público. Algunas estancias cortas en la cárcel. Y en 2010, con cuarenta años, ahoga a Christopher Hudson junto al puerto de Whitby. Un caso extraño porque no había relación con la víctima. Hudson tenía cincuenta y ocho años. Daba clases en la Escuela Marítima de Whitby.

—¿Y Craig afirma no recordar nada de eso? —preguntó Frank—. Normalmente, una afirmación así me haría reír, pero teniendo en cuenta que estamos investigando a un siniestro y manipulador jefe de psiquiatría, ¿quizá debería aparcar mi escepticismo?

Gerry asintió.

—Los médicos afirmaron que el shock por agua fría al entrar en el mar podría haber causado la amnesia. También estaba tomando una nueva medicación en ese momento que se sabía que causaba pérdida de memoria como efecto secundario. Sin embargo, fue evaluado por tres psiquiatras diferentes que no encontraron pruebas de psicosis ni de problemas neurológicos que pudieran explicar la pérdida de memoria.

—Bueno, pues ahí lo tienes. A lo mejor solo está diciendo soplapolleces.

—Su hijo, Thomas, fue arrestado en 2015 por atraco a mano armada.

Frank suspiró.

—De tal palo, tal astilla, entonces.

—Thomas tenía veinticuatro años. Se suicidó bajo custodia aproximadamente un mes después.

Frank respiró hondo. Mientras exhalaba, dijo:

—Una pena. Es triste cómo acaban las cosas a veces. ¿Ninguna mención de Firth o Styles en ningún momento?

—No.

—Es poco probable que Firth estuviera vivo en 2010 —dijo Frank —. Fue tres años después de que Styles supuestamente regresara a Canadá. Pero supongamos que Firth todavía estaba vivo, ¿hay alguna posibilidad de que llegara hasta él después de que lo encarcelaran?

—No veo cómo —dijo Gerry.

—Entonces, nuestro psiquiatra chiflado probablemente no es el responsable de que lo olvidara, supongo. Y como la manipulación de la memoria es su especialidad, pues... la cosa no pinta prometedora, ¿eh?

—A no ser que, quizá, lo hubiera estado manipulando para que se olvidara de Hudson antes del asesinato —dijo Gerry.

—¿Por qué?

—Quizá Hudson fue responsable de algún tipo de trauma... y entonces, cuando lo vio, le vino todo de golpe y...

—¿Pero entonces por qué olvidarlo de nuevo?

—Bueno, ¿quizá ese fue el shock? —sugirió Gerry—. Quizá lo reprimió y volvió al estado mental que Firth, o más bien Styles, le había inducido.

Frank se frotó la cabeza.

—Firth... Styles... ¡todo esto es bastante confuso!

Justo antes de llegar a la entrada, Frank dijo:

—Deja que hable yo, ¿vale? No sabemos qué esperar. Podría ser un mal bicho...

—Un preso modelo, por lo visto.

—¿En serio?

—Sí. Dirige una clase de acuarela.

—¿De qué?

—Acuarela. De pintura.

—Curioso pasatiempo para alguien que mantiene a un hombre bajo el agua durante dos minutos.

—Los asesinos tienen aficiones, Frank.

—Estaba siendo sarcástico.

—Por lo visto, ha hecho maravillas con algunos de los presos más conflictivos.

—Entonces, ¿qué es, Gerry, un criminal curtido o un pilar de la sociedad?

La pregunta la confundió. —Solo tengo los hechos.

Los procedimientos de seguridad eran exhaustivos: detectores de metales, registros de bolsos y cacheos. Gerry se sintió incómoda al

ver invadido su espacio personal, sobre todo sin Rylan allí para consolarla, pero apretó los dientes y siguió adelante.

Se emitieron pases, se verificaron las identificaciones y se guardaron las pertenencias personales en taquillas. Gerry notó que la expresión de Frank se ensombrecía cuando le pidieron que entregara su tabaco.

—Solo es una hora —le recordó Gerry en voz baja.

—Menos mal que hemos parado para fumar.

La primera puerta de seguridad se cerró de golpe tras ellos con una resonancia metálica y definitiva que hizo que Gerry se estremeciera. La expresión de Frank permaneció impasible, pero Gerry notó que se le tensaban los hombros mientras se adentraban en la prisión, y el olor institucional a desinfectante y comida demasiado hecha se intensificaba con cada puerta enrejada que cruzaban.

El ambiente los oprimía mientras avanzaban por las instalaciones, con el tintineo de las llaves en la cadera de un guardia y el eco de sus pasos.

Finalmente, un funcionario de rostro severo los guio a través de una serie de puertas cerradas con llave, cada una de las cuales se cerraba con un portazo definitivo a sus espaldas antes de que se abriera la siguiente.

Cuando se acercaban a la sala de interrogatorios, los recibió un guardia de pelo canoso y rostro curtido. Les tendió la mano. —Funcionario Wilson. Hoy superviso su interrogatorio.

Frank le estrechó la mano. —Inspector Jefe Black. Esta es la Inspectora Carver.

Wilson los condujo a una pequeña sala de interrogatorios con una mesa de metal atornillada al suelo y tres sillas de plástico.

Wilson se giró para mirarlos. —Pues mire, estaba de servicio durante su episodio de ayer.

—¿Episodio? —dijo Frank.

—¿No se lo han dicho?

Gerry sintió que Frank la miraba.

—No, no nos lo han dicho —dijo Gerry.

—Lo siento. Se solicitó que se les informara. —Wilson bajó la voz, probablemente por si Craig podía oírlo desde fuera de la sala—. Craig volvió a su celda y se encontró con que le habían destrozado parte de su obra; quienquiera que fuese, también le rompió una carta de su hijo, Thomas. ¿Saben lo de Thomas?

—Sí —dijo Frank.

—Se puso hecho una furia. Tuvimos que reducirlo y lo llevaron a aislamiento.

—¿Alguna idea de quién fue? —preguntó Frank.

Wilson negó con la cabeza. —Estamos investigando. Hoy está más tranquilo. Algo aletargado. Miren, esto no es lo más extraño. Me dijo algo durante el forcejeo. Me dijo que por fin recordaba haber matado a Christopher Hudson.

Frank asintió. —En realidad, nunca hubo ninguna duda.

—Sí, pero se ha mantenido firme, absolutamente firme, todos estos años en que no recordaba nada.

Frank suspiró. —He sabido de hombres que han aguantado muchos años. ¿Pero después de quince? La mayoría ya se lo habría quitado de encima. ¿Por qué cree que ha confesado de repente ahora?

Wilson se encogió de hombros. —Ni idea. Ninguna. ¿Quizá lo provocó el estrés extremo de esa carta rota? ¿Deshizo la amnesia?

—Es posible —dijo Gerry—. ¿Dijo Craig por qué lo había hecho?

—Me temo que no —dijo Wilson.

—¿Lo han examinado desde el episodio? —preguntó Gerry.

—Está programado para hoy más tarde. Habría sido ahora, pero se han metido ustedes por medio. Pasó la noche en aislamiento. No durmió mucho, por lo que observé. Por eso deberían haberles informado. Podrían haberse inclinado a cambiar la cita.

—¿Suele ser violento? —insistió Frank.

—Nunca. Es la primera vez que lo veo. Por eso es tan sorprendente. Siempre ha sido el tranquilo, el pacificador. Los demás presos lo ven como una roca. Supongo que ver lo que le había pasado a esa carta de su hijo le activó algo en la cabeza.

Frank asintió. —De acuerdo, vamos a por él.

Wilson asintió. —Le aviso, tiene mala cara.

44

Puede que Frank pareciera destrozado tras su larga noche, pero ni de lejos tanto como el preso, Craig Stockdale.

Un hematoma morado le florecía en el pómulo izquierdo y tenía el labio inferior partido. Estaba pálido y la barba de varios días le cubría el rostro demacrado.

Pero eran sus ojos, vacíos e inexpresivos, lo que de verdad lo delataba.

Tenía el aspecto de alguien que se había aventurado a un lugar al que no debía ir y se había dejado pocas esperanzas para el viaje de vuelta.

—Señor Stockdale —empezó Frank mientras Craig se sentaba frente a ellos—. Soy el inspector jefe Frank Black, y esta es la inspectora Gerry Carver, de la policía de North Yorkshire.

Craig paseó sus ojos vacíos de uno a otro. —Reconozco ese acento. Está usted muy lejos de casa, inspector jefe.

—Ya —dijo Frank—. Esperábamos que quisiera hablar con nosotros esta mañana.

—¿Sobre lo de anoche?

—No en concreto, pero podría ser relevante. Estamos aquí por una muerte sospechosa.

Abrió los ojos como platos y se enderezó. —¿Ah, sí…? ¿Quién?

—Gerry —dijo Frank, asintiendo hacia ella.

Gerry colocó la fotografía de Styles sobre la mesa y la deslizó hacia él.

Los ojos de Craig ya no parecían tan vacíos.

De hecho, el derecho le dio un tic en la cuenca mientras miraba la imagen. Alargó la mano. Sin embargo, su mano —a medio camino de la foto— se quedó suspendida en el aire, temblando. La dejó caer sobre la mesa.

De repente, Craig pareció aún más destrozado. —¡Tienen que estar de broma!

—¿Conoce a este hombre, entonces? —preguntó Frank.

—Quiero decir… sí… Es el doctor Styles, ¡pero de verdad que tienen que estar de broma!

—Me temo que no —dijo Frank—. Lo sacaron del océano hace unos días.

—¡Era él, entonces! Oí algo en las noticias. ¿Cómo?

Frank asintió. —Podría haber sido un suicidio; sin embargo, sospechamos que puede haber algo más en esta historia.

—¿Algo más en esta historia?

—En el sentido de que podría no haber sido un suicidio.

Craig hizo una pausa, sopesándolo con claridad. —Ya veo. Y por eso vienen a verme. Porque este sería mi *modus operandi*. ¿Ahogar a alguien?

El sistema de megafonía del techo crepitó al cobrar vida, anunciando un cambio de turno para los guardias del bloque C. Craig se encogió ante el ruido repentino.

—¿De qué conocía al doctor Styles? —preguntó Frank.

—Creo que eso ya lo sabe. Si no, no estaría aquí, ¿verdad? Madre mía, fue hace mucho tiempo…

—Él también murió hace mucho tiempo —dijo Frank.

—¿Soy sospechoso, entonces?

—Solo estamos haciendo preguntas.

—¿Con cuántos pacientes han hablado?

Gerry y Frank intercambiaron una mirada.

—Es usted el primero —dijo Frank.

—¡No me extraña! —resopló Craig—. ¡Cómo no iba a ser el primero! El psicópata entre rejas que ahogó a ese pobre hombre

inocente. —Hizo el gesto de las comillas con los dedos al decir «inocente».

—No es exactamente por eso por lo que hemos acabado aquí hoy. Llegaremos a eso en un momento —dijo Frank—. Sin embargo, ¿puedo preguntarle a qué se debe esa repentina y brusca insinuación de que Christopher Hudson no era inocente?

—Porque era un pederasta.

Frank miró a Gerry.

Gerry parecía confundida. —No consta que Christopher Hudson fuese acusado de nada —dijo ella.

—Mire —dijo Craig, levantando las manos—, era un pederasta, ¿de acuerdo? Puede creerme. —Se señaló el pecho—. Abusó de mí. De hecho, pasé la mayor parte de la noche recordando los detalles escabrosos. También puedo decirle que el doctor Frederick Styles era un cabrón. Aun así, si lo maté, no tengo ningún recuerdo de ello. Pero, como sabemos, eso significa poco.

Hizo una pausa, con la mandíbula tensa como si masticara palabras amargas. —Lo que me parece triste es cómo estos hombres malvados prosperan durante tanto tiempo, hasta que gente como yo —se dio un golpecito en el pecho— acaba por librar a la sociedad del peligro. ¿No es ese su trabajo? Para mí, todo esto llega un poco tarde.

Los dedos de Frank se cerraron casi imperceptiblemente alrededor de su bolígrafo. En sus décadas en el cuerpo, había desarrollado la habilidad de mantener la compostura al enfrentarse a los rincones más oscuros de la humanidad, pero algo en la naturalidad con la que Craig soltaba esta revelación —unido a la indiferencia institucional que aparentemente lo había dejado pasar— le revolvió las entrañas con una ira visceral. Se obligó a mantener la respiración calmada, profesional.

—Todo esto me suena —dijo Frank— a que usted podría ser el responsable del asesinato de Styles.

—Es posible —dijo Craig—. Pero no lo creo. He recordado mucho, y eso no forma parte de ello. —Craig dio una palmada y sonrió—. Aun así, quién sabe, a lo mejor desentierran alguna grabación de videovigilancia de este caso también. —Se inclinó hacia delante—.

Mire, ese cabrón retorcido me destrozó la mente. Mejor que esté muerto. Pero no podría decirle si fui yo.

Frank miró a Gerry. Jamás había oído nada parecido. Es decir, ¿qué se hacía con algo así?

—De acuerdo, ¿pero está absolutamente seguro de que mató a Christopher Hudson?

Craig asintió. —Al cien por cien. Lo recuerdo. Con claridad.

—Sin embargo, ¿antes de ayer no recordaba haberlo hecho? —preguntó Gerry.

—Esa es la clave. Ahora me resulta extraño. Como si siempre lo hubiera sabido. Y, sin embargo, no era así… De verdad que no. —Suspiró—. Es una pena que nadie haya estado dispuesto a escucharme hasta ahora.

Frank colocó las palmas de las manos sobre la mesa. —Mire, lamento lo que sea que le haya pasado, pero en defensa de quienquiera que investigase su caso… había grabaciones de videovigilancia. Como usted sabe. Por aquel entonces, antes de que la tecnología digital se fuera de madre, eso lo dejaba bastante claro. Contundente.

—Conque a nadie le extrañó —dijo Craig.

Frank suspiró y retiró las manos. —Supongo que no, pero puedo decirle, Craig, con toda sinceridad, que mi compañera y yo estamos dispuestos a escucharle. Dispuestos a ayudarle si podemos.

—No sé —dijo Craig con un suspiro—. Nadie ha estado dispuesto a escucharme hasta ahora. Todo esto me parece un tanto… no sé… artificial. Como si me estuvieran tendiendo una trampa, tal vez.

Frank lo estudió con atención. —El vigilante que ha hablado con nosotros fuera habla muy bien de usted, Craig. Muy bien. Entiendo que esté a la defensiva. No tiene motivos para confiar en la policía… en el sistema… cree que le ha fallado…

—No sabe ni la mitad, inspector jefe.

—Pero le prometo, tiene mi palabra, que no hemos venido a hacerle ninguna jugarreta. Como le he dicho, ahora mismo puedo estar tan fácilmente de su lado como en su contra. Usted decide.

—De acuerdo, si dice la verdad, ¡a ver! ¿Qué les ha traído directamente hasta mí?

—No es porque sea un asesino convicto y una persona conveniente para cargarle este muerto. Sí, es relevante que usted ahogara a Hudson, no lo discuto, pero la razón por la que estamos aquí es porque, ¡por lo que sabemos hasta ahora, usted es el único paciente! Todos los historiales de pacientes de Styles han desaparecido. Solo sabemos de usted por la infamia y porque alguien que trabajaba para Styles le habló de usted a su hija.

—¿Margaret? —Enarcó una ceja y sonrió—. ¿La recepcionista de Styles se acordaba de mí?

Frank asintió. *Claro que se acordaba de ti, si acabaste saliendo en todas las noticias por asesinato.*

—Era maja. De acuerdo, hablemos.

—¿Por qué no empieza por ayer? ¿Qué pasó? ¿Qué le hizo recordar de repente?

Se pasó la lengua por el labio partido e hizo una ligera mueca al contacto. Se movió en la silla y las patas de metal chirriaron contra el suelo de hormigón. Cuando volvió a hablar, su voz había bajado a un registro más grave.

—No es bonito. De niño, el santo de Christopher Hudson abusó sexualmente de mí en múltiples ocasiones. —Paseó la mirada entre ambos—. Sí, ya sé que no tenía antecedentes y que nadie lo había acusado nunca, pero ocurrió. Es un hecho. Lo recuerdo. Nítidamente. Sí, se podría poner en duda mi memoria, por supuesto, todos los días de la semana, pero ocurrió. —Golpeó la mesa con el dedo índice—. Ocurrió, joder.

—Le creo —dijo Frank.

—Salió con mi madre cuando yo era un niño y se colaba en mi habitación por la noche. Decía que quería contarme historias del mar. —Se le estaban llenando los ojos de lágrimas—. Todavía puedo oler su aliento. —Bajó la mirada—. Ese olor… es como si siempre hubiera estado ahí. Y, sin embargo, he estado tanto tiempo sin él…

Los ojos de Craig, antes vacíos, ahora ardían con una mezcla de dolor en carne viva que hizo que Frank se revolviera incómodo en su asiento.

A su lado, Gerry garabateaba ruidosamente.

Le dio un codazo con la pierna.

Por suerte, ella paró.

—Lamentamos oír lo que le pasó —dijo Frank.

Captó la mirada de Gerry. Se suavizó momentáneamente. Frank notó el ligero cambio en su postura: una inclinación fraccional hacia delante, el más mínimo reconocimiento del sufrimiento humano bajo la apariencia profesional.

—Me topé con él esa noche de 2010 en un pub. Hasta ese momento, me había olvidado por completo de él. Me pareció que lo reconocía vagamente, pero no estaba seguro. Se ofendió por mi ignorancia, así que, cuando me iba, me dijo que había estado con mi madre durante un tiempo.

Craig hizo una pausa, su respiración se volvió más dificultosa. —Poco después de irme del pub, empecé a sentir pánico. Recuerdo las palabras resonando violentamente una y otra vez en mi cabeza. Al momento siguiente, estaba fuera, siguiéndolo.

—Hasta el puerto, y entonces, cuando me volvió a hablar, burlándose, me habló de las historias que solía contarme sobre el mar, que yo era un niño guapo y que siempre estuve destinado a ser un hombre guapo. Todo volvió de golpe: cada noche, cada violación y ese hedor de su aliento.

Se le quebró la voz. —Y entonces llegó una explosión, un estallido de rabia que no puedo describirles. Fue como si mantenerla enjaulada tanto tiempo la hubiera vuelto más agresiva, más animal. —Negó con la cabeza—. Lo mejor que podría hacer es pintárselo. Es la única forma en que podría mostrarles el fuego que llevo dentro.

—Después de ahogarlo, me desperté en el hospital, confuso, porque todo se había ido otra vez. Supongo que una vez que un médico loco te ha fracturado la mente, esta permanece fracturada para siempre. No recordar haber matado a alguien, y no recordar ese olor, ese horrible olor de su aliento… supongo que es un mecanismo de defensa de la hostia.

Se señaló la cara. —Y luego, cuando volvió ayer otra vez, sentí esa furia animal. Por suerte, eran suficientes para evitar que me hiciera más daño a mí mismo. Pensando en lo que le hice a Hudson, no le mentiré —le clavó la mirada a Frank—, lo volvería a hacer sin dudarlo.

Seguro que sí, pensó Frank.

—¿Podría hablarnos del doctor Styles? —preguntó Gerry.

—Fue sobre 2006. Acababa de salir de la cárcel. Había cumplido seis meses por perder los estribos y romperle la mandíbula a alguien. Siempre estaba perdiendo los estribos. Mi vida era un desastre. No era un buen padre ni un buen marido.

Se inclinó hacia delante y dio un golpecito a la imagen de Styles. —Así que fui a verle a su centro de bienestar en Scarborough. Estuve allí como un año. Necesitaba ayuda con mis problemas de ira. También era una condición de la libertad condicional, pero yo lo quería, de verdad que sí. Estaba harto de cagarla en todo en mi vida.

—Styles creía que todo se debía a mis experiencias con Hudson. Al trauma. Sonaba bastante lógico. Sabe, fue la primera persona a la que le conté lo de los abusos, aparte de a mi madre. —Hizo una pausa—. Y ella nunca me creyó. —Negó con la cabeza—. Genial, ¿eh? Bueno, pues eso, que cuando se lo conté a Styles, me dijo que él podía pararlo todo. Quitarme el dolor por completo. ¡Ja! ¿Ustedes qué habrían pensado?

Frank se encogió de hombros. —No sabría decirle…

—Pero suena a patraña, ¿no? Me dijo que unas cuantas luces por aquí y por allá y mi vida mejoraría.

—La hipnosis puede ser poderosa —dijo Gerry.

—¡Y que lo digas! Sí, cumplió su palabra. Se lo llevó todo. O más bien… lo guardó… porque como sabemos, volvió… dos veces.

—¿Está seguro de que nunca pensó en lo que le ocurrió durante todos estos años? —preguntó Gerry.

Craig se encogió de hombros. —Que yo recuerde, no. Recuerdo lo que recordé en el puerto, evidentemente, pero nada más. Supongo que a veces me venía abajo, muy abajo, ansioso, todavía. Una sensación de malestar indefinible. Pudo ser eso. Encerrado dentro de mí. Influyéndome. Pero, ya sabe, he estado en la cárcel, y eso también suele afectar a la salud mental, así que... bueno, no sé.

—¿Cómo cree que le volvieron los recuerdos ayer? —preguntó Frank.

—La luz.

—¿Perdón? —dijo Frank.

—Estaba mirando los reflejos de luz en el suelo del patio y fue como si algo hiciera clic en mi cerebro. Luego, a lo largo del día, empezaron a volver... hasta que vi la foto de mi hijo... partida en dos... y entonces se rompió la presa.

Frank asintió, sopesando lo que Raymond Firth había dicho sobre los métodos de su hermano: usar estímulos como patrones lumínicos para iniciar la hipnosis.

—¿Y usted le dio permiso para hacerlo? —dijo Gerry.

—Por supuesto. Firmé algo. Pero yo estaba hecho un desastre. Un completo desastre. Con tendencias suicidas, además. La segunda vez casi lo consigo, pero… —Se quedó con la mirada perdida en la distancia—. Mi chaval, Thomas, me encontró… llamó a la ambulancia. —Se señaló el pecho—. Eso es culpa mía. Y bueno, ya saben lo que le pasó a mi chico, ¿verdad? —Alternaba la mirada entre los dos.

—Es una tragedia —dijo Gerry.

—Los hijos de padres que intentan suicidarse tienen cinco veces más probabilidades de intentarlo ellos mismos. Le fallé a mi chico. Es culpa mía —dijo Craig, con la voz quebrada—. Le dije al doctor Styles que hiciera lo que quisiera si eso me calmaba. Pero, ¿quién no lo haría? Incluso ahora, si dijera que puede quitarme lo que ha vuelto, probablemente le arrancaría el brazo de un tirón.

—Pero el tratamiento no es seguro. Eso ya lo sabe —dijo Frank.

Craig resopló. —¡No me diga! Pero suicidarse tampoco es seguro. —Negó con la cabeza—. Mire, no lo estoy defendiendo. Haya hecho lo que haya hecho, bueno, probablemente ha causado más problemas de los que ha resuelto.

—¿Recuerda el proceso? —preguntó Gerry.

Los dedos de Craig se crisparon erráticamente sobre la superficie de la mesa, trazando patrones invisibles que solo él podía ver. Sus ojos adquirieron una cualidad distante y desenfocada, como si estuviera viendo una película proyectada en la pared vacía detrás de la cabeza de Frank.

—Partes. Patrones de luz... Solía hacer sombras chinescas en la pared con una lámpara de escritorio. —Craig se quedó con la mirada

perdida en el espacio mientras recordaba—. «Sombras en mi mente», las llamaba. Luego, decía que las haría desaparecer todas proyectando la luz directamente sobre ellas... Solo que nunca desaparecieron. Las enterró. Así que mintió.

Frank colocó otra fotografía sobre la mesa, de un Styles más joven y delgado, con su identidad original. —¿Lo conoció alguna vez por este nombre: doctor Richard Firth?

Craig negó con la cabeza y miró la foto. —Nunca he oído ese nombre. ¿Es él?

—El doctor Styles y el doctor Firth eran la misma persona —explicó Gerry, detallando la controvertida carrera de Firth y su falso suicidio.

—Entonces, ¿llevaba ya un tiempo con esto?

Frank asintió. —Lo siento.

—Simplemente cambió de identidad para seguir como si nada. —Craig negó con la cabeza.

—Nunca debería haber ocurrido —dijo Frank—. Lo siento.

—¿Dejó de ver a Styles antes de que cerrara el centro en 2007? —preguntó Gerry.

Él asintió. —Sí. Y oí que se había vuelto a Canadá.

—¿Y cómo se encontraba usted entre esa fecha y el día que vio a Christopher Hudson? —preguntó Frank.

—Estable. Nada destacable. Mi matrimonio se había acabado, pero intentaba reconstruir la relación con Thomas. Trabajaba de peón para un hombre llamado Sam Johnson. Seguí adelante, ya sabe. Empecé a pintar. Mire, Sam hablará muy bien de mí. Siempre fue un caballero. También declaró a mi favor en el juicio, para lo que sirvió.

—Cuéntenos lo de sus pinturas —dijo Frank, cambiando de tema —. Las clases de acuarela que da.

Por primera vez desde que habían entrado en la sala, un atisbo de genuina calidez cruzó el rostro maltratado de Craig. Sus manos, antes tensas e inquietas, se relajaron en una postura más natural, con los dedos extendidos como si sostuvieran un pincel invisible.

La expresión de Craig se suavizó ligeramente. —No hay nada mejor. Empezó como terapia para mí. Algo en lo que centrarme

aparte de las cuatro paredes, ya me entiende. —Se quedó mirando a lo lejos y sonrió—. Recuerdo que Morris me preguntó un día qué demonios estaba haciendo. ¡Ja! Le dije que esto era meditación para el alma. Creí que le iba a dar un infarto de tanto reírse..., pero luego se unió a mí, y antes de que me diera cuenta, otros reclusos se interesaron. —Sus ojos volvieron a posarse en los de Frank—. Simplemente fue creciendo y creciendo. Les ayuda a encontrar la paz. Una forma de expresar lo que no pueden decir con palabras.

—Parece que está haciendo algo bueno por los que están aquí dentro —dijo Frank.

—Gracias..., pero ¿podemos seguir con lo que sea que es esto?

Frank asintió. —Por supuesto... ¿conoció alguna vez a alguien llamado doctor Raymond Firth?

Craig negó con la cabeza. —¿Quién era? ¿No es ese el nombre que me ha dicho antes? ¿Firth?

Frank asintió. —Sí. El hermano de Styles, o más bien de Richard Firth, ya que esa es su verdadera identidad.

—¿Recuerda a algún otro paciente? ¿Kevin? Un chico joven, que podría haber llevado guantes.

Negó con la cabeza.

—¿Algún otro paciente?

Hubo una breve pausa mientras se lo pensaba. Negó con la cabeza.

—¿No?

—No. No conocí a ningún otro.

Frank tomó nota de esas pausas.

Siguió haciendo preguntas durante un rato, pero cuando quedó claro que les estaba dando todo lo que podía, o estaba dispuesto a darles en ese momento, Frank se inclinó hacia delante y dijo: —Craig, lo que le ha pasado es profundamente preocupante. Debe saber que hay ayuda disponible, ayuda profesional, para procesar estos recuerdos recuperados y para comprender la experiencia.

—Gracias —respondió Craig—. Pero tengo mis acuarelas.

—Su estado emocional parece fracturado —observó Gerry—. El abuso no es algo que deba tomarse a la ligera y...

—No me lo estoy tomando a la ligera. Encontraré mi camino de nuevo. —Se señaló la cabeza—. Esta vez sin que nadie me hurgue aquí dentro.

—La recuperación de un trauma requiere sin duda apoyo profesional, sobre todo cuando los recuerdos reprimidos resurgen de forma tan repentina.

Craig apretó la mandíbula con terquedad, una vena le latía en la sien. Los ruidos institucionales —metal contra metal, voces que resonaban por pasillos de hormigón, el constante zumbido de fondo del confinamiento— parecían ir in crescendo a su alrededor, como si la propia prisión estuviera enfatizando la naturaleza ineludible de la situación de Craig.

—He tomado una decisión..., o lo que queda de mi cabeza.

Frank asintió, respetando los límites del hombre a pesar de sus preocupaciones. —Si cambia de opinión, o si recuerda algo más sobre Styles o sus otros pacientes, hágaselo saber al agente Wilson. Él sabe cómo localizarnos.

Cuando concluyeron la entrevista, Frank habló un momento a solas con Wilson y le hizo una petición especial.

Después de que el personal de seguridad procesara su salida y recuperaran sus pertenencias, Gerry dijo: —¿Qué le has pedido al guardia?

—Ya lo verás, Gerry, muchacha. No eres la única genio por aquí. —Miró su reloj—. Le doy una hora antes de que descubramos qué nos está ocultando Craig. Hasta entonces, me gustaría contarte lo que pasó anoche. —Frank la miró—. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Bien. Busquemos una cafetería.

45

Encontraron una cafetería con encanto, lo que suponía un grato contraste con la ruidosa e infernal mole de piedra de la que habían salido quince minutos antes.

Por desgracia, aquello no sirvió de mucho para calmar los nervios de Frank. Lo de la noche anterior le había pasado factura de verdad.

Echó un vistazo a una mujer que tendría más o menos su edad y que intentaba convencer a un niño pequeño reticente para que comiera; supuso que sería su nieto.

—¿No decías que no te gustaban las cafeterías? —preguntó Gerry, abriendo su botella de agua mineral.

—Las odio. —Frank sacó la bolsita de té de la taza—. Pero me gusta el té de Yorkshire.

Dejó el móvil sobre la mesa; no quería perderse la llamada de Wilson. No tardaría en producirse. Estaba seguro. Después de más de cuatro décadas de servicio, tenía el instinto muy afinado en los interrogatorios y sabía que Craig había ocultado algo importante, algo que se aclararía muy pronto.

—Venga —respiró hondo—. Vamos a quitarnos de en medio la bronca. Ya sé cómo disfrutas con eso.

Gerry dejó la botella. —Frank, ¡jamás te he echado una bronca por nada!

Él enarcó una ceja. —¿Acabas de decir eso? ¿De verdad?

—Sí.

Repasó algunos ejemplos de sus casos anteriores: los comentarios sobre su dieta, sobre si fumaba, sobre su coche. —¿Y a eso cómo lo llamarías?

—Consejos —dijo ella.

—Vale, consejos. Te pillo. Bueno, pues a ver cómo reaccionas a esto. —Le habló de la casa okupa que llevaba vigilando los últimos meses.

Vio que fruncía el ceño.

—Algunas noches, apenas tres horas de sueño —suspiró él.

Gerry frunció el ceño todavía más. Faltaba poco.

—Drogadictos y...

—Ya sé lo que intentas, Frank. Ve al grano.

Él asintió. —Admiro tu contención.

—Porque es tu vida. Tus hábitos nocturnos son asunto tuyo. Yo solo puedo señalar los hechos. Dormir tres horas por noche no es un estilo de vida saludable.

—¡Tú solo duermes cuatro horas!

—Sí, pero medito dos veces al día y echo siestas reparadoras los fines de semana. Encuentro el equilibrio. Pero, en fin, ¿qué pasó?

—Bueno, pues recuperé la mochila.

—¿La que registraste y que estaba totalmente vacía?

—Sí, solo que no lo estaba. O, al menos, no creo que lo estuviera, porque si no, ¿para qué habría vuelto? El caso es que la registré a fondo. —Bebió un sorbo de té—. Ropa vieja, ropa interior raída. Olía fatal, pero lo metí todo en la lavadora. Nunca se sabe, quizá vuelva a necesitarla. Al principio, fue lo único que encontré, pero no iba a cometer el mismo error otra vez, así que empecé a inspeccionar las costuras y el forro, y encontré un desgarrón.

Levantó la vista hacia Gerry, se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó con cuidado una fotografía ligeramente arrugada, que dejó sobre la mesa entre los dos. —Esto es lo que encontré, y creo que es lo que vino a buscar.

Un niño pequeño, de unos dos o tres años, estaba sentado en un columpio, riendo. Llevaba un sombrero de sol amarillo. Debajo del columpio, tumbado, había un muñeco de Woody. Detrás de él se

veía una casa grande con unos jardines bien cuidados. Gerry le dio la vuelta.

«Diciembre de 2023» estaba garabateado en el reverso.

Frank miró al niño de la mesa de al lado, que ahora aceptaba contento la comida de su abuela.

—¿Tú crees que soy abuelo? —preguntó, volviendo a mirar a Gerry.

46

Dejó que Gerry lo procesara mientras se tomaba el té.

Se le ocurriría algo; siempre se le ocurría algo.

—Hay varias formas de averiguarlo —dijo ella al cabo de un rato.

Al notar que se le saltaban las lágrimas, Frank se secó la cara con el dorso de la mano antes de que Gerry pudiera verlas.

—En la foto se ve parte de la casa. Podríamos intentar localizarla. Hay buenos programas informáticos para eso. Pero, para empezar, no podemos dar por hecho que Maddie haya tenido un hijo —dijo ella.

—¿Y por qué si no le iba a dar tanta importancia a esta fotografía? —preguntó Frank.

Gerry asintió. —Lo admito, es plausible… Vale…, podemos solicitar los registros hospitalarios de los niños nacidos de mujeres sin hogar o transeúntes en 2020 y 2021. Luego… bueno, sabemos que en 2023 Maddie no estaba con este niño, porque estaba contigo…

—Entonces, ¿con quién estaba?

—Es probable que lo diera en adopción. Sobre todo si dio a luz sin tener un hogar. Así que miraré las listas de adopción.

Frank asintió. —Bien pensado, Gerry. Si me pones sobre la pista, yo haré el trabajo duro.

—¿Por qué? Sé lo que me hago. Seré más rápida y más eficiente.

Él negó con la cabeza. —Si me meto en esto, no quiero meterte en un lío.

—No lo harás, Frank. Sé lo que me hago.

—Oh, ya lo sé. Pero escucha, yo estoy para el desguace y tú tienes toda tu carrera por delante. No voy a permitir que corras ningún riesgo.

—Yo tomo mis propias decisiones.

—Ya. —Frank se guardó la fotografía de nuevo en el bolsillo—. Nunca me has demostrado lo contrario, Gerry, pero no, ponme sobre la pista. —Volvió a mirar el móvil—. Debería ser pronto.

Aunque no pudo evitar que la duda empezara a invadirlo: ¿se había excedido en su confianza de que Wilson le devolvería la llamada con una novedad importante?

Fuera, la lluvia empezó a golpear los cristales.

Miró a Gerry. Vio que sus ojos se movían de un lado a otro, inquietos.

Era un iluso si creía que podía detenerla. Aunque, en realidad, debía de haberlo sabido cuando le enseñó la foto. Suspiró para sus adentros.

Deberías haberlo sabido, Frank.

Ya era demasiado tarde, pero intentó cambiar de tema. —Te toca.

—¿Que me toca qué? —Gerry frunció el ceño.

—Contar cotilleos.

—¿Cotilleos, Frank? ¿Desde cuándo sabes que me dedico al intercambio ineficiente e inexacto de información?

Frank se rio. —Me refería a lo que sea que me dejaste en el escritorio esta mañana y que te preocupaba que me hubiera puesto de mal humor.

Gerry desvió la mirada, con una extraña expresión de incomodidad en el rostro. —Ah. ¿Te has dado cuenta?

—Joder, últimamente estoy más lento que el caballo del malo, pero en serio, ¿tan poco perspicaz crees que soy?

—No poco perspicaz, solo preocupado.

—Gerry, ¿qué dejaste en el escritorio?

Ella no contestó.

—¿Gerry?

—Una carta.

—¿Sobre qué?

Ella suspiró. —Para que la leas más tarde.

Frank dudó. —Qué emocionante. No será tu carta de dimisión, ¿verdad?

—No.

—Bien, eso es algo. Venga, desembucha.

—Créeme, no querrás hablar de ello.

—Pues no hablaré de ello.

Gerry bajó la vista hacia la mesa. —Era una petición de seguimiento. Sobre la boda.

¡Eso no se lo esperaba! Tragó saliva, y un rubor le subió a las mejillas. —Tienes razón. Quizá no sea el momento.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos.

Al final, Frank la miró, con expresión suavizada. —En realidad, no, eso me hace demasiado predecible. Hablemos de ello. ¿Qué decía la petición de seguimiento?

—Lo que te imaginas.

—¿Qué es?

—Quiero que me lleves al altar.

—Joder, qué persistente eres, ¿no?

—No es persistencia.

—¿Eh? ¿Cómo se llama entonces? ¡No te rindes!

—No. Bueno, sí. —Se interrumpió.

Frank creía no haber visto nunca a Gerry quedarse sin palabras.

Finalmente, dijo: —Siento que es lo correcto. Seguir intentándolo.

—Vale, ¿entonces admites que es persistencia?

Ella le lanzó una mirada fulminante. —La persistencia es un factor clave para lograr resultados satisfactorios.

—En eso no te equivocas. Vale, no me lo cuentes ahora. La leeré. Lo prometo. La cogeré de mi escritorio. —Respiró hondo. Necesitaría un par de horas para armarse de valor para aquello. Tener que rechazarla de nuevo sería doloroso.

—La tengo en el móvil.

Tragó saliva.

Se le iluminó la cara al encontrarla y le deslizó el móvil por la mesa.

—Mira, ¿no sería mejor que hiciéramos esto más tarde?

—Una promesa es una promesa. Ahora o más tarde, ¿qué más da?

—Sí, pero siempre me cuesta leer en el móvil.

—Lo he ampliado al máximo.

—Qué considerada. —Frank cogió el móvil, se colocó las gafas sobre la nariz, entrecerró los ojos y leyó. A medida que leía, su expresión cambió de curiosidad a algo más profundo. Se había esperado datos y cifras. Una petición formal sobre la importancia de realizar ese ritual.

Pero era algo completamente diferente.

Y le provocó más lágrimas.

Levantó la vista. Gerry golpeteaba su taza con ese patrón familiar que delataba su ansiedad. Sabía que debía de estar deseando que Rylan estuviera con ella.

—Gerry…

Su móvil vibró con fuerza sobre la mesa, interrumpiéndolo.

Frank deslizó el dedo para contestar. —Inspector Jefe Frank Black —dijo, secándose las lágrimas de los ojos.

—Soy el agente Wilson.

—Ya sé quién es. —Frank le sonrió a Gerry—. Tenía razón.

—La tenías.

—Asegúrese de decírselo a mi inspectora. No creo que se crea que alguna vez tengo razón. Continúe, ¿qué tiene para mí?

47

De vuelta en el vehículo que habían recogido en el Cuartel General, Frank y Gerry escuchaban la grabación de una llamada que les había enviado Wilson.

Craig, tal y como había predicho Frank, había contactado con alguien para advertirle sobre la investigación.

—Victoria Mallinson. Me suena ese nombre —dijo Frank—. Averigüemos quién es…

—¿Es que no has estado siguiendo las noticias? —le interrumpió Gerry.

—No, no he tenido ni un segundo. ¿Por?

—Lo de Samantha Wells, que la atropellaron anteayer.

—Sí, Dios, qué espanto. ¡Claro, era ella! La chica acusada de empujarla. Defiende a esa organización benéfica, ¿no? ¿RESPONSE?

—REFLECT —le corrigió Gerry—. La han interrogado, pero todavía no se ha determinado si el empujón fue defensivo o agresivo.

—¿Eh?

—Afirma que Samantha fue muy insistente y que se le echó encima.

—Sí, no quiero hablar mal de alguien que está en cuidados intensivos, pero es muy avasalladora. —Frank había tenido sus más y sus menos con ella en el pasado. Varios casos atrás, se había

mostrado demasiado insistente con un sospechoso principal en una de sus investigaciones, casi provocando una tragedia.

—Y Victoria Mallinson también tiene trastorno de estrés postraumático. Dice que entró en pánico y perdió el control.

—La atacaron con ácido, ¿verdad?

Gerry asintió. —Sí, hace muchos años.

—¿Te parece bien si vamos para allá directamente, sin Rylan? —preguntó Frank.

Gerry asintió. —Rylan está hoy con la vecina, así que estará bien atendido. Además, creo que el factor sorpresa también es mejor, sin llamar antes.

Frank arrancó el coche, miró por el retrovisor y salió con cuidado.

Se dirigieron al norte. A su lado, Gerry investigaba y tecleaba notas.

Le concedió un buen rato y luego la apremió.

—Victoria Mallinson, cuarenta y ocho años, figura pública importante —dijo Gerry—. Nacida en 1977 en Sheffield. Sus padres eran profesores universitarios. Estudió Bellas Artes y Fotografía. Tenía veinticinco años cuando fue atacada a la salida de una discoteca por Matt Clegg en 2002.

—Joder —murmuró Frank.

—El ataque la dejó con cicatrices permanentes en el lado izquierdo de la cara y ceguera parcial en ese ojo.

Frank sintió que se le encogía el estómago al mencionar el ataque con ácido. La idea de que alguien alterara deliberadamente el rostro de otra persona —su identidad— con una crueldad tan calculada le provocó una oleada de náuseas. No pudo evitar imaginarse la cara de Maddie, intacta y hermosa, y la feroz protección que siempre había sentido por ella. ¿Qué le habría hecho a alguien que la hubiera herido de esa manera? La pregunta quedó suspendida en su mente, incómoda pero imposible de ignorar.

—¿Qué le pasó al cabrón que lo hizo?

—Se suicidó una semana después bajo custodia policial.

No es que sea una gran pérdida, pensó Frank.

—Entonces, ¿qué es eso de… cómo lo has llamado?

—¿REFLECT?

—Eso.

—Ella fundó la organización, pero, por supuesto, está respaldada por filántropos adinerados.

—¿Así que ahora es la cara de la organización?

Gerry lo miró, bastante atónita.

—No me refería a su desfiguración… ¡Me refería a que es la cabeza visible, la imagen pública…! ¡Ya sabes a lo que me refiero!

—Es más que una cabeza visible. Es su ponente habitual en actos políticos. Hace poco pronunció un discurso impactante en el Albert Hall y recibió una ovación con el público en pie. Ha estado asesorando al Gobierno sobre la legislación antidiscriminación.

—¿Casada? ¿Hijos?

—Divorciada. Su exmarido emigró a Sudáfrica. Adoptó un niño hace doce años. El niño tiene parálisis cerebral. Se llama Jake. Es popular. Por los motivos adecuados. Bueno, al menos lo era. La prensa la está haciendo pedazos.

—Les encanta hacer eso. Pero, supongo, ha metido a alguien en cuidados intensivos... ¿Cómo está Samantha?

—La cosa no pinta bien.

Frank suspiró. Siempre le había parecido bastante despreciable, pero eso no hacía que la situación fuera más fácil de tragar. —Es un mal asunto. Entonces, si Craig le está avisando sobre la investigación, ¿podemos suponer que Victoria también era paciente de Styles?

—Bueno, es mucho suponer, pero tendría sentido —dijo Gerry.

—Y si lo era, ¿podría el incidente con Samantha haberse desencadenado también? ¿De forma similar a como se ha desencadenado en Craig?

—No lo sé —dijo Gerry.

—Sí, nos estamos adelantando a los acontecimientos.

Cuando entraron en la calle de Victoria en Whitby, Frank soltó un silbido. La calle estaba llena de furgonetas de cadenas de televisión, fotógrafos con teleobjetivos y reporteros con libretas. —No te equivocabas cuando decías que era noticia de portada —dijo Frank, abriéndose paso con cuidado entre la multitud. Algunas cámaras se giraron hacia ellos, pero la atención de los medios seguía

firmemente centrada en la elegante casa victoriana al final de la calle.

Aparcaron y se dirigieron a la puerta principal, ignorando las preguntas que les gritaban los reporteros.

Alguien debió de reconocerlo, pues oyó que lo llamaban por su nombre.

Gerry llamó al timbre. Un momento después, la puerta se abrió.

48

Frank había visto innumerables heridas a lo largo de sus décadas en el cuerpo —cuchilladas, disparos, palizas—, pero había algo singularmente invasivo en el tipo de daño infligido a Vicky.

De hecho, no era solo violencia, era un borrado.

Un intento de deshacer la identidad de alguien.

Se sorprendió a sí mismo mirándola fijamente a la cara y apartó la vista con rapidez.

Recordó el aspecto irreconocible que Maddie había llegado a tener por culpa de su adicción. Marchita y demacrada, posiblemente al borde de la muerte. Transformada por la crueldad de las drogas.

—Inspector Jefe Frank Black —dijo, mostrando su placa—. Esta es la inspectora Gerry Carver.

Volvió a posar los ojos en ella, intentando que sus reacciones no fueran evidentes.

Lo que más le llamó la atención fue su ojo izquierdo. Aunque seguía ahí, descansaba sobre un lecho de piel dañada, con el párpado notablemente más caído.

De nuevo, pensó en Maddie y en cómo, cuando la había cuidado hasta que se recuperó el año anterior, había visto la vitalidad y el brillo volver a sus ojos.

Vio que Vicky no podía esperar una recuperación semejante, sobre todo en ese ojo, lo que le provocó una oleada de ira hacia Matt Clegg, el hombre que le había hecho aquello.

Vicky negó con la cabeza. —Usted dijo que si volvía a la comisaría esta noche, entonces no vendría a mi casa. Para no alborotar a los periodistas.

Frank se giró y vio el cerco de periodistas cerrándose en semicírculo en torno a ellos, con los flashes de las cámaras disparándose. Estuvo a punto de descargar sobre ellos la furia que había sentido segundos antes.

En lugar de eso, mantuvo la calma. Se volvió hacia ella para asegurarle que no se trataba de Samantha Wells. —No estamos...

—¡Dios mío! —Vicky retrocedió, llevándose una mano al pecho—. Está muerta, ¿verdad?

Frank negó con la cabeza. —No, no. —Se sintió fatal.

—No hemos venido por Samantha Wells —dijo Gerry. Su voz era la calma y la razón en medio del caos—. Creo que es mejor que hablemos dentro.

—¿Sobre qué?

Gerry señaló las cámaras con un gesto. —De verdad que sería mejor dentro.

—Por supuesto. —Victoria retrocedió, permitiéndoles entrar.

Vicky los condujo a un salón amueblado con gusto. Las pesadas cortinas estaban parcialmente corridas, atenuando la luz del día.

—¿Les ofrezco algo de beber? —preguntó Vicky, indicándoles que se sentaran.

—Estamos bien, gracias —dijo Frank, acomodándose en un sillón, mientras Gerry se sentaba a su lado.

—Gracias por recibirnos —dijo Frank—. Bien, esto podría sorprenderla —*pero no lo hará*, pensó, considerando la llamada de Craig—, tiene que ver con el cuerpo recuperado en el puerto.

—¿Es por eso? —se llevó una mano a la boca—. No será alguien a quien conozco, ¿verdad?

Mentirosa, pensó Frank. E incómodo, porque en un momento tendrían que destapar su engaño.

—¿Cuándo fue usted paciente del doctor Frederick Styles? —dijo Frank.

Su ojo sano se abrió de par en par, mientras que el otro permanecía tenso bajo la piel fruncida. —¿El doctor Frederick Styles?

Convincente. Pero claro, tenía experiencia actuando ante grandes multitudes en un escenario.

—Sí —dijo Frank—. ¿Usted fue paciente suya?

—Hace mucho tiempo. Sí.

—¿Cuándo?

—A ver... Hacia mediados de 2006. A principios de verano. ¿Junio, tal vez? Por aquel entonces yo lo estaba pasando mal con todo. Habían pasado unos cuatro años desde el ataque.

Por la misma época en que nuestro otro mentiroso, Craig, iba a su consulta, entonces.

—Lo siento, señora Mallinson, tuvo que ser muy duro —dijo Frank.

—Vicky, por favor. Y sí. El dolor se había vuelto soportable; había puesto fin a las operaciones. Pero la ansiedad, el pánico... eso no terminaba. Cada vez iba a peor.

—Me lo imagino. ¿Y cómo dio con el doctor Frederick Styles?

—Me lo recomendó una amiga de mi madre. Katrina Lewis. Tuvo problemas de TEPT tras presenciar un accidente de coche. —Frank miró a Gerry para comprobar que estaba tomando notas.

Innecesario, en realidad. Siempre lo hacía. E incluso si no lo hiciera, tenía la mejor memoria que él había conocido jamás.

—¿Cuándo fue esta Katrina a su consulta? —preguntó Gerry.

—A finales de los noventa, creo.

—¿Por qué?

—Ataques de pánico.

Frank intercambió una mirada con Gerry. Buenas noticias. Otra paciente que visitar.

—¿Sabe cómo podríamos ponernos en contacto con Katrina? —preguntó Frank.

—Falleció, me temo, no hace mucho.

O quizá no tan buenas noticias, pensó Frank con decepción.

—¿Tiene Katrina familia? —preguntó Frank.

—Sí. ¿Quiere que le pase la información de su hija?

—Sería fantástico —dijo Frank—. De acuerdo, dígame, ¿el tratamiento con el doctor Styles le ayudó?

Vicky asintió. —Sí.

—¿Hipnosis? —preguntó Frank.

—Sí, entre otras cosas. Sus tratamientos eran ciertamente diferentes a lo que yo había experimentado antes.

¿Diferentes? ¡Y que lo digas! —¿En qué sentido le ayudó?

—Trató directamente el trauma del ataque. El origen de mi pánico.

—Ya veo.

—Sí. Me dio cierta fuerza interior para apartar el pánico cuando aparecía.

—¿Cómo inducía su estado hipnótico? —preguntó Gerry.

—Principalmente con sonidos.

—¿Sonidos? —dijo Frank—. ¿Qué tipo de sonidos?

—Sonidos graves. Como de bajo, supongo. Usaba secuencias. Me cuesta recordarlas ahora, pero eso es lo que hacía.

—¿Y con eso le enseñó a alejar la ansiedad? —preguntó Frank.

—Sí, y había llegado a ser paralizante.

—¿Utilizó luces con usted alguna vez? —preguntó Gerry.

Vicky negó con la cabeza. —Que yo recuerde, no.

El sonido de unos pasos hizo que todos se giraran. Un adolescente estaba de pie en el umbral, mirándolos con recelo. Su pelo oscuro le caía sobre un ojo con un peinado cuidadosamente estudiado, y en la pierna izquierda llevaba un aparato ortopédico. Se apoyaba ligeramente en un bastón y mantenía el brazo izquierdo en una posición sutilmente distinta a la del derecho.

—Mi hijo, Jake —dijo Victoria.

Frank asintió. —Hola, chaval.

Gerry lo saludó con la mano.

—¿Quiénes sois? —preguntó Jake.

—La policía —dijo Vicky—. Solo me están haciendo unas preguntas.

A Jake se le entrecerraron los ojos. —¿Sobre Samantha Wells?

—No, es otra cosa —dijo Vicky—. Nada de lo que debas preocuparte.

—Soy el inspector jefe Black, y esta es la inspectora Carver —dijo Frank.

—¿Eres inspector jefe? —Al chico se le despertó el interés.

—Sí, así es, chaval, por mis pecados.

—¿De cuántos detectives estás a cargo?

—Depende. —Le guiñó un ojo—. Aunque, con la juventud de hoy en día, la verdad es que nunca siento que esté al mando. —Les dedicó una sonrisa a todos, pero nadie parecía estar de humor para su tipo de bromas.

Frank volvió a sacar la placa. —Puede que no lo parezca, pero puedo demostrarlo. ¿Quieres echarle un buen vistazo?

Jake se acercó y examinó la placa con fascinación. —Mola. Mejor que en la tele.

Frank se la entregó para que la mirara de cerca. Jake acarició la superficie plastificada.

—Aunque puede que el trabajo no sea tan emocionante como parece en la tele —dijo Frank.

—A Jake le encantan las series de crímenes —dijo Vicky—. Aunque tengo que verlas yo primero para comprobar si son adecuadas. —Vicky sonrió—. Jake, ¿podrías dejarnos a solas unos minutos?

—Vale —suspiró él, devolviéndole la placa. Se quedó mirando a su madre un par de segundos—. Pero luego quiero saberlo todo, ¿de acuerdo?

Vicky asintió.

Cuando se fue, Frank dijo: —Un chaval estupendo.

—Lo es.

—¡Desde luego quiere ser el hombre de la casa!

—Solo está preocupado por mí —dijo Vicky—. Su padre se fue hace mucho tiempo. Carga con muchas responsabilidades. Además, lo ha pasado mal. Los otros niños del colegio… han sido crueles últimamente, y ahora, con todo lo que ha pasado, la cosa va a ir a peor. —Suspiró.

Frank asintió con comprensión. —¿Puedo preguntarle cuánto tiempo estuvo viendo al doctor Styles?

—Seguro que lo sabe por los expedientes, ¿no?

Gerry le explicó que no se había recuperado ningún expediente de los pacientes.

—Entonces, ¿cómo han conseguido mi nombre?

—La mujer que trabajaba para él recordaba un par de nombres. —Frank sabía que era mentira, pero todavía no quería jugar la carta de Craig—. ¿Se acuerda de ella?

—Vagamente.

—¿Margaret?

—Sí. Parecía bastante agradable. —Se quedó con la mirada perdida.

—¿Entonces? —la apremió Frank.

Volvió a mirar a Frank. —¿Entonces… qué?

—¿Cuánto tiempo estuvo viendo al doctor Styles?

—Siete u ocho meses. Una o dos veces por semana.

Frank tomó nota. —Bien, aparte de la hipnosis sonora, ¿qué más recuerda del tratamiento?

—No mucho. La verdad es que estaba ida la mayor parte del tiempo. Era parte del proceso: me ponía en un estado determinado y, aunque estaba consciente en ese momento, los recuerdos de lo que había sucedido durante las sesiones simplemente, bueno, se desvanecían.

¿No le preocupaba lo que él estaba enterrando ahí dentro?, pensó Frank.

Gerry intervino, haciéndose eco de sus pensamientos. —¿Eso no le preocupaba?

Vicky se encogió de hombros. —Hizo que me sintiera mucho mejor. Parecía absurdo cuestionar lo que estaba haciendo. Cuando llegué allí, estaba en mi peor momento. Mi cerebro estaba atascado en el instante del ataque. La verdad es que estaba a punto de, bueno, acabar con todo. En ese estado, pruebas cualquier cosa. Y, como ya he dicho, me ayudó mucho a encontrar formas de controlar el pánico, los *flashbacks*. —Bajó la vista hacia una foto que había en la mesa y suspiró—. Es triste que haya muerto. ¿Qué le pasó? ¿Sufrió?

—Ya llegaremos a eso —dijo Frank.

—Entonces, ¿cómo se sintió mejor? —preguntó Gerry.

—Como le he dicho, simplemente conseguí apartar el terror cuando aparecía. Y, gracias a eso, se volvió cada vez menos frecuente. En los últimos dos años, apenas ha ocurrido.

—¿Hasta lo de Samantha? —preguntó Gerry.

—Sí. —Volvió a bajar la mirada—. Por desgracia, eso fue lo que pasó.

—Entonces, ¿la apartó físicamente? —preguntó Frank.

—He sido abierta y sincera sobre esto —dijo—. Es difícil de recordar. Sí, la aparté. Al dictáfono que me acercó a la cara. Eso hizo que ella trastabillara. No creo que la empujara a la calzada.

—Un conductor dice que pareció que sí lo hizo —dijo Frank.

—¿De verdad? La otra noche en comisaría, me dieron a entender que la visión del conductor no era tan clara. Sí, vio un movimiento brusco. Pero, como ya he dicho, invadió mi espacio personal y yo aparté el dictáfono de un manotazo.

—Entiendo —dijo Frank—. O sea, que no tiene nada que ver con la respuesta de defensa que le enseñó el doctor Styles.

—Bueno, quizás un poco. Evidentemente, activó mi trauma, pero estoy dispuesta a apostar que mucha gente habría apartado el dictáfono.

La voz de Vicky se mantuvo firme, pero Frank notó un fino temblor en su mano izquierda mientras reposaba en el brazo del sillón.

—Esa técnica de «apartar» que le dio el doctor Styles —insistió Gerry—. ¿Podría explicarla más concretamente?

La postura de Vicky se tensó de forma casi imperceptible. —No es apartar literalmente —replicó ella, ahora con un tono más frío—. Es algo mental. Un ejercicio de visualización.

—Y, sin embargo, con Samantha se manifestó físicamente —dijo Gerry.

—Eso fue diferente —le atajó Vicky, entrecerrando ligeramente el ojo dañado—. ¿Cuántas veces tengo que explicarlo? Instinto. Autoprotección. Además, ¿no se suponía que no íbamos a hablar de eso?

—De acuerdo —dijo Frank—. Pasemos a otra cosa. ¿Qué otros temas trataron en terapia?

Vicky parecía visiblemente frustrada. —Fue hace tanto tiempo…

—¿Habló alguna vez de eliminar recuerdos? —preguntó Gerry.

Ella negó con la cabeza.

Gerry se inclinó hacia delante. —¿Y sobre particiones, lugares en la mente para almacenar traumas y recuerdos?

—Me suena, pero me resulta difícil darle detalles concretos. Lo recuerdo todo borroso. Por aquel entonces no servía para nada.

—¿Recuerda cuándo terminó la terapia? —preguntó Frank.

—Sí. En 2007. Como ya le he dicho, había rehecho mi vida. Se me había ocurrido la idea de REFLECT. Quería ayudar. Ha sido un proyecto en desarrollo desde entonces. También me casé y adopté a Jake. Todo ocurrió porque ya no vivía constantemente paralizada por el miedo y el pánico. Así que debería estarle agradecida a ese hombre.

A no ser que él sea la razón por la que acaba usted de cometer un homicidio, pensó Frank. *Y, tal y como yo lo veo, va a ser difícil descartarlo.*

Frank asintió. —¿Sabe? También estamos investigando la conexión del Dr. Styles con un hombre llamado Richard Firth. ¿Le dice algo ese nombre?

Victoria negó con la cabeza. —¿No? ¿Quién es?

Gerry se lo explicó.

—No tenía ni idea —dijo Vicky—. ¿Dos identidades?

—Había hecho daño a gente —dijo Frank—. Era su vía de escape.

Ella negó con la cabeza. —Lo siento, pero no se parece en nada al hombre que conocí.

—¿Conocía a algún otro paciente del Dr. Styles?

—No —respondió ella. No vaciló como lo había hecho Craig, pero fue rápida.

Demasiado rápida.

—¿Está segura?

—Completamente.

A la velocidad del rayo.

No es que necesitara más pruebas.

—Señora Mallinson, voy a ponerle algo. ¿Le parece bien?

—Por supuesto.

—Creo que la sorprenderá y posiblemente la avergonzará, pero espero que sea capaz de dar una explicación racional.

Ella palideció.

Él cogió el móvil, buscó la grabación y le dio al play.

Odiaba que le mintieran, pero, en cierto modo, a Frank le sabía un poco mal hacer esto.

La vida que esta mujer había llevado hasta ahora había sido inimaginable.

De verdad que esperaba que su explicación fuera buena.

49

¿Hola? —la voz de Vicky sonaba cautelosa.

La línea telefónica crepitó.

—¿Hola? —repitió Vicky.

—Vicky, soy…

—¿Craig?

—Sí.

Hubo una larga pausa.

—Han pasado años —dijo Vicky.

—Lo sé.

—Más de diez.

—Lo siento, Vicky. —Su voz era más suave que durante el interrogatorio, casi tierna.

—Casi quince… No lo entiendo. ¿Por qué? Me esforcé tanto durante tanto tiempo… y luego, después de lo de Thomas… Dios, cuánto siento lo de Thomas. Quería hablar contigo. Ayudarte.

—Lo siento. Fue lo mejor. Mira lo que has conseguido. Estoy muy orgulloso de ti.

—Vale, ¿y por qué llamas ahora? Es por el accidente, ¿verdad? ¿Me has visto en las noticias?

—¿Qué accidente?

—Samantha Wells.

—¿Quién?

—La atropellaron ayer. Creen que la empujé.

—¿Qué? —Ahora, a Craig se le notaba aterrado—. No he oído nada de ningún accidente.

—Todo se está volviendo una locura, Craig. —Su voz tembló—. Todo.

La línea telefónica volvió a crepitar.

—¿Craig? Todo se está desmoronando. Y ahora llamas tú. No puede ser una simple coincidencia.

—No lo es —dijo Craig—. Yo también me estoy desmoronando. Escucha, no me queda mucho tiempo.

—¿Y si se muere? ¿Samantha? ¿Y si me acusan de haberla matado, Craig? ¿Y si voy a la cárcel? ¿Qué será de Jake?

—¿La empujaste?

—No. Por supuesto que no. Al menos, no de la forma que ellos creen. Fue todo muy confuso. Todos los coches se volvieron locos, pitando, y los ruidos, y entonces, de repente, bueno, todo había acabado.

Craig suspiró. —Escucha, Vicky. La policía ha estado aquí. En la cárcel. Haciendo preguntas.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Lo han encontrado.

—¿A quién?

—Al doctor Frederick Styles. ¿El cuerpo recuperado cerca del muelle?

—Oh, Dios.

—Ten cuidado, Vicky. Resiste. No quiero que vayan a por ti. No quiero que te acusen de nada, como me están acusando a mí. No quería esto para ti. Nunca lo quise.

Se oyó un sollozo ahogado por la línea. —Es demasiado tarde. ¿No me estás escuchando? ¿Samantha Wells? Ya está todo hecho pedazos. ¿Por qué dejaste de llamar? ¿Por qué rechazabas mis visitas?

Un denso silencio. —Te lo dije. Era mejor para ti. Y creo que fue la decisión correcta.

—Pero Thomas… Lo siento mucho, Craig.

Silencio.

—¿Craig?

—Sí. Ya hace mucho tiempo de eso.

—Pero, lo siento. Sé que lo adorabas.

Más silencio.

—¿Puedo verte? —preguntó Vicky—. Puedo ir a verte.

—No.

—¿Craig?

—Por favor, Vicky. No me pidas eso. Has hecho algo de provecho con tu vida. Tu vida ha sido mejor…

—¿Lo ha sido? ¿Y Samantha Wells?

—Saldrás de esta. Siempre lo hacías. Sabrán que no tienes nada que ver. Que no eres capaz de algo así. —Craig sorbió por la nariz—. Sabes, a veces te pinto, como antes.

La línea crepitó.

—Os pinto a todos —continuó Craig—. Cada curva, cada marca.

—Craig…

—El glaciar, la línea de la marea, el valle. —La voz de Craig se estaba quebrando—. No caigas, Vicky, como lo estoy haciendo yo. Recuerda lo que siempre me decías. Ahora controlamos nosotros los dados. Se acabó el dejar que otros los tiren por nosotros.

La llamada se cortó.

50

Vicky no se movió durante toda la grabación. Permaneció inmóvil cuando terminó y, entonces, su ojo izquierdo se llenó de lágrimas. Frank captó la atención de Gerry y, con un asentimiento de cabeza, le indicó que debían darle un momento.

Al cabo de un rato, se secó la cara con dedos temblorosos. —Lo siento. Acababa de recuperarme de la llamada y, al oírla de nuevo, en fin… —Sus ojos se movieron rápidamente entre los rostros de los inspectores—. Pero sé lo que están pensando y no es lo que parece.

—Ah —dijo Frank—. ¿De verdad que no? Parece que nos ha mentido. Le pregunté si conocía a alguno de sus otros pacientes.

—Sí, de acuerdo, bueno, eso fue mentira. Pero no tuvimos nada que ver con su muerte. Mire, solo se preocupaba por mí, por mi estado mental, como acaba de oír.

Frank bajó la vista a sus notas. —Craig consideró claramente importante hacerle saber que el cuerpo recuperado junto al muelle era el de Frederick.

Ella asintió. —Sí, porque ambos lo conocíamos. Pero ninguno de los dos sabía que estaba allí, ni que estaba muerto. Solo informaba de lo que le habían dicho ustedes. Supongo que la situación le trajo todos los recuerdos de golpe y necesitaba compartirlo con alguien.

—También nos dijo que no conocía a nadie más en terapia. Como usted —insistió Frank—. Parece que ambos querían ocultar su relación a toda costa.

Vicky se levantó de repente y se dirigió a una estantería cercana. Sacó una gran carpeta y regresó para abrirla sobre la mesa de centro.

Dentro de la carpeta había pinturas: obras vívidas y expresionistas que captaban el rostro lleno de cicatrices de Vicky con una honestidad brutal pero con una ternura extraordinaria. Los colores eran audaces, emotivos, y mostraban sus facciones bajo diversas luces y ángulos. Una la retrataba de perfil en la sombra, otra captaba su risa, con la cabeza echada hacia atrás. Todas estaban firmadas por Craig Stockdale.

—¿De verdad habría guardado esto si tuviéramos algo que ocultar?

Frank estudió las pinturas, impresionado por cómo Craig había transformado las cicatrices de Vicky en algo casi mitológico. La piel dañada no estaba oculta ni minimizada, sino celebrada, honrada. No eran solo pinturas de una mujer con cicatrices, eran mapas de supervivencia. Frank pensó en las cicatrices emocionales que él cargaba por la muerte de Mary, por la desaparición de Maddie: invisibles, pero igual de definitorias. Se preguntó qué aspecto tendrían su propio «glaciar», su «marca de la marea» y su «valle» si alguien pudiera ver en su interior.

—Háblenos de su relación —dijo Frank.

—Nos conocimos en la consulta de Styles. Un encuentro casual en la sala de espera.

—Estuvimos juntos casi cuatro años —dijo en voz baja—. Y luego, bueno, luego se acabó de repente. Un día me desperté y me enteré de que lo habían detenido por asesinato. Intentamos mantener la comunicación durante un tiempo; de hecho, lo visité varias veces, pero entonces, simplemente, cortó el contacto conmigo. Me dijo que siguiera con mi vida. Los abogados nunca dieron muchas esperanzas de que saliera. Empezó a rechazar las llamadas, las visitas. Le escribí algunas cartas, pero nunca respondió. Supongo que pensó que me estaba haciendo un favor.

Por muy triste que suene, pensó Frank, *probablemente así era.*

—Cuando me enteré de lo de su hijo, Thomas, en 2015… algo tan terrible… intenté ponerme en contacto con él de nuevo. Por

entonces yo ya estaba casada y tenía a Jake, pero quería darle el pésame. Pero, de nuevo, nada. ¿La llamada que acaban de oír? Es la primera vez que sé de él desde 2011.

—Si todo esto es verdad —dijo Frank—, ¿por qué nos mintió acerca de no conocer a ningún otro paciente?

Vicky giró la cabeza de un lado a otro, observando a Frank con una especie de lástima. —Quizá algunas cosas en la vida son simplemente sagradas —respondió Vicky, con la voz más firme—. ¿No ve lo que me pasó? Si tengo algo sagrado en mi vida, me aferro a ello.

—Pero él no se ha aferrado a usted, ¿verdad? —insistió Frank, sintiéndose un poco miserable por hurgar en la herida a alguien que claramente había sufrido tanto.

—Oh, sí que lo hizo, y yo sabía que lo hacía; si no, ¿por qué esa llamada? —Pasó a otra página de la carpeta: una pintura impresionante titulada «El Glaciar». Representaba la zona lisa y cerosa cerca de su sien donde los injertos de piel habían prendido, plasmada en fríos tonos azules y blancos. La siguiente, «La Marca de la Marea», mostraba la piel ondulada bajo su ojo con un detalle extraordinario. La última pintura, «El Valle», captaba el profundo surco que iba desde la boca hasta la oreja en cálidos tonos tierra.

—«El Glaciar» —dijo Vicky, trazando la pintura con la yema del dedo—. Frío, insensible, aparentemente permanente. La primera etapa del trauma: congelada, incapaz de sentir. —Pasó a la página siguiente—. «La Marca de la Marea». Donde la sensibilidad empieza a volver, pero de forma impredecible. Viene y va, como el mar. —Su voz se suavizó al mostrar la última imagen—. Y «El Valle». La parte más profunda, donde todo se acumula. Recuerdos, dolor, fuerza. —Levantó la vista hacia Frank—. Craig entendió que mis cicatrices no eran solo un daño, eran un viaje. La mayoría de la gente solo ve el resultado final, nunca el trayecto.

—Antes de conocer a mi marido, que por cierto, nunca me quiso como Craig, Craig me demostró que yo valía algo de nuevo. No fue el doctor Styles quien lo hizo con su hipnosis, en realidad fue Craig. Él fue el único que me entendió de verdad. —Gesticuló hacia su cara con las manos—. Que soy más que esto, mucho más. Me permitió

vivir de nuevo. En 2010, después de que entrara en la cárcel, pude crear REFLECT y, desde entonces, bueno, he luchado por una legislación que algún día debería hacer que más gente como yo sienta el valor que merece.

—¿Mató usted al doctor Styles? —preguntó Frank sin rodeos.

Ella se estremeció. —¿Por qué iba a hacerlo? Incluso si tuviera una razón de peso, ¿por qué iba a tirarlo todo por la borda? La oportunidad de ayudar a otros. Yo no soy lo más importante. Y además, es ahora cuando estoy empezando a darme cuenta del daño que debió de causarme.

Se levantó de nuevo y sacó un montón de álbumes de fotos de un armario. —Quería ser fotógrafa antes del ataque. Después, no soportaba estar a ninguno de los dos lados de una cámara. Pero he vuelto a aprender a documentar. —Abrió un álbum y les mostró unas fotos: ella con el primer ministro, con famosos en actos benéficos. Pasó a unas más antiguas—. Aquí está el doctor Styles. Estaba escribiendo un blog sobre mi proceso de recuperación. Quería ayudar a otros a entender el proceso. Asistí a algunos de sus eventos. De nuevo, como pueden ver, no tenía ninguna razón para odiarlo en aquel momento. Para querer hacerle daño.

Frank se inclinó hacia delante. Las fotos mostraban a Styles fuera de su centro de bienestar, una de él en su escritorio, otra de él de pie junto a Victoria en lo que parecía ser un evento benéfico. —¿Cuántas de estas tiene usted?

—No estoy segura. Veinte, treinta, en el ordenador.

—¿Podría enviárnoslas? —preguntó Gerry.

—Por supuesto. Inmediatamente.

Frank le entregó su tarjeta. —Eso sería de gran ayuda.

Victoria puso una mano sobre la carpeta de los cuadros. —No soy la persona que buscan ustedes. Styles me ayudó..., sí, de maneras que podrían ser cuestionables, pero me devolvió la vida. Pero de no ser por Craig, no la habría conservado. Y me está llamando ahora, me está advirtiendo, porque cree que mi vida vuelve a estar en peligro. —Se señaló la cabeza—. Pero no lo permitiré. ¿Me oyen? Se acabaron los secretos y las mentiras.

—¿De verdad? —preguntó Frank—. Entonces, ¿nos lo ha contado todo?

—Yo no le hice daño.

—¿Todo? —insistió Frank.

Ella asintió.

—Una última cosa —dijo Frank—. ¿Conoció alguna vez a un chico joven en la consulta de Styles? Habría llevado guantes. Se llamaba Kevin.

Victoria frunció el ceño y negó con la cabeza. —No, no recuerdo a nadie así.

Frank asintió, aunque su instinto le decía que aún había algo que ella no estaba compartiendo. —Necesitaremos tomarle declaración oficial sobre su relación tanto con el doctor Styles como con Craig Stockdale.

—Por supuesto. Quizá puedan organizarlo para cuando vuelva a la comisaría más tarde por el otro incidente.

—Eso mismo estaba pensando. Sí.

—Espere —dijo Gerry—. Antes, mientras estaba en internet, vi que tenía usted un evento de gala más tarde en el Museo Royal Armouries de Leeds. La cena anual de recaudación de fondos de REFLECT, ¿me equivoco?

Vicky sonrió. —Quienes lo financian todo no me quieren allí.

Frank asintió. Tenía sentido con la noticia actual.

—Yo creo que parece más una señal de culpabilidad. Pero no me dejarán.

Frank se puso de pie. —Avisaré en la comisaría de que va a prestar declaración.

—Por favor, envíe esas fotos —dijo Gerry.

—Inmediatamente, ya lo he dicho.

Fuera, caminaron de vuelta al coche en silencio. Una vez que estuvieron a salvo dentro con las puertas cerradas, Frank exhaló profundamente.

—Bueno, no hace falta ser un genio esta vez para saber que esa no es toda la historia.

—¿Por qué te has echado atrás entonces? —preguntó Gerry.

—Por la misma razón que lo hice con Craig. Irritarlos y luego ver qué hacen.

—Salvo que no puedes monitorizar su teléfono.

—No, no puedo, pero veamos qué pasa en la comisaría más tarde. No logro entender su necesidad desesperada de protegerse mutuamente si no lo mataron.

—No lo sé —dijo Gerry—. El nivel de intimidad que deben sentir el uno por el otro… Estaba claro en los cuadros y estaba claro en esa llamada. A ambos les violaron la mente. Ambos encontraron compañía en el trauma. Ahora, ambos tienen «fallos» en el sistema que el doctor creó.

La mente de Frank divagó hacia la descripción de Gerry de los muros de memoria que Styles había construido en sus mentes. —¿Sabes, Gerry?, he pasado la mayor parte de mi vida tratando de olvidar cosas —dijo en voz baja—. A Maddie en su peor momento. El funeral de Mary. Pero los muros que yo mismo construí con alcohol eran endebles en comparación con lo que Styles les hizo a ellos. Se metió directamente en sus cabezas y reorganizó los muebles.

—La diferencia —dijo Gerry, con su voz precisa como siempre—, es que tus barreras fueron elegidas. Las de ellos fueron impuestas. Tú siempre supiste de qué te estabas escondiendo. Ellos no.

—Sí. Entiendo lo que quieres decir. ¿Cómo no iban a ser ellos contra el mundo? —Frank asintió lentamente—. Pero necesitamos más, y rápido. No puedo evitar sentir que los tratamientos de este cabrón son como bombas de relojería, Gerry. Corriendo hasta que algo las detona. —La expresión de Frank se ensombreció—. Y entonces explotan.

51

Kevin estaba destrozando la habitación de su madre.

El suelo estaba cubierto de joyas, medicamentos, trozos arrancados de álbumes de fotos y diarios. Los escombros de su vida. Todo inconexo y desordenado.

Como yo. Como mi vida. Como mis recuerdos.

Necesitaba algo. Algo que lo atara todo.

Aquí, en esta habitación, había algo. Tenía que haberlo.

Se abalanzó sobre el tocador, abrió de un tirón el cajón superior y lo estrelló contra la pared. Más fragmentos llovieron sobre el suelo.

—Mentirosa, mamá. Puta mentirosa.

La emprendió con otro cajón, y luego con otro.

Mientras lo hacía, volvió a pensar en James, postrado allí, en los últimos momentos de su vida. Su muerte había sido inexplicable.

¿Por qué?

¿Qué creías que conseguirías envenenándolo, mamá?

¿Intentabas que dependiera de mí tanto como yo de ti?

Un cajón se hizo añicos contra la pared. La madera saltó en mil pedazos por todas partes.

¡Siempre fuiste tú!

Siempre tú.

Sin aliento, se apoyó en la pared; los recuerdos seguían llegando, vívidos y potentes.

Viscerales.

Abrió el armario de su madre y arrancó la ropa de las perchas. Las chaquetas de punto de ella conservaban aquel aroma a lavanda tan característico que siempre usaba; reconfortante y asfixiante a la vez.

La lana le arañaba las manos desnudas y en carne viva.

Sin aliento, se apoyó en la pared y cerró los ojos.

Vio a su madre, más joven, con una expresión compasiva, poniéndole la mano en la frente a James. —Oh, pobrecito. Tengo algo que te ayudará con eso.

Lo siento, Angela —pensó Kevin—. *Siento no haberlo sabido. No haberme dado cuenta.*

Recordó el termómetro marcando 104 °F y la insistencia de su madre:

—Todavía no hay que ir al hospital... piensa en todos esos gérmenes. Prueba esto otra vez. —Le había dado al pobre niño unos polvos blancos mezclados con zumo.

Angela... Debería haberlo sabido. A mí solía darme los mismos polvos blancos.

Se apartó de la pared, tras haber recuperado el control de su respiración. Apretó los dientes mientras las lágrimas le corrían por la cara.

Una marea de desesperación se le revolvió en el estómago hasta que no pudo más...

Tú lo mataste, mamá. Mataste a ese precioso niño.

Agarró el armario por un lado y lo volcó.

La enorme estructura de roble se tambaleó y luego se estrelló contra el suelo con un estruendo atronador.

Retrocedió de un salto, alejándose de la nube de polvo que se levantaba, tapándose la boca con asco.

Es lo mínimo que te mereces, Kevin... Respira esa porquería... lo sabías... en el fondo, siempre estuvo ahí. Lo sabías.

Cuando el polvo se asentó, vio un pequeño sobre marrón que había estado escondido detrás del armario.

Cayó de rodillas, lo agarró y lo abrió. Una única fotografía.

Era una fotografía de él —Kevin, con cuatro años—, de pie junto a su madre delante de una casita de campo. La luz dorada del

atardecer los bañaba en ámbar. Tenía las manos desnudas. Estaba sonriendo.

Esa casita. Conocía esa casita.

Allí es donde vivía mi padre.

Le temblaban las manos.

¡Antes de morir, ahí es donde vivía, y nosotros íbamos a visitarlo!

Otro recuerdo le vino a la mente.

Rápido. Ineludible.

Un adolescente.

Estaba en el instituto. Faltaba poco para sus exámenes de bachillerato.

¿Diecisiete, quizá?

Volvió a ver esa misma casita. Esta vez, sus muros de piedra brillaban bajo la luz de finales de verano.

Entonces entró y vio cómo el infierno se desataba de nuevo.

52

Wilson guio a Craig hasta la sala. Dos guardias los flanqueaban, manteniendo una distancia prudencial: lo bastante cerca para intervenir, lo bastante lejos para ofrecer una ilusión de confianza. Craig se percató de sus miradas recelosas, de cómo sus manos merodeaban cerca de las porras.

—No me falles, colega —dijo Wilson.

—No lo haré —replicó Craig.

—Tuve que suplicar para que nos dieran esta clase. Si vuelves a atacar a alguien, estoy acabado, ¿lo sabes? Me pondrán a limpiar los retretes.

—No tienes nada de qué preocuparte, de verdad —dijo Craig. Le sonrió a Wilson—. Siempre has sido justo conmigo. En otro lugar, en otro momento, habríamos sido buenos amigos.

Wilson entrecerró los ojos. —¿Seguro que te encuentras mejor? Has sonado bastante sentimental. Muy definitivo.

Craig sonrió. —Me siento lúcido. Quizá el torrente de recuerdos me ha aliviado la presión de fondo.

—¿Quieres que te eche una mano a prepararlo todo? —preguntó Wilson.

Craig asintió. —Siempre.

Juntos, desplegaron los lienzos, llenaron los botes de agua y dispusieron los tubos de pintura y las paletas con una precisión metódica.

Vicky acudió a su mente: su rostro de perfil, un foco de luz que resaltaba los surcos de sus cicatrices. «Píntame a mí. A mí. No lo que ven ellos. Lo que ves tú».

Colocó los pinceles, contándolos en silencio.

Thomas fue el siguiente en aparecer en sus pensamientos: trece años, frente a un lienzo, con la punta de la lengua asomando por la comisura de los labios, agarrando un pincel. «¿Qué te parece? ¿Está bien?».

Craig se dio cuenta de que le faltaba un pincel. Volvió a comprobar la bolsa de material y echó un vistazo rápido al suelo para ver si se le había caído. No. Con pulso firme, volvió a meter la mano en la bolsa para coger una caja sin abrir y sacó un pincel nuevo.

Dispuso los pinceles en una línea perfecta.

El turno de Morris: dos años atrás, sosteniendo su primera acuarela terminada con un orgullo manifiesto. «Jamás pensé que yo valiera para esto, C.».

Craig contempló la escena.

La sala estaba lista para la clase.

La clase más importante de su vida.

Porque después de la clase, se lo contaría todo.

La verdad.

Lo habían seguido, habían confiado en él, y ahora que lo sabía todo..., ellos también lo merecían todo.

Su gente.

Los primeros en escuchar su verdad.

Morris entró en la sala. Se acercó inmediatamente y abrazó a Craig.

Detrás de ellos, Wilson carraspeó.

Morris no lo soltó.

—Sin contacto físico, Morris —dijo Wilson.

Craig retrocedió, rompiendo el abrazo.

—A un buen tipo no hay quien lo tumbe —dijo Morris, mirando a Craig de arriba abajo.

¿Buen tipo? Qué poco sabes. —Por fin entiendo quién soy, Morris. Todo cobra sentido.

Morris enarcó una ceja. —Me alegro de oírlo. O eso creo.

Craig sonrió mientras su mejor amigo se dirigía a un caballete.

Fueron entrando más reclusos: Alan con su permanente ceño fruncido, Phil gesticulando de forma exagerada mientras le describía algo a Jayden, que asentía educadamente mientras preparaba sus materiales.

Cada hombre le dedicó a Craig un asentimiento o un discreto reconocimiento. El alivio por su regreso era evidente en sus miradas.

Entonces apareció Nathan, detenido en el umbral, con esa expresión de incertidumbre que se había convertido en parte indisociable de su identidad.

Craig asintió para animarlo. —Entra, Nathan, por favor. *Porque tú eres la razón por la que hago todo esto. Tú y todos los demás que necesitáis que esta puta vida os devuelva algo.*

Observó cómo el joven elegía su caballete.

—Bien, chicos —dijo Craig, dirigiéndose a la sala—. Hoy vamos a hacer algo diferente.

—Siempre estamos haciendo algo diferente —dijo Phil.

—Sí, pero hoy es aún más especial.

—¿Y eso por qué? —preguntó Phil.

—Bueno, caballeros, hoy vamos a pintar la verdad.

53

El móvil de Vicky vibró.

Mel, otra vez.

Esta vez para comprobar si Vicky estaba lista para su visita a la comisaría. Le había pedido un taxi.

Mel era un tesoro.

De ahora en adelante, Vicky esperaba que los demás la dejaran de lado, que olvidaran que había existido. Pero Mel no. Mel, nunca.

Abrió el portátil y navegó por la página de Facebook de REFLECT. Ya estaban apareciendo fotos de la gala de esa noche.

Vio a Diana Cunningham, la impecable directora de relaciones públicas de la organización benéfica. Estaba inmaculada, vestida de azul noche, rodeada de famosos y políticos.

La segunda opción de la junta directiva. «La opción preferida para algunos», pensó. «Y, en adelante, la opción preferida por todos».

Ver que todo seguía adelante sin ella era doloroso.

Durante mucho tiempo, ella había sido el mayor reclamo.

Pero aquello era la prueba de que todo podía continuar sin ella.

En cierto modo, era algo bueno, y debería estar agradecida por su sostenibilidad, pero era difícil no reconocerlo con cierta amargura.

—Bien jugado, Diana —susurró Vicky, dando otro sorbo de vino —. Pero ten cuidado: el mundo tiende a pasar página rápidamente, y no siempre contigo.

El móvil le notificó un titular de noticias y, de repente, le ardió el lado izquierdo de la cara. —Dios, no.

La reportera del Whitby Gazette, Samantha Wells, muere a causa de sus heridas.

Se masajeó el tejido cicatrizado que le ardía, pero el dolor fantasma continuó, sin remitir. Se le cortó la respiración y la habitación pareció inclinarse.

Por un momento, no estaba en su salón, sino de vuelta en West Cliff aquella horrible mañana, viendo cómo el cuerpo de Samantha se desplomaba contra el parabrisas del coche.

Volvió a oír aquel golpe seco y repugnante.

Cerró los ojos y oyó el eco del líquido salpicándole la cara todos aquellos años atrás.

Esa noticia solo significaba una cosa.

Era el fin.

Fue dando tumbos hasta la cocina y se terminó el vino. Allí, echó mano de la botella. Pensó en el bote de Valium que guardaba en el armario de la cocina.

Jake estaba en su cuarto. Perder el control no era una opción.

Se apoyó en la encimera. Tenía que mantener el control, pero solo podía pensar en el Valium abriéndose paso por su torrente sanguíneo, difuminando los bordes afilados de su pánico, suavizando los colores brillantes a su alrededor.

Haciendo que los sonidos le llegaran con retraso, como si viajaran a través del agua.

Ansiaba esa disociación familiar que una vez había sido su única vía de escape de las miradas constantes, los dedos acusadores, los comentarios susurrados.

Cerró los ojos y entonces, como un cuerpo ahogado, aquel momento afloró de nuevo.

El rostro de Matt Clegg, deformado por la ira, el dolor y quizás la confusión sobre lo que sus instintos le impulsaban a hacer, encarándose con ella a la salida de la discoteca. El aire estaba cargado con el sonido de los bajos que retumbaban en el interior. «¡Mírame cuando te hablo!». Estaba gritando, chillando. Entonces,

arrojó el contenido del vial. El líquido trazó un arco en el aire, atrapando la luz de la farola como si fueran diamantes.

Ahora eran sus gritos.

Su dolor. Sus gritos. Nada más.

—Mamá...

Abrió los ojos. Jake estaba de pie en el umbral de la puerta.

Bajó la mirada y vio los cristales rotos a sus pies. Se le había caído la copa de vino sin siquiera darse cuenta.

Pasó por encima de ellos y fue hacia él. —Cuidado con los cristales. Ahora mismo lo recojo.

Él le cogió las manos. —He visto las noticias —dijo.

Tenía los ojos muy abiertos. Su entendimiento superaba su edad. La forma en que le agarraba las manos era una señal de que ofrecía consuelo, no de que lo buscaba.

Ella agachó la cabeza.

Había llegado la hora de la verdad.

Jake se la merecía.

Mel también.

De hecho, todos se la merecían.

Se levantó y lo guio con cuidado para que esquivara los cristales. —Ve a prepararte para salir, Jake... ponte el traje.

—No lo entiendo. ¿Vas a la comisaría? —Su voz vaciló ligeramente, la seguridad en sus ojos contradecía la esperanza infantil de su pregunta.

—Por favor —dijo ella, sonriendo. Se secó una lágrima y luego se dirigió a su dormitorio.

Se acercó a su armario y eligió un conjunto con esmero. Nada demasiado elegante.

Luego, mientras se vestía, oyó de nuevo la voz de Craig en su cabeza.

No caigas como lo estoy haciendo yo.

Se miró un momento al espejo, pensando en la expresión de sorpresa de Samantha mientras tropezaba hacia atrás, hacia su final.

Y el rostro de Matt, deformado por la ira, el odio, la confusión.

«¿Y si merezco caer, Craig?», pensó.

Abrió su joyero y sacó un pequeño colgante de plata, un regalo que Craig le había hecho hacía años. Dentro había una reproducción en miniatura de su primer retrato de ella. Se lo apretó contra el pecho, le dio un beso y se lo colgó del cuello.

De vuelta en el salón, observó los cristales rotos en el suelo y volvió a mirar hacia el armario donde estaba el Valium.

Por mucho que lo deseara, había tomado la decisión correcta.

Jake estaba ahora detrás de ella. Iba vestido elegantemente. Le besó la frente y le apretó suavemente los hombros. —Jake, eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Mamá, ¿adónde vamos?

—A contar la verdad. ¿Qué clase de madre sería si no lo hiciera? —Le ahuecó la cara entre las manos.

—¿La verdad sobre qué?

—A veces, las historias que nos contamos a nosotros mismos no son ciertas, Jake. A veces necesitamos ayuda para ver lo que es real.

—No tienes ningún sentido, mamá.

—Lo tendrá. Venga.

Fuera, en el taxi, cambió el destino.

—A la comisaría no. Llévenos al Museo Royal Armouries.

54

Frank siempre había pecado de impaciente.

Sin embargo, no fue hasta que conoció a Gerry que se dio cuenta de la gran desventaja que suponía.

Gerry era capaz de concentrarse en cualquier cosa, absolutamente en cualquier cosa, hasta que la respuesta estaba clara, mientras que él, si le daban la oportunidad, habría arrasado con las existencias de una tabaquera y una destilería.

Regresó de liarse otro cigarrillo rápido y tomarse otra taza de té para encontrar que la atención milimétrica de Gerry seguía centrada en las veintiocho fotografías proporcionadas por Vicky Mallinson, colgadas en el tablón de la investigación.

Veintiocho fotos de Frederick Styles en su día a día. A él le parecían todas iguales. Un médico pomposo y con sobrepeso deambulando por un local pequeño. ¿Seguro que Vicky no podría haberse conformado con una o dos?

No obstante, se dio cuenta de que, en su ausencia, Gerry había reorganizado las fotografías en un orden distinto.

Se apartó. El vaho del té de Yorkshire le empañó un poco las gafas. —¿Por qué las has cambiado de sitio?

—He organizado las fotos cronológicamente, a lo largo de unos dos años —dijo Gerry—. Empezando aquí. —Señaló una foto de Styles en la puerta del Centro de Bienestar, posando con dos dependientas de la tienda de al lado—. Y terminando con este acto

benéfico. —Señaló la última foto, tomada en un salón de actos. Un grupo grande de gente sonriendo.

—¿Y qué hacía Vicky en el acto benéfico? —preguntó Frank, dejando la taza sobre un escritorio. Se quitó las gafas y las limpió con la manga.

—Dijo en el correo adjunto que el doctor Styles vio que se le daba bien la cámara y le pidió que fuera.

—Vale. ¿Has visto ya algo interesante?

—Sí —dijo Gerry, señalando una imagen.

Frank se puso al lado de Gerry y volvió a colocarse las gafas.

—Mira en el fondo, aquí.

Frank entrecerró los ojos y luego, con tono frustrado, dijo: —Gerry, chica, si apenas distingo el primer plano.

Ella desprendió la foto del corcho y se la entregó. Él la acercó y la alejó hasta que pudo enfocar el fondo lo mejor posible. —Frederick, al fondo. Solo… No tendré que hacer esto veintisiete veces más, ¿verdad?

—Fíjate en la mujer que tiene al lado.

—Joder, ¿esto es un examen de la vista? —Movió la foto hasta que pudo distinguirla—. Sí, ya la veo.

—Mírale la mano.

—¡Ja! Ni de coña, no sin una lupa.

—Bueno, pues tiene la mano apoyada en la parte superior del brazo de ella.

—¡Joder, tienes vista de lince!

—Por la expresión facial de esta mujer, sé que quiere que la mano de él esté ahí.

—Joder, ¿no harían falta más píxeles para eso? —Se encogió de hombros—. Y quizás un título en lenguaje corporal —añadió por lo bajo.

Gerry descolgó otra foto. —Prueba con esta. Una iniciativa de salud mental. Puedes…

—No me lo destripes. Se me daba bastante bien «¿Dónde está Wally?». Voy a probar… ¡Ah, ahí está! Otra vez al fondo, cerca de ese… ¿pilar?

—Sí. Ahora mira a su lado.

—¿Para encontrar al perro de Wally?

Se rio de su propio chiste. Gerry, por supuesto, ni se percató. Y aunque lo hubiera hecho, no le habría prestado la más mínima atención.

—Sí, ahí está esa mujer otra vez.

—Esta es más difícil, pero sospecho que van de la mano. El ángulo de sus brazos lo sugiere. Me atrevería a decir que estos dos tienen una relación íntima. Ella está parcialmente oculta, como si se mantuviera deliberadamente fuera del encuadre principal. Y aparece así en unas tres fotografías más.

Sonrió. —¡Gerry, chica, debes de haber comido zanahorias a espuertas!

—No tiene nada que ver con la vitamina A, Frank. Es que aquí hay bastante luz.

—¿Y qué tiene que ver la vitamina A con nada?

—Es la vitamina A de las zanahorias la que ayuda a la visión con poca luz.

Gruñó. —Pero sigue siendo por las zanahorias. —No estaba seguro de si le irritaba su propia ignorancia o la increíble base de conocimientos de Gerry, que aniquilaba todos sus intentos de humor —. Entonces, ¿quién es esta mujer? Quiero decir, cualquiera que intime con este tipo debe de tener un motivo oculto… o, como mínimo, haber sido hipnotizado. —Se interrumpió, considerando que él tampoco era un adonis.

—Sugiero que enviemos las imágenes a la Científica, a ver si podemos mejorarlas, ampliarlas y pasarlas por el reconocimiento facial.

—Buena idea. ¿Alguna novedad sobre esa pluma de la vitrina de Firth? Parece que Carmichael & Sons le están dando más largas al asunto que la última vez.

—Estaba a punto de insistir —dijo Gerry.

La puerta de la oficina se abrió con un crujido. Clara entró en la Sala de Incidentes.

—¿Qué tal, Clara?

Frank notó la emoción en su rostro, normalmente sereno. Esto le gustaba.

—Señor, he encontrado algo —dijo ella.

—Mis tres palabras favoritas —dijo Frank.

Le había pedido hacía menos de una hora que investigara a Katrina Lewis, la mujer que, según Vicky, le había recomendado a Styles en primer lugar.

Clara pasó junto al escritorio y conectó su tableta a la pantalla principal de la Sala de Incidentes.

Una imagen granulada apareció en la pantalla. Una mujer atractiva de largo pelo oscuro.

Frank asintió. —¿Esa es Katrina, entonces?

—No. Es su hermana.

—¿Cómo?

—Mientras investigaba a Katrina, descubrí que su hermana mayor, Elizabeth, fue empleada del doctor Richard Firth.

—Joder —dijo Frank, sintiendo que se le oprimía el pecho.

—Elizabeth trabajó como secretaria del doctor Richard Firth entre 1988 y 1995, hasta que él desapareció.

—Y, sin embargo… —Frank pensó en voz alta, haciendo los cálculos mentalmente—. Katrina, la hermana de Elizabeth, ¿le recomienda el doctor Frederick Styles a Vicky? ¡Joder! Eso no es una coincidencia. ¿Elizabeth está viva?

Clara asintió.

Frank sintió una descarga de adrenalina y se giró para ver a Gerry de nuevo junto al tablón, descolgando una foto.

Los ojos de Gerry se entornaron con una concentración intensa. —Esta es Elizabeth.

Gerry le tendió una foto a Clara, quien, tras entrecerrar los ojos para ver a través de sus gafas, asintió rápidamente. —Sí, es ella. Más mayor que en esta foto que tengo, pero sin duda es ella.

—Maldita sea —dijo Frank—. ¿O sea, que trabajó para él hasta que desapareció y luego se lió con él después de que cambiara de identidad y le recomendara a su hermana, Katrina?

—Quien a su vez acabó recomendándoselo a Vicky.

—Elizabeth es el nexo, Clara. Un trabajo excelente. Ambas. —Se frotó las manos—. Ahora, ¿dónde está y cómo podemos encontrarla?

—Voy a buscar los datos —dijo Clara.

—Por cierto, ¿cuál es su nombre completo? —preguntó Frank.
—Elizabeth Ingham.

55

Robin's Eye Cottage.

Kevin estaba de pie al final del camino de grava.

Ahora, al ver la casa, sentía como si la conociera de toda la vida.

Y, sin embargo, ayer, o incluso unas horas antes, si le hubieran presionado, no habría tenido ni idea de que existía.

Y pensar que había estado aquí a los cuatro años. Un lugar tan bonito y tranquilo. Y, aun así, su vida resultaría ser todo lo contrario.

Cerró el coche con llave y se acercó a la puerta principal.

¡Qué contraste!

Este idílico refugio costero con sus impresionantes vistas. Salvaje y natural. En contraposición a la estéril prisión en la que se había encerrado.

¿Era aquí adonde pertenecía de verdad?

¿En lugar de un sitio saneado hasta el punto de la asfixia?

¿Es esto lo que de verdad me robaste, mamá?

Y papá también, por supuesto.

Porque ahora lo recuerdo. Lo recuerdo todo.

Respiró hondo el aire salado.

¿Es esto lo que podría haber tenido si no me hubierais editado la mente como un puto manuscrito?

El móvil le vibró en el bolsillo.

No contestó.

No hacía falta.

Sería del hospital otra vez. Y ya sabía lo que dirían.

Se ha ido.

Podía sentirlo a su alrededor. Un vacío.

El vacío donde una vez había estado ella.

Le crujieron los pies sobre la grava. El mar rompía contra los acantilados de abajo, con su ritmo constante y antiguo.

No sabía muy bien qué venía después.

Lo único que sabía era que le habían mentido.

Que lo habían convertido en víctima de quienes deberían haberlo cuidado.

Kevin levantó la mano y miró los guantes con asco.

Sacudió la cabeza, se arrancó los guantes y los tiró al suelo.

También se quitó la bolsa de mascarillas que llevaba colgada del cuello y la arrojó al suelo.

Símbolos de control.

Se acaba ahora.

Llamó a la puerta.

Se oyeron unos pasos que se acercaban. Un cerrojo giró. La puerta se abrió. El doctor Raymond Firth estaba allí.

Su expresión se mantuvo neutra por un momento, pero al final sus ojos se abrieron de par en par. —Ah —dijo.

—Hola, tío.

—Me alegro de verte.

—¿De verdad?

Kevin se encogió de hombros.

Hubo un largo momento de silencio. El reloj de pie del vestíbulo hacía tictac, marcando segundos que se alargaban como horas.

Kevin ladeó la cabeza, estudiándole el rostro, buscando rastros de sí mismo en la frente alta, la forma de la mandíbula, los ojos penetrantes.

—¿Cuándo lo has recordado? —preguntó Ray.

—Hoy.

—Ya veo.

—Pasa —dijo Ray, haciéndose a un lado.

Kevin cruzó el umbral y miró alrededor de la casa donde había presenciado lo impensable.

Sus ojos se posaron en la puerta del despacho, a un lado.

El despacho en el que su mente había sido dividida, compartimentada, reorganizada para servir al propósito de otro.

—Entonces, Kevin, si estás aquí, supongo que lo has recordado todo.

Kevin asintió.

—¿Todo?

—Creo que sí.

—Será mejor que pases, entonces —dijo Ray, señalando hacia el salón.

Mientras Kevin entraba, el sol se ocultó tras las nubes y las sombras se alargaron a su alrededor.

56

—C, ¿qué pintamos exactamente cuando dices «la verdad»? —preguntó Alan.

—Literalmente eso —respondió Craig sin levantar la vista de la paleta, en la que mezclaba amarillos y naranjas—. Todo el mundo tiene algo que no dice. Ahora es vuestro momento de decirlo.

—Pero ¿y si no quiero que nadie lo sepa?

—Bueno, no pasa nada —dijo Craig—. Nadie espera que expliquéis la verdad en vuestro cuadro si no queréis.

Phil bufó desde el rincón.

—Pues mi verdad es que yo no debería estar aquí.

Una oleada de risas ahogadas recorrió la sala. Hasta Wilson, que montaba guardia junto a la puerta, bufó.

—Bueno, es la verdad. ¿Y cómo pinto eso?

—Pinta la injusticia. Pinta la rabia. Lo que haga falta para que sea sincero.

El grupo empezó.

Había un silencio sepulcral.

La ausencia de las bromas habituales entre los artistas era absoluta.

Parecía que pintar la verdad era una tarea solitaria, que no debía ser enturbiada por las voces de los demás.

Craig compuso su escena con esmeradas capas. Primero el sol, que proyectaba una luz dorada sobre la ladera de una colina. Luego,

la silueta de una figura solitaria, sentada en la cima, con un libro abierto en el regazo.

Craig miraba a Nathan con frecuencia. El joven trabajaba con una concentración intensa, con el rostro serio. Aunque no podía ver lo que pintaba, Craig notaba que se basaba mucho en los azules y los grises.

Era extraordinario lo mucho que Nathan le recordaba a Thomas. Tenían la misma expresión. Seria, decidida a hacer las cosas bien. Ese deseo juvenil de triunfar.

Craig añadió los últimos retoques a su cuadro: sombras que se alargaban sobre la hierba, el cuerpo del hombre vuelto hacia el sol poniente, el rostro iluminado mientras leía.

—He terminado, y me gustaría compartirlo —anunció Craig finalmente, dejando el pincel—. Por supuesto, todos podéis continuar después y, como he dicho al principio, nadie tiene que compartirlo si no quiere.

Craig giró el caballete.

—Esta es mi verdad —dijo, con la voz firme a pesar de la emoción que se le acumulaba en el pecho—. La luz del sol. La claridad. Ver la esencia de todo bajo un cielo despejado.

—Eso es muy profundo, C. —dijo Morris.

—Pero esta no es mi verdad. No exactamente. Es la verdad que busco —dijo Craig—. Muchos de vosotros me teníais en muy alta estima. —Miró a Morris, y luego a Wilson—. Creíais que estaba satisfecho, que tenía las respuestas para todos, que poseía esta claridad. Pero todo era mentira. Os engañé a todos, igual que me engañé a mí mismo.

Craig continuó, con voz cada vez más fuerte:

—Vivo, y casi siempre he vivido, en las sombras. Sin saber muy bien qué era real, qué era correcto. —Deslizó un dedo sobre el horizonte, sin tocarlo, por miedo a emborronar la pintura—. La muerte de Thomas, el asesinato, que no pude recordar hasta ayer… nada de eso parecía real. O, al menos, sincero. Como la luz de una vela parpadeando en una pared oscura. Podía ver formas, pero ¿entender qué las proyectaba? Bueno, eso es harina de otro costal.

Hizo una pausa, esperando un comentario, una o dos pullas, sobre un posible consumo de drogas. Pero la sala permaneció en silencio.

Después de todo, eran sus amigos.

En ese sentido, había tenido suerte durante aquellos años envueltos en tinieblas.

Y lo que pasa con los amigos es esto: pueden perdonar, de verdad que pueden.

—Mirad, como un médico me señaló una vez, la verdad puede ser su propia sombra. Y esas sombras pueden ser mucho más oscuras que las sombras en las que me he estado escondiendo, pero sin esto… —Señaló el sol de su cuadro—. Sin la luz de verdad… ¿qué sentido tiene nada? —Recorrió con la mano la figura sentada en la colina—. He terminado de esconderme. Este soy yo de verdad. No falso. No manipulado. La respuesta es hacer las paces. Encontrar la redención. No esconderse en la oscuridad.

Se dio la vuelta y se secó las lágrimas del rostro.

El silencio se mantuvo durante un largo momento.

Finalmente, Morris dijo:

—Te queremos, C.

Alan se unió:

—¡Eso, eso!

Algunos de los otros repitieron las palabras, mientras Phil decía:

—Si no fuera por ti, C, muchos de los que estamos aquí nos habríamos perdido en esas putas sombras hace mucho tiempo.

Craig se giró.

No se molestó en secarse las siguientes lágrimas.

Su emoción era evidente.

Y era la verdad.

57

Parecía que no habían quitado a Vicky de la lista de invitados, y consiguió entrar en el museo Royal Armouries. También convenció al personal de seguridad para que la escoltaran a ella y a Jake.

De camino, el brillo de las copas de champán y el exceso de joyas la abrumó hasta marearla. Aunque lo más probable era que se debiera a los puros nervios por lo que estaba a punto de hacer.

Ricos donantes se mezclaban con políticos, famosos posaban para los fotógrafos y voluntarios con acreditaciones de REFLECT colgadas al cuello se abrían paso entre la multitud con sonrisas ensayadas. Todos ellos estaban demasiado ensimismados como para percatarse de su llegada.

Por desgracia, eso no duró mucho. Cuando se dieron cuenta de su presencia, el ruido disminuyó y los susurros la siguieron a su paso.

Cuando ella y Jake llegaron a la zona de bastidores, Mel corrió hacia ella, pálida y con los ojos como platos.

—¡Vicky! ¿Por q…?

—Mel, escucha —la interrumpió, y luego alargó la mano para posársela en el brazo—. Antes de… bueno…, antes de que pase lo que va a pasar, necesito que sepas que te quiero. Que siempre has sido maravillosa conmigo.

El cumplido no devolvió el color a las mejillas de Mel.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué va a pasar? Vicky, tienes que estar en la comisaría. Greg Knight, el abogado de la junta, también te está esperando allí… Aún no es tarde…

—Sabes que ha muerto, ¿verdad? ¿Samantha Wells?

Mel bajó la vista con tristeza.

—Lo siento…, pero con más razón deberías estar allí, en la comisaría.

Mel miró a Jake y luego de nuevo a Vicky.

—¿Por qué has traído a Jake?

Vicky sonrió.

—¿Jake? —se dirigió Mel directamente al chico.

Jake negó con la cabeza.

—No lo sé.

Vicky se señaló su sencillo vestido negro, elegante pero discreto.

—Voy demasiado arreglada para la comisaría, ¿no crees?

—Lo que dices no tiene sentido.

—Todavía no. Pero lo tendrá. Tengo que estar espectacular por última vez. Tú estabas conmigo cuando compré este vestido, ¿recuerdas? Me dijiste que me quedaba muy bien y…

—¡Vicky! Para ya —Mel se inclinó más hacia ella—. ¿Has bebido?

—No… bueno, sí, un poco —se inclinó y susurró para que Jake no la oyera—. Pero nada de Valium, te lo prometo. Voy a salir esta noche, como estaba previsto originalmente.

Mel negó con la cabeza, con los ojos más abiertos que nunca.

—Vicky, no puedes hacer eso.

—Mel, por favor. Sabes que puedo. Siempre has sido maravillosa conmigo. No nos enfademos por esto.

—No estás pensando con claridad.

—Nunca lo he tenido más claro.

—A tu alrededor, Vicky, hay gente que te quiere, y yo me incluyo. Estamos preocupados por ti y queremos que descanses, lejos de todo esto.

—¿De verdad? Aparte de ti, Mel, ¿me quieren? Y Craig. Él me quería de verdad. De verdad de la buena. Adoración. No con lástima… ni con intriga…; él me miraba porque quería mirarme. ¿Recuerdas cuando solía pintarme? Creo que ahora —dijo mirando

alternativamente a Mel y a su hijo—, aparte de vosotros dos, él era la única otra persona que de verdad me hacía feliz.

—¿Por qué hablas ahora de Craig? —preguntó Mel—. ¿Después de todos estos años? ¿A qué viene esto? Mierda… Vicky… ¡Ahí viene Zara!

—No esperaba menos de nuestra estimada presidenta —dijo Vicky con una sonrisa.

—Vicky, siento lo que ha pasado con Samantha, pero este no es el momento adecuado —dijo Zara al acercarse—. Para nada.

—Entonces, ¿cuándo será el momento adecuado? —Vicky se volvió para encararla.

—Bueno… —Zara, por primera vez, pareció quedarse sin palabras.

—No creo que el momento vuelva a ser adecuado nunca más. ¿Usted sí?

Se hizo un silencio sepulcral. Vicky sintió que Jake se apretaba más contra su costado.

Zara miró a Mel.

—¿Podrías llevarla dentro y prepararle una bebida caliente…?

—¿Y perderme mi discurso? —la interrumpió Vicky.

Zara palideció, con la boca ligeramente entreabierta.

—Mire, Zara. Le agradezco todo. Sin usted, esto quizá nunca habría despegado. Pero la verdad es que yo empecé esta organización benéfica, lo que significa que tengo derecho a despedirme.

Zara negó con la cabeza.

—Escuche, sé cómo se siente, pero este no es el foro adecuado.

Vicky miró hacia el escenario.

—No… Yo creo que es perfecto.

Sintió la mano de Zara en el brazo.

—Vicky, la prensa está por todas partes.

—Lo sé.

—¡Por eso tenemos que ser estratégicos! Necesito tiempo para decidir cuál es nuestro mejor movimiento.

—No necesita tiempo —dijo Vicky, al darse cuenta de que otros miembros de la junta se acercaban, ansiosos por unirse a la

conversación—. He tomado una decisión.

Se giró y empezó a caminar con paso firme hacia el escenario.

Zara la llamó.

—Esto destruirá todo lo que hemos construido. Todo lo que usted ha construido.

Vicky miró hacia atrás.

—No, de hecho, creo que lo fortalecerá.

A un metro del escenario, otra miembro de la junta, Penny Bris, intentó agarrarla. Vicky se zafó.

—Tóqueme, Penny, y gritaré tan alto que el personal de seguridad volverá aquí y evacuarán el lugar.

A un lado del escenario, vio a Diana Cunningham repasando sus notas para el discurso de clausura. Su vestido azul noche, estratégicamente elegido a juego con la imagen de REFLECT, captaba la luz mientras practicaba sus gestos. Dos miembros de la junta, Felix y Lorraine, ajenos a su inoportuna visitante, rondaban cerca, asintiendo en señal de aprobación a las frases ensayadas de Diana.

Cuando Diana vio a Vicky con Jake a cuestas, se le cayó una de las tarjetas del discurso, que cayó revoloteando al suelo.

Abrió la boca para hablar, pero no le salieron las palabras.

—Lo siento, Diana —dijo Vicky—. La próxima vez será toda suya, pero tengo que salir ahí una última vez.

—En absoluto —dijo Lorraine.

—¿Por qué? —preguntó Diana, mientras su pulcra fachada se resquebrajaba ligeramente al mirar alternativamente a los miembros del consejo y a Vicky.

—Porque la verdad lo es todo —dijo Vicky, sin más.

Zara había vuelto. —Vicky, como su amiga y como presidenta de esta organización, le pido que reconsidere lo que sea que esté planeando. No arruine la organización benéfica.

—Os quiero a todos —dijo Vicky, recorriendo con la mirada los rostros de las personas que habían apoyado su proyecto durante años. Su mirada se detuvo especialmente en Mel.

Miró a Jake. —Ve con Mel, Jake.

—Mamá...

Vicky se arrodilló, haciendo una ligera mueca de dolor, y cogió la cara de su hijo entre las manos. —¿Recuerdas lo que hablamos en casa?

Él asintió.

—Este es ese momento. —Le besó la frente—. La verdad lo es todo. Te quiero más que a nada en este mundo. Así es como se para a los que abusan de ti. No te escondes en las mentiras. Das la cara por lo que es real y honesto.

—Lo sé —susurró él—. Te quiero.

Vicky se incorporó y miró más allá del grupo, hacia la entrada del escenario. —Voy a salir ahora mismo. Podéis presentarme o me presentaré yo misma.

Los miembros del consejo se miraron unos a otros, atónitos.

—Como queráis. —Vicky los atravesó.

Diana la cogió del brazo.

Vicky se volvió para reprenderla, pero Diana estaba sonriendo.

—Buena suerte.

Vicky le tocó el pelo perfectamente peinado a Diana, su maquillaje inmaculado. —Solo recuerde por qué empezamos esto. Nunca se trató de parecer perfectas. Se trataba de que nos vieran exactamente como somos. Con nuestros defectos y todo. —Luego se tocó el pecho, justo debajo del cuello—. Y usted, Diana, es guapa por dentro y por fuera, y la persona perfecta para estar al frente de esto cuando yo ya no esté.

Diana tocó los dedos de Vicky en la parte superior de su pecho y sonrió.

Vicky retiró la mano, atravesó el telón y subió al escenario. Los focos la encontraron de inmediato.

La multitud, que esperaba la pulcra aparición de Diana, soltó un grito ahogado al unísono. Los flashes de las cámaras centellearon. Los susurros se extendieron como una onda por el público.

Vicky se acercó al micrófono con paso firme. Se aclaró la garganta. El sonido retumbó en el silencio.

—Buenas noches —comenzó, con voz firme a pesar del ligero temblor de sus manos—. Para quienes no me conozcan, soy Victoria Mallinson, fundadora de REFLECT.

La multitud se removió, incómoda.

—Estoy segura de que muchos de ustedes han visto las noticias hoy. —Vicky hizo una pausa, permitiendo que el peso de lo no dicho se cerniera sobre la sala—. Samantha Wells, una periodista del Whitby Gazette, ha muerto esta tarde a causa de las heridas sufridas al ser atropellada por un coche hace dos días.

Un silencio sepulcral se apoderó del salón de baile. Incluso los camareros se quedaron paralizados.

—El accidente ocurrió momentos después de una interacción conmigo —continuó Vicky—. La policía está investigando si la empujé hacia la trayectoria de ese coche.

Los flashes de las cámaras estallaron de nuevo, ahora más frenéticos.

—Esta noche no estoy aquí para hablar de apariencias —dijo Vicky, con voz cada vez más firme—. Estoy aquí para hablar de la verdad. Porque sin verdad, todo lo que hemos construido no es más que una bonita mentira.

Se agarró a los bordes del atril.

—Todos ustedes saben que hace veintitrés años, un hombre me arrojó ácido a la cara a la salida de una discoteca en Sheffield. Se llamaba Matt Clegg. —Sus dedos se movieron inconscientemente para trazar el dibujo de sus cicatrices: el glaciar, la marca de la marea, el valle—. Todos lo saben, porque se lo he contado una y otra vez. Pero hay una cosa que nunca les conté. Nunca les conté por qué.

58

—Tenemos noticias sobre Elizabeth Ingham —dijo Clara, dejando el móvil.

Frank se irguió bruscamente al frente de la Sala de Incidentes.

—Ha muerto, inspector.

Frank golpeó la mesa en la que estaba sentado con las palmas de las manos. —Joder. —Se quitó las gafas y se frotó la frente—. Perdone, ¿cuándo ha muerto?

—Hoy.

—¿En serio? Maldita sea. Qué puta mala suerte.

—Hace un par de horas. Acabo de hablar con el hospital. Sepsis, al parecer. Se le presentó de repente después de que la ingresaran a principios de esta semana con neumonía.

—Joder… De acuerdo… Pasemos a los parientes más cercanos.

—Tiene un hijo que vive en su casa —dijo Sean, que se había unido a ellos en la Sala de Incidentes treinta minutos antes—. Según el historial laboral, Elizabeth Ingham se cogió la baja por maternidad en 1990, cinco años antes de la desaparición de su jefe, Richard Firth. No estaba casada en aquel entonces.

Frank asintió y agitó un dedo. —Ya veo por dónde vas. ¿Sugieres que ese hijo podría ser de Firth? Es una posibilidad muy remota, Sean. Solo porque no estuviera casada…

Sean pareció bastante molesto. —Si me dejas terminar, jefe.

Frank levantó las palmas de las manos en un gesto apaciguador. —¿Para que tu conjetura parezca menos remota, hijo?

—No figura ningún padre en el certificado de nacimiento…

Frank respiró hondo. Interesante. —Sospechoso… Consideremos la posibilidad menos remota. ¿Algo más?

—Se llama Kevin.

A Frank se le abrieron los ojos como platos. —¡Me cago en la leche! ¿Cómo dices?

—Kevin Ingham. —Sean sonrió.

Frank miró a todos los presentes en la sala. —Vale, vamos a cuadrar las fechas. ¿Qué edad tendría Kevin cuando Kylie jugaba al Conecta 4 con él?

—La edad que ella dijo —respondió Gerry—. Unos trece o catorce años.

—Más información sobre Kevin, por favor —dijo Frank.

—Ya estoy en ello —dijo Clara.

Varios minutos después, Clara los puso al día. —Kevin tiene un TOC de contaminación grave desde la infancia. Múltiples hospitalizaciones por ello. Ha probado con siete terapeutas diferentes, cuatro regímenes de medicación, dos ingresos. Sin mucho éxito con ninguno de ellos. Supongo que eso explicaría los guantes que Kylie recuerda que llevaba. —Flexionó las manos y luego se desplazó hacia abajo, leyendo—. Pasa la mayor parte del tiempo confinado en casa, lo ha estado durante la mayor parte de su vida adulta. Aunque tiene estudios universitarios en línea. Se sacó la carrera de Psicología…

—¿Psicología? —resopló Frank—. Fíjate qué cosas. Quizá heredó ese gen de un tal Richard Firth. No puedo evitar pensar que quizás tengas razón en esto, Sean.

—No creo que podamos concluir que es el padre por un certificado de nacimiento a medio rellenar —añadió Gerry con pedantería.

—Supongo que Kevin está en el hospital, ¿no? —preguntó Frank.

Esperaron mientras Clara contactaba de nuevo con el hospital.

Tras colgar, dijo: —No. Al parecer, no. Estuvo al principio, pero se fue ayer. No ha vuelto. Han intentado informarle, pero todavía no

han hablado con él.

Frank asintió. —Así que no sabe lo de su propia madre. —Miró su reloj—. Sean, pega un toque a Reggie y a Sharon… ya deberían haber terminado de hablar con la empresa que alquiló la propiedad del Centro de Bienestar después de Styles… ponlos al día y pídeles que se dirijan a casa de Kevin Ingham.

Sean asintió.

—Y diles que es posible que aún no sepa lo de su madre cuando lleguen, así que tienen que darle la noticia con tacto.

—De acuerdo.

Frank se miró sus propias manos, planas sobre la mesa y palpitando ligeramente tras su pequeño arrebato. Respiró hondo, reconociendo que la frustración por el misterio que rodeaba a su hija y a aquel niño lo estaba dejando al límite. Quería terminar este caso para poder centrarse en eso.

Se dio cuenta de que Gerry había vuelto a centrar su atención en el ordenador, con los dedos tecleando a un ritmo que hacía que el método de Frank de escribir con dos dedos pareciera prehistórico.

Después de que Sean hiciera la llamada a Reggie, Clara levantó la vista. —Tengo más sobre Kevin.

—Dispara —dijo Frank.

Tenía la espalda recta como un palo mientras hablaba, sin apartar la vista de la pantalla.

—Nunca se formó para ser psiquiatra —continuó Clara.

—Visto lo visto, gracias a Dios —dijo Frank.

—Pero ha desarrollado un programa de IA. Se llama…

—¿IA? —interrumpió Frank.

—Inteligencia Artificial —explicó Clara.

—¿Qué, robots?

Todos lo miraban con las cejas arqueadas.

—IA significa robots, ¿no?

—No, inspector —dijo Clara.

Frank se sonrojó. —Tengo sesenta y cinco años —dijo a la defensiva—. Ponme al día, entonces.

Clara lo hizo.

—Bueno —dijo Frank, encogiéndose de hombros—, era de esperar, supongo. La mayor parte de mi vida no ha estado gobernada por ordenadores.

Clara tosió, con una expresión incómoda. —EmPathAI, diseñado para proporcionar terapia cognitivo-conductual a través de una interfaz de conversación. El Servicio Nacional de Salud lo ha estado probando. Ha mostrado un potencial impresionante.

Frank entrecerró los ojos. —¿Eh?

—Ha diseñado un programa informático que utiliza IA para tratar a personas con enfermedades mentales —explicó Sean.

—¿Pero no es psiquiatra? —preguntó Frank.

—Por eso hace que la IA lo haga —dijo Clara.

—Pero eso tampoco es un psiquiatra, ¿o sí?

Todos se miraron. Por sus expresiones faciales, se dio cuenta de que admitían que tenía razón.

—Joder —dijo Frank—. Psiquiatras robot y alguien que usaba la hipnosis para reescribir recuerdos. A lo mejor debería jubilarme mañana y escribir un puto libro.

Todos volvieron a mirarlo. Sus expresiones lo decían todo. No creían que el que Frank escribiera un libro fuese una buena idea.

—La verdad, ¿para qué molestarse? —dijo Frank—. ¡Haré que el puto robot con IA lo escriba! Perdone, Clara, ¿algo más?

—Sí, ha tenido acceso a numerosos historiales de pacientes para perfeccionar su sistema. Más de mil historiales anónimos, según esto. No estoy segura de hasta qué punto es ético...

—¿A cuánta gente ha tratado esa máquina robótica con IA?

—EmPathAI ha tratado a... —Cambió de pantalla y se desplazó hacia abajo—. A doscientas tres personas, a fecha de ayer.

—Maldita sea. ¡No tenemos personal para investigar a doscientos tres pobres diablos!

—No tendremos que hacerlo, todo está siendo supervisado. Es seguro y las técnicas de TCC están bien documentadas.

Gerry giró su portátil.

—He encontrado un artículo en *Tech Innovations Monthly* de hace tres meses. «EmPathAI: ¿Apoyo revolucionario para la salud mental o un campo de minas ético?».

—Déjeme adivinar —dijo Frank—. Se decantaron por «revolucionario», ¿no? Pues puede decirles que yo me he decantado por lo segundo.

—El artículo es bastante imparcial, la verdad —respondió Gerry, ojeando el texto—. Citan mucho a Kevin, que insiste en que EmPathAI no pretende sustituir a los terapeutas humanos, sino complementarlos y aumentar la accesibilidad para quienes no pueden salir de casa.

—Eso es lo que dicen todos antes de que las máquinas tomen el control —masculló Frank—. Me suena haber visto una película así.

—La TCC es una terapia segura —continuó Gerry, ignorando su comentario—. Como ha dicho Clara. Nada de hipnosis ni manipulación de la memoria.

—Mmm —dijo Frank—. ¿Y si el robot está hipnotizando o manipulando a los que lo supervisan?

Sean sonrió.

—Me gusta. Eso no dejes de ponerlo en tu libro, jefe.

—Salvo que, ¿y si no es solo un cuento? —dijo Frank, que empezaba a acalorarse bastante.

—No hay pruebas que sugieran... —empezó Gerry.

—Gerry —la interrumpió Frank—, este chaval ha vivido aislado la mayor parte de su vida, según todos los indicios, con una madre que estaba conchabada con un hombre que pensaba que reescribir los recuerdos de la gente era una idea cojonuda. Y ahora tiene un robot..., perdón, una IA..., que puede meterse en la cabeza de la gente. —Abrió las manos—. ¿Ven por dónde voy?

—Los sistemas de IA no pueden «meterse en la cabeza» de la gente —dijo Gerry—. Son meros algoritmos de reconocimiento de patrones que...

—Todos hemos visto *The Terminator* —la interrumpió Frank.

Sean soltó una risita.

—¿Qué es *The Terminator*? —preguntó Gerry, frunciendo el ceño.

—Vale, bueno, usted no la ha visto —dijo Frank—. Pero estoy seguro de que los demás sí. ¿Sean?

—Por supuesto. ¿Arnold Schwarzenegger? «Volveré».

—Exacto.

La expresión de Gerry permaneció impasible.

—Creo que no la he visto —dijo Clara.

—¡Tienen que haberla visto! ¿Skynet? ¿La IA que decide que los humanos son el problema e intenta aniquilarlos?

—Lo acabo de buscar en Google, Frank —dijo Gerry con cuidado, como si le explicara algo a un niño—. Es ciencia ficción. Los sistemas de IA actuales no poseen autoconciencia ni capacidad de tomar decisiones de forma autónoma.

—Ya —Frank asintió solemnemente, negando con el dedo—. Eso es exactamente lo que quieren que piense, Gerry, hija.

Sean resopló y luego intentó disimularlo con una tos cuando Frank le lanzó una mirada.

Frank suspiró.

—Ustedes sigan con lo suyo.

Volvió a las fotos del tablón. Las recorrió de nuevo con la mirada, entornando los ojos ante las imágenes de Styles —Firth—, o quien demonios fuera. La sonrisa de suficiencia del hombre parecía burlarse de él desde ultratumba. Sus dedos recorrieron el borde de una de las fotografías, la uña enganchándose ligeramente en la esquina mientras sopesaba las conexiones.

¿Era tu hijo?, pensó. *Y si lo era, ¿lo sabías? ¿Lo sabía Kevin? ¿Fue por eso por lo que te mataron? ¿O, como cree Oxley, seguimos dando palos de ciego con un puto suicidio?*

Aun así, cuando había familias de por medio, los secretos parecían acumularse y acumularse en un cajón oculto, hasta que se desbordaban por los bordes.

Frank pensó en Maddie, en la foto del niño que podría ser su nieto. Secretos de familia. Mentiras. Todo desbordándose por los bordes de aquel cajón.

59

Kevin estaba de pie en el centro de la casa de campo que había sido de su padre.

Tenía buenos recuerdos de cuando venía aquí de niño.

No tenía tan buenos recuerdos de cuando estuvo aquí con diecisiete años.

Aquellos recuerdos eran sencillamente atroces.

Las motas de polvo danzaban en el haz de luz que se colaba por la ventana. Las siguió con la mirada, mientras su mente calculaba automáticamente su trayectoria, intentando averiguar cuántos millones podían estar posándose sobre su piel desnuda. Cada una, una amenaza en potencia: invasores microscópicos que buscaban una entrada a través de sus poros, por debajo de sus uñas, hacia los vulnerables conductos de su sistema respiratorio. Le temblaron los dedos.

Fuera, cuando se había arrancado los guantes protectores, había creído que podría mantener a raya la ansiedad ahora que sabía la verdad.

Estaba empezando a darse cuenta, por desgracia, de que las cosas no funcionaban así.

Ray, su tío, le ofreció algo de beber.

Por supuesto, se negó.

Una taza sucia, tocada por manos desconocidas, llena de un líquido de origen incierto. Se le cerró la garganta ante la mera

sugerencia.

—Vayamos al grano —dijo Kevin—. Quiero que me confirmes la verdad.

—¿La verdad? —dijo Ray—. Un concepto vago.

Kevin apretó los puños. —No para mí. Ciñámonos a la verdad como aquello que ocurrió de verdad. A lo que es y fue.

Ray enarcó una ceja. —Lo que parece que fue y lo que parece que es.

Kevin entrecerró los ojos. No estaba allí para acertijos.

Ray se acercó a la estantería y pasó los dedos por los lomos de los volúmenes encuadernados en piel. —Mi hermano, tu padre, tenía una perspectiva bastante particular sobre la verdad. Creía que si la verdad cambia en la mente consciente, entonces eso se convierte en la verdad.

—Creer una mentira no la convierte en verdad.

Ray se encogió de hombros. —¿Ah, no? Todo lo que sentimos y creemos proviene del pensamiento consciente. Así que, ¿qué importa realmente todo lo demás?

Kevin resopló. —Bueno, supongo que les importa a quienes rodean al individuo en cuestión; a los obligados a sufrir. En mi vida ha habido gente que ha sufrido. Un niño pequeño sufrió. Una madre sufrió. ¿Cómo puedes estar ahí, encogiéndote de hombros, sabiendo lo que sabes? Mi propia madre me envenenó, una y otra vez, me hizo enfermar. Casi mata a alguien... y al final mató a alguien.

Ray asintió. —¿Y por qué todo lo que acabas de decir no puede ser simplemente una versión de la verdad? ¿Por qué no cambiarla por otra versión? ¿Una más aceptable?

—Porque fue real. Tan, tan... —Hizo una pausa mientras su piel se erizaba con sensaciones fantasmales: el recuerdo de la fiebre, de las sábanas empapadas en sudor, de la mano fría de su madre en la frente, reconfortante y aterradora a la vez—. ...jodidamente real. Sin la verdad, ¿en qué se basaría un tribunal?

Ray sonrió, pero la expresión no le llegó a los ojos. Hizo un gesto abarcando la habitación. —¿Te gustaría ver más de la casa? A tu padre le encantaba estar aquí...

—Y aquí murió.

—Sígueme.

Mientras se movían, los ojos de Kevin rastreaban por costumbre los posibles puntos de contaminación: los interruptores de la luz con su acumulación de grasa y células de la piel. Mantuvo los brazos pegados al cuerpo, con cuidado de no rozar las paredes ni los muebles.

—La primera vez que mi padre se fue, cuando yo tenía cinco años... —preguntó Kevin—. ¿Puedes decirme por qué me abandonó?

—Nunca te abandonó, Kevin. Simplemente estaba en problemas. Tenía que irse. Y ya sabes que volvió a ti, en cierto modo.

—Pero ese no era mi padre, en realidad. Era un médico. Yo quería un padre.

—Lo entiendo, pero de no ser por la creación de Frederick Styles, tu padre se habría arruinado de todos modos.

Kevin se detuvo. —¿Pero cuál es la diferencia? Se arruinó de todos modos. Solo que de una manera más bárbara, una que me vi obligado a presenciar.

Ray inspiró hondo y espiró. —Continuemos.

Recorrieron la casa, pasando junto a fotografías de paisajes enmarcadas. El lugar olía ligeramente a sándalo.

Ray se detuvo ante una puerta cerrada y se hizo a un lado.

Kevin se adelantó y tocó la puerta. Se estremeció y retiró la mano. Los recuerdos de lo que había ocurrido en esa habitación eran como un calor abrasador en las yemas de sus dedos.

—Te quería, ¿sabes? —dijo Ray.

Algo en el interior de Kevin se conmovió ante esas palabras: una parte de él hambrienta y desesperada que había anhelado oírlas de niño. Un crío que esperaba junto a las ventanas, que había buscado rasgos familiares en el rostro de cada hombre, que había elaborado fantasías complejas sobre el regreso de su padre. Aquel niño abandonado se removió ahora, despertado por la simple declaración. Pero, muy de cerca, le siguió el escepticismo del adulto, el caparazón endurecido que se había formado alrededor del núcleo herido.

—Bueno, de repente parece que recuerdo muchas cosas, pero no recuerdo haberle oído decir eso nunca.

—Pero sí recuerdas que intentó ayudarte, ¿verdad? En el Centro de Bienestar. Incansablemente.

—Sí, pero ¿era porque me quería o porque quería proteger los secretos de mi madre?

Ray suspiró. —Ambas cosas, imagino.

—¿Y estás de acuerdo con sus métodos de manipulación?

—Estoy de acuerdo con que intentara ayudarte.

—Gracias, tío —dijo Kevin, con claro sarcasmo.

—Lo que tu madre te hizo... fue imperdonable... pero no estaba bien. Él también intentó ayudarla.

—No funcionó, ¿verdad? Mató a un niño.

Ray desvió la mirada. —No sé nada de eso.

Mentiroso, pensó Kevin. —Se llamaba James.

—Lo siento.

¿Lo sientes de verdad?

Ray volvió a mirar a Kevin. —Aun así, piensa en lo que tu padre consiguió para ti... durante tanto tiempo. ¿O habrías preferido recordarlo todo? ¿Las fiebres? ¿Las infecciones deliberadas? ¿El envenenamiento? ¿A tu madre de pie a tu lado, viéndote vomitar, alimentándose de la atención que le reportaba?

Kevin se estremeció. —Pero ahora lo recuerdo todo... y no he tenido tiempo de asimilar nada... y el dolor que ha causado... el daño que me ha causado, enterrado en mi subconsciente. ¿Y la muerte real de mi padre? ¿Quién intentó arrebatármela? Porque no pudo ser él, por razones obvias.

Ray hinchó los carrillos.

—Fuiste tú, ¿verdad?

—Sí, y parece que, al igual que tu padre, yo también te he fallado. Es una desgracia. Presenciar lo que le ocurrió a tu propio padre... no es una carga que ningún hijo debería soportar.

—¿O quizá sí? ¿Lo has pensado? ¿Quizá tener el dolor en la mente consciente es como se supone que debemos funcionar, como se supone que debemos curarnos?

Ray abrió la puerta, dejando a la vista un despacho que parecía congelado en el tiempo. A diferencia del resto de la casa, que había sido actualizada y modernizada, esta habitación parecía intacta

desde hacía décadas. Las paredes estaban revestidas con cálidos paneles de caoba. Un gran escritorio ocupaba una esquina, con la superficie meticulosamente organizada con cuadernos, bolígrafos y una lámpara de latón. Un sofá de cuero descansaba contra una de las paredes.

Pero lo que dominaba el espacio era un gran sillón de cuero situado en el centro de la habitación, frente a un asiento a juego. Entre ellos había una mesita sobre la que descansaba un pisapapeles geométrico: un cubo de cristal que atrapaba la luz y proyectaba patrones prismáticos que danzaban por las paredes.

Kevin entró en la habitación y se quedó mirando el pisapapeles, mientras la náusea le revolvía el estómago. —¿Lo has guardado?

—Lo he guardado todo.

Se quedó mirando el pisapapeles.

Recordándolo manchado de sangre.

Con fragmentos de cráneo y pelo incrustados.

Cerró los ojos.

Oyó el sonido agudo y repentino del hueso cediendo a la fuerza; no una rotura limpia, sino un impacto húmedo y aplastante que parecía resonar sin fin en la pequeña habitación.

Vio el cuerpo de su padre convulsionarse una, dos veces, y luego desplomarse en una postura grotesca.

El olor metálico de la sangre se hacía más fuerte con cada segundo que pasaba.

El extraño gorgoteo que emergía de su garganta.

Intentó gritar, pero no pudo.

Quiso correr, pero tampoco pudo.

Estaba paralizado, luchando por procesar lo incomprensible.

El sonido de los latidos de su propio corazón había parecido anormalmente fuerte en el repentino silencio que siguió, cada pulso una cuenta atrás para lo que venía después.

Manipulación.

El vacío.

60

Aparte del susurro de los pinceles, la sala estaba en silencio.

Las palabras de Craig sobre la verdad habían calado hondo.

Y ahora que había compartido su verdad, estaba listo para que quien quisiera compartiera la suya.

No habló mientras recorría la sala, para no interrumpir.

Sin embargo, a la segunda vuelta, Morris le indicó que estaba listo para compartir.

Craig se puso a su lado y señaló una puerta con barrotes en la pintura.

—Revelador.

—La palabra que yo habría usado es «atrapado» —dijo Morris.

—Lo sé. A lo que me refiero es a que lo cuentas con mucha claridad.

—Gracias, C.

Craig movió el dedo y señaló la pequeña figura que esperaba a Morris al otro lado de la puerta con barrotes, en el camino iluminado por el sol.

No necesitó preguntar quién era. Craig ya lo sabía.

Era su nieto.

En primer plano, en el cuadro, había cristales rotos, meticulosamente representados en diminutos fragmentos en la base de la puerta con barrotes: un sutil guiño al delito que le había

llevado hasta allí. La ventana del pub por la que había arrojado a su víctima.

Era lo que le había separado de su vida y de su nieto durante tanto tiempo.

Era la verdad de Morris, y, sin lugar a dudas, su mejor obra hasta la fecha.

—Pero ¿y si no puedo arreglarlo cuando salga, C.? ¿Y si creen que soy el monstruo que decían que era? —sus manos, que parecían demasiado grandes para el delicado trabajo de pintar, le temblaron ligeramente.

—Pues lo arreglas y les demuestras que se equivocan.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Sí, lo sé, pero si alguien puede, Morris, ese eres tú.

Craig asintió con un gesto amable y pasó a ver a Jayden, que también había terminado.

La obra de Jayden era bastante abstracta. Rojos y amarillos que irrumpían a través de un fondo de gris institucional.

—Mi verdad es el caos que se abre paso a través del orden.

Craig se fijó en que los patrones amarillos imitaban las flores silvestres que Jayden había pintado antes. Las que su abuela lo llevaba a recoger después de que su madre falleciera.

La verdad era obvia para Craig.

Era el desafío de la naturaleza contra el hormigón del barrio obrero de su infancia. Los rojos formaban sutiles figuras que recordaban a las pintadas de la banda de la que Jayden había hablado antes.

La banda que lo había llevado por el mal camino y, finalmente, a la cárcel.

Jayden miró a Craig, con las rastas enmarcándole la cara. Luego asintió con un movimiento rápido. Y eso fue todo.

Jayden no estaba dispuesto a dar más explicaciones.

El siguiente era Phil.

Su pintura era de una silla vacía.

Craig esperó a ver si Phil quería explicarlo.

Después de un minuto más o menos, decidió que probablemente Phil no quería y empezó a darse la vuelta.

—Algunos días siento que ni siquiera estoy aquí de verdad —dijo Phil.

Craig se giró de nuevo y contempló el cuadro otra vez. Observó objetos esparcidos bajo la silla: un juego de llaves de casa, una tarjeta de visita, presumiblemente de la firma de contables de la que Phil había sido socio, y una alianza de boda. Phil había perdido a su marido en el incendio de su casa. Estaba claro que de eso tampoco se hablaría.

Pero con esto era suficiente.

Todos los fragmentos de su identidad suspendidos, flotando entre la presencia y la ausencia.

—Todo el mundo vuelve a encontrarse a sí mismo —dijo Craig, sonriendo—. Ya verás.

Se volvió ahora hacia Alan, que había pintado un simple retrato de una niña pequeña.

—De memoria, C. Mi Alice tendrá unos treinta años ahora. Ha pasado tanto tiempo… Pero creo que lo he clavado… Seguro que ni siquiera se acuerda de mi cara.

En sus manos, la niña agarraba una caña de pescar.

—¿Pescando? —preguntó Craig.

—Solía sentarse conmigo todos los domingos por la mañana antes de… ya sabes… antes de…

Craig le apretó el hombro a Alan y siguió adelante.

Captó la expresión de Wilson. El guarda mantenía el rostro cuidadosamente compuesto, pero la emoción seguía siendo evidente en sus ojos.

Wilson le había hablado a Craig a menudo de su amor por el grupo de arte, de cómo su impacto había superado cualquier cosa que hubiera visto en programas de rehabilitación o protocolos de gestión del comportamiento.

Craig se colocó junto al último recluso: Nathan.

Nathan dio un paso atrás, bajó la mirada y se quedó rígido por un momento.

Azules y negros profundos dominaban el lienzo; las crestas blancas de las olas sugerían una tormenta que se avecinaba.

—Me resulta familiar… —dijo Craig.

Nathan no respondió.

Craig se acercó más al cuadro.

—Es el mismo paisaje marino oscuro que creaste en la sesión anterior, ¿verdad?

Nathan no contestó.

Craig volvió a mirarlo.

—¿Estás bien?

—Mira más de cerca —dijo Nathan.

Así que Craig lo hizo.

Vio una mancha más oscura en el mar.

La señaló.

—¿Una sombra? Algo bajo la superficie.

—Sí —dijo Nathan, con una voz apenas audible—. Mi verdad.

Craig entrecerró los ojos, intentando distinguir lo que había bajo la superficie. No era capaz de verlo.

—Ahí es donde todo terminó para mí —dijo Nathan, todavía en voz baja—. En el mar, en estas olas. Bajo esa superficie.

Craig estudió el cuadro, observando la sutil pincelada que sugería agitación.

—Veo… ¿violencia?

—Sí —su voz era ahora más fuerte.

Craig retrocedió un paso para ponerse a su lado. Quiso preguntarle a Nathan sobre la violencia, pero decidió no hacerlo. El chaval lo compartiría cuando estuviera preparado.

—Un día —dijo Nathan, con la voz a un volumen normal ahora—, ¿quizá pueda dibujar el sol como tú, C.?

—Sin duda —dijo Craig—. Tienes un gran talento.

Y lo decía en serio. El chico sabía pintar. Las olas y las sombras. Eran magníficas y lo atraían.

Una lágrima rodó por la mejilla de Craig. No tenía ni idea de dónde había salido.

—Gracias —dijo Nathan—. Espero que sí. De verdad que espero que sí.

Craig se volvió de lado hacia Nathan.

—Todos encontramos nuestra luz al final.

El chico se giró para mirarlo y alzó la vista para encontrar la de Craig.

Le recordaba tanto a Thomas.

—¿Quieres saber qué es la sombra, C? —preguntó Nathan.

Craig examinó el cuadro, intentando descifrarlo por sí mismo. Pero su significado le resultaba esquivo. Craig volvió a mirar a Nathan. —Eso depende de ti —le sugirió.

Nathan devolvió la mirada a su propio cuadro y se quedó observándolo un rato.

Craig notó un cambio sutil en el ambiente, como si su sugerencia hubiera cargado el aire.

Los otros reclusos guardaban un silencio sepulcral. Levantó la vista y vio que todos observaban el intercambio con ojos recelosos. Wilson se había acercado sigilosamente.

—Pregúntamelo —dijo Nathan, contemplando su cuadro—. Pregúntame qué es la sombra, C.

Y de repente fue obvio lo que era. —Oh, Nathan —murmuró Craig, y una segunda lágrima le recorrió el rostro.

Nathan se inclinó hacia delante hasta que la punta de su dedo tembloroso quedó a un par de centímetros de la sombra en el lienzo. —No podía respirar.

Craig le puso una mano en el brazo al chaval. —No fue así.

A Nathan se le llenaron los ojos de lágrimas. —Era tan joven. Apenas me acuerdo de él. —Bajó la vista hacia la mano de Craig en su brazo y la levantó de nuevo—. ¿Te acuerdas de lo que es tener un padre?

—No era mi intención quitártelo. Hay más en todo esto.

—¿Ah, sí? Puede que lleve el apellido de mi madre, pero tengo el corazón de mi padre...

—¡Basta ya! —bramó Wilson.

Craig sintió una presión repentina en el estómago, seguida rápidamente por una sensación que le dejó sin aire.

Sintió una de las manos de Nathan apretándole la espalda y otra sensación explosiva en el estómago.

La sensación se repitió.

Una y otra vez.

Nathan lo soltó y retrocedió tambaleándose.

Craig miró al chico de los ojos desorbitados y luego bajó la vista hacia el dolor.

Tenía el estómago abierto.

La sangre salpicaba como si fuera pintura.

Todo el mundo gritaba.

Wilson arrastraba a Nathan hacia atrás, mientras algo se le resbalaba de las manos al chaval.

Craig lo siguió con la vista borrosa...

El pincel desaparecido, afilado hasta convertirlo en una punta letal.

Alguien lo apartó de una patada, antes de ayudar a Wilson a inmovilizar a Nathan en el suelo.

El chaval se retorcía.

Un guardia gritaba por su radio. Las palabras eran confusas.

Craig se miró las entrañas destrozadas. La siguiente bocanada de aire fue agónica. Dejó que sus piernas cedieran.

Tumbado boca arriba, miró a su lado y vio la sangre extendiéndose como una acuarela sobre un lienzo.

Sobre él, los rostros entraban y salían de foco. *Morris, el bueno de Morris.* —C..., aguanta, C..., aguanta. Todo va a salir bien.

—Está bien, Morris.

—No..., no... —Morris lloraba ahora, presionando algo contra su estómago—. Te tengo...

Podía oír a miembros del grupo —Alan, Jayden, Phil— diciéndole que aguantara.

Oyó su tristeza e intentó sonreír por ellos. —Está bien..., está bien.

Se le nubló la vista y pensó en el joven que sin duda lo había matado.

—Nathan...

—Un médico... —dijo Morris—. Viene un médico.

—Nathan..., quiero hablar... —Se interrumpió. El mundo se desvanecía. Las palabras salían con esfuerzo, cada sílaba probablemente expulsando más sangre de sus heridas—... con Nathan.

Las luces del techo se difuminaron en extraños halos. Podía sentir el latido de su corazón en el cuerpo, cada vez más lento.

Vio el rostro de Nathan, reluciente de lágrimas, donde había estado el de Morris.

¿Estás ahí? ¿Estás realmente ahí?

—Lo... lo siento... —sollozó Nathan.

—No —le dijo Craig, con un sabor metálico llenándole la boca—. No... escucha... más cerca... —Ya no podía oír su propia voz, pero podía sentirla, vibrando dentro de él.

Nathan estaba más cerca.

Craig sonrió y alzó la mano con los dedos resbaladizos de sangre para tocarle la cara al chaval.

Eres como yo, como mi hijo, Thomas. Estás perdido en las sombras.

Tenemos que permanecer unidos.

El rostro de Nathan se descompuso.

—Encuentra tu sol..., Nathan.

Craig se sintió alejarse de la prisión.

Los sonidos y las luces habían desaparecido.

Pensó en Thomas, esperándolo, y consiguió sonreír.

Ahora lo entiendo, Thomas.

Lo entiendo.

Sé que incluso en la oscuridad, incluso en las profundidades de la sombra, la luz persiste.

61

Vicky sintió la conocida sensación de los focos.

El calor se sentía más intenso en el lado de la cara que no tenía cicatrices.

Intentó sonreír, pero no le pareció apropiado. Nada parecía estar bien. Hacía tiempo que nada le parecía real.

Y quizá ese era el problema.

Por culpa de los focos, no podía ver las caras con claridad, pero sabía que estaban esperando.

El silencio se alargó. Alguien tosió. El crujido de un programa.

Se agarró al atril. —Tengo que decirles algo —dijo con la voz quebrada—. Sobre Matt Clegg. Sobre lo que pasó en realidad.

Hizo una pausa y tragó saliva.

—Nadie sabe de verdad…, nadie sabe lo que le hice a ese pobre hombre. Lo que le hice de verdad.

Ahora el silencio era absoluto.

—Cuando se suicidó estando bajo custodia, me… me dio la salida más fácil. Nunca contó su versión. —Miró hacia Mel, que estaba entre bastidores, pálida y mordiéndose las uñas.

—Los periódicos me apoyaron entonces. Hablaron de sus dificultades. El labio leporino. Las operaciones que no funcionaron. Su ojo. Lo difícil que era para él siquiera salir de casa. —Sintió la garganta como un papel de lija—. Pero cuando dijeron que el ataque fue por celos…, que estaba obsesionado con mi físico… —Negó con

la cabeza—. Se equivocaban. Estaban tan rematadamente equivocados.

Una mujer en primera fila ahogó un grito.

—Perdón. Siento el lenguaje. No es…, no es lo peor que he hecho.

Vio a alguien levantarse: una mujer mayor con un vestido caro. La mujer le susurró algo brusco al hombre que tenía al lado. Él se encogió de hombros, claramente con ganas de quedarse. Finalmente, ambos se marcharon, y los susurros los siguieron.

—Yo era una estudiante de fotografía que quería dejar huella, como muchos otros estudiantes de fotografía; aunque no recuerdo que muchos de ellos le vendieran el alma al diablo.

—Empezó con un proyecto. Uno que, según yo, mostraría las diferencias de la gente, su singularidad. Bien intencionado. —Suspiró, tragó saliva y cerró los ojos un momento antes de continuar —. Pero eso es… pura patraña. Yo quería el éxito. Quería reconocimiento. Creía que era más importante que nadie.

Ahora le temblaban las manos.

—Había visto a Matt por el campus. Siempre solo. La gente era educada con él, pero… pero nadie se molestaba de verdad. Así que le pregunté si podía fotografiarlo. Le dije que quería mostrar lo único que era. Cómo se podía tener confianza a pesar de… todo. Que incluso con esas diferencias, se podía generar confianza, prosperar y tener éxito.

—Me dijo que era mentira. Que la confianza no se podía cultivar como una flor. Aun así, le prometí que le ayudaría a cultivarla. ¿Saben lo que dijo? —Rio, pero el sonido fue áspero—. Dijo que esa era la clase de confianza que se cultiva como las bacterias en un laboratorio.

Tuvo que detenerse. Darse la vuelta. Taparse la boca con la mano.

El público esperó.

—Así que rechazó la confianza prefabricada que le ofrecía. Entonces tuve la maldita audacia, en mi frustración, de decirle que no sucumbiera a sus limitaciones. Me dijo, y con toda la razón, que él ya había aceptado lo que yo llamaba sus limitaciones.

Otra pausa para beber agua. Las manos le temblaban alrededor del vaso.

Momentos antes, la perspectiva de desahogarse le había traído una sensación de alivio. Ahora que lo estaba haciendo, sentía que empezaba a derretirse bajo la luz de los focos.

Pero tenía que mantener la compostura.

Y llegar hasta el final, pensó.

—En contra de lo que creen saber, y a pesar de lo que vino después, Matt era un hombre bueno. Me ha convenido, durante mucho tiempo, que no lo aceptaran, pero ahora necesito que lo acepten. Matt estaba dispuesto a existir con cierta satisfacción dentro de los pequeños parámetros que creía que el mundo le había impuesto. Estaba bien, perfectamente bien, tal y como era, y yo debería haberlo dejado en paz. —Se llevó una mano al pecho—. Pero, por supuesto, como probablemente empiecen a comprender, simplemente no pude hacerlo. —Suspiró y bajó la vista, hablando en voz baja—. Simplemente no pude hacer esa puñetera cosa.

—Así que le hice fotos. Sin permiso. Docenas de ellas. Desde todos los ángulos. Lo seguí. En bancos del parque. Al fondo de las aulas. Me decía a mí misma que lo hacía por él. Para empoderarlo. —Dejó el vaso de un golpe—. ¡Menuda sarta de patrañas! Lo hacía por mí. Por mi carrera. Arrastré a la persona más reservada que he conocido en mi vida…, alguien que sobrevivía gracias a que tenía su intimidad…, lo arrastré a la luz.

—Así que se preguntarán cómo es que esto nunca salió a la luz. Especialmente, considerando la exposición pública que siguió. Quiero decir, después de que me quemara, alguien seguramente expondría mi traición, ¿no?

—No pude usar las fotos en mi proyecto de la universidad. Exigían formularios de consentimiento. Si las hubiera presentado, Matt me habría delatado y yo habría suspendido. Pero en lugar de dejarlo estar… —Cerró los ojos—. Creé un blog. En internet. Bajo un nombre falso. Lorraine Harris. —Abrió los ojos—. Cristo, hace años que no decía ese nombre.

—Publiqué las fotos allí. Pensé que si se hacía popular, podría usarlo más tarde en mi porfolio. Aún diciéndome a mí misma que lo

estaba ayudando. Mostrando su fuerza. —Rio con amargura—. Seguía vendiéndome la misma mentira.

Miró a Jake entre bastidores. Tenía los ojos como platos.

Lo siento. Pero es lo mejor, de verdad que sí.

Se giró para terminar su historia, pero por un momento, sintió una intensa ola de disociación. Pero, vamos, ¿cómo no sentirla?

Allí estaba ella, de pie, con graves desfiguraciones, confesando haber explotado a otra persona que sufría deficiencias graves similares.

Pero esto tenía que pasar.

Repararía su yo fracturado.

El doctor Styles le había enseñado una vez a compartimentar el trauma, a apartar el pánico, pero ahora sabía que él se equivocaba.

Por dentro, sintió cómo se derrumbaban los muros de todas las divisiones.

Se preguntó si así era como se había sentido Craig cuando recuperó sus recuerdos: esa sensación de ahogarse y liberarse al mismo tiempo.

—El blog fue todo un éxito. La gente se volvió loca con él. Algunos decían que lo estaba explotando. Tenían razón. Otros se obsesionaron con si Matt se estaba explotando a sí mismo. La discusión se volvió… se volvió encarnizada. Realmente encarnizada.

—Por cada persona que simpatizaba con Matt, había dos más que lo llamaban repugnante. Que lo llamaban monstruo. Algunos decían que su cara parecía cera derretida. Que provocaba pesadillas a sus hijos. —Se le quebró la voz—. Pienso en esas palabras todos los días.

—Cerré el blog, pero ya era demasiado tarde. Allá donde iba Matt, la gente lo reconocía. Lo señalaba. Vi a gente con estudios en el campus burlándose de él. Diciendo que debería avergonzarse. Yo provoqué eso. Yo lo provoqué todo.

Estaba llorando, sin intentar ocultarlo.

—Entonces lo grabaron en la ciudad mientras se mofaban de él. Se hizo viral. Desapareció del campus. Una semana después nos enteramos de que había intentado suicidarse. Ese año no volvió.

—Creo que en ese momento mi sentimiento de culpa era horrendo, pero, aun así, no tuve el valor de confesar lo que había hecho. La universidad terminó. Estaba atrayendo la atención de periódicos importantes… Tenía novio… mi vida seguía adelante. Ahora me aterra lo fácil que me resultó separar la culpa de mis propios deseos y necesidades.

Cerró los ojos y oyó la voz de Styles en su cabeza. *—Apártelo, Victoria.*

Su voz era muy tranquilizadora.

—La vergüenza no es suya. La culpa no es suya. Enciérrela donde no pueda alcanzarla.

Abrió los ojos y, al darse cuenta de que de repente sudaba profusamente, se frotó la cara y bebió más agua.

—Pasó un año. Dieciocho meses. Todo el mundo se olvidó del blog de Lorraine. Todo el mundo se olvidó de Matt. Yo nunca lo olvidé, pero ya no era… ya no era urgente. Solo palpitaba como una infección no deseada en mi interior… algunas noches me despertaba vomitando, pero, aun así, seguí adelante.

—Trabajé como autónoma para *The Guardian* y empecé a salir con el editor de otro periódico. Viviendo el sueño… Entonces, una noche, lo vi. De pie, fuera de un bar, observándome a través del cristal. Al principio pensé que estaba viendo cosas. Parecía diferente. Delgado. Demacrado. Su ropa era un desastre. No paraba de verlo, observándome. Durante dos semanas, me convertí en un manojo de nervios paranoico… ¿cómo lo sabía? Entonces me di cuenta de que tenía que hablar con él… de que por fin había llegado el momento de disculparme.

—Un día lo vi en un banco del parque y me senté a su lado. No tenía color en la cara. Había perdido muchísimo peso. Sus pómulos se marcaban afilados bajo la piel, haciendo que el labio leporino pareciera aún peor. Su ojo vago parecía desviarse más que antes. Dije su nombre, pero no quiso mirarme. Me estaba siguiendo, pero justo ahí, fingió que yo no existía.

Tuvo que detenerse de nuevo.

Vicky respiró hondo, intentando serenarse.

Ni se te ocurra… Ni se te ocurra parar ahora.

Se lo debes a Matt y a Samantha.

A Jake…

A Mel…

A todos en esta sala, y a todos los que alguna vez te han apoyado…

Maldita sea, Vicky, te lo debes a ti misma.

Levantó la vista. —Así que le pregunté si era culpa mía. Si su deterioro se debía a lo que yo había hecho. Y entonces me miró. Creo que hasta ese momento solo lo había sospechado. Pero ahí estaba mi confesión.

—Lo único que dijo fue: «No tienes ni idea. No tienes ni la más remota idea de lo que se siente al ser yo». Luego se marchó.

—Y recuerdo que lloré. Lloré por la razón que tenía. Sinceramente, no tenía ni idea. Y ahora, tantos años después, habiendo vivido lo que he vivido, sigo sin creer que lo entienda de verdad. La mayoría de la gente ha sido amable conmigo. He tenido oportunidades muy por encima de las que han tenido muchos otros.

—Durante los dos días siguientes, lo busqué. No trabajé y recorrí las zonas en las que ya lo había visto, intentando encontrarlo para volver a disculparme, para encontrar alguna forma de obtener su perdón. Pero no pude encontrarlo.

—Había conseguido lo que había venido a buscar. La verdad. Y entonces volvió a desaparecer.

Se tocó la cara marcada por las cicatrices. —Un año después me arrojó ácido. ¿Y sabéis qué? Lo perdono por ello.

El murmullo del público era ahora más fuerte. Incómodo.

—No os gusta eso, ¿verdad? Que lo haya perdonado por algo tan horrible. Pero si no perdono, ¿qué derecho tengo a pedir perdón?

—Matt sufría graves problemas de salud mental. Trastorno límite de la personalidad. Paranoia. Se había construido un mundo que funcionaba. A su manera, había sido feliz. Había aceptado esas limitaciones de las que me habló. La universidad dijo que era uno de sus estudiantes de programación más prometedores antes de abandonar.

—Pensad en ese mundo. El mundo que yo destruí. Durante años después del blog, dejó de comer adecuadamente. Dejó de vivir. Su

paranoia se volvió extrema. ¿Cómo no iba a odiar mi felicidad? En esos estados, ¿cómo no iba a encontrar mi felicidad aborrecible? ¿Podemos culparlo realmente por su colapso final? Sí, sé que suena demasiado indulgente. Entiendo que no hay justificación real para lo que hizo. Pero durante años, aguantó. Nunca destruyó mi mundo, pero debió de sentir ganas de hacerlo cada día. Debería haberme disculpado desde el momento en que ocurrió, haber formado parte de su vida, haberlo ayudado a reconstruirse, pero me acobardé. Todo el mundo tiene un punto de ruptura. Y en sus últimas palabras al mundo, antes de quitarse la vida, admitió que me veía como un demonio. Enviado para destruirlo. En esos últimos meses, luchaba por su vida. Cuando arrojó ese ácido, creo que pensó que era una victoria. Luego se dio cuenta de que en realidad era una derrota.

—Después, podría haber dicho la verdad, pero en su lugar elegí esto. —Se tocó la cara—. El glaciar, la línea de la marea, el valle… un paisaje de cicatrices. Una identidad. De nuevo, mentí. Me convencí de que había casi un propósito en lo que él había hecho. Que yo mantuviera el secreto y luchara por gente como nosotros.

—Pero ya no quiero eso. Matt era más que un hombre roto que me arrojó ácido. Tenía una identidad. Una profundidad. Tenía pasión, esperanzas y sueños. Él también era una persona. Esa es la verdad. Su verdad. Y eso es por lo que finalmente elijo luchar. Por todos. No solo por algunos. Por todos.

Tragó saliva y recorrió a la multitud con la mirada. —El propósito de REFLECT es asegurar que nadie vuelva a sufrir como lo hizo Matt. Si yo fui responsable de tal sufrimiento, tenéis derecho a saberlo. Espero que esto no destruya el trabajo. Espero que lo valide. Porque ahora veo de verdad la humanidad en cualquier rostro, sin importar las diferencias. Y hoy habéis aprendido que hubo un tiempo en que no lo hacía. Utilicé la diferencia como un arma contra otro. Así que yo soy la lección. Si yo puedo aprender a ver la humanidad en cada rostro, cualquiera puede.

Miró hacia los bastidores, donde Diana permanecía inmóvil, agarrando sus tarjetas del discurso. —REFLECT debe continuar. No a pesar de esta verdad, sino gracias a ella… Diana, salga aquí, por favor —dijo, volviéndose.

Diana no se movió. Tenía los ojos desorbitados por el pánico y los nudillos blancos alrededor de las tarjetas.

Vicky se apartó del atril y le tendió la mano. Finalmente, Diana la cogió.

En el micrófono por última vez, Vicky dijo: —Antes preguntaba: «¿Qué queremos realmente para nuestros hijos?». Hoy pregunto algo diferente. ¿Qué nos debemos los unos a los otros?

Hizo una pausa, mirándolos.

—Verdad. Honestidad. El valor de afrontar nuestra peor cara. No tengo derecho a pedirles nada ahora, pero lo haré. Apoyen a Diana. REFLECT es más grande que cualquiera de nosotros. Tiene que continuar.

Dio un paso atrás y le susurró a Diana:

—Estará bien.

Diana se acercó al micrófono y dejó a un lado sus notas. Cuando habló, su voz sonaba ronca por la emoción, pero auténtica.

—Gracias por haber venido esta noche. Espero que me den un momento para explicar por qué REFLECT es importante.

Silencio.

Diana miró a Vicky, presa del pánico.

Alguien en la primera fila empezó a aplaudir. Luego otro. Pronto, toda la sala estaba aplaudiendo.

Vicky se giró y fue a abrazar a Mel y a Jake.

62

El teléfono de Frank empezó a sonar sobre el escritorio de la Sala de Incidentes.

Vio el nombre de Reggie en la pantalla.

—¿Reggie? ¿Tenéis a Kevin Ingham?

—No. Estamos ahí ahora. No ha respondido nadie.

—¿Habéis mirado por el lateral y por la parte de atrás?

—Sí, deme un respiro, jefe… He conseguido echar un vistazo por la ventana. En uno de los dormitorios han hecho un estropicio de la leche.

—¿Cómo?

—Cajones abiertos, el contenido esparcido por todas partes, el armario volcado, el espejo hecho añicos… como si hubiese estallado una bomba. He mirado por las ventanas de algunas de las otras habitaciones y están bien. Es como si el objetivo fuera esta habitación en concreto. Así que hemos entrado en la propiedad por riesgo para la vida.

—Decisión correcta.

—Pero no hay nadie en casa.

—¿Habéis entrado en la habitación?

—Sí… Sospecho que buscaba algo. Aunque está claro que la búsqueda le causó cierta frustración… bueno, mucha frustración. Como le he dicho, explosiva.

Frank apartó el teléfono de la oreja y se giró hacia Clara. —¿Nuestro chico conduce?

Clara tecleó en su ordenador. —Sí, un Honda Civic plateado. —Le dio la matrícula.

Frank le transmitió la información a Reggie. —¿Hay algún coche fuera? ¿Un Honda Civic, tal vez?

—Ningún coche.

—De acuerdo, emitiremos una orden de búsqueda y captura para ese vehículo de inmediato. ¿Sean?

Sean asintió.

—Gracias, Reggie. Quedaos por allí un rato a ver si aparece, ¿vale?

—Lo haremos, jefe.

Frank colgó y se dirigió a la sala. —¿No se suponía que nuestro chico, Kevin, apenas salía de casa? Si no está con su madre en el hospital, es difícil imaginarlo en el bar del barrio ahogando las penas. Y la habitación de su madre está destrozada. ¿Buscaba algo? Hay algo que no encaja aquí. —Se paseó entre los escritorios, con los nudillos blancos de apretar el teléfono—. Si el chico está sufriendo algún tipo de crisis, tenemos que encontrarlo rápido. Si es el hijo de Firth, es preocupante, pero incluso si no lo es, Firth le ha hecho algo —igual que a Craig y a Vicky— y en ninguno de los dos casos ha acabado bien. —Se detuvo, apretando la mandíbula—. A Donald no le va a gustar, pero necesitamos a todas las unidades disponibles buscándolo. No estoy de humor para sacar más cadáveres del dichoso río.

63

Ray cerró la puerta del despacho tras ellos con un suave clic. —Pareces incómodo, Kevin. ¿De verdad es esto lo que quieres? ¿Una verdad indiscutible? ¿Aunque sea realmente terrible?

Kevin abrió los ojos. —Sí.

—¿Algo tan doloroso?

—Todo…, incluso el momento en que su cabeza reventó como un huevo.

Ray sonrió. —¿Aunque sepas quién lo hizo?

—Sí. Aunque lo sepa.

—¿Sabes por qué?

—Tengo mis sospechas..., pero ¿qué más da? Lo único que importa es que lo que mi padre y tú hacíais no funciona. Y punto. —Se clavó un dedo en el pecho—. ¡Mírame! Soy la prueba viviente. La prueba de que no funciona. El dolor por el que he pasado. El sufrimiento. El TOC...

—Porque tu padre nunca terminó su trabajo contigo. Por eso es.

Kevin pensó en aquellos momentos en el Wellness Centre, flotando en un vago estado hipnótico, mientras su padre, haciéndose pasar por un amable y anciano médico, intentaba deshacer la manipulación de su madre con la suya propia.

Dos males.

¿Quién podía decir cuál era el menor?

Quizá no había un mal menor, solo distintos sabores del mismo veneno.

Su madre había plantado las semillas de su TOC con su implacable obsesión por la enfermedad y la contaminación, mientras que su padre había intentado podarlas por medios igualmente invasivos.

Ambos habían tratado su mente como un territorio que conquistar en lugar de un jardín que cuidar. Y, sin embargo, ¿no había habido momentos durante aquellas sesiones en los que había sentido algo parecido a la paz? ¿Cuando el grito constante de su ansiedad se había acallado hasta convertirse en un susurro manejable? ¿Cuando su cuerpo había vuelto a ser suyo, en lugar de un campo de batalla para patógenos invisibles?

—En aquel entonces —dijo Ray—, yo no tenía la pericia para terminar lo que tu padre empezó, pero ahora podría, Kevin... Ahora tengo mucha más práctica.

Kevin se rio. —Ya habéis hecho bastante daño.

Ray se sentó en el sillón de cuero de su padre, detrás del escritorio. Cruzó una pierna sobre la otra.

Kevin se paseaba por la habitación. —¿Dígame, mi padre se arrepintió de algo?

—¿Por qué iba a hacerlo? Ayudó a muchísima gente.

—¿No me estás escuchando? —dijo Kevin—. Ha habido sufrimiento. Montones y montones de sufrimiento.

Ray se encogió de hombros. —Ocurre lo mismo con cualquier intervención médica: siempre hay riesgos, efectos secundarios, víctimas.

—No me vengas con esas. Entonces, ¿no te arrepientes de haber sido cómplice de las cosas que él hizo?

Ray respiró hondo. —Me arrepiento de que un día ya no estaré, y esos libros de ahí en la estantería no serán más que volúmenes viejos, desechados y olvidados. De que el mundo no pueda abrazar algo que podría ser verdaderamente mejor. De eso me arrepiento.

—No tienes que preocuparte por eso —dijo Kevin, con la voz endurecida—. Pienso contar la verdad. Toda. Absolutamente todo. Lo

que pasó con mi madre y mi padre. Lo que pasó en el Wellness Centre y lo que pasó aquí.

Ray sonrió y asintió. —Creo que lo mejor es que te sientes un momento y me dejes hablar.

—¿Ah, sí?

—Sí. Porque crees que lo sabes todo, Kevin, pero no es así. En realidad no. Siéntate y te iluminaré. Te mostraré cuál es la verdadera verdad. Abriré una puerta en tu mente que sobrepasa la puerta física que acabas de cruzar.

Algo en esa última frase cambió la atmósfera de la habitación: un sutil cambio en la presión, en la calidad de la luz, en la forma en que viajaba el sonido.

—Y te sientes mejor ahora, Kevin, ¿a que sí? —preguntó Ray.

—No. —Pero mentía. Kevin lo sintió como una sensación física, un suave tirón en los bordes de su conciencia.

—Más relajado, ¿verdad?

—No. —Otra mentira. De hecho, había algo casi seductor en lo que Ray acababa de ofrecer. Una puerta en su mente.

Kevin, instintivamente, se dejó caer en el sofá de cuero.

—La sensación es agradable, ¿a que sí? ¿Considerar la puerta?

El ritmo en Ray era tan familiar... tenía la misma cadencia que su padre había usado durante sus sesiones.

En algún lugar de su interior, sintió que debía entrar en pánico. Resistirse. Pero en lugar de provocar un aumento repentino de su ritmo cardíaco, se calmó.

Inexplicablemente más calmado.

Se miró las manos, sorprendido de ver que no le temblaban.

El número de gérmenes que vivían en el brazo de un sofá superaba lo imaginable, y aun así consiguió posar una palma sobre él, algo completamente inaudito.

Se dio cuenta entonces de que Raymond ya se había levantado y se había dirigido a un armario en un rincón de la habitación. Estaba abriéndolo con una llave y sacando una botella.

Otra acción familiar.

Luego, se acercó y se sentó junto a Kevin, jugueteando con la botella azul.

—Recuerdas tus sesiones.

—Sí.

—Cierra los ojos y dime qué es lo que recuerdas más vívidamente.

—No quiero...

—Kevin, para entrar por esa puerta, aquella por la que viniste, necesito que te abras, que recibas... y entonces podrás viajar a donde te plazca.

¡Esa misma cadencia otra vez!

—Solo un momento... ¿Vale?

—Vale —dijo. Cerró los ojos y respiró profundamente.

—¿Qué recuerdas?

—Recuerdo desearlo con todas mis fuerzas.

—¿El qué?

—Olvidar.

—Ah. ¿Y quieres eso otra vez, ahora?

—No. En absoluto.

Kevin podía haber sonado convencido aquí, pero no sentía nada de eso.

¿Cómo podría alguien negar la tentación de liberarse de los recuerdos de lo que había hecho su madre? ¿Y de los incesantes miedos a la contaminación, también?

¿Qué se sentiría al caminar por el mundo sin calcular constantemente el riesgo, sin las barreras invisibles entre él y todo lo que tocaba?

¿Cogerle la mano a alguien sin pensar en el intercambio bacteriano?

¿Comer sin inspeccionar cada cubierto?

La idea de tal libertad era casi dolorosa por su intensidad, un sueño de normalidad semiolvidado que su mente consciente rechazaba aun cuando su corazón lo anhelaba.

—¿Recuerdas el olor?

—Sí.

—¿Un desinfectante?

—Sí. Era fuerte.

—¿Y sabes por qué tiene que ser fuerte?

—Para limpiarme la mente.

—¿Lo hueles ahora?

—Sí..., ahí está..., lo huelo.

—¿Es más débil que la última vez?

—Sí...

—¿Qué tal ahora?

—Más fuerte.

—¿Y ahora?

—Ah, ahí está..., así es como lo recuerdo...

Penetrante y astringente.

Debería haberle repelido, pero en cambio lo llenó de una profunda sensación de seguridad.

—Es un olor que le habla directamente a las partes más primitivas de tu cerebro.

—Lo recuerdo. La parte que anhela el orden y la limpieza.

—¿Y?

—Y... el control.

Kevin sabía lo que estaba pasando. La sustancia química se extendía por sus vías neuronales como la escarcha sobre el cristal de una ventana, reorganizando sus patrones de pensamiento a medida que avanzaba. Y, sin embargo, no podía detenerlo.

—Uno... —dijo Ray.

—Dos —dijeron juntos.

—Fíjate en que ya no tienes esa sensación de que algo trepa por tu piel, Kevin. Tres. Ya no te sientes contaminado.

—Cuatro —dijeron al unísono.

—¿Cómo te sientes?

—Limpio y a salvo.

—Bien, sigue contando.

—Cinco...

—¿Te gusta dónde estás ahora?

—Sí..., me gusta..., de verdad que me gusta... Seis...

—Descríbeme el olor, Kevin.

—Penetrante. Parece que debería cortarme, pero no lo hace. Me inunda. Siete...

—¿Te baña?

—Sí..., ocho..., espera, para... —De repente, Kevin encontró aterrador el seductor silencio de su mente. ¿Podía de verdad librarse de la vigilancia constante, de los rituales, del miedo perpetuo? No. Era una trampa. Abrió los ojos. Vio el frasco bajo su nariz—. No..., yo...

La momentánea claridad fue como salir a la superficie después de haber estado bajo el agua: una bocanada de realidad antes de ser arrastrado de nuevo hacia abajo.

Esto estaba mal, ¿no?

Esta paz química era artificial, impuesta en lugar de ganada.

Y, sin embargo, ¿no se había pasado décadas buscando exactamente esto: la libertad de la prisión de su propia mente? La contradicción lo desgarraba: el deseo de autonomía luchando contra el anhelo de alivio. La verdad contra la paz. La realidad contra la comodidad. El artículo genuino con todas sus aristas contra la versión suave y pulida que su padre había intentado crear para él.

—Qué viene ahora, Kevin...

—No..., no puedo...

—Mira a tu alrededor, entonces. ¿Ves cómo se intensifican los colores? ¿Cómo se hacen más profundas las sombras?

—Sí... —Otro olor intenso lo abrumó. Sus párpados volvieron a caer.

—Entonces, dime qué viene después del ocho.

—Nueve...

—¿Puedes recordar lo que se siente al estar a salvo?

—Sí.

—¿Al estar libre de preocupaciones, de contaminación, de miedo?

—Sí.

—¿En los brazos de tu madre? ¿A salvo?

—Sí.

En algún lugar, Kevin pudo sentir a Ray moviéndose por la habitación. El sonido de sus pasos resonó extrañamente en su cabeza.

—¿Qué viene después del nueve?

La voz llegó de un lugar muy lejano. En la distancia, quizás, o tal vez incluso de otro tiempo, pero desde luego no de dentro de

aquella habitación.

—Después del nueve...

Esta vez, estaba dentro de él.

—Nueve...

—Diez —dijo Kevin, y entonces su mundo se hizo añicos.

64

—Sargento detective Carver —dijo Malcolm Carmichael con creciente impaciencia en la voz—. ¿Cuántas veces tengo que decírselo? Con toda la información que me ha proporcionado, solo encuentro una pluma registrada. La que se registró a nombre del Dr. Frederick Styles en el año 2000. Nunca se ha registrado ninguna pluma a nombre de un Dr. Raymond Firth. Tampoco nada de un Dr. Richard Firth. Si se ha topado con una segunda pluma, de verdad que no puedo explicárselo…, no sin un número de serie.

Gerry suspiró. Sería necesario conseguir una orden judicial para sacar la pluma de la vitrina de Ray.

Aun así, no sentía que la conversación estuviera llegando a su fin. Percibía algo. Años interrogando a sospechosos la habían hecho sensible a la disonancia entre el tono y las palabras.

Frank ya le había explicado que no esperaba menos de alguien de la ralea de Carmichael. Antes le había dicho: «No es nada raro en un rico que trabaja para ricos. Odiaría que alguno de sus compañeros del club de campo saliera malparado bajo su supervisión».

Mientras Gerry reflexionaba sobre esto, Carmichael gimió.

—Tengo un compromiso para cenar…

—Lo entiendo, señor Carmichael, pero necesito que esté absolutamente seguro… —Gerry mantuvo su tono metódico, ese que Frank solía llamar su «voz de frontón»: impenetrable, inamovible—.

¿Podría probar con apodos, por favor? Doug, Fred, por ejemplo. Señor en lugar de doctor, quizá… —Repasó las posibilidades sistemáticamente, como si colocara piezas en un tablero de ajedrez.

Un suspiro dramático silbó a través del auricular.

—¿Pero qué clase de negocio se cree que llevo? ¿Cree que uso un software de la Edad de Piedra? ¡Tengo la lista de registros y usted tiene el resultado final de esos nombres. El sistema detectaría los apodos y las variaciones en los tratamientos! Ahora, si no le importa…

—Vale, le agradecería que nos enviara una lista de todos los registros entre 1995 y…

La interrumpió.

—Preferiría no hacerlo. Nuestra clientela espera discreción. Ya me he saltado las normas de la formalidad al compartir esta información sin una orden judicial.

—No sería difícil conseguir la orden —dijo Gerry secamente.

—Supongo, pero entonces la decisión ya no estaría en mis manos, y se lo dejaría claro a mis clientes.

—¿Y eso qué más da? —preguntó Gerry.

—Demuestra que protegeré a mis clientes a toda costa.

—¿Incluso si son culpables de algo?

—Eso no es asunto mío. —Hubo un silencio, un gruñido, un murmullo de «lo que sea», antes de que dijera—: Mire, acabo de comprobar los apellidos. Ninguna pluma registrada a nombre de un Fred, Freddy, Doug, Dougie… Doctor, señor o incluso puñetero *sir*. Nada. Cero. ¿Hemos terminado ya?

«No», pensó ella. Respiró hondo y repasó todo lo que sabía sobre el concepto del registro de plumas.

Imaginó que era como una garantía. Comprabas el producto y luego lo registrabas.

La lógica dictaba una clara distinción que había pasado por alto. Un error en sus premisas que sesgaba todo su planteamiento. Visualizó el problema como uno de sus diagramas de flujo cognitivos: compra ≠ registro.

¡Claro!

—Entonces, ¿una pluma está registrada a nombre de Frederick Styles y ninguna a nombre de los otros dos?

—¿Hay eco aquí dentro?

—¿Pero eso es el registro, verdad? Si yo comprara algo para alguien, ¿esa persona podría registrar la garantía a su nombre? Entonces, ¿qué tal si simplemente mira a los compradores? ¿Compró el Dr. Frederick Styles una segunda pluma? ¿O compró una pluma alguna de esas otras dos personas? —Su pregunta directa atravesó el filtro de las convenciones sociales que la mayoría de la gente empleaba; una eficiencia conversacional que Frank había descrito una vez como «entrar como un elefante en una cacharrería».

El teléfono guardó silencio por un momento.

—¿Señor Carmichael?

—Usted ha preguntado por los registros, ¿recuerda?

—Lo sé…

—No por los compradores…

—Lo sé, pero ahora estoy preguntando por los compradores.

Él suspiró.

—Una pluma no se registra necesariamente a nombre del comprador.

—Creo que ya nos hemos dado cuenta de eso. ¿Entonces?

Gimió.

—Bueno, va a tener que darme tiempo para recopilar una lista de compradores. Se almacena en una base de datos completamente distinta.

Estaba harta de esperar, pero entonces se le ocurrió algo.

Mientras consideraba la idea de los registros y los regalos, había estado creando en su mente un diagrama de red de las relaciones entre Firth/Styles y los posibles destinatarios de la pluma. Rápidamente recurrió a él y lo extrapoló a partir de comportamientos familiares conocidos y de las normas estadísticas sobre regalos. Si Firth, o Firth actuando como Styles, compró una segunda pluma, y no se la había regalado a su hermano, que tampoco había comprado ninguna, ¿quién sería el destinatario más probable?

¿Otro pariente?

—Kevin Ingham. —Pronunció el nombre con su precisión característica, cada sílaba medida y distinta—. ¿Hay alguna pluma registrada a nombre de Kevin Ingham?

Él chasqueó la lengua. Un momento después, dijo:

—No… no… Mire, de verdad, si…

—¿Kevin Firth? —No era su nombre oficial, pero ¿quizás sí a los ojos de su padre biológico?

Esperó. El teléfono permaneció en silencio un poco más. Prometedor.

—¿Señor? —Su voz se mantuvo firme.

—Vale… sí. Hay una pluma registrada a nombre de un tal Kevin Firth.

Algo encajó en la mente de Gerry: la satisfacción de una ecuación compleja que encuentra su equilibrio.

—¿Puede buscar al comprador de esa pluma en concreto?

Él suspiró.

—Bueno, es un sistema aparte. Sin embargo…

Lo oyó teclear.

—A veces el comprador realiza el registro para el destinatario. Ah… sí… aquí está. El Dr. Frederick Styles compró la pluma y la registró a nombre de Kevin.

—¿Cuándo?

—En enero de 2006.

La última pieza encajó. La mente de Gerry se aceleró, trazando las implicaciones. Styles —la identidad alternativa de Firth— comprando una pluma y registrándola a nombre de Kevin Ingham creaba una conexión definitiva.

La relación padre-hijo ya no parecía hipotética.

Así que la gran pregunta era: ¿cómo acabó esa pluma en manos del hermano de Richard y tío de Kevin, Ray?

65

Gerry era una persona nerviosa por naturaleza, así que Frank fue suave con el acelerador, a pesar de un impulso abrumador de llegar a Sandsend y a ese cabrón mentiroso de Raymond Firth cuanto antes.

Frank le echó un vistazo a la postura de Gerry, recta como una regla mientras miraba al frente, con los dedos trazando patrones inconscientemente en su rodilla.

Además, estaba sin Rylan, lo que acentuaba su vulnerabilidad.

Tras salir del coche, el crujido de la grava bajo sus pies pareció anormalmente alto en la quietud de la costa. Una fuerte brisa marina tironeó de la chaqueta de Frank.

Frank vio algo blanco enganchado en un pequeño arbusto al borde del jardín delantero. Fue a investigar, con Gerry a su lado.

—Un guante de látex… —dijo él, cogiéndolo. El material se estiró ligeramente antes de soltarse de las ramas. Volvió a mirar a Gerry, con una ceja arqueada—. ¿De la talla de Kevin, tal vez?

—Probablemente sea solo una coincidencia —dijo Gerry.

—Un guante es un guante, y desde luego no bastó para condenar a O. J. Simpson —dijo Frank—. Pero me gustaría enseñárselo al doctor Mentiroso, de todos modos. A ver si se desconcierta un poco.

Se acercaron a la puerta principal. La llamada de Frank fue respondida de inmediato. Apareció Ray, vestido con el mismo suéter

de cachemira de antes, su pelo plateado impecablemente peinado. El hombre parecía recién aseado, sin un pelo fuera de su sitio, pero algo en sus ojos parecía diferente: ligeramente demasiado abiertos, moviéndose rápidamente entre Frank y Gerry antes de fijarse. Su sonrisa parecía, como la última vez, demasiado ensayada.

—Inspector Jefe Black y DS Carver. ¡Dos veces en una semana! Si hubiera sido así de popular durante mi carrera, habría dejado algún tipo de legado.

«Como tu malvado hermano, tal vez», pensó Frank, luchando por reprimir una mueca de desdén.

—¿Algún descubrimiento nuevo? —preguntó Ray, sonriendo.

—Podría decirse que sí —contestó Frank, registrando la sutil tensión en los hombros del hombre, la forma en que su sonrisa no encajaba del todo con el recelo de sus ojos—. Quizá podríamos entrar.

—La verdad es que justo me iba.

—Ya veo. Es que es bastante urgente.

—¿Sigue siendo por el suicidio de mi hermano?

—Así es —dijo Frank—. Suicidio o asesinato. Todavía estamos indecisos. De todas formas, ahora tenemos motivos para creer que usted sabía que él seguía vivo. Así que… la conversación que vamos a tener es bastante urgente.

Palideció y contuvo el aliento bruscamente. —Parece que va a ser necesaria otra llamada a mi abogado.

Un vecino había salido de su casa de campo. Miraba con recelo por encima de la valla. Frank levantó la mano a modo de saludo. —Llame a su abogado, señor. Mientras tanto, nosotros hablaremos con la gente de por aquí.

Ray entrecerró los ojos y retrocedió. —Entren, entonces.

Mientras cruzaban el umbral, Frank preguntó: —¿Ha tenido alguna visita que llevara guantes de látex?

Ray parpadeó rápidamente varias veces y luego frunció el ceño. —¿Perdón?

Frank señaló con el pulgar por encima de su hombro. —Hay uno enganchado en su seto.

—¿Ah, sí? —Entrecerró los ojos mientras miraba más allá de Frank, hacia el exterior—. Ya veo. Bueno, eso no es nada peculiar. Debería ver la de cosas que arrastra el viento por la costa.

Una vez cerrada la puerta, a Frank le pareció percibir un olor a producto químico… ¿quizás desinfectante?

Levantó ligeramente la cabeza e inspiró profundamente.

Aquello no era un producto de limpieza cualquiera.

Más agudo, más medicinal.

De hecho, le picaban un poco las fosas nasales.

—¿Qué es ese olor? —volvió a olfatear. El aroma químico le raspaba la garganta.

Ray hizo un gesto displicente con la mano. —Estaba limpiando los baños antes.

—¿De verdad? —dijo Frank—. ¿Algo así no le quitaría el esmalte a los lavabos?

Ray se rio. —Es lo que usa la persona que me limpia. Estoy seguro de que no usarían nada tan dañino…

—Bueno, a mí me está dañando los senos nasales.

—Eso es permanganato de potasio con hipoclorito —dijo Gerry—. No se suele usar para limpiar baños. Se utiliza más comúnmente como desinfectante en laboratorios o para el tratamiento del agua.

Frank se quedó mirando a Gerry. Joder, no dejaba de sorprenderlo. Como un laboratorio forense humano en un paquete ordenado. Se quedó tan atónito que casi se olvidó de volver a mirar a Ray. Pero se alegró mucho de haberlo hecho, al verlo estremecerse.

Estaban cerca de la verdad.

—Un poco excesivo para la limpieza doméstica, entonces —dijo Frank, examinando a Ray de arriba abajo—. A lo mejor debería hablar con la persona que le limpia. Dígale que use Domestos y ya está.

—Lo tendré en cuenta, inspector jefe.

Frank avanzó hacia el salón, con la mirada fija en la vitrina que contenía la pluma Carmichael. Brillaba bajo la luz empotrada: lisa, elegante e inconfundiblemente similar a la que habían recuperado del cadáver de Firth.

—Vaya. ¿Una Carmichael? —dijo Frank. Con los ojos como platos, se volvió hacia Ray—. Hablamos de estas plumas la última vez que estuvimos aquí, si lo recuerda…

—Lo siento, no lo recuerdo.

—¿No? Le dije claramente que así es como descubrimos que su hermano no murió el año que pensábamos. —Frank negó con el dedo—. Recuerdo que a usted le costó recordar lo que era una Carmichael, y sin embargo, aquí estamos… ¡con una en su vitrina, nada menos!

—O sea, sabía que esta —señaló hacia la vitrina— era una pluma cara… él me lo dijo. Así que, después de que falleciera y la encontrara entre sus pertenencias, la expuse. Pero no conocía la marca.

—¿O sea, que le vio esta pluma a su hermano? —preguntó Frank.

Ray asintió.

—Interesante. Es que estas plumas están registradas a nombre de personas. Creo que le expliqué eso.

Ray chasqueó la lengua. —Sí, creo que ahora lo recuerdo.

—Bueno, solo hubo una pluma registrada a nombre de Frederick Styles… ¿recuerda la que encontramos en su cuerpo? La registrada en el año 2000. Ya sabe, ¿cinco años después de que su hermano fingiera su suicidio?

Ray miraba hacia la cocina. —¿Es confuso... ¿Quizá debería traernos algo de beber?

—No tengo sed.

—Pues yo sí.

—No me extraña... Supongo que toda esta preocupación le está afectando. Creo que le preocupa que le vaya a decir que esta pluma de aquí también estaba registrada a nombre de Frederick Styles, echando por tierra así toda su historia de que no tuvo nada que ver con el cambio de identidad de su hermano...

—Yo..., bueno...

—Pero no tiene de qué preocuparse, eso no va a pasar, porque no estaba registrada a su nombre.

Ray fingió alivio y se secó la frente con una teatralidad exagerada que no se correspondía con la tensión de sus hombros. —¿Buenas noticias. Entonces..., ¿qué hay de la copa? ¿O lo dejamos por hoy? —Se quedó ahí de pie, con aire de suficiencia, hombros echados hacia atrás y la barbilla levantada. Frank casi podía oler la desesperación bajo la colonia y el cachemir.

¡Ja! No he hecho más que empezar, capullo, pensó Frank. —El problema era que nunca se registró ninguna pluma a nombre de Richard Firth.

—De acuerdo...

—Entonces, ¿de quién es la pluma?

—¡Joder, no lo sé...! —Ray estaba alzando la voz.

Frank disfrutaba poniendo a prueba la paciencia del médico. —Y aquí viene lo bueno. Puede que no se registrara una segunda pluma a nombre de Frederick, pero sí fue comprada por él.

—¿Eh? Eso no tiene ningún sentido.

—Tiene todo el sentido del mundo. Comprar y registrar son dos fenómenos distintos, por lo visto. —Miró a Gerry y se rio—. ¿Qué mundo, eh?

—¡Bueno, esta no es la pluma que compró Raymond..., la compró Richard! —espetó Ray.

—Son la misma persona —intervino Gerry. Hacía un rato que no hablaba, pero siempre estaba dispuesta a señalar la ignorancia manifiesta de los hechos.

—¡Ya sabes a qué me refiero! —Se cruzó de brazos.

—Bueno —dijo Frank—. Resulta que la segunda pluma comprada por Frederick, su hermano, fue registrada a nombre de un tal Kevin Firth.

Ray se quedó más blanco que el papel.

—Ahí es donde tenemos que decir que estamos perdidos —dijo Frank—. ¿Quién es Kevin Firth?

—No lo sé.

Frank dio un paso hacia él, lo bastante cerca como para notar el temblor en las manos de Raymond.

—Lo único que puedo decirle es que estaba entre las pertenencias de mi hermano. —La voz de Ray se elevó, con un

atisbo de pánico entre las palabras.

—¿En 1995?

—Sí.

—Interesante —dijo Frank—. En ese caso, no le importará que le echemos un vistazo al número de serie, ¿verdad?

La mano de Ray cortó el aire en un gesto de desdén, demasiado brusco, demasiado agitado. —Ya basta, ¿me oye? Basta. Quiero que se marchen.

Frank asintió a Gerry. Era consciente de que esto podría volverse un poco inapropiado —incluso más de lo que ya lo era—, pero quería que ella se diera cuenta de que era necesario. Después de todo, no tenían ni idea de dónde estaba Kevin Ingham, ni de lo que eso significaba en realidad.

—Podemos esperar mientras llama a su abogado —dijo Frank.

—Sí..., pueden esperar fuera de mi casa.

—No podemos hacer eso.

—¿Perdón?

—Me ha oído.

—Entonces, ¿va a detenerme?

—Quizá sí, quizá no..., aún no lo he decidido.

Ray miró a Gerry. —¿Está escuchando esto? ¿Esta falta de profesionalidad?

Gerry bajó la mirada, incómoda.

Frank dio un paso al frente.

—Voy a llamar a mi abogado, y ya nos veremos en los tribunales. —Ray se metió la mano en el bolsillo para coger el móvil—. Última oportunidad para largarse.

—Uno puede ir de farol cuando tiene una mano ganadora, pero estoy segurísimo de que no es su caso.

Silencio.

La rápida subida y bajada del pecho de Ray delataba su pánico interno.

—Sargento Detective Carver, ¿tiene ese número de registro?

Gerry asintió, sacó un trozo de papel del bolsillo y se lo entregó.

—¿Abrimos ese estuche? —preguntó Frank.

—No sin una orden judicial.

—Que conseguiríamos muy fácilmente, y usted lo sabe.

—Pues consíganla.

—¿Para qué? —Frank se encogió de hombros—. Estoy tan seguro de lo que hay en esa pluma que estoy a punto de detenerle no solo por obstrucción a la justicia, sino también por ayudar a su hermano a fingir su muerte.

Por supuesto, no tenía pruebas suficientes para hacerlo, y a la fiscalía no le gustaría ni un pelo, pero su farol funcionó. Ray negó con la cabeza, mirando al suelo, intentando por todos los medios encontrar una vía de escape.

Finalmente, sus hombros se hundieron en señal de derrota, la combatividad visiblemente agotada. Ray negó con la cabeza y suspiró. —Kevin era el hijo de Richard.

—Ya veo. ¿Por qué no nos ha dicho eso hasta ahora?

Ray levantó la vista y lo fulminó con la mirada. —¿Estoy cooperando, no?

—Más que antes, supongo. Entonces..., ¿cómo consiguió la pluma de Kevin?

—Kevin vino a verme para preguntar por su padre. Nada importante. Le conté un poco sobre él, porque Kevin, como yo, había asumido que murió en 1995, cuando tenía cinco años.

—¿Cuándo fue eso?

—No lo sé. Hace unos catorce o quince años. No tuvo importancia.

—Ya veo —dijo Frank—. ¿Y la pluma?

—Dijo que era de su padre y la dejó aquí. Eso es todo. Lo juro. Dijo que no la quería.

—¿Pero obviamente le dijo que la recibió después de que su padre supuestamente hubiera muerto?

—No. No lo hizo. Dijo que era algo que tenía de su padre, que su madre le había dado, y que ya no lo quería.

Más mentiras, pensó Frank, suspirando para sus adentros.

—¿Por qué iba a mentir?

—No lo sé, pregúnteselo a él.

Frank asintió. —¿Sabe dónde está?

—No, ¿por qué iba a saberlo?

Era de esperar.

—El apellido real de Kevin es Ingham, no Firth.

—¿Perdón?

—Ingham. Tomó el apellido de su madre.

—Lo siento, sé poco de esos asuntos.

—¿Así que nunca conoció a Elizabeth Ingham?

—No supe de la existencia de Kevin hasta que apareció ese día. Desde luego, no hablamos de su apellido. Mencionó que su madre trabajaba con su padre. Eso es todo lo que me dijo.

—¿Nunca se le ocurrió preguntarle el apellido? —preguntó Frank.

—Ni se me pasó por la cabeza. Estaba atónito de que mi hermano hubiera tenido un hijo del que yo no sabía nada.

—¿Nunca lo mencionó él? —preguntó Gerry.

—¿No lo estoy dejando claro? Estábamos distanciados. Ya hemos hablado de esto.

Frank caminó alrededor de la vitrina y volvió a percibir el olor a desinfectante. Hizo una mueca. Miró hacia una puerta. ¿Venía el olor de allí, filtrándose por debajo de la puerta?

—Así que admito que la pluma la dejó aquí Kevin, pero sé muy poco más —dijo Ray.

Frank se giró para mirarlo.

El médico apretó la mandíbula con tanta fuerza que un músculo se contrajo visiblemente a lo largo de su pómulo.

—Entonces, va a ser un día y una noche muy largos para usted, y, de todos modos, es inevitable. Ahórrenos el tiempo a todos. ¿Espera que nos creamos que su sobrino, Kevin, vino aquí con el bolígrafo y simplemente lo dejó aquí? —Frank lanzó la pregunta con una calma absoluta, observando cómo esta aterrizaba como si fuera un golpe.

—Creo que debería hablar con Kevin —dijo Ray con desdén—. Aclare qué es lo que está insinuando.

—Lo curioso es que no sabemos dónde está. —Frank se acercó un paso—. Lo cual es bastante oportuno, ¿no le parece? —Ahora estaba lo suficientemente cerca como para ver el pulso acelerado latiéndole en el cuello.

—No me gusta su tono. —Ray se irguió, intentando recuperar algo de dignidad.

—No he venido aquí para caerle bien. —El acento de Yorkshire de Frank se hizo más marcado, como siempre le ocurría cuando se le agotaba la paciencia. Frank volvió a percibir el olor. Se giró, con las fosas nasales dilatadas por el olor a producto químico, cada vez más intenso. Frente a él estaba esa puerta cerrada. Se acercó más y el olor se intensificó.

—¿Qué hay aquí? —preguntó Frank, señalando la puerta. Se giró y observó cómo el lenguaje corporal de Ray cambiaba al instante, volviéndose rígido.

—Un despacho.

—¿Puedo entrar? —Frank alargó la mano hacia el pomo.

—Ya es suficiente —espetó Ray. Su mano se disparó como para bloquear físicamente a Frank, y la retiró con la misma rapidez.

—Usted elige. —Frank sacó el móvil—. Voy a hacer que registren este sitio de arriba abajo y usted se viene con nosotros...

Tras un momento de visible lucha interna, la expresión de Ray se endureció con resignación. —Vale..., como quiera...

Ray pasó por delante de Frank y, con la mano temblorosa, giró el pomo. Abrió la puerta.

Frank entró, con la esperanza de encontrar a Kevin allí dentro.

No estaba.

En su lugar, el olor a desinfectante lo golpeó con la fuerza de un impacto, una pared de intensidad química que le hizo llorar los ojos al instante. El hedor era tan fuerte que parecía cubrirle la garganta por dentro, obligándolo a retroceder por instinto. La habitación que se abría ante él estaba inmaculada, estéril, demasiado limpia, como si alguien hubiera intentado borrar todo rastro de presencia humana.

66

La tierra estaba firme y la puesta de sol era cálida.

Kevin se detuvo para apreciar esas sensaciones.

Esas *últimas* experiencias.

Contempló los antiguos monolitos de piedra.

Se sacó la fotografía del bolsillo.

Su padre estaba de pie al borde del barranco, con un traje formal, con la barbilla levantada en un gesto desafiante hacia la cámara.

Digno. Un caballero y un médico hasta el final.

Cuánto anhelaba estar cerca de él.

Abrazarlo, pedirle perdón.

Un niño atormentado por el TOC y la desesperación.

El dolor había llevado a su padre a Jugger Howe el día que tomó esa última fotografía. La desesperación por el hecho de que su hijo de cinco años estuviera atormentado por el TOC.

Porque le había fallado a su propio hijo.

—Lo siento. Siento el dolor que te causé.

Volvió a guardarse la foto en el bolsillo.

El sol se estaba poniendo. El páramo de Fylingdales refulgía con tonos morados y anaranjados bajo el sol poniente.

Jadeó y resopló durante la última milla.

Era extraño cómo, ahora, el camino que tenía por delante le parecía tan claro y, sin embargo, los acontecimientos que

precedieron a este momento estaban tan borrosos.

Pero la muerte tenía ese efecto.

Ese mismo día, su madre había muerto de septicemia.

Sin embargo, la verdad era mucho más compleja.

Elizabeth Ingham, al igual que Richard Firth, había muerto de pena.

Muerta por su culpa. Por culpa de su hijo.

Se detuvo una vez más para recuperar el aliento. Al hacerlo, percibió el olor más extraño. Antinatural. Y nada apropiado para un lugar tan hermoso.

Desinfectante.

Pensó en James. El joven que había muerto en una cama de hospital.

Por mi culpa. Por mis miedos e incertidumbres.

Debería haberlo llevado antes al hospital.

Si tan solo hubiera hecho esto antes.

Venir a Jugger Howe Beck.

Con dignidad.

Como su padre.

Si tan solo..., si tan solo...

Y entonces, el peculiar olor desapareció de repente y el camino por delante volvió a estar despejado.

Finalmente, avistó el borde y pensó en su madre.

Todos esos años, su madre lo había adorado, mimado y cuidado durante su enfermedad. Él, por su parte, había convertido la vida de ella en una cárcel de rutinas y procedimientos de esterilización. La limpieza, los medicamentos, las visitas al hospital..., todo por su TOC de contaminación.

¿Y cómo te lo pagué?

¡Creando una IA para sustituir la conexión humana!

Escondiéndome en casa mientras ella se enfrentaba al mundo por los dos.

De pie en el borde, más adelante, la vio. Su pelo plateado reflejando la última luz del sol, la mano levantada en un saludo.

—Ya voy, mamá —dijo él.

Con la espalda recta y la cabeza alta, continuó hacia Jugger Howe.

—Es lo mejor, de verdad que sí.

Su madre sonrió, levantó el brazo, y él avanzó hacia su mano extendida.

Ella siempre había estado allí para protegerlo, y ahora estaba allí para guiarlo por última vez.

67

La habitación era un despacho, meticulosamente ordenado con un gran escritorio, sillas de cuero y un sofá.

Frank se paseaba de un lado a otro, intentando que el fuerte olor no lo abrumara.

Permanganato potásico mezclado con hipoclorito; la potente sustancia química de laboratorio que Gerry había identificado antes.

—¿Qué coño has estado haciendo aquí dentro? —preguntó Frank.

—Nada —dijo Ray.

—El sitio huele a laboratorio de ciencias —dijo Frank.

—Ya te lo he dicho. Los de la limpieza. Demasiado entusiastas.

En una esquina había un complejo aparato de luces. Frank se acercó y lo encendió. Empezó a emitir pulsos de luz que formaban patrones geométricos en la pared.

—Olores…, luces…, en la consulta de un psiquiatra. ¿Recuerdas los procesos que describiste la última vez que estuvimos aquí? Los detonantes que se usan para hipnotizar. —Se giró, con los ojos como platos, y señaló a Ray, que estaba en el umbral—. Sigues con lo mismo, ¿verdad? La misma puta mierda que hacía tu hermano.

Ray resopló. —¡Absurdo! Sí, algunas de estas cosas son de mi hermano, cierto. El equipo de luces, por ejemplo. Eso no significa que yo esté practicando la hipnosis. Y ya he explicado lo del olor.

Frank reparó en un frasco pequeño. Lo cogió y lo olió. El olor era intenso. Aquella era la fuente del desinfectante. Empezó a cruzar el

despacho de vuelta hacia Ray, agitando el frasco. Por encima del hombro del médico, vio la expresión pálida de Gerry. No quería pasarse de la raya en su presencia. Asustarla era algo que no le sentaría nada bien.

—¿Y esto qué es? —Mostró el frasco.

Ray se encogió de hombros.

—¿Dónde está Kevin?

—¿Y cómo coño voy a saberlo?

—Mientes más que hablas. Lo has hecho desde el puto momento en que te conocí.

Ray se dio la vuelta y se fue, pasando al lado de Gerry. —Olvida lo de mi abogado. Ya basta. Voy a llamar a la policía.

Frank lo siguió. —Pues sí, ya basta.

Ray ya tenía el teléfono en la oreja.

—Puedes hacerlo en comisaría —dijo Frank—. Doctor Raymond Firth, queda uste…

Unos bruscos golpes en la puerta lo interrumpieron. Miró a Gerry. —Vigílale.

Frank fue a la puerta principal y la abrió.

El anciano que antes había estado mirando por encima de la valla estaba allí. Se ajustaba una gorra plana con una mano. En la otra, sujetaba algo a su espalda. Estaba agitado. —¿Usted es de la policía, verdad?

—Sí —dijo Frank—. ¿Y usted?

—¡Su vecino cabreado! Bryan Palace —espetó el hombre, tendiéndole a Frank una pinza para recoger basura que sostenía un guante de látex.

—Sí, le vi… —Frank se detuvo al echar un vistazo a la valla y ver que el otro guante seguía en el seto—. El otro —terminó.

—Eso no es lo único… su mascarilla también voló hasta mi jardín.

—¿La mascarilla de quién?

—De un niñato que ha venido de visita antes. Me cabreó bastante cuando le vi tirarla…

Frank sintió que se le aceleraba el pulso.

—Me mordí la lengua. No quería venir aquí con malas pulgas. Pero cuando voló hasta mi jardín…, bueno, eso ya no está bien y…

—Disculpe, señor, soy el Inspector Jefe Black. —Lo interrumpió, mostrándole su placa.

—Disculpe… Inspector Jefe… Esto probablemente no sea de su competencia…

—No se preocupe. ¿Cuándo fue? Y descríbame a ese niñato.

—Ja, Inspector Jefe, ya veo que lo entiende. El respeto solo existe entre nosotros, los viejos. En estos...

—¿Por favor?

—Bueno, pues fue hace una hora más o menos. Parecía agitado, cuanto menos. —Se encogió de hombros—. Probablemente por eso no dije nada, si le digo la verdad. Los jóvenes de hoy en día prefieren liarse a puñetazos antes que tener una conversación civilizada.

Frank miró por encima del hombro a Ray, que seguía de pie, tieso como un palo y con el rostro pálido, junto a Gerry.

No tienes salida, Ray.

Frank se volvió de nuevo y Bryan continuó: —La cosa es que, al salir, parecía diferente. Como triste. Encorvado, como si llevara el peso del mundo sobre los hombros. Pensé en decirle algo entonces, pero nunca he visto a un hombre con una pinta tan desquiciada. No merecía la pena arriesgarse.

—¿Qué conducía? —Ya sabía la respuesta, por supuesto, pero en el momento en que llegara la confirmación sería cuando él actuaría.

—Un Honda Civic plateado.

—Espere aquí, Bryan.

Cerró la puerta y volvió a entrar en la casa. —¿Dónde está?

Raymond negó con la cabeza.

—¿No lo sabes o no quieres decirlo?

Raymond se giró, se sentó en el sofá y se quedó mirando al frente.

Frank asintió hacia Gerry. —Sal fuera. Dile a Bryan que se vaya a casa. Luego llama al Cuartel General.

—Vale —dijo Gerry, dirigiéndose a la salida.

—Ah, y cierra la puerta —dijo Frank.

Gerry se volvió para mirarlo. —¿Por qué?

—Hazlo y ya está, Gerry. Por favor.

La guio suavemente hacia la puerta. Ella parecía insegura. Cuando estuvo fuera, él cerró la puerta y echó la llave antes de que ella pudiera expresar más inquietudes.

Se giró. Ray seguía en el sofá, con la mirada perdida.

—¿Dónde está? —preguntó Frank.

Nada.

—¿Dónde está? —repitió, acercándose poco a poco.

Seguía sin responder.

El gilipollas se había cerrado en banda.

—Como quieras —dijo Frank, apretando los puños—. Sabes que resistirse a la detención es una mala idea… la cosa se puede desmadrar de verdad.

68

Con la misma rapidez con que había aparecido, volvió a desaparecer.

—¿Madre?

¿Qué me está pasando?

Sentía como si todo se estuviera resquebrajando…

Se agarró a un serbal retorcido por el viento que se aferraba al borde del precipicio.

Un pensamiento le inundó la mente.

No podía negar que era un pensamiento suyo, pero en realidad no lo sentía como propio.

A veces, el mejor regalo que puedes hacer a los demás es tu ausencia.

Luego llegó otro. De nuevo lo sintió natural, pero, al mismo tiempo, ajeno.

Tu padre lo entendió.

Miró hacia abajo. El arroyo Jugger Howe Beck brillaba a sus pies como un hilo de plata.

Y ahora, después de haber perdido tanto por ser quien soy, yo también lo entiendo.

Kevin se quitó los guantes quirúrgicos de un tirón y los arrojó al suelo con asco.

Se acabó.

No se marcharía con esas cosas horrendas puestas.

Cerró los ojos, preparándose, mientras la brisa le refrescaba la cara.

¿De verdad crees que este es un final digno?

Abrió los ojos de golpe.

Ahora bien, ese pensamiento había sido diferente. No solo en el tono. Había surgido de una parte distinta de sí mismo.

Tienes más que ofrecer de lo que crees.

El olor artificial regresó. Repugnante. Lo sintió dentro de su mente, blanqueándola. La claridad se empañaba de nuevo.

Intentó apartarlo, pero era fuerte. Deseaba tanto oír lo que esa otra voz tenía que decir…

—¿Kevin?

El niño lo miró.

Su rostro estaba lleno de color y vitalidad.

—¿James?

—Sí…

—Lo siento.

—Pero no fuiste tú —dijo James.

—No… te equivocas. Debería haberte llevado al hospital, yo…

—Ella me contaminó. Tu madre me contaminó.

—¿Qué? Perdona… yo… —Se interrumpió, confundido. La mente le daba vueltas y el olor a desinfectante pareció intensificarse. Se agarró la cabeza con las manos. Entonces, aquellos pensamientos, intensos de nuevo.

Yo te contaminé. Te contaminé y luego te mantuve alejado de la cama del hospital.

Miró a James de nuevo. Esta vez estaba pálido y más demacrado.

James negó con la cabeza, con su pequeño rostro serio. Movía la boca, pero no salía ningún sonido.

—Lo siento *muchísimo*, James. —Se miró las manos desnudas—. Soy veneno, así de simple.

James volvió a mover la boca. Kevin intentó leerle los labios.

Tus… manos… están… limpias.

James le ofreció la mano y Kevin retrocedió. —No lo hagas. Volveré a contaminarte. Esa es la verdad.

A lo lejos, oyó un zumbido profundo y constante.

Alzó la vista y distinguió una forma oscura en la distancia, entre las nubes.

Oyó la voz de su madre en lo más profundo de su cabeza: *Las manos limpias mantienen a raya las cosas malas, Kevin.*

Cuando volvió a bajar la vista, James había desaparecido.

Miró hacia el fondo del barranco.

Con los ojos de la mente, vislumbró a un hombre con sobrepeso en un sillón de cuero frente a él, lanzando un pisapapeles geométrico de una mano a la otra.

—¿Pero usted no es mi padre?

El ruido sobre él era ahora intenso. Kevin miró hacia arriba, entrecerrando los ojos contra el viento que de repente le azotó la cara. El zumbido rítmico se resolvió en el inconfundible chirrido de las aspas de un helicóptero.

A veces, el mejor regalo que puedes hacer a los demás es tu ausencia.

Un helicóptero de la policía descendió a través de las nubes, su foco barrió el páramo antes de encontrarlo y fijarse en él. El potente haz de luz lo iluminó con una cruda luz blanca contra el paisaje que se oscurecía, obligándole a protegerse los ojos con una mano mientras se aferraba al serbal con la otra.

Tenía los pies medio fuera del borde.

Mi padre lo entendió.

El helicóptero se cernió precariamente contra el fuerte viento, sus rotores luchando por mantener la posición, y luego aterrizó.

Y ahora, después de haber perdido tanto por ser quien soy, yo también lo entiendo.

Kevin observó cómo la puerta del helicóptero se abría y surgían dos figuras: una alta y esbelta, la otra más robusta y con el pelo canoso. Volvió a mirar hacia abajo, sabiendo que se le acababa el tiempo.

Cerró los ojos.

El mejor regalo que puedes hacer a los demás es tu ausencia.

69

Si no hubiera sido por Gerry y su incesante insistencia durante el último año, Frank no habría podido correr así. Las posibilidades de llegar hasta Kevin antes de que saltara serían nulas, pero al menos tenía la oportunidad de intentar convencerlo de que no lo hiciera.

Ray, en aquel sofá, había permanecido obstinadamente en silencio. Sin embargo, el sistema ANPR había dado sus frutos justo a tiempo, identificando adónde se había dirigido el Honda Civic plateado: al mismo aparcamiento al que había ido su padre en 1995.

El ANPR le había ahorrado al buen doctor, Raymond Firth, un mundo de sufrimiento, y a Frank un último estallido de gloria. O, mejor dicho, la indignidad de una jubilación forzosa y numerosas acusaciones de agresión.

Justo antes de marcharse, Frank había visto algo en los ojos de Ray que lo había llenado de pavor: un indicio de que llegaría demasiado tarde.

Parecía que la calculada máscara del psiquiatra se había caído por fin para revelar al monstruo que se ocultaba debajo. Un monstruo convencido de que el daño ya estaba hecho, de que su manipulación psicológica, incluido aquel hedor a desinfectante, había puesto en marcha algo irreversible.

Tras movilizar la ambulancia aérea para que su helicóptero sobrevolara el páramo con estruendo, Frank se había sentado, con

los dientes apretados, esperando y rezando para no llegar demasiado tarde.

Fue Gerry quien lo vio, poniendo a prueba de nuevo sus ojos de halcón. Aunque, para ser justos, los ojos de la mayoría de la gente podían considerarse de halcón en comparación con los de Frank.

Hubo un momento de esperanza, antes de que se le encogiera el corazón. A medida que descendían, quedó muy claro que Kevin estaba solo en el precipicio, donde su padre biológico había «fingido» un suicidio años atrás.

La situación parecía desoladora.

Debería haberle partido la puta cara a ese médico cuando tuve la oportunidad, pensó Frank.

Aterrizaron.

Gerry se desabrochó primero el cinturón. —¿No sabemos en qué estado mental se encuentra, Frank?

—En uno no muy bueno, me imagino —dijo Frank, desabrochándose el cinturón—. A saber qué le ha metido en la cabeza a ese pobre chaval. —La siguió hasta pisar el brezo elástico.

Mientras corrían, los zarapitos cantaban lúgubremente en la distancia mientras el sol se ponía. Para Frank, de repente, sonaron como advertencias susurrando por el paisaje desprotegido.

El dúo se detuvo a unos treinta pies, más o menos, detrás de Kevin.

Por supuesto, daban por hecho que era Kevin. En realidad, nunca lo habían visto. Sin embargo, el aprieto en el que se encontraban todos era confirmación suficiente.

Sin aliento, Frank le dio un toque a Gerry. Tendría que empezar ella.

—¿Kevin?

No hubo respuesta.

—Kevin. Soy la inspectora Gerry Carver. Este es el inspector jefe Frank Black. Estamos aquí para ayudarle.

—Por favor, márchense.

Aún boqueando en busca de aire, Frank consiguió enderezarse. —Kevin… —Jadeó de nuevo. No había manera. Le dio un codazo a Gerry.

—Kevin, si se aleja del borde, podemos hablar —dijo Gerry.

Kevin se giró. Parecía tranquilo, teniendo en cuenta la situación en la que se encontraba.

Por supuesto, eso no era bueno, pensó Frank, porque podría haberse resignado ya al final.

—Deberían marcharse de aquí —gritó. Su voz se la llevó el viento que azotaba el páramo. —Es peligroso.

Frank aspiró más aire y consiguió decir: —Kevin… escuche… —Se golpeó el pecho, que estaba trabajando a toda máquina. Joder. —No creemos que sea usted mismo.

—No sé a qué se refieren.

Frank, sintiendo que recuperaba algo de vida, avanzó con cautela para poder ver al chaval con más claridad.

No conocía a Kevin como para compararlo con su estado habitual. Pero había una quietud poco natural en su postura, una compostura tranquila, casi artificial.

No estaba resignado a la muerte. Estaba, como temían, actuando bajo una poderosa sugestión.

—No se acerquen —dijo Kevin.

Frank levantó las manos en un gesto apaciguador. —Por supuesto.

—Un paso más y saltaré.

—Entendido —dijo Frank, manteniendo aún las palmas de las manos en alto—. Una palabra, sin embargo… primero… ¿por favor?

—¿Para qué?

Frank se estaba recuperando rápidamente, pero aun así tuvo que hacer una pausa para recuperar el aliento de nuevo. —Disculpe… —Otra palmada en el pecho—. Es importante, Kevin, que sepa lo que está pasando.

—¿Y qué necesito saber?

—Los hechos —dijo Gerry.

—La verdad —añadió Frank, pensando que eso podría tener más sentido.

Kevin negó con la cabeza. —¿La verdad sobre qué?

—La verdad sobre por qué está a punto de hacer esto… —continuó Frank.

—Sé exactamente por qué estoy haciendo esto.

Frank se contuvo de decir: «La verdad no siempre es lo que parece». Sonaba terriblemente manido, y él mismo habría saltado si alguien le hubiera dicho eso en esta situación. —Solo denos cinco minutos, por favor. Escúchenos.

Kevin negó con la cabeza. —¿Qué sentido tiene?

—Pronto verá qué sentido tiene, chaval.

Kevin suspiró. —¿Se da cuenta de a cuánta gente le he fallado? ¿A cuánta he hecho daño? No merezco ni un minuto más, y mucho menos cinco. Soy patético.

—No es patético, es todo lo contrario. He visto ese programa informático que ha creado… —No recordaba el nombre, y no iba a referirse al «robot». Le dio un codazo a Gerry.

—EmPathAI —dijo Gerry.

Frank asintió. —Eso. Usted quiere ayudar a la gente. A mí eso no me suena a ningún tipo de fracaso.

—Ustedes no saben nada —siseó Kevin.

—Sé que su padre murió aquí. O, al menos, que fingió hacerlo.

Kevin entrecerró los ojos. —Miente.

—Fue un montaje. Nunca saltó.

—Tonterías.

—Somos la policía. Le aseguro, al cien por cien, que no le estamos mintiendo.

Kevin negó con la cabeza, miró por encima del borde y luego volvió a mirar a Frank. —Traje a mi padre en coche hasta este lugar. No podía soportar en lo que me estaba convirtiendo. Mi estado… —las palabras de Kevin brotaron con una cualidad mecánica, como si recitara algo que le habían contado en lugar de expresar sus propios pensamientos.

—¿Cuando tenía usted cinco años? —dijo Frank—. ¿De verdad le encuentra sentido a eso? ¿Que un psiquiatra se dé por vencido con su hijo de cinco años y se quite la vida? Vamos, ¿por qué no intentó simplemente ayudarle?

Kevin se encogió de hombros. —La mente es misteriosa. A veces podemos sentirnos superados. De algún modo, yo lo superé a él y… bueno…

—Escuche, hijo. Esas ideas se las han metido en la cabeza. Su padre no murió aquí. Fingió su muerte porque tenía problemas con las autoridades precisamente por esto: por manipular los pensamientos y los recuerdos de la gente.

Kevin sacó algo bruscamente del bolsillo. —Tengo la foto, imbécil. —La agitó en dirección a Frank—. La foto que se hizo antes de saltar… o al menos una copia.

—Sí, ya la he visto —dijo Frank—. Aunque en la foto no se le ve saltando.

—Eso es irrelevante. No. Solo está intentando confundirme…

—De verdad que no. Otra persona le ha hecho eso. Su padre cambió su identidad por la del doctor Frederick Styles —insistió Frank—. De hecho, lo trató a usted durante un tiempo, hasta que… bueno, hasta que…

—¿Hasta qué?

—Hasta que murió, de alguna manera. Lo siento. De verdad, esta vez.

—¿Cómo?

—Esperábamos que usted pudiera decírnoslo. Él lo trató. En algún lugar debe de tener algún recuerdo de él.

—Pero no lo tengo. De hecho, no tengo ni idea de quién o de qué me está hablando.

Frank suspiró para sus adentros y miró de reojo a Gerry. Tenían un hueso duro de roer entre manos.

—Le ocurrió algo en Sandsend, Kevin —dijo Gerry.

—Sandsend. ¿Por qué iba a estar yo allí?

—Su padre tenía una casa de campo allí —dijo ella—. Ahora es propiedad del doctor Raymond Firth. Su tío.

Hubo un momento de silencio. Una mirada perdida en sus ojos. ¿Había activado Gerry algo?

Frank se arriesgó a dar un paso adelante.

Los ojos de Kevin se abrieron de par en par, se giró y pareció que iba a saltar.

Frank se quedó helado. —Vale… quieto… ha sido una estupidez por mi parte. No me moveré.

Kevin parecía muy inquieto en aquel precipicio. Pero seguía allí. —¿De acuerdo, qué pasó en Sandsend?

—El doctor Raymond Firth… su tío… manipuló su memoria.

—Firth… pero ese es…

—Su tío —dijo Gerry.

—¡Ja! No sea ridículo. No tengo ningún tío.

—Sí que lo tiene. Solo que no lo recuerda. Ha usado hipnosis para…

—Tonterías. Todo el mundo sabe que hay que estar dispuesto para ser hipnotizado.

—¿Quizá usted lo estaba? —dijo Frank.

—¿Dispuesto a acabar aquí? Tiene que haber una buena razón para que yo esté aquí. Esto, lo que estoy haciendo, es lo correcto… —Se frotó las sienes—. Me queda tan poca energía… ¿no pueden dejarme en paz en este maldito silencio?

—Pero sigue aquí —dijo Frank, haciendo una mueca ante la idea de desafiarlo de esa manera—, lo que significa que algo ha oído en lo que le hemos dicho. Algo le está resonando.

Gerry se colocó al lado de Frank mientras Kevin miraba al frente, distraído.

—¿Cuándo recuerda haber visto a su padre, Kevin? —preguntó Gerry.

—Antes de que muriera. Debía de tener cinco años.

—¿Y lo recuerda con claridad?

—Creo… que nos veo de pie fuera de una casa de campo…

—¿Una casa de campo en Sandsend? —dijo ella.

—No lo sé…

—¿Recuerda qué pasó ese día?

Kevin negó con la cabeza. —Mire… la verdad, puede que solo fuera una fotografía. Pero yo estaba allí con él, sin duda.

—Así que —dijo Gerry—, ¿quién le dijo que su padre había muerto?

Frank miró a Gerry. No sabía qué ángulo estaba explorando, pero la forma en que lo guiaba ahora era impresionante.

—Mi madre, supongo.

—¿Seguro? —preguntó Gerry.

—Bueno… eso supongo.

—Entonces, ¿no lo recuerda?

—No, pero…

—¿No es extraño?

—Tenía cinco años, así que ¿quizás no sea tan extraño?

Frank vio por dónde iba ahora.

—¿Cree que le habría dicho a un niño de cinco años que su padre acababa de suicidarse?

—No… yo… no me acuerdo. ¿Quizá me enteré de otra manera, cuando era mayor, por un periódico, tal vez?

—Sin embargo, ¿tampoco recuerda eso? —preguntó Frank.

Kevin negó con la cabeza. Parecía a punto de vomitar.

Frank asintió a Gerry para que continuara. Estaba llegando a él.

—Nadie le habló nunca de su padre, Kevin, cuando era más joven —aclaró Gerry—. No tiene padre en su certificado de nacimiento y, en su historial médico, consta que estaba bajo la ilusión de que su padre se había escapado cuando usted era niño… Me pregunto si sabía que el doctor Frederick Styles era su padre cuando empezó a tratarlo. Dudo mucho que supiera siquiera todo este asunto del suicidio, hasta hoy.

—¡Pero la foto! —La sacó del bolsillo y la agitó de nuevo.

—Creo que puede que se la diera su tío.

—Ah, claro, el tío misterioso. ¿Fue entonces cuando me programó para que saltara por un acantilado?

—Sí —dijo Gerry—. Creo que volvió usted a esa casa de campo cuando era mayor… un tiempo después de que su padre hubiera adoptado la identidad de Frederick. Le hizo olvidar algo. Algo que lo ha mantenido en silencio todos estos años. Pero algo se ha activado… quizá la enfermedad de su madre… sus recuerdos deben de haber vuelto y esto ha causado…

—¿Qué recuerdos?

Gerry suspiró. —Ese es el problema. No lo sé. Pero se los han vuelto a quitar.

—Y usted es un riesgo —dijo Frank—. ¿No lo ve? Su tío le ha convencido, le ha hipnotizado para que haga lo que su padre en realidad nunca hizo.

Negó con la cabeza. —¿Pero se sentiría tan correcto… tan honorable?

—¿Quizá si la hipnosis fue lo bastante fuerte? —sugirió Gerry.

—Pero para mi padre fue correcto y honorable.

—Escuche —dijo Frank, sintiendo que se le agotaba la paciencia, pero sin querer perder los nervios y provocar una tragedia—. Él nunca se suicidó en 1995. Fue una mentira.

Kevin se agarró la cabeza. —Necesito pensar…

Frank abrió la boca para hablar de nuevo, pero esta vez Gerry le dio un codazo.

Quería que guardara silencio.

Presentía lo cerca que estaban.

Entonces, Kevin giró la cabeza bruscamente hacia la derecha. —¿Usted nunca me lo dijo, verdad? ¿Quién me lo dijo? —Los ojos de Kevin se fijaron en el aire con tal convicción que Frank casi esperó ver a alguien materializarse de la nada.

Miró a Gerry y le preguntó con los labios: «¿Qué?».

Ella negó con la cabeza, indicándole que se mantuviera centrado y en silencio.

En el rostro de Kevin se sucedieron distintas expresiones. Primero, vulnerabilidad. Luego, se endureció con agresividad. Parecía traicionado. A veces, sus labios se movían en silencio, como si algunas partes de la conversación fueran demasiado íntimas para expresarlas en voz alta. El viento parecía envolverlo, aislándolo en su diálogo privado con fantasmas.

Frank quiso preguntarle a Gerry qué pensaba, pero se mordió la lengua.

¿Visiones, alucinaciones… provocadas por Ray?

¿O era esto algo mucho más positivo?

¿Eran estas alucinaciones producto de la propia mente de Kevin, en un intento de derribar las monstruosas barreras del psiquiatra?

Finalmente, Kevin volvió la mirada hacia Frank y Gerry, que estaban detrás de él. Había terminado.

—Kevin, ¿con quién estaba hablando? —preguntó Gerry.

Kevin parpadeó y la confusión se extendió por su rostro. —Con mi madre…

—¿Sigue ahí? —preguntó Frank, señalando con la cabeza el espacio vacío.

—No… —Entrecerró los ojos—. No me miren de esa puta manera. ¿De acuerdo?

Frank se tocó el pecho. —No lo estaba haciendo, yo…

—Piensan que estoy loco. ¡Sé que en realidad no está aquí! No estoy jodidamente loco.

Frank asintió. —No creo que esté loco en absoluto.

—Ha muerto hoy. El hospital me ha llamado de camino aquí… —Hizo una pausa, como si recordara algo.

Gerry intervino. —¿Recuerda de dónde venía?

Kevin frunció el ceño. Guardó silencio un rato antes de decir finalmente: —De casa. —No sonó convincente.

—¿Así que de casa hasta aquí? —preguntó Frank.

Kevin asintió.

—¿Por qué? —preguntó Frank.

—¿Por qué qué?

—¿Qué le hizo decidirse a conducir de repente hasta aquí desde su casa?

—Yo… yo… —Parecía totalmente desconcertado—. ¿Lo que le ha pasado a mi madre, supongo?

—Pero acaba de decir que no se enteró hasta que estaba de camino aquí… —dijo Frank.

Negó con la cabeza. —Sí… no… eso no está bien. Quizá, simplemente lo sabía… sabía que estaba muerta. Lo presentí.

—¿Y cómo presiente eso?

Kevin volvió a guardar silencio. Bajó la mirada y negó con la cabeza.

Finalmente, levantó la vista. —Piensan que estoy loco. Ya están otra vez.

—Ya se lo he dicho, no creo que esté loco.

—Que sepan que no me da miedo morir. Métanselo en la cabeza. Los dos. De hecho… —Respiró hondo—. ¡Nunca he estado tan seguro de nada en mi vida!

—¿No ve eso como un problema? —preguntó Frank—. Kevin, la gente no se suicida con seguridad en sí misma. Están enfermos,

perdidos e inseguros sobre cuál es la mejor opción. ¿No siente que le están empujando a ello de alguna manera?

Kevin arrugó la cara, bajó la vista y luego volvió a mirar a su derecha. Su voz adquirió un tono infantil, vulnerable pero decidido. —No te preocupes… sí, lo entiendo… el mayor regalo, sí…

—¿Cuál es el mayor regalo? —preguntó Frank.

—La ausencia —dijo Kevin—. Cuando eres alguien como yo, el mayor regalo que puedes hacer a los que quieres es tu ausencia.

—Seguro que no puede creer eso.

—No causo más que dolor.

—¿Y cree que su muerte no causará más dolor a quienes le quieren? —preguntó Frank.

—Supongo que es irrelevante… Quiero decir, de todos modos, ¿quién queda? Se han ido todos. Por mi culpa. James se ha ido.

—¿Quién es James?

Kevin dio una patada en el suelo. Un trozo de tierra se desprendió y cayó por el borde. A Frank se le subió el corazón a la garganta.

—No quiero hablar de eso.

—Está bien.

—Las manos limpias mantienen alejadas las cosas malas…

—¿Perdón?

—Las manos limpias mantienen alejadas las cosas malas. Eso es lo que mi madre siempre solía decirme.

Frank miró a Gerry.

Era necesario que se desmoronara, quizá, ¿pero tenía que hacerlo tan cerca del borde?

Frank sopesó la idea de abalanzarse y agarrarlo.

Las posibilidades de que llegara demasiado tarde y se precipitara él también eran aterradoramente altas.

—La limpieza no es algo malo —dijo Kevin.

—No, no lo es —dijo Frank.

—Entonces, ¿por qué de repente parece que está mal?

—Perdón.

—¿Por qué parece que me está haciendo daño? ¿Perjudicándome? —Volvió a mirar a la derecha—. ¿Por qué, mamá?

De repente, Kevin se giró por completo para quedar de cara a Frank y Gerry. Por desgracia, se quedó a centímetros del borde. Su rostro pasó por un ciclo de expresiones, algunas de horror, otras de confusión y momentos ocasionales de revelación. Frank apretó los puños a los costados, esperando a cada segundo que el hombre desquiciado tropezara hacia atrás…

—Las cosas sucias hacen que la gente enferme. Las cosas sucias matan a la gente —dijo Kevin—. ¿Quieren matar a alguien?

—¿Perdón? —dijo Frank, confundido.

—Es lo que mi madre siempre me decía. —Se miró las manos enguantadas—. ¿Me hizo ella así?

Frank y Gerry se miraron. La verdad era que no sabían la respuesta a esa pregunta.

Los miró, con las lágrimas corriéndole por la cara. —James está muerto.

—¿Quién es James?

—Un chico inocente. Lo quería. —Kevin levantó la vista, con los ojos llorosos—. Pero no lo llevé al hospital a tiempo. Tenía miedo, ¿saben? Miedo de las cosas sucias.

—De acuerdo —dijo Frank—. Lo siento. Suena terrible. Esas cosas pasan.

—Lo contaminé.

—¿Que lo contaminó? ¿Cómo?

—No lo sé. —Se miró las manos—. Solo sé que lo hice y luego no lo llevé al hospital, y murió. Y su madre, Angela… —Las lágrimas le corrían por la cara—. Me mira con tanto odio.

Kevin cerró los ojos y empezó a tambalearse.

¿Podría Frank alcanzarlo y rodearlo con los brazos antes de que volviera a abrir los ojos?

Los ojos de Kevin se abrieron de golpe. —Soy suciedad. Destructivo… —Miró por encima del hombro—. Suciedad.

—Son pensamientos distorsionados —dijo Gerry—. Está transfiriendo su paranoia sobre la contaminación a un niño. ¿Cómo murió?

—Un sistema inmunitario debilitado. —Se frotó las sienes—. Una infección.

—Pero usted no le debilitó el sistema inmunitario —dijo Gerry—. No está bien…

—¿Ah, no? —siseó Kevin—. ¿Que no lo debilité?

Los ojos de Gerry se abrieron como platos.

—¿Cómo lo sabe?

La verdad era que no lo sabían, pero sonaba muy improbable.

—Pero ¿cómo lo sabe *usted*? —dijo Gerry, dándole la vuelta a la tortilla—. ¿Cómo sabe que lo debilitó?

Negó con la cabeza. —No lo sé… pero algo no encaja… Las piezas no encajan. —Dio una vuelta completa. Empezó a pasearse de un lado a otro por el borde—. Nada encaja… y ese olor… ese puto olor horrible… está por todas partes. Es todo…

—¿Qué olor? —preguntó Frank, dando un paso al frente. No pudo evitarlo. Algo en lo que acababa de salir a la luz lo atraía.

Kevin se detuvo y lo miró. —Desinfectante.

Frank sintió una descarga de adrenalina.

Recordó haber cruzado el despacho hacia aquel gilipollas en Sandsend, con el frasco azul en la mano. No recordaba haberlo dejado en ningún sitio. El anciano de la puerta lo había distraído.

Se metió la mano en el bolsillo. Sus dedos se cerraron sobre el frasco azul.

Con mano temblorosa, Frank alzó el frasco.

—¿Qué es eso? —preguntó Kevin.

—Escúcheme, Kevin… —De repente, le costaba hablar. El corazón le martilleaba en el pecho—. Así es como lo hacen. Utilizan estímulos. Creo que usaron este olor con usted. He encontrado esto hoy en Sandsend. Todo el local apestaba a esto. Es desinfectante.

—¿Desinfectante?

—Sí.

—En cualquier caso, es lo único que huelo.

Frank avanzó con cautela, ofreciéndole el frasco. —Cójalo. Huélalo. Esta es la prueba. La prueba de que Raymond Firth le ha estado manipulando la mente hoy. Tiene que escucharme.

Frank estaba lo bastante cerca como para abalanzarse y agarrar a Kevin, pero sería imprudente y peligroso. El hombre estaba a un solo paso de una caída en picado.

Kevin alargó una mano temblorosa hacia el frasco.

—No sé si puedo. El olor.

—Sé que es repulsivo, pero esto podría mostrarle la verdad. Quizá, incluso, mostrarle lo que le arrebataron hoy.

Levantó la vista hacia Frank con unos ojos que de pronto le recordaron a los de un niño pequeño. —¿Pero y si… y si es mejor no saber?

—Sí… en cierto modo lo entiendo —dijo Frank, pensando en lo agradable que sería no saber que su hija no estaba a salvo, que su mujer lo había engañado antes de morir, que podría ser un abuelo que quizá nunca vería a su nieto…—. Pero ya sabe, muchacho. Soy un poco chapado a la antigua. ¿Más vale malo conocido? Al fin y al cabo, somos la suma de nuestras partes, supongo. Es mejor conocer las partes, aunque a veces sean bastante desagradables. Por favor. —Volvió a ofrecerle el frasco. Relucía débilmente bajo la luz mortecina. La mano de Frank permanecía firme como una roca a pesar del torbellino de dudas en su mente—. Si no por usted, hágalo por ese chico, James. Descubra qué pasó realmente.

Kevin le arrebató el frasco de la mano a Frank.

Frank sintió la tentación de agarrar al chico por la muñeca, pero ¿y luego qué? ¿Forcejear al borde de un acantilado?

—Retroceda —dijo Kevin.

Frank asintió y así lo hizo.

Kevin se quedó mirando el frasco un instante.

De repente, a Frank le asaltó una duda abrumadora. ¿Acababa de meterse en terreno peligroso? ¿Combatir el fuego con fuego? Usar las herramientas de los Firth para intentar rectificar la situación. ¿Y si reforzaba los mensajes implantados por Ray? Era un riesgo enorme, pero Kevin necesitaba una sacudida, y era el último cartucho que les quedaba.

Kevin le hizo un rápido gesto de asentimiento a Frank, lo destapó y se lo llevó a la nariz. Cerró los ojos y lo olió, haciendo una mueca al hacerlo.

A Frank se le heló la sangre.

Durante un rato no pasó nada.

Y en ese rato, oscureció mientras el sol continuaba su descenso, y los zarapitos intensificaron su canto lastimero.

Frank miró a Gerry, se encogió de hombros y luego volvió a mirar a Kevin, que aún tenía los ojos cerrados.

Observó cualquier cambio en la expresión de Kevin.

La paciencia nunca había sido una de las virtudes de Frank. —¿Algo? —preguntó Frank, con un regusto a bilis—. ¿Quizá si lo intenta otra vez?

Pero Kevin permaneció inmóvil.

Y entonces el viento arreció, tirando del traje de Frank y silbando entre las piedras milenarias que salpicaban el paisaje.

Con el ocaso, las sombras se alargaron sobre el páramo, extendiéndose como dedos hacia el borde del barranco.

Frank sentía el pulso en las sienes.

Vamos, muchacho, abre los ojos…

El frasco abierto se le resbaló de la mano a Kevin y cayó al suelo.

No hizo ningún ruido y apenas hubo movimiento, pero Frank casi dio un brinco del susto.

—Kevin, ¿se encuentra bien?

Kevin abrió los ojos y se giró.

Frank sintió ganas de vomitar. Tenía que intervenir ya. Si se despeñaba con él, que así fuera. Se puso en tensión…

—Tenía usted razón —dijo Kevin.

Frank se quedó helado.

—¿Quiere saber lo que veo en este momento?

—Sí.

—Piel desollada y ensangrentada. —Levantó las manos—. Mi madre me hacía frotármelas una y otra vez. Yo solía suplicarle, pero nunca cedía. Veinte segundos como mínimo… a veces cinco minutos si había tocado algo que ella consideraba «contaminado». Agua hirviendo. *El calor mata los gérmenes, Kevin*. —Imitó la voz de su madre.

—Lo siento —dijo Frank—. Ningún niño, nadie, debería pasar por algo así.

—No —dijo Kevin.

—Deberían rendir cuentas.

—Demasiado tarde. Mi madre y mi padre están muertos.

—Ray está vivo y se enfrentará a la justicia. Dios me ayude, haré que ocurra. Con su ayuda.

—Usted sabe que mi madre envenenó a James… lo debilitó para que dependiera de mí, para que dependiera de ella. Munchausen por poderes. Mi padre afirmó haberlo tratado con estos putos métodos. Parece que se equivocaba.

Frank sintió que el corazón se le encogía. Un niño pequeño. Más daño y devastación causados por médicos con demasiado poder. —Saquemos la verdad a la luz —dijo Frank.

—¿Y la verdad sobre la muerte de mi padre también?

—Sí. Si la sabe.

—Sé que no murió aquí, eso seguro. Tenía usted razón.

—No me complace en absoluto tener razón.

Kevin se giró. —Y yo tampoco voy a morir aquí.

—Me alegro mucho de oír eso.

Kevin dio un paso adelante, alejándose del borde.

Frank suspiró para sus adentros, aliviado.

Fueron juntos hacia Gerry.

—El Dr. Frederick Styles. Al principio, yo no sabía que era mi padre. Todo lo que supe de mi padre fue que era un hombre con el que ella había tenido una breve aventura. Nada de su supuesto suicidio. Nada de esa sarta de gilipolleces que mi tío me metió hoy en la cabeza.

—Mi madre me llevó a verlo al Centro de Bienestar. Afirmaron que era para ayudar con el TOC. El TOC que ella había construido sistemáticamente en mí durante mi infancia. Pero les preocupaba más protegerla a ella. Sí, verá, yo era joven, pero me estaba dando cuenta. Había encontrado un diario que sugería que me estaba poniendo enfermo, y había encontrado listas de productos químicos, y… bueno… era joven… así que quise protegerla en lugar de destruirla. Le permití que me arrebatara la verdad. O más bien, que la enterrara, supongo.

—Con el tiempo, intentó deshacer el veneno de mi mente. Creo que, tal vez, estaba tan arraigado… Creo que hubo momentos en que mejoró un poco, pero nunca desapareció del todo. No siempre

íbamos al Centro de Bienestar. Para cuando cumplí los dieciséis, también iba a la casa de campo del Dr. Raymond Firth. Todo lo que sabía era que era un amigo íntimo de Frederick.

—Nunca estuve seguro de si Frederick tenía una relación con mi madre, pero siempre parecían bastante cercanos, siempre tocándose. Pero también me di cuenta de que ella era muy cercana a este Raymond. De hecho, los vi besándose una vez. Sin embargo, nunca la confronté al respecto por lo que sucedió después.

—Recuerdo estar en el despacho de esa casa un día durante mi sesión. Mi madre también estaba allí. Siempre estaba allí conmigo. En la otra habitación. A menudo con Raymond, el supuesto amigo de Frederick. Es difícil recordar ahora cuántas veces me habían hipnotizado… tantas, tantísimas veces… pero aun así, ese olor, ese olor espantoso. Nunca me acostumbré. Recuerdo que ese día, por primera vez, protesté. Dije que quería que me hipnotizaran de otra manera. Él me dijo que era demasiado tarde para cambiar y que, además, individualmente, todos respondemos de una manera más potente a un sentido. El mío era el olfato.

—Recuerdo que me eché a llorar desconsoladamente. Llorando a lágrima viva. Y el cabrón, bueno, el cabrón vino y me abrazó, joder. Para mí, él era un médico, así que eso era totalmente inapropiado. Me aparté. Le di un manotazo. Y fue entonces cuando me dijo que era mi padre.

—No me lo podía creer. Sentado allí. Preguntándome qué demonios estaba pasando. Tenía muchísimas preguntas, pero tenía la boca seca y no podía hablar. Entonces, saca este bolígrafo de aspecto caro. Dijo que había estado desesperado por decírmelo durante mucho tiempo, y que este era su regalo para mí. Y me di cuenta de que el acento canadiense había desaparecido. Todo era mentira. Absolutamente todo. Me sentí fatal. Empujé el bolígrafo de la mesa y le dije que no lo quería. Y entonces corrí al baño, pasando junto a mi madre y Raymond por el camino. Me preguntaron cómo estaba, pero los ignoré. Pensé que iba a vomitar, pero no lo hice. Después de un par de minutos, decidí que no podía irme sin respuestas, pero cuando volví, Raymond estaba sentado solo. Podía oír a Frederick y a mi madre discutiendo en el despacho.

—Raymond era un cabrón engreído. Me dijo que era mejor que no entrara ahí. Dijo algo como: «Se ha descubierto el pastel, ¿eh?». Y luego añadió: «Sabes que es mi hermano, ¿verdad? No debería habértelo dicho, el viejo capullo. A Elizabeth no le gustará». Me ofreció una copa, acepté y, mientras estaba en la cocina, fui a la puerta del despacho.

—De repente, la discusión se volvió más ruidosa y agresiva. Se oían cosas rompiéndose. Entré en la habitación y vi a mi madre saliendo disparada contra los armarios. Estaba llorando y sin aliento. «Quédate, Elizabeth», dijo él. «Sé buena chica y quédate». Luego, volvió a sentarse en la silla y me miró. «Esto es lo mejor», dijo.

—Y fue entonces cuando ocurrió. Había un pisapapeles de cristal en su escritorio. Ella lo cogió y… —Se le quebró la voz—. En un momento me estaba sonriendo, prometiendo que seríamos una familia, que dejaríamos atrás nuestros problemas y dolores, y al siguiente… se oyó ese sonido. No un crujido, más bien… un chasquido húmedo. Dio una, dos sacudidas, y luego simplemente… se desplomó. Había tanta sangre...

El silencio se apoderó de los tres.

Frank le dio tiempo a Kevin para que se recompusiera.

—Su sangre se extendió por el suelo formando un patrón que no era simétrico… Recuerdo que eso me molestó muchísimo...

Frank negó con la cabeza. Para un chaval cuya mente ya estaba gravemente marcada, una experiencia así debió de ser catastrófica.

Kevin cerró los ojos. —Puedo ver claramente la cara de mi madre en el momento en que lo golpeó. Agresión, perversión. Creo que en ese instante recordé toda la horrible mierda que me había hecho. Como si el hechizo que el médico me había lanzado se hubiera roto de repente con su muerte. Sentí tantas cosas a la vez… tantas… todas mis enfermedades y mi sufrimiento… el hecho de que mi madre lo había causado… y ahora esto… un asesinato violento. —El labio superior de Kevin se curvó en un gruñido—. Y entonces apareció el tío Raymond, presa del pánico, manoseando a mi madre, como si fuera un trofeo que por fin había ganado. Prometiendo protegerla. Prometiendo protegerme. No pude evitar sentir que todo había sido premeditado. Que planeaban matarlo, pero su momento

de debilidad de ese día, al revelar la verdad, simplemente había acelerado el proceso. Me sacaron de ese despacho con mi madre y nos fuimos a casa. No hablamos en todo el camino, y no creo haber visto nunca a una persona tan alterada. Supongo que él se deshizo del cuerpo de mi padre… aunque nunca lo pregunté.

—Cuando llegamos a casa, se sentó conmigo en el salón, disculpándose profusamente; decía que había necesitado protegerme, que mi padre había sido un hombre malo, que había causado todas esas viles enfermedades en ambos. Yo estaba demasiado aturdido para cuestionarlo. Y aunque la verdad había vuelto a mí, ¿cómo sabía que era real? Me siento, como ahora, como antes, como me siento todo el puto tiempo, fragmentado. Es decir, después de todo, ¿por qué había seguido permitiendo que nos tratara?

—Pasaba la medianoche cuando apareció Raymond. —Kevin resopló—. ¿Y adiviná is qué? Sacó ese frasquito azul. Y yo debí de estar dispuesto entonces, también. ¡Dios, debí de estar dispuesto! Ningún chico de diecisiete años quiere todo ese horror en su cabeza. Así que me dieron el dulce olvido… excepto que… tuvieron que ir y dejarme todo mi TOC, ¿no es así? Es una broma de bastante mal gusto que pudieran deshacerse de todo eso… pero no de esto...

Los hombros de Kevin se hundieron, se dio la vuelta y miró hacia el borde del que casi había saltado, mientras el viento agitaba su escaso pelo sobre la frente. —Y hoy, cuando lo he recordado, y he vuelto a él… he dejado que me lo hiciera todo de nuevo. Solo que peor… esta vez… aun así… ¿y ahora qué? En todo caso, ¿parece demasiado definitivo? Quizá, debería… ya sabéis. Estoy roto, no tengo arreglo. ¿Acaso importa la verdad cuando el resultado sigue siendo igual de desolador?

A su lado, Frank sintió que Gerry avanzaba.

La miró. Su habitual postura rígida se había suavizado un poco, y sus ojos tenían una intensidad inusual. Se acercó a menos de un metro de Kevin. —Usted cree que no tiene arreglo —dijo, con voz baja pero clara por encima del viento—. Que el trauma lo define por completo.

Frank observó asombrado cómo Gerry establecía deliberadamente un firme contacto visual. Su concentración en Kevin era absoluta, el mundo a su alrededor parecía desvanecerse mientras concentraba toda su energía en forjar esta conexión crítica.

—Puede que no entienda del todo sus experiencias específicas, pero la sensación de diferencia fundamental, de estar fuera de lo que otros llaman normal… eso lo entiendo muy bien —dijo Gerry.

Frank observó asombrado cómo Gerry se acercaba aún más a Kevin, manteniendo ese preciso contacto visual.

—Me diagnosticaron autismo a los siete años —dijo—. Me sometieron a terapia de Análisis de Conducta Aplicado durante dos años después de eso. Intentaron entrenarme para que mantuviera el contacto visual hasta que empecé a tener migrañas. Lo llamaron progreso cuando dejé de ser yo misma.

Kevin frunció el ceño, captada su atención.

—Incluso ahora me martillea la cabeza —dijo ella, sin apartar la vista de los ojos de Kevin—, pero recibí entrenamiento, ¿recuerda?..., y la cabra siempre tira al monte. —Le guiñó un ojo, lo que dejó a Frank boquiabierto.

Kevin sonrió.

—La gente se pasó mucho tiempo diciéndome que era defectuosa —continuó Gerry—. Que quien yo era por naturaleza —cómo funcionaba mi cerebro de forma natural— estaba mal. Que tenían que arreglarme.

—Entonces, ¿cómo consiguió... finalmente... —Kevin bajó la mirada—. estabilizarse?

—No olvidando ni curándome —dijo Gerry—. Sino dejando de creerme las historias que otros me contaban.

Dio otro paso hacia él. —Sospecho que su TOC tendría componentes biológicos, y que luego fue utilizado como un arma en su contra. Sus respuestas naturales fueron manipuladas y amplificadas por alguien que debería haberle protegido. Eso no significa que usted esté roto. Significa que ha sobrevivido.

Kevin se la quedó mirando, mientras las lágrimas le caían silenciosamente por la cara.

—No voy a decirle que el dolor desaparece —dijo Gerry—. Sigo luchando contra la sobrecarga sensorial. Sigo necesitando a Rylan, mi perro de terapia. Sigo organizándolo todo sin cesar para controlar la ansiedad. Busco datos para estabilizar mi mente. Pero no son fracasos, son adaptaciones. Son mi forma de moverme por un mundo que no se construyó para mi neurología.

Frank podía ver el desgaste físico que esta conexión le estaba causando a Gerry. Los músculos de su cuello estaban tensos por el esfuerzo. Para ella, ese prolongado contacto visual era como sostener un peso con el brazo extendido; algo que podía hacer cuando era necesario, pero con un coste considerable. Sin embargo, se mantuvo firme, priorizando la necesidad de conexión de Kevin por encima de su propio bienestar. Frank sintió una oleada de orgullo mezclada con preocupación por su compañera: esta era Gerry en su estado más vulnerable y, a la vez, más valiente.

Gerry extendió la mano hacia Kevin; un gesto extraordinario por parte de alguien que normalmente evitaba el contacto físico con extraños.

—Su padre intentó borrar su trauma —dijo—. Raymond intentó usarlo en su contra. Pero hay una tercera opción: la integración. Aprender a vivir con lo que pasó sin que eso le defina.

Kevin miró la mano extendida de ella y luego, de nuevo, el barranco a su espalda.

—No sé si puedo —susurró.

—No lo hará solo —dijo Gerry—. Hay quienes lo entenderán. Quienes no intentarán arreglarle ni anularle.

El viento sopló de repente con una ráfaga que arrastró restos de turba suelta por el borde del barranco. Frank contuvo el aliento, con el corazón martilleándole las costillas.

Por un momento, Kevin se tambaleó, con la mirada fija en el abismo tras de sí. El sol poniente le dio de perfil, iluminando las líneas de sufrimiento grabadas en su joven rostro. Entonces, con una lentitud insoportable, se volvió de nuevo hacia Gerry.

Le temblaba la mano mientras la extendía, los dedos deteniéndose justo antes de tocar los de ella.

—¿Cómo puedo confiar ya en lo que es real? —preguntó, con la voz quebrada.

—Día a día —respondió Gerry—. Una verdad verificable cada vez.

Kevin inspiró con un temblor. Luego, con una deliberación que denotaba un esfuerzo tremendo, posó su mano desnuda en la de Gerry.

Y, mientras Gerry conducía a Kevin de vuelta al helicóptero, Frank miró hacia el barranco.

El sol ya casi había desaparecido, por lo que el barranco se había oscurecido hasta convertirse en un tajo negro como el carbón que atravesaba el páramo.

A Frank le pareció oír algo.

Contuvo el aliento e intentó identificar qué era.

Solo el viento, se dio cuenta.

El susurro del viento.

Arrastrando los antiguos secretos de Jugger Howe a través de la tierra yerma.

Epílogo

Vicky Mallinson estaba de pie cerca de la entrada de la galería y observaba a sus invitados examinar acuarelas que hablaban de sombras y luz, de oscuridad y redención.

Sobre ella, una pancarta rezaba:

VERDAD: La obra póstuma de Craig Stockdale

En colaboración con REFLECT y HMP Full Sutton

Se fijó en un hombre corpulento, al que el traje no le pegaba nada, que miraba *The Shadows We Choose*.

Era su favorito, y aquella persona llevaba más tiempo que la mayoría ante ese cuadro en particular.

Representaba a un hombre sentado en la ladera de una colina frente a una puesta de sol resplandeciente, con un libro abierto en el regazo. La figura se recortaba a contraluz, pero su sombra se alargaba tras él.

El hombre se quitó la chaqueta del traje, dejando al descubierto una camisa de manga corta. Sus gruesos brazos estaban cubiertos de tatuajes.

Su forma de estar de pie, paciente y cuidadosa, le evocó la vida en una institución.

Se acercó a él.

—Fue el último que pintó.

—Lo sé —la miró él. Sus ojos se desviaron hacia las cicatrices de Vicky antes de posarse respetuosamente en los de ella—. Yo estaba allí. —Le tendió la mano—. Morris.

Vicky se la estrechó y se presentó.

—Sé quién eres. Hablaba de ti.

—¿En serio?

—Solo un poco, eso sí. —Volvió a mirar el cuadro—. Pero lo suficiente, ya sabes. —Se giró de nuevo y le guiñó un ojo—. Si me pillas la indirecta.

—¿Erais cercanos? —preguntó ella.

Morris asintió. El hecho de que no pudiera verbalizarlo hablaba de su pérdida.

—Y no me lo habría perdido por nada del mundo. Craig habría estado orgulloso de esto. Toda esta gente pija mirando sus cuadros… —señaló a la multitud de visitantes de la galería, muchos del círculo de donantes de REFLECT—. Madre mía.

—No solo los suyos —dijo Vicky.

Él frunció el ceño.

—¿Cómo dices?

—Sígueme.

Lo condujo a una sala contigua.

—Todos estos cuadros son de aquellos a los que dio clase durante el tiempo que pasó con vosotros.

Señaló a un grupo de cuatro personas que admiraban la puerta de una celda que se abría a un mundo colorido.

—Joder… —miró a Vicky, avergonzado—. Perdona… yo…

—No pasa nada. Ese es el tuyo, ¿verdad?

—Sí. *First Day*.

—Es bueno.

—Anda ya… —tragó saliva—. Perdona otra vez…

—Bueno, no tienes por qué creerme a mí. Míralos. Lo están analizando.

—¿Perdona?

—Están hablando de él —dijo ella y se rio.

A Morris se le subieron los colores.

—A lo mejor tenía razón, después de todo.

—¿Sobre qué?

—Sobre que yo podía pintar. Era una persona positiva. Al menos, lo era con nosotros, los despojos. —Se señaló la cabeza—. Aunque no sé cómo de positivo sería de puertas para adentro, vamos.

—Tenía razón.

Morris suspiró.

—Pero eso fue gracias a él. Tenía un don, ¿sabes? Para enseñarte a ver. A ver de verdad. —Miró a su alrededor, asegurándose de que ningún otro invitado pudiera oírle—. Yo era un auténtico gilipollas cuando entré, ¿sabes? Pensaba que los sentimientos eran para los débiles.

Vicky asintió.

—Mi primer día en su clase —continuó Morris—, vamos, que solo fui porque así salía una hora más de la celda, le dije sin rodeos que no sabía pintar una mierda. —Una sonrisa asomó a sus labios—. ¿Sabes qué me dijo? «Perfecto. No hay nada más sincero que empezar de la nada».

Vicky vio una lágrima en los ojos del hombretón. Le dio un pañuelo de papel.

—Los sentimientos son para los más grandes —dijo ella.

—Creo que él dijo eso una vez —dijo él, cogiendo el pañuelo y secándose los ojos—. Ahora tengo mi propio estudio. Joder, se revolvería en su tumba. A ver, no es nada del otro mundo, solo un garaje reformado. Doy clases a algunos chavales del barrio. Algunos que lo han pasado mal, ¿sabes?

—A Craig le habría encantado.

Morris asintió.

—Veo que la campaña VERDAD en general está dando que hablar.

Vicky asintió.

Tras su confesión aquella noche, decidió no volver a esconderse en las sombras. Había empezado de nuevo. Había construido unos cimientos que se centraban en la rehabilitación a través del arte. Todo en nombre de Craig.

—Bueno, si alguna vez necesitas ayuda con eso…

—Seguro que sí —dijo Vicky. Le dio una tarjeta—. Llámame, Morris, y veré qué puedo hacer.

—Fantástico. Quizá podría ayudar con el trabajo en las prisiones.

Sí que podrías, pensó Vicky.

Algo que Craig había entendido, y que quienes habían estado bajo su tutela entenderían ahora, era que la verdadera rehabilitación no podía producirse sin enfrentarse a la verdad sin tapujos, por muy horrible o dolorosa que fuera.

Morris la estudió un momento.

—Recuerdo algo que dijo sobre ti. ¿Te importa que te lo cuente? Creo que te lo tomarías como un cumplido.

—Por favor.

—Dijo que Vicky Mallinson es alguien que entendía lo que significaba llevar el daño por fuera. No esconderlo.

Vicky asintió, sintiendo que ahora era a ella a quien se le asomaba una lágrima.

—No siempre. Hubo un tiempo en que los dos nos escondíamos de todo. Pero eso solo hacía que las sombras fueran cada vez más grandes.

Después de que Morris se marchara, Vicky volvió a situarse en la entrada y echó otro vistazo a la galería, repleta de verdades plasmadas en acuarela y óleo.

Tantos cuadros que ofrecían ventanas a un alma que había conocido tanta oscuridad.

El legado de ambos nunca sería perfecto ni estaría libre de problemas, pero ella se aseguraría por todos los medios de que fuera honesto.

Aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

—Veintitrés años de matrimonio —dijo Elaine, retorciéndose las manos—. Y la pobrecita de mí, creyendo que me estaba volviendo loca. Las llaves perdidas eran la «prueba» de una demencia precoz. Tergiversaba las conversaciones una y otra vez, hasta que yo misma

dudaba de mi memoria. Hizo que dejara de ver a mis amigos y a mi familia. Decía que era demasiado estresante y que yo estaba demasiado cansada. Construyó esa prisión psicológica ladrillo a ladrillo.

Todos en el círculo asentían, siguiendo el relato de Elaine con atención.

Kevin Ingham le sostuvo la mirada a Elaine con la misma firmeza con que Gerry Carver le había sostenido la suya a él hacía tantos meses.

—Gracias por compartir eso, Elaine. Lo que ha descrito es un caso de manual de control coercitivo. Esas esposas invisibles puede que no dejen pruebas físicas, pero atan con la misma fuerza.

Bajó la vista a sus manos entrelazadas en el regazo.

Se preguntó si se daría cuenta siempre de que no llevaba guantes o si con el tiempo se convertiría en la norma.

Volvió a levantar la vista y recorrió el círculo de doce personas. Desde fuera, formaban un grupo de lo más común: diferentes edades, orígenes, niveles de estudios. Pero compartían un vínculo invisible.

Cada uno de ellos había sobrevivido al robo de su propia realidad.

—Daniel, ¿tenía usted la mano levantada antes?

Un joven con gafas de montura de alambre asintió. —Era solo que… la historia de Elaine me ha recordado mi experiencia en aquella secta. La forma en que usaban la privación del sueño y el control de la información. Nos mantenían despiertos para «vigilias de oración» que duraban cuarenta y ocho horas y luego nos daban enseñanzas teológicas cruciales cuando nuestro pensamiento crítico estaba mermado. Las preguntas se tildaban de «duda demoníaca». Los de fuera estaban «corrompidos», así que cualquier información contraria se descartaba. Para cuando me fui, ya no sabía lo que era real.

Kevin asintió. —Dos métodos diferentes de distorsión de la realidad. Las tácticas pueden variar —luz de gas, técnicas de reforma del pensamiento—, pero el objetivo es el mismo: la necesidad fundamental de confiar en nuestra propia percepción.

Echó un vistazo al reloj de la pared. —Mientras terminamos la sesión de hoy, quiero reconocer algo. El viaje en el que todos nos encontramos no es lineal. La recuperación de la manipulación psicológica no sigue un camino bien definido. Algunos días os sentiréis fuertes, con la mente despejada. Otros, la niebla volverá a aparecer. Ambas cosas forman parte de la curación.

—Lo que une todas nuestras experiencias —ya sea el maltrato doméstico, el adoctrinamiento en una secta o, en mi caso, la manipulación de la memoria mediante hipnosis— es que otra persona reclamó la propiedad de nuestra realidad. Nuestra curación comienza cuando recuperamos esa propiedad, pieza por pieza.

—¿Kevin? —Meredith levantó la mano con timidez—. Antes de irme, solo quería darte las gracias. Por EmPathAI. La he estado usando entre sesiones, sobre todo durante esos ataques de pánico a las tres de la mañana.

Kevin sonrió. —Me alegro de que te esté ayudando, Meredith.

—¡Cantidades ingentes! Me traza los patrones de pensamiento. Perdón, no él… *eso* me los traza, ¡tengo que dejar de hacer eso! Así que, cuando estoy volviendo a caer en mis antiguos sistemas de creencias, me avisa… La semana pasada, me pilló pensando que no soy tan interesante para hablar cuando no estoy con él… Es como tener un defensor en el bolsillo… como tenerte a mi lado en todo momento, Kevin.

Kevin se rio. —Bueno, ¡esa no es la más agradable de las ideas!

—¡Por supuesto que el de verdad es mejor! —añadió Meredith.

—Eso espero —dijo Kevin—. No soy un algoritmo… sin embargo, hay algo con lo que debemos tener cuidado… la tecnología, por muy sofisticada que sea, nunca podrá reemplazar la conexión humana. Los algoritmos pueden identificar patrones, pero no pueden dar cabida al duelo o a la celebración. No pueden ofrecer el espejo de la humanidad compartida. Por lo tanto, mantengámosla como una herramienta. Solo una herramienta.

—Una gran herramienta, para ser justos —añadió Sam.

El orgullo inundó el pecho de Kevin, pero la humildad lo atemperó. Años de terapia le habían enseñado a reconocer la

complejidad de sus emociones: a albergar tanto la satisfacción de ayudar a los demás como la conciencia de su propio viaje continuo.

Otras tres personas expresaron su acuerdo.

—Gracias —dijo Kevin con un rápido asentimiento.

Después de la reunión, mientras Kevin guardaba las sillas, su teléfono vibró.

Café con Angela, 15:00 h.

Sonrió.

Rememoró la reconexión que había experimentado con ella y que le había hecho avanzar en este viaje de sanación.

Tras la muerte de James, su TOC había sido una prisión. Cada germen, un arma en potencia. Cada interacción, un riesgo. Después de todo lo que había sucedido con Raymond Firth, que ahora estaba entre rejas, había reunido el valor para contactar con Angela, esperando rabia, culpa, rechazo.

En cambio, había encontrado a alguien que había estado cargando con su propia culpa infundada. Ella se preguntaba si se le habían pasado por alto los síntomas, si lo había llevado al hospital demasiado tarde. Habían reconocido el uno en el otro el mismo pensamiento distorsionado: la creencia mágica de que podrían haber evitado algo que escapaba a su control.

Y cuando le contó la verdad —que su madre había estado detrás de todo—, esperó que ella se marchara.

No lo hizo.

Habían estado quedando una vez al mes para tomar café. A veces hablaban de James, a veces de cosas cotidianas. La curación no había llegado de argumentos lógicos o intervenciones tecnológicas. Había llegado simplemente del hecho de que alguien que lo entendía fuera testigo de su dolor.

Miró las sillas apiladas y sonrió. Luego, habló en voz alta a la sala ahora vacía. —Eso es lo que hacemos aquí. Ser testigos los unos de los otros. Romper el aislamiento del que depende la manipulación. Mi padre y mi tío creían que podían reescribir la realidad controlando la percepción. Lo que nunca entendieron es que la conexión humana auténtica es la realidad más poderosa que existe.

Miró por la ventana a los miembros de su grupo, que subían a sus vehículos y se dirigían a casa.

Sonrió de nuevo.

Una a una, recuperaban el control de sus historias; no olvidando, sino integrando. Siendo fieles a su propia verdad.

GERRY ESCRIBIÓ:

Gerry Foley.

Debajo escribió:

Gerry Foley-Carver.

Y más abajo:

Gerry Carver-Foley.

Suspiró. Daba igual cuál.

Ninguno le resultaba lo bastante familiar como para quedarse tranquila.

Escribió *Gerry Carver* e inmediatamente se sintió más tranquila.

Luego, escribió:

Tom Carver.

¿Querría él?

Se levantó. Podría merecer la pena preguntárselo.

Vio un sobre de color crema en el suelo, debajo del buzón.

No se había dado cuenta de que había llegado.

Su nombre estaba escrito con letra desaliñada, inclinada hacia la derecha, con una «G» notablemente más grande que las demás

letras.

La letra de Frank.

Abrió el sobre y sacó la carta.

Querida Gerry:

Ya notó que le había temblado ligeramente la mano al escribirla.

Estaba fuera de su zona de confort.

Frank rara vez escribía cartas; su estilo de comunicación preferido consistía en llamadas telefónicas bruscas o conversaciones directas salpicadas de coloquialismos de Yorkshire y algún que otro suspiro exasperado.

Se sentó en el sofá. Rylan se apretó contra su pierna, percibiendo un cambio en su energía. Ella le acarició la cabeza distraídamente, con la atención puesta en la carta.

Querida Gerry:

Diecisiete veces he empezado esta carta. ¡Diecisiete! Y las he contado. He pensado que apreciarías el detalle estadístico. Cada versión es peor que la anterior. Ya hasta he renunciado a escribir frases como es debido.

Así que, la número dieciocho. Allá vamos. Esta la envío sí o sí.

Bueno, pues he sido un auténtico cabezota.

Un gilipollas de campeonato, como solía decirme Mary. A menudo.

Verás, vi tu carta, la que dejaste en mi escritorio, y he estado tan preocupado por mí mismo… Egoísta. Sí. Egoísta. Que no te contesté con mi negativa. Cobarde, ¿eh?

Gerry se detuvo y suspiró. ¿Así que más de lo mismo? Acarició a Rylan. No esperaba que cambiara de opinión. Aun así, la carta le había hecho ilusionarse.

Continuó leyendo:

Pero ahora me alegro de no haberte contestado. Porque me hizo pensar. Bueno, si a lo que hace esta vieja mollera se le puede llamar pensar. Últimamente, lo veo más como ir tirando. Mira, siempre has sido directa conmigo, nunca me has dorado la píldora, y te debo la misma cortesía.

Así que seamos directos. Me pediste que te llevara al altar y dije que no.

Miedo. No es otra cosa. Miedo a llevar mis propios fracasos a los comienzos de tu matrimonio.

Me he pasado décadas definiéndome por lo que he perdido: a Mary, a Maddie, el tiempo, las oportunidades. Llevando esas pérdidas como un abrigo que no podía quitarme. Y ahí estabas tú, pidiéndome que ocupara el lugar del padre que perdiste, cuando ni siquiera pude ser el padre que mi propia hija necesitaba.

Gerry dejó de leer y suspiró. Realmente no había nada nuevo. ¡Ya había oído todo eso antes! Miró a Rylan. —¿Por qué necesitaba una carta para repetir los mismos malditos argumentos?

Continuó:

Pero desde entonces me he dado cuenta de algo. No paraba de pensar que intentabas cambiarme, Gerry. Con lo de la salud, la bebida, la comida y todo eso. Pero cuando lo pensé, quiero decir, cuando lo pensé de verdad, lo que implicó una conversación con Evelyn (siendo totalmente sincero), me di cuenta de que solo eran cuestiones superficiales. Cosas que podía cambiar y que podrían hacerme más feliz. Tú nunca has intentado cambiar lo que soy por dentro.

Mi personalidad.

Y, para ser sincero, eso tiene su miga.

Quiero decir, ¿quién no querría cambiar este percal?

Al fin y al cabo, no es que sea una maravilla. Gruñón, cabezota, de ideas fijas. La mayoría de la gente no quiere saber nada de mí. No los culpo.

Y eso siempre me ha ido como anillo al dedo.

Hasta que te conocí, Gerry, muchacha.

La única persona a la que en cierto modo le caigo bien… perdona, esa es una palabra muy fuerte… que me acepta tal y como soy.

Y entonces me puse a pensar en lo increíblemente valiente que eres. Te mueves por un mundo que te dice constantemente que seas diferente, que actúes en contra de tu naturaleza, y aun así sigues siendo auténticamente tú misma. Te has construido una vida según tus propias reglas, has encontrado el amor con un hombre que valora tu mente tal y como es, y te has convertido en la mejor detective con la que he tenido el privilegio de trabajar; y aquel día en Jugger Howe Beck… ¡Hostia puta! ¡Jamás, pero jamás, he visto nada igual!

Tienes más valor en tu dedo meñique que yo en todo mi puñetero cuerpo.

Gerry dejó la carta un momento y se acercó a la ventana, asimilando las palabras de Frank.

Tantos cumplidos. Tan inesperados.

No estaba segura de cómo responder.

Volvió al sofá y terminó la carta:

Así que le has enseñado a este perro viejo más que trucos nuevos, Gerry. Me has enseñado que es mejor enfrentarse a los miedos que esconderse de ellos.

En resumidas cuentas, la cosa es así.

Sí. Si todavía quieres, lo haré.

Será un absoluto honor para mí llevarte al altar. No porque tenga ningún derecho a entregarte —nunca le has pertenecido a nadie más que a ti misma—, sino porque me lo has pedido y es lo que quieres.

Y te mereces todo lo que quieras.

Sí. Y, por supuesto, seré el viejo cabrón más orgulloso de toda la iglesia.

A ver, ¿acaso hacía falta que lo preguntaras?

Después de todo lo que hemos pasado juntos, ¿dónde iba a estar si no?

Ha sido un largo y curioso baile hasta llegar a lo inevitable.

Tu amigo, Frank.

P.D. Pero nada de corbatas de colores raros. ODIO las corbatas de colores raros.

P.P.D. Aunque si hay una corbata de colores raros, lo haré de todos modos. No voy a fallarte ahora.

P.P.P.D. Pero a lo mejor deberías tomarte en serio esta petición. Odio llamar demasiado la atención. Las corbatas de lunares y cosas así pueden provocarlo.

Una lágrima solitaria cayó sobre la página antes de que pudiera evitarlo. Las emociones siempre eran complejas para Gerry: a menudo abrumadoras en su intensidad, difíciles de clasificar o contener.

Rylan percibió el cambio al instante y apoyó su cabeza dorada en la rodilla de ella. Gerry le hundió los dedos en el pelaje, concentrándose en la sensación para anclarse a la realidad.

—Ha dicho que sí —le dijo a Rylan, con la voz firme a pesar de la lágrima—. Sabía que lo diría en algún momento. La probabilidad estadística era demasiado alta.

La cola de Rylan golpeó el suelo con un ruido sordo.

—Vale, me has pillado, sí que tuve mis dudas… —dobló la carta con cuidado y sonrió.

FRANK HABÍA PERDIDO la cuenta del número de veces que había vuelto aquí, aparcado bajo los sicomoros.

Entornó la ventanilla de Bertha para dejar salir el humo de su segundo cigarrillo de liar.

Cada vez había acabado de la misma manera.

Dos, quizá tres cigarrillos para armarse de valor, antes de cambiar de idea y marcharse.

Pero hoy no.

Hoy no cambiaría de idea.

Y había una razón para ello.

Anoche había soñado con Maddie cuando tenía siete años. Estaba sentada en un dique, balanceando las piernas rítmicamente sobre la arena, mientras el helado de vainilla le dejaba surcos en los dedos, formando charcos pegajosos que luego requerirían múltiples toallitas húmedas.

Y esa sonrisa.

Una sonrisa desdentada con la comisura derecha de la boca ligeramente más alta que la izquierda.

La marea estaba subiendo, enviando encaje de espuma blanca playa arriba.

Un día perfecto en Yorkshire.

Ella había sido feliz.

Todos habían sido felices.

Aquel día, él le había prometido que construirían un castillo de arena antes de que las olas reclamaran la orilla y, por una vez, el trabajo no lo había arrastrado lejos. Había cumplido su promesa.

Era un recuerdo cálido que a menudo, en la vigilia, le producía un dolor hueco.

La sensación de que una parte de él se estaba muriendo.

Había fracasado como padre.

Había perdido a Maddie.

Pero ahora, después de aquel sueño, aquel cálido recuerdo le traía esperanza. Renacida.

Abrió la puerta. Era una señal. Tenía que serlo.

—Contrólate, Black. Puede que ahí fuera haya otra oportunidad para ti.

Salió del coche por primera vez en incontables visitas. El aire olía a barbacoas lejanas. Ahora avanzaba con paso decidido, cada zancada más rápida que la anterior, como si el mero impulso pudiera ayudarle a superar lo que le esperaba.

Cuando llegó a la valla del jardín, el corazón le martilleaba.

No obstante, no era el esfuerzo físico lo que lo causaba.

Era toda la esperanza.

Y, como siempre, todo ese miedo.

La madreselva trepaba por la parte superior de la valla. Por entre los huecos, pudo ver la bicicleta de un niño apoyada contra ella.

Encontró un hueco más ancho por el que mirar.

¡Y allí estaba!

¡Tenía el mismo aspecto que en la foto! Mayor, sí..., pero seguía teniendo aquel rostro dulce y afable.

Corría por el césped, con la cara sonrojada por la emoción, agarrando un avión de espuma que a todas luces había sido montado con entusiasmo pero sin ninguna pericia. Un ala sobresalía en un ángulo extraño. Lo lanzó. El avión voló hacia el cielo, se desvió y luego cayó en picado al suelo. Inclinó la cabeza exactamente como solía hacer Maddie cuando se concentraba, estudiando el juguete caído.

Los dedos de Frank se crisparon contra la madera.

Eso tiene un arreglo sencillo, chaval, de verdad, pensó.

Se imaginó enderezando el ala e incluso ajustando ligeramente la punta de plástico del morro para crear un mejor equilibrio.

Una puerta corredera de la terraza se abrió. Salió un hombre mayor. Quizá no era mucho más mayor que el propio Frank: más delgado, pero más frágil. Tenía el pelo gris, pulcramente peinado hacia un lado, y llevaba una rebeca. Bajó los escalones ayudándose de un bastón.

—¡George! —lo llamó el hombre. Su voz era ciertamente más fuerte y saludable de lo que sugería su demacrado aspecto—. George, déjame ver ese avión.

Frank respiró hondo por la nariz, se agarró a la valla y observó cómo George —*mi nieto, George*— corría hacia aquel anciano para entregarle el juguete.

—Está roto.

—No está roto —replicó el hombre, cogiendo el avión—. Solo necesita unos ajustes.

El hombre enderezó el ala y giró el morro exactamente como lo habría hecho Frank.

—Pruébalo ahora —dijo, devolviéndoselo.

George lanzó el avión de nuevo. Esta vez se elevó. Atrapó una corriente ascendente que lo transportó a lo largo del jardín antes de posarse suavemente en la hierba.

El rostro del niño se iluminó con una sonrisa que dejó a Frank sin aliento. El reflejo exacto de la de Maddie: la comisura derecha más elevada que la izquierda.

George corrió hacia el anciano. —Gracias, abuelo.

Fue como una lanza atravesando el corazón de Frank.

Con la vista nublada, se apartó de la valla, apoyándose en ella para no caer.

Supo que hasta ahí había llegado. Que no sería capaz de llevar a cabo el plan. Para eso, se podría haber quedado en el coche.

El plan había consistido en ir a la puerta principal y presentarse como era debido. Lo había ensayado mil veces.

Pero fue un iluso al pensar que alguna vez lo haría.

¿Quién era él para irrumpir en aquella escena? ¿En aquel jardín con su niño querido y su atento abuelo?

¿Qué derecho tenía a complicarles la vida con su presencia, su historia, su bagaje?

Al llegar al coche, miró una vez más hacia el jardín, aunque ya no era visible. Todavía podía oír unas risas lejanas que traía la brisa del atardecer.

Y al hacerlo, no pudo evitar pensar en algo que Kevin había dicho aquel día sobre Jugger Howe Beck.

Cuando eres alguien como yo, el mayor regalo que puedes hacer a los que quieres es tu ausencia.

Agradecimientos

Escribir Sombras Olvidadas ha sido un viaje gratificante. Al igual que Craig en este libro, me recuerda lo placentero y liberador que pueden llegar a ser el arte y la escritura. Hay algo verdaderamente terapéutico en crear historias que ayudan a sanar la mente.

Mi familia es mi apoyo incondicional. Jo, Hugo y Bea: vuestro amor y paciencia con mis interminables discusiones sobre la trama me mantienen con los pies en la tierra en cada giro argumental.

A mis lectores: vuestro entusiasmo por los casos de Frank y Gerry sigue inspirándome. Vuestra implicación con estas historias hace que todas las noches en vela merezcan la pena.

La comunidad de blogueros literarios ha sido increíble. Donna, Kath y Sharon: vuestras reflexivas reseñas y vuestro apoyo incondicional desde el principio significan más de lo que os imagináis.

Debo mencionar a James Flegg, un buen amigo que me animó a escribir cuando era más joven. Su fe en mi capacidad para contar historias me ayudó a emprender este camino.

Las sombras de Whitby han sido exploradas, pero en *Forgotten Depths*, Frank y Gerry deberán adentrarse más que nunca para encontrar la verdad.